

STEPHEN  
KING

JOYLAND

Devin Jones es un estudiante de 21 años que consigue trabajo en el verano de 1973 en Joyland, un pequeño parque de atracciones de estilo antiguo, anterior a la llegada de los modernos parques temáticos. Una de las leyendas que corre entre los empleados es que en la Casa de los horrores habita el fantasma de una chica asesinada allí años atrás. Mientras cumple sus obligaciones diarias, Devin va atando los cabos sueltos que lo llevarán a descubrir la identidad del asesino.

Stephen King

# Joyland

**ePub r2.4**

**Titivillus** 16.12.2020

Título original: *Joyland*

Stephen King, 2013

Traducción: José Óscar Hernández Sendín

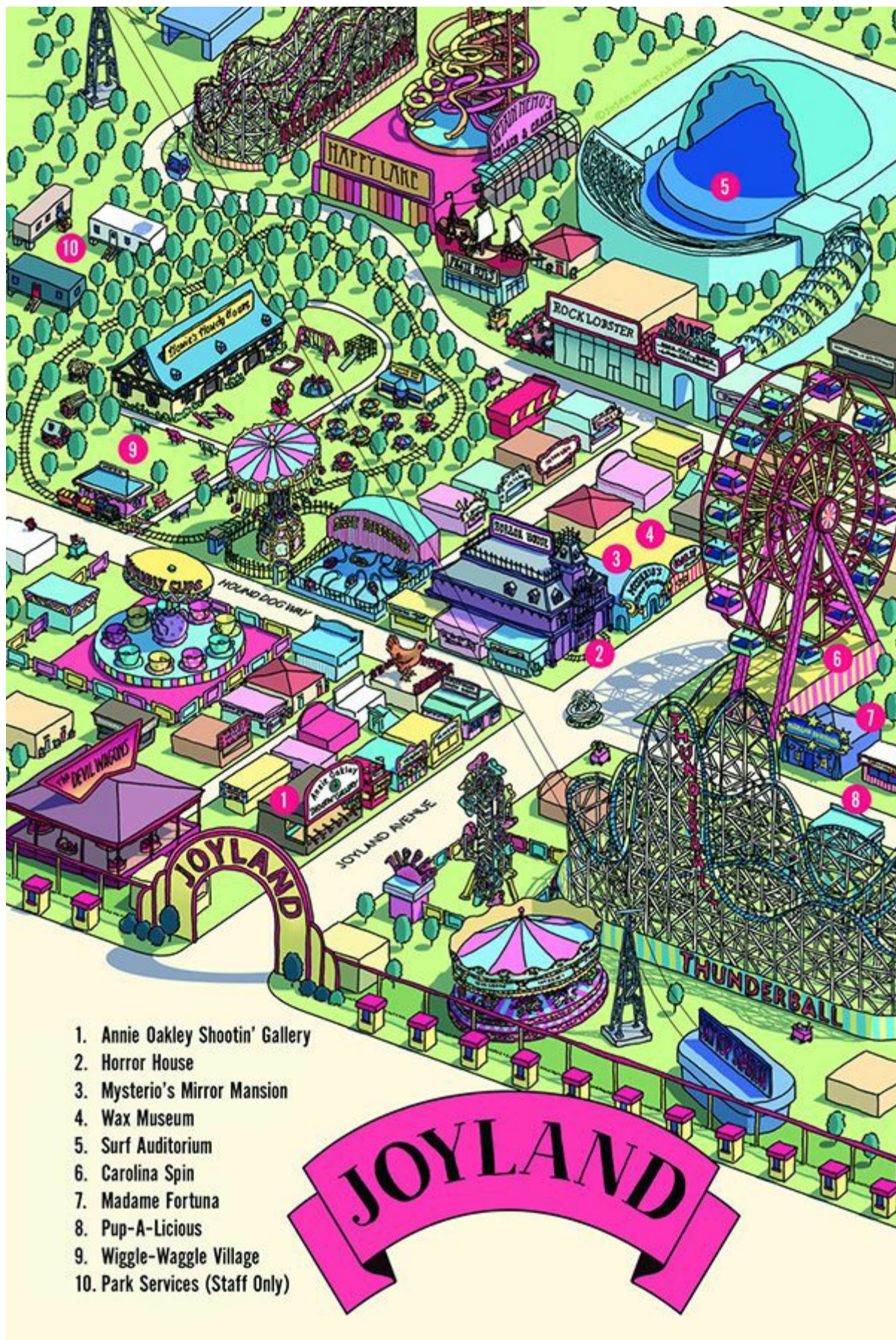
Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



A Donald Westlake







Tenía coche, pero en aquel otoño de 1973 casi todos los días iba paseando hasta Joyland desde la Pensión Beachside de la señora Shoplaw en la ciudad de Heaven's Bay. Parecía lo más adecuado. La única opción, en realidad. A principios de septiembre la playa de Heaven estaba prácticamente desierta, lo cual encajaba con mi estado de ánimo. Puedo afirmar, aun cuarenta años después, que aquel otoño fue el más hermoso de mi vida. Aunque jamás me he sentido más desdichado que entonces; eso también lo aseguro. La gente cree que el primer amor es dulce, y más aún cuando esa primera relación se rompe. Habrás escuchado mil canciones de música pop y country que así lo demuestran; canciones sobre algún tonto al que han partido el corazón. Sin embargo, ese primer corazón roto es siempre el que más duele, el que más tarda en curarse, el que deja la cicatriz más visible. ¿Qué tiene eso de dulce?



Durante septiembre, y hasta bien entrado octubre, los cielos de Carolina del Norte se mantuvieron prácticamente despejados y el aire era cálido incluso a las siete de la mañana, la hora a la que abandonaba mi apartamento del primer piso por las escaleras exteriores. Si salía con una chaqueta puesta, antes de haber recorrido la mitad de los cinco kilómetros que separaban la ciudad y el parque de atracciones ya la llevaba atada a la cintura.

Mi primera parada era la panadería Betty, donde compraba un par de cruasanes recién hechos. Mi sombra, de por lo menos seis metros de largo, caminaba conmigo por la playa. El olor de los bollos envueltos en papel atraía a las gaviotas, que me sobrevolaban esperanzadas. Y cuando regresaba, por lo general hacia las cinco (aunque a veces me quedaba hasta más tarde, pues no había nada ni nadie esperándome en Heaven's Bay, una ciudad que prácticamente hibernaba cuando el verano tocaba a su fin), mi sombra caminaba conmigo sobre el agua. Al subir la marea, oscilaba cadenciosamente en la superficie y parecía bailar un lento hula.

No estoy seguro del todo, pero creo que la mujer, el chico y su perro ya estaban allí la primera vez que tomé ese camino. La orilla entre la ciudad y la intermitente iluminación, chabacana y alegre, de Joyland estaba bordeada de casas de verano, muchas de ellas de lujo; la mayoría estaban cerradas a cal y canto después del primer lunes de septiembre, el día del Trabajo, pero la más grande, la que parecía un castillo de madera verde, no. Una pasarela de madera conducía



desde su amplio patio trasero hasta donde la hierba marina daba paso a una fina arena blanca. Al final de la pasarela había una mesa de picnic a la sombra de una sombrilla verde brillante bajo el cual se colocaba el chico, en silla de ruedas, con una gorra de béisbol y cubierto de cintura para abajo por una fina manta incluso por las tardes, cuando la temperatura rondaba los veinte grados. Calculaba yo que tendría unos cinco años; de siete no pasaba seguro. El perro, un jack russell terrier, o bien se tumbaba a su lado o bien se sentaba a sus pies. La mujer ocupaba uno de los bancos de la mesa de picnic, a veces leyendo un libro, casi siempre con la vista perdida en el agua. Era muy hermosa.

A la ida o a la vuelta, siempre los saludaba, y el chico me devolvía el saludo. Ella no, al principio. 1973 fue el año del embargo petrolero de la OPEP, el año en que Richard Nixon anunció que él no era un maleante, el año en que Edward G. Robinson y Noel Coward murieron. Fue el año perdido de Devin Jones. Yo era un chico de veintiún años, virgen y con aspiraciones literarias. Tenía tres pares de pantalones vaqueros, cuatro pares de calzoncillos Jockey, un Ford que era una chatarra (pero con una buena radio), ocasionales pensamientos suicidas y un corazón roto.

Dulce, ¿eh?



La rompecorazones fue Wendy Keegan. No me merecía. He tenido que pasar la mayor parte de mi vida para llegar a esa conclusión, pero ya lo dice el refrán: mejor tarde que nunca. Ella era de Portsmouth, New Hampshire; yo, de South Berwick, Maine. Eso la convertía prácticamente en la vecina de al lado. Habíamos empezado a «estar juntos» (como solíamos decir) durante nuestro primer año en la Universidad de New Hampshire; de hecho, nos conocimos en la fiesta de bienvenida a los alumnos nuevos, ¿es o no dulce? Es exactamente igual que en una de esas canciones pop.

Durante dos años fuimos inseparables, íbamos juntos a todas partes y lo hacíamos todo juntos. Bueno, todo menos «eso». Ambos estudiábamos y trabajábamos. Ella tenía un empleo en la biblioteca y yo en la cafetería del campus. Nos ofrecieron la oportunidad de conservar esos trabajos durante el verano de 1972, y aceptamos, por supuesto. El salario no era gran cosa, pero estar juntos era impagable. Supuse que ocurriría igual en el verano de 1973, hasta que Wendy anunció que su amiga Renee había conseguido trabajo para las dos en Filene's, en Boston.

—¿Y qué pasa conmigo? —le pregunté.

—Podrás venir de visita cuando quieras —respondió ella—. Te echaré de menos una barbaridad, pero la verdad, Dev, puede que nos venga bien estar un



tiempo separados.

Una frase que con mucha frecuencia es una sentencia de muerte. Es posible que viera esa idea reflejada en mi rostro, porque se puso de puntillas y me besó.

—La ausencia aviva el amor —dijo—. Además, como voy a tener mi propio piso, seguro que podrás quedarte a dormir.

Sin embargo, habló sin mirarme directamente a la cara. Nunca me quedé a dormir. Demasiados compañeros de piso, decía. Demasiado poco tiempo. Por supuesto, ese tipo de problemas pueden superarse, pero por alguna razón no lo hicimos, lo cual debería haberme dicho algo; en retrospectiva, me dice mucho. Ella siempre se echaba atrás, y yo nunca la presioné. Por Dios, me estaba comportando como un caballero. Desde entonces, me he preguntado a menudo qué habría cambiado (para bien o para mal) de no haberlo hecho. Lo que ahora sé es que los caballeros raramente mojan. Borda esta frase en un paño, enmárcalo y cuélgalo en la cocina.



La perspectiva de otro verano fregando suelos y cargando los anticuados lavavajillas de la cafetería de la universidad con platos sucios no me resultaba muy atractiva —no con Wendy a más de cien kilómetros disfrutando de las emociones que ofrecía Boston—, pero era un trabajo fijo, y lo necesitaba; tampoco tenía alternativa. Entonces, a finales de febrero, me llegó literalmente una, por la cinta transportadora de platos.

Alguien había estado leyendo *Carolina Living* mientras engullía el menú especial del día, que a la sazón se componía de hamburguesas *mexicali* y patatas fritas *caramba*. Ese alguien se había dejado la revista en la bandeja, y la recogí al mismo tiempo que los platos. Estuve a punto de tirarla a la basura, pero no lo hice. Después de todo, una revista gratis era una revista gratis. (No olvidemos que tenía que trabajar para pagarme los estudios.) Me la guardé en el bolsillo de atrás y me olvidé de ella hasta que volví a la residencia. Una vez allí, al cambiarme los pantalones, se cayó al suelo abierta por la sección de clasificados del final.

Quienquiera que hubiera estado leyendo la revista había rodeado con un círculo varias ofertas de empleo... aunque debió de decidir que ninguna de ellas le convencía del todo; de lo contrario, *Carolina Living* no habría acabado en la cinta transportadora. Casi al final de la página había un anuncio que llamó mi atención pese a que no estaba marcado. La primera línea, en negrita, rezaba: **¡TRABAJA CERCA DEL CIELO!** ¿Qué estudiante de filología sería capaz de leer semejante reclamo y no seguir hasta el final? ¿Y qué chaval de veintiún años, melancólico, acosado por el creciente temor de perder a su novia, no se sentiría atraído por la idea de trabajar en un lugar llamado Joyland, el País de la Alegría?

Había un número de teléfono y, en un arrebato, llamé. Una semana después llegó al buzón de mi residencia el formulario de la solicitud. La carta adjunta estipulaba que si deseaba un empleo de verano a jornada completa (que era el caso), desempeñaría muchos trabajos distintos, la mayoría de vigilante, aunque no solo de eso. Era imprescindible tener carnet de conducir y había que pasar una entrevista. Podría hacerla en las vacaciones de primavera en lugar de ir a casa y quedarme esa semana en Maine, aunque había planeado pasar parte de esa semana con Wendy. A lo mejor incluso hacíamos «eso».

—Ve a la entrevista —dijo Wendy cuando se lo conté. No dudó en ningún momento—. Será una aventura.

—Estar contigo sí que sería una aventura —repuse.

—Para eso ya tendremos tiempo el año que viene.

Se alzó de puntillas y me besó (siempre se alzaba de puntillas). ¿Se estaba viendo ya entonces con el otro? No lo creo, pero apuesto a que ya se había fijado en él, porque estaba en su curso de sociología avanzada. Renee Saint Claire lo debía de saber, y probablemente me lo habría contado si le hubiera preguntado (contar cosas era la especialidad de Renee, estoy seguro de que dejaba agotado al sacerdote cada vez que se confesaba), pero hay cosas que uno nunca quiere saber, como por qué la chica a la que ama con todo el corazón no deja de decir que no, sin embargo se echa un novio nuevo y se va con él a la cama a la primera oportunidad. No creo que nadie olvide por completo a su primer amor, y lo que pasó todavía me duele. Una parte de mí quiere saber qué tenía yo de malo, qué no tenía. Ahora, he cumplido más de sesenta años, mi cabello es gris y he sobrevivido a un cáncer de próstata, pero aún quiero saber por qué no era lo bastante bueno para Wendy Keegan.



Cogí un tren, de nombre Southerner, de Boston a Carolina del Norte (no tenía mucho de aventura, pero era barato), y un autobús de Wilmington a Heaven's Bay. Mi entrevista fue con Fred Dean, quien desempeñaba —entre otras muchas funciones— el cargo de responsable de la selección de personal de Joyland. Tras quince minutos de interrogatorio, un vistazo a mi permiso de conducir y a mi certificado de socorrista de la Cruz Roja, me entregó una tarjeta de plástico sujeta a un cordón. Tenía impresa la palabra **VISITANTE**, la fecha de aquel día y un dibujo de un sonriente pastor alemán de ojos azules que lucía un ligero parecido con el famoso sabueso Scooby Doo.

—Dése una vuelta —sugirió Dean—. Monte en la noria, la Carolina Spin, si le apetece. La mayoría de las atracciones todavía no están operativas, pero esa sí. Dígle a Lane que lo mando yo. Le he dado un pase de un día, pero lo quiero de

vuelta aquí a... —miró su reloj— digamos que a la una. Contésteme entonces si quiere el trabajo. Tengo cinco puestos libres, pero todos son básicamente el mismo: Asistente Feliz.

—Gracias, señor.

Asintió con la cabeza, sonriendo.

—No sé lo que opinará usted de este sitio, pero a mí me va perfecto. Es un poco viejo y está un poco desvencijado, pero yo eso lo encuentro encantador. Probé Disney una temporada, pero no me gustó. Es demasiado... no sé...

—¿Demasiado corporativo? —aventuré.

—Exacto. Demasiado corporativo. Demasiado lustroso y brillante. Así que volví a Joyland hace años. Jamás me he arrepentido. Aquí improvisamos un poco más, este sitio tiene algo del aroma a feria de los viejos tiempos. Eche un vistazo. Mire a ver qué piensa y, lo más importante, cuáles son sus sensaciones.

—¿Puedo hacerle antes una pregunta?

—Faltaría más.

Jugueteé con el pase diurno.

—¿Quién es el perro?

Su sonrisa se transformó en risa.

—Ese es Howie, el Perro Feliz. La mascota de Joyland. Bradley Easterbrook construyó este sitio y el Howie original era su perro. Ya hace tiempo que murió, pero lo verás por todas partes si trabajas aquí este verano.

Lo hice... y no lo hice. Un acertijo sencillo, pero la explicación tendrá que esperar un poco.



Joyland era un parque independiente, no tan grande como Six Flags, y a leguas de Disneylandia, pero sí lo suficiente como para resultar impresionante, sobre todo estando casi desiertas las dos arterias principales del parque, Joyland Avenue y Hound Dog Way, que juntas parecían una autopista de ocho carriles. Oía el zumbido de las sierras eléctricas y vi muchos peones —la mayor cuadrilla pululaba por la Thunderball, una de las dos montañas rusas de Joyland—, pero no había clientes, porque el parque no abría hasta el 15 de mayo. No obstante, varias concesiones de puntos de comida hacían negocio cubriendo las necesidades de los obreros; una anciana, delante de un quiosco tachonado de estrellas donde se adivinaba el futuro, me observaba con recelo. Todo lo demás permanecía cerrado a cal y canto, con una sola excepción.

La excepción de la noria Carolina Spin. Medía cincuenta metros de altura (eso lo averigüé más adelante) y giraba muy despacio. Delante vi a un individuo musculoso con vaqueros desteñidos, camiseta de tirantes y unas botas de ante



gastadas y manchadas de grasa. Llevaba un bombín ladeado sobre su cabello negro como carbón. Un cigarrillo sin filtro estaba aparcado detrás de la oreja. Tenía la pinta de un charlatán de feria salido de alguna antigua tira cómica. A su lado había una caja de herramientas abierta y una gran radio portátil sobre una caja naranja. Los Faces cantaban «Stay with Me». El tipo se movía siguiendo el ritmo, con las manos en los bolsillos de atrás y meneando las caderas de lado a lado. Se me ocurrió algo, absurdo pero perfectamente claro: *Cuando sea mayor, quiero ser igual que este tío.*

Señaló el pase.

—Te ha mandado Freddy Dean, ¿eh? Te ha dicho que estaba todo cerrado, pero que podías montar en la noria, ¿a que sí?

—Sí, señor.

—Un paseo en la Carolina Spin significa que estás dentro. Le gusta que los elegidos admiren la vista aérea. ¿Vas a aceptar el trabajo?

—Creo que sí.

Me tendió la mano

—Soy Lane Hardy. Bienvenido a bordo, chaval.

—Devin Jones —dije, y le estreché la mano.

—Encantado de conocerte.

Eché a andar por el camino inclinado que conducía a la atracción, empuñó una palanca larga que parecía el cambio de marchas de un vehículo, y la movió hacia atrás. La noria se detuvo lentamente; una de las cestas pintadas con alegres colores (y la imagen de Howie el Perro Feliz en todas) quedó balanceándose en el embarque de pasajeros.

—Sube a bordo, Jonesy. Te voy a elevar allá donde el aire es extraordinario y la vista está mejor que bien.

Monté en la cesta y cerré la puerta. Lane le dio un tirón para cerciorarse de que estaba bien asegurada, bajó la barra de seguridad y luego regresó a sus rudimentarios controles.

—¿Listo para despegar, capitán?

—Supongo que sí.

—¡Alucinarás! —Me guiñó un ojo y movió la palanca de control hacia delante.

La noria empezó a girar de nuevo y de repente Lane me miraba desde abajo. También la anciana de la caseta de adivinación. Estiraba el cuello y se protegía los ojos con la mano. La saludé. No me devolvió el gesto.

Entonces me encontré por encima de todo salvo las pendientes y curvas de la Thunderball, elevándome en el frío aire de principios de primavera y sintiendo —

suenan estúpido pero es cierto— que dejaba todos mis problemas y preocupaciones abajo.

Joyland no era un parque temático, lo cual le permitía tener un poco de todo. Había una montaña rusa secundaria llamada Delirium Shaker y un tobogán acuático (el Splash&Crash del Capitán Nemo). En el extremo oeste del parque había un anexo especial para los pequeños llamado la Villa Wiggle-Waggle. Había también una sala de conciertos donde actuaban mayoritariamente —de esto también me enteré más tarde— cantantes de country de segunda fila o la clase de roqueros que alcanzaron su cumbre en los cincuenta o los sesenta. Recuerdo que una vez Johnny Otis y Big Joe Turner tocaron juntos allí. Tuve que preguntarle a Brenda Rafferty, la contable jefe que era además una especie de gallina clueca para las Chicas Hollywood, quiénes eran. Bren creyó que yo era corto de entendederas; yo pensé que ella era una carroza; probablemente los dos estábamos en lo cierto.

Lane Hardy me llevó hasta la cima y entonces detuvo la noria. Me quedé sentado en la cesta que se balanceaba, agarrado a la barra de seguridad, y contemplé un mundo totalmente nuevo. Hacia el oeste se extendían las llanuras de Carolina del Norte, increíblemente verdes a ojos de un muchacho de Nueva Inglaterra acostumbrado a considerar marzo el frío y fangoso precursor de la auténtica primavera. Hacia el este se abría el océano, de un profundo azul metálico hasta que rompía rítmicamente trazando lechosas líneas blancas en la playa donde llevaría mi torturado corazón arriba y abajo de unos meses en adelante. Justo debajo estaba el amable batiburrillo de Joyland: las atracciones grandes y pequeñas, la sala de conciertos y las concesiones, las tiendas de regalos y el autobús del Perro Feliz, que transportaba a los clientes a los moteles adyacentes y, por supuesto, la playa. Al norte estaba Heaven's Bay. Desde aquella altura sobre el parque (donde el aire es extraordinario y la vista está mejor que bien), la ciudad ofrecía el aspecto de un nido de cubos de juguete del que emergían cuatro campanarios de iglesia en los cuatro puntos cardinales.

La noria empezó a moverse de nuevo. Descendí sintiéndome como un niño en un relato de Rudyard Kipling, a horcajadas sobre la trompa de un elefante. Lane Hardy detuvo el cacharro, pero no se molestó en alzar el pestillo de la portezuela; después de todo, yo era casi un empleado.

—¿Qué te ha parecido?

—Magnífico —respondí.

—Sí, no está mal para ser una atracción de abuelas. —Se reajustó el bombín de modo que quedó inclinado hacia el otro lado y me examinó con la mirada—. ¿Cuánto mides? ¿Uno ochenta y siete?

—Uno noventa.

—Ajá. Ya veremos cómo te lo pasas montando tu metro noventa en la noria a mediados de julio, cubierto de pieles y cantando «Cumpleaños feliz» a algún mocoso consentido con algodón de azúcar en una mano y un cono Kollié medio derretido en la otra.

—¿Qué pieles?

Pero ya se dirigía de vuelta a su maquinaria y no respondió. Tal vez no me oyó por el ruido de la radio, que tronaba con el «Crocodile Rock». O tal vez solo quería que mi futura ocupación en el batallón de los Perros Felices de Joyland fuera una sorpresa.



Disponía de una hora antes de reunirme con Fred Dean, de modo que me dispuse a matar el tiempo. Subí por Hound Dog Way hasta un remolque de comida que parecía estar haciendo una buena caja. No todas las cosas en Joyland seguían una temática canina, pero sí bastantes, incluyendo ese chiringuito en particular, que se llamaba Pup-A-Licious. Disponía de un presupuesto ridículamente bajo para mi pequeña cacería de empleo, pero calculé que podría permitirme gastar un par de pavos en un perrito con chile y un cono de patatas fritas.

Al alcanzar la barraca de la pitonisa, Madame Fortuna se plantó en mi trayectoria. Bueno, eso no es del todo cierto, porque solo actuaba como Fortuna entre el 15 de mayo y el día del Trabajo. Durante esas dieciséis semanas se vestía con faldas largas, vaporosas blusas de volantes y chales decorados con diversos símbolos cabalísticos. De las orejas le colgaban unos pesados aros de oro que le alargaban los lóbulos, y hablaba con un espeso acento rumano que la hacía parecer un personaje salido de una peli de miedo de los años treinta, de la clase en la que aparecen castillos envueltos en niebla y lobos aullantes.

Durante el resto del año era una viuda sin hijos proveniente de Brooklyn que coleccionaba figuras de Hummel y a la que le gustaba el cine (en especial ese tipo de películas sensibleras en las que una chica enferma de cáncer y muere maravillosamente). Aquel día iba vestida elegante, con un traje de chaqueta negro y unos zapatos de tacón bajo. Una bufanda rosa alrededor de su cuello añadía un toque de color. Como Fortuna, lucía una pelambrera de mechones grises, pero se trataba de una peluca que permanecía guardada en una urna de cristal en la casita que poseía en Heaven's Bay. Su cabello real era una cofia teñida de negro. La fan de *Love Story* procedente de Brooklyn y Fortuna la Vidente solo coincidían en un aspecto: ambas presumían de ser médiums.

—Una sombra se cierne sobre ti, joven —anunció.



Bajé la mirada y vi que tenía toda la razón. La sombra de la Carolina Spin caía sobre mí. Sobre ambos.

—Esa no, idiotinik. Sobre tu futuro. Vas a tener hambre.

Ya me gruñía el estómago, pero pronto daría buena cuenta de un bocata Pup-A-Licious.

—Muy interesante, señora... eh...

—Rosalina Gold —dijo al tiempo que alargaba la mano—, aunque puedes llamarme Rozzie. Todo el mundo lo hace. Pero durante la temporada... —Se metió en su personaje; era como Bela Lugosi pero con pechos—. Diurante la temporrada, yio... soy... ¡Forrtuna!

Le estreché la mano. Si hubiera estado disfrazada de su personaje, media docena de pulseras doradas habrían tintineado en su muñeca.

—Encantado de conocerla. —Y tratando de imitar su acento, dije—: Yio... soy... ¡Devin!

No le hizo gracia.

—¿Es un nombre irlandés?

—Correcto.

—Los irlandeses están llenos de pesar y muchos tienen la visión. No sé si es tu caso, pero conocerás a alguien que sí la tiene.

En realidad me encontraba rebotante de alegría... además de abrigar ese incomparable deseo de engullir un perrito Pup-A-Licious, preferiblemente bien cargado de chile. La experiencia de aquel día se me antojaba una aventura. Me dije que probablemente esa sensación disminuiría cuando estuviera fregando los lavabos al final de un día concurrido o limpiando vomitonas de los asientos en el Remolino, pero en aquel momento todo parecía perfecto.

—¿Está usted practicando su número?

Se enderezó cuan larga era; mediría alrededor de un metro cincuenta y cinco.

—No es número, muchachito. —Pronunció *niúmero*—. Los judíos son la raza psíquicamente más sensible de la tierra. Todo el mundo lo sabe. —Abandonó el acento—. Además, Joyland es mucho mejor que montar un local de quiromancia en la Segunda Avenida. Con pesar o sin él, me gustas. Desprendes buenas vibraciones.

—«Good vibrations», una de mis canciones favoritas de los Beach Boys.

—Pero estás al borde de un gran pesar. —Se calló, el viejo truco para dar énfasis—. Y, tal vez, peligro.

—¿Ve una mujer hermosa con el pelo negro en mi futuro? —Wendy era una mujer hermosa con el pelo negro.

—No —respondió Rozzie, y lo que añadió a continuación me dejó paralizado—. Está en tu pasado.

Entendido.

La esquivé y me dirigí al puesto de perritos, procurando ni siquiera rozarla. Era una charlatana, no me cabía la menor duda, pero aun así, tocarla en aquel momento me parecía una idea pésima.

No sirvió de nada. Echó a andar a mi lado.

—En tu futuro hay una niña y un niño pequeños. El chico tiene un perro.

—Un Perro Feliz, seguro. A lo mejor se llama Howie.

Prestó oídos sordos a este último intento de frivolidad.

—La niña tiene puesta una gorra roja y lleva una muñeca. Uno de los dos posee la visión, pero no sé cuál. No alcanzo a verlo.

Apenas oí esa última parte de su discurso. Pensaba en su declaración previa, emitida en un acento plano de Brooklyn: *Está en tu pasado*.

Madame Fortuna, según descubrí, se equivocaba muchas veces, pero sí que parecía poseer una auténtica capacidad psíquica, y el día en que me entrevistaron para el trabajo estival en Joyland, la pitonisa carburaba a toda máquina.



Conseguí el empleo. El señor Dean quedó especialmente complacido con mi certificado de socorrista de la Cruz Roja, que obtuve en la Asociación de Jóvenes Cristianos el verano en que cumplí los dieciséis. El Verano del Aburrimiento, solía llamarlo yo. En los años transcurridos desde entonces he descubierto que hay mucho que alegar a favor del aburrimiento.

Informé al señor Dean de cuándo terminaban mis exámenes finales y le prometí que estaría en Joyland dos días después, preparado para el entrenamiento y la asignación de equipos. Nos estrechamos la mano y me dio la bienvenida a bordo. Por un momento me pregunté si me alentaría a realizar juntos el Ladrado del Perro Feliz o algo equivalente, pero se limitó a desearme un buen día y salió de la oficina conmigo, un hombre pequeño con ojos agudos y paso ágil. De pie en el porche de cemento de la oficina de empleo, mientras escuchaba el batir de las olas y olía el húmedo aire salado, volví a sentirme entusiasmado y ansioso por que empezara el verano.

—Ahora está usted en el negocio del entretenimiento, joven señor Jones —dijo mi nuevo jefe—. No se trata de una feria. Al menos no exactamente, tal como funcionan las cosas hoy en día, ya no es como las ferias de antes, pero tampoco se diferencia tanto. ¿Sabe lo que eso significa, estar en el negocio del entretenimiento?

—No, señor, no exactamente.

Me miró con ojos solemnes, pero el fantasma de una sonrisa asomaba en sus labios.

—Significa que los paletos tienen que marcharse con una sonrisa en la cara... y, por cierto, como le oiga a usted alguna vez llamar paletos a los clientes, va a salir de aquí tan rápido que no sabrá qué ha pasado. Yo puedo decirlo, porque llevo en el negocio del entretenimiento desde que tenía edad para afeitarme. Son paletos, no muy diferentes de los cuellirrojos de Oklahoma y Arkansas que fisgaban en todas las ferias en las que he trabajado desde la Segunda Guerra Mundial. Puede que las personas que vienen a Joyland vistan mejor y conduzcan microbuses Ford y Volkswagen en vez de camionetas Farmall, pero este sitio los convierte en paletos boquiabiertos. Y si no, es que no funciona. Pero para usted son condes. Cuando lo oyen ellos, piensan en Coney Island, pero nosotros ya nos entendemos. Son conejos, señor Jones, conejitos rechonchos amantes de la diversión que en vez de ir saltando de madriguera en madriguera van de aparato en aparato y de caseta en caseta.

Me guiñó un ojo y me dio un apretón en el hombro.

—Los condes tienen que irse contentos o este sitio se seca y desaparece. Ya lo he visto antes, y cuando eso sucede, sucede rápido. Esto es un parque de atracciones, joven señor Jones, así que mime a los condes y tíreles de las orejas con suavidad. En una palabra, diviértalos.

—Vale —contesté... aunque no sabía cuánta diversión sería capaz de proporcionar yo a los clientes encerrando los Devie Wagons (la versión de Joyland de los autos de choque) o arrastrando un escobón por Hound Dog Way después de que cerraran las puertas.

—Y no se atreva a dejarme en la estacada. Esté aquí en la fecha acordada y cinco minutos antes de la hora acordada.

—Vale.

—Existen dos reglas importantes en el mundo del espectáculo, chaval: saber siempre dónde está tu cartera... y aparecer en escena.



Al pasar bajo el gran arco con las palabras **BIENVENIDOS A JOYLAND** en letras de neón (entonces apagadas) y entrar en el aparcamiento prácticamente vacío, encontré a Lane Hardy apoyado en una de las taquillas cerradas fumándose el cigarrillo que previamente había estado aparcado en su oreja.

—Ya no se puede fumar en las instalaciones —explicó—. Nueva norma. El señor Easterbrook dice que somos el primer parque de América en imponerla, pero no seremos los últimos. ¿Has conseguido el trabajo?

—Sí.

—Felicidades. ¿Te ha dado Freddy la charla del feriante?

—Más o menos, sí.



—¿Te ha dicho lo de mimar a los condes?

—Sí.

—Puede ser un coñazo a veces, pero en el mundo del espectáculo es un veterano. Lo ha visto todo, la mayoría por duplicado, y no se equivoca. Creo que lo harás bien. Tienes pinta de feriante, chaval. —Señaló con una mano hacia el parque, cuyos principales puntos de referencia apuntaban al inocente cielo azul: la Thunderball, la Delirium Shaker, las enrevesadas vueltas y giros del Splash&Crash del Capitán Nemo y, por supuesto, la Carolina Spin—. Quién sabe, a lo mejor este sitio es tu futuro.

—A lo mejor —dije, aunque ya sabía cuál sería mi futuro: escribir novelas y relatos como los que se publican en *The New Yorker*.

Lo tenía todo previsto. Por supuesto, también había planeado casarme con Wendy Keegan y esperar hasta la treintena para tener un par de hijos. Con veintiún años, la vida es un mapa de carreteras. Es solo cuando cumples los veinticinco o así que empiezas a sospechar que has estado mirando el mapa al revés, y no es hasta que alcanzas los cuarenta que estás completamente seguro de haberlo hecho. Para cuando tienes sesenta, fíate de mí, uno está más perdido que la hostia.

—¿Te ha soltado Rozzie Gold sus gilipolladas habituales de Fortuna?

—Esto...

Lane rió entre dientes.

—¿Para qué preguntaré? Tú solo recuerda, chaval, que el noventa por ciento de todo lo que dice son verdaderas patrañas. El otro diez... digamos que le cuenta a la gente cosas que les quita el hipo.

—¿Y qué hay de usted? —pregunté—. ¿Alguna revelación que le haya quitado el hipo?

Su sonrisa se ensanchó.

—El día que deje que Rozzie me lea la mano me vuelvo a la carretera y a los garitos del circuito Chitlin. El hijo de la señora Hardy no juega con tablas Ouija ni con bolas de cristal.

*¿Ve una mujer hermosa con el pelo negro en mi futuro?*

*No. Está en tu pasado.*

Lane me miraba con atención.

—¿Qué pasa? ¿Te has tragado una mosca?

—No es nada —contesté.

—Venga, hijo. ¿Te ha soltado una patraña o una verdad? ¿En vivo o en Memorex? Cuéntaselo a papá.

—Una patraña, definitivamente. —Eché un vistazo al reloj—. Será mejor que me vaya. Tengo que coger un autobús a las cinco si quiero pillar el tren de las

siete a Boston.

—Bueno, te sobra tiempo. ¿Dónde te vas a alojar este verano?

—Ni siquiera lo había pensado todavía.

—De camino a la estación de autobuses deberías parar en la casa de la señora Shoplaw. Hay mucha gente en Heaven's Bay que alquila habitaciones a los ayudantes de verano, pero ella es la mejor. Ha hospedado a un montón de Asistentes Felices a lo largo de los años. Su casa es fácil de encontrar: al final de Main Street, en la playa. Es una casona tipo rancho pintada de gris. Verás el cartel colgado en el porche. Es imposible pasarlo por alto, porque está hecho con conchas que siempre se están cayendo. PENSIÓN BEACHSIDE DE LA SEÑORA SHOPLAW. Dile que te envió yo.

—Vale, lo haré. Gracias.

—Si alquilas algo ahí, podrás venir andando por la playa, por si quieres ahorrar el dinero de la gasolina para algo más importante, como salir por ahí en tu día libre. El paseo por la playa es una buena forma de empezar la mañana. Buena suerte, chaval. Estoy deseando trabajar contigo.

Extendió la mano. Se la estreché y le di las gracias de nuevo.

Como me había metido la idea en la cabeza, decidí tomar el camino de la playa de vuelta a la ciudad. Me ahorraría veinte minutos de espera para coger un taxi que en realidad no podía permitirme. Casi había alcanzado los escalones de madera que descendían hasta la arena cuando Lane me llamó.

—¡Oye, Jonesy! ¿Quieres saber algo que Rozzie no te contará?

—Claro —respondí.

—Tenemos un castillo encantado llamado la Casa Embrujada. La vieja Rozzie no se acerca ni a cincuenta metros. Detesta los muñecos mecánicos y la cámara de tortura y las voces grabadas, pero la auténtica razón es que tiene miedo de que esté encantado de verdad.

—¿Sí?

—Sí, y no es la única. Media docena de personas que trabajan aquí afirman haberla visto.

—¿En serio? —Pero esta era solo una de las preguntas que uno hace cuando se queda atónito. Se notaba que hablaba en serio.

—Te contaría la historia, pero se me ha acabado la hora del descanso y tengo que cambiar varios postes de energía de los Devil Wagons. Además, los inspectores de seguridad vendrán a examinar la Thunderball a eso de las tres. Esos tíos son un coñazo. Pregúntale a Shoplaw. Cuando se trata de Joyland, Emmalina Shoplaw sabe más que yo. Digamos que es una estudiosa del lugar. Comparado con ella, yo todavía estoy verde.

—Será una broma, ¿no? Una especie de novatada que le haces a todos los nuevos.

—¿Tengo pinta de estar de broma?

No, pero parecía estar divirtiéndose de lo lindo. Incluso me guiñó un ojo.

—¿Cómo no va a tener un fantasma un parque de atracciones que se precie? A lo mejor lo ves tú mismo. Los paletos nunca, eso está claro. Ahora date prisa, chaval. Asegúrate una habitación antes de coger el autobús de vuelta a Wilmington. Más tarde me lo agradecerás.



Con un nombre como Emmalina Shoplaw, resultaba difícil no imaginarse a una patrona de mejillas sonrosadas salida de una novela de Charles Dickens, una que iría a todas partes con un polisón de pecho abultado y que diría cosas como *Dios nos libre*. Serviría té y bollos mientras un reparto secundario de excéntricos bondadosos miraban con gesto aprobatorio; podría incluso pellizcarme la mejilla cuando nos sentáramos a asar castañas en un fuego crepitante.

Pero en este mundo raramente tenemos lo que nos imaginamos, y la mujer que abrió cuando llamé al timbre era alta, de unos cincuenta años, de pecho plano y tan pálida como un vidrio congelado. Sujetaba en una mano un anticuado cenicero de bolitas y en la otra un pitillo que se consumía con lentitud. Se había arreglado el pelo, y unos espesos bucles castaño claro le cubrían las orejas. Parecía una versión envejecida de una princesa en un cuento de los hermanos Grimm.

Le expliqué por qué estaba allí.

—Así que vas a trabajar en Joyland, ¿eh? Bueno, supongo que será mejor que entres. ¿Tienes referencias?

—No, para alquilar un apartamento no. Vivo en una residencia. Pero tengo una carta de recomendación de mi jefe en el Commons, la cafetería-comedor de la Universidad de New Hampshire, donde...

—Ya sé, ya sé. Tardé en nacer, pero no nací ayer.

Me hizo pasar al salón delantero, una estancia larga como una casa, atestada de muebles dispares y dominada por un gigantesco televisor de sobremesa. Apuntó con el dedo hacia el aparato.

—En color. Mis inquilinos son libres de usarlo, igual que el salón; de lunes a viernes hasta las diez y los fines de semana hasta medianoche. Yo a veces veo alguna película con los muchachos los sábados después del béisbol. Comemos pizza o hago palomitas. Es pistonudo.

*Pistonudo* —pensé—. ¿Ha dicho pistonudo o cojonudo?

En cualquier caso, lo cierto es que sonaba cojonudo.

—Dígame, señor Jones, ¿es usted de los que beben y arman escándalo? Considero que esa clase de comportamiento es antisocial, aunque muchos no lo ven así.

—No, señora. —Bebía un poco, pero raras veces armaba escándalo. Normalmente me entraba sueño después de una cerveza o dos.

—No tendría sentido preguntarle si consume drogas, porque dirá que no tanto si las toma como si no, ¿me equivoco? Pero, claro, ese tipo de cosas siempre se manifiesta con el tiempo, y cuando lo descubro, invito a mis inquilinos a buscarse un nuevo alojamiento. Ni siquiera marihuana, ¿queda claro?

—Sí.

Me escudriñó.

—No tiene pinta de fumeta.

—No lo soy.

—Tengo sitio para cuatro huéspedes, y actualmente solo tengo ocupado un cuarto. La señorita Ackerley. Es bibliotecaria. Todas las habitaciones que alquilo son sencillas, pero mucho más agradables que las que encontraría en un motel. Para usted estoy pensando en una del primer piso. Tiene su propio aseo y ducha, a diferencia de las habitaciones del segundo piso. También hay una escalera exterior, que es muy conveniente si quiere invitar a alguna amiguita. No tengo nada en contra de las amiguitas, pues yo también soy mujer y bastante amigable. ¿Tiene usted novia, señor Jones?

—Sí, pero este verano se irá a trabajar a Boston.

—Bueno, tal vez conozca a alguien. Ya sabe lo que dice la canción: el amor está por todas partes.

Me limité a sonreír. En la primavera de 1973, la idea de amar a otra mujer que no fuera Wendy Keegan se me antojaba completamente ajena.

—Me imagino que tendrá usted un coche. Dispongo de dos plazas de aparcamiento en la parte de atrás para cuatro inquilinos, así que todos los veranos se asignan por orden de llegada. Creo que usted será uno de los primeros, pero si veo que no, tendrá que ir carretera abajo. ¿Le parece justo?

—Sí, señora.

—Bien, porque así son las cosas. Necesitaré lo habitual: el primer mes, el último y una fianza. —Nombró una cifra que también consideré justa. Sin embargo, iba a dejar tiritando mi cuenta corriente del First New Hampshire Trust.

—¿Aceptaría un cheque?

—¿Me lo devolverán?

—No, señora, no del todo.

Echó la cabeza hacia atrás y rió.

—Entonces lo acepto, suponiendo que siga queriendo la habitación después de verla. —Apagó el cigarrillo y se levantó—. Por cierto, nada de fumar en los pisos de arriba; es por el seguro. Y nada de fumar cuando residan aquí otros inquilinos. Es una cuestión de cortesía. ¿Sabe usted que el viejo Easterbrook va a imponer la norma de no fumar en el parque?

—Eso he oído. Probablemente perderá negocio.

—Al principio puede que sí, pero más adelante podría salir ganando. Apostaría mi dinero a favor de Brad. Es un tipo muy astuto, feriante de feriantes. —Pensé en preguntarle qué quería decir exactamente, pero ya se había alejado—. ¿Echamos un ojo a la habitación?

Un vistazo al primer piso bastó para convencerme de que estaría bien. La cama era grande, una cosa buena, y la ventana miraba al océano, una cosa aún mejor. El aseo debía de ser una especie de broma, tan diminuto que cuando me sentara en el retrete mis pies invadirían la ducha, pero los universitarios que solo guardan migajas en sus armarios financieros no pueden ser demasiado exigentes. Y la vista constituía el punto clave. Dudaba que los ricachones disfrutaran de una mejor desde sus casas veraniegas en Heaven's Row. Me imaginé llevando allí a Wendy, a los dos admirando la vista, y luego... en esa cama grande, con el batir constante y arrullador de las olas...

«Eso.» Por fin, «eso».

—Lo quiero —proclamé, y sentí calor en las mejillas. No me refería solo al cuarto.

—Lo sé. Se le nota en la cara. —Como si conociera mis pensamientos, y quizá así fuera. Me dedicó una amplia sonrisa que le confirió un aspecto casi dickensiano a pesar de su pecho plano y de su tez pálida—. Su propio nidito. No es el palacio de Versalles, pero le pertenece. Tampoco es como tener un dormitorio en una residencia, ¿verdad? Ni siquiera uno individual.

—No —admití.

Estaba pensando en que tendría que convencer a mi padre para que me ingresara otros quinientos dólares en mi cuenta corriente para mantenerme hasta que empezara a cobrar mi salario. Se quejaría, pero al final accedería. Tan solo esperaba que no tuviera que jugar la baza de la madre muerta. Había fallecido casi cuatro años antes, pero papá guardaba media docena de fotos suyas en la cartera y aún se ponía la alianza.

—Su propio trabajo y su propio espacio —dijo ella con voz ligeramente ensoñadora—. Eso está bien, Devin. ¿Le importa que le llame Devin?

—Que sea Dev.

—De acuerdo. —Paseó la mirada por el cuarto con su techo inclinado (quedaba bajo un alero) y lanzó un suspiro—. La emoción no dura mucho, pero



hasta que se pasa es algo estupendo. Esa sensación de independencia. Creo que encajarás bien aquí. Tienes pinta de feriante.

—Es usted la segunda persona que me dice eso. —Entonces recordé mi conversación con Lane Hardy en el aparcamiento—. La tercera, en realidad.

—Y apuesto a que sé quiénes fueron los otros dos. ¿Quieres que te enseñe algo más? El baño no es gran cosa, lo sé, pero es mucho mejor que tener que cagar en los servicios de una residencia mientras en los lavabos un par de tipos se tiran pedos y se cuentan mentiras sobre las chicas que se tiraron la noche anterior.

Estallé en carcajadas, y la señora Emmalina Shoplaw acabó también riendo.



Bajamos por las escaleras exteriores.

—¿Cómo le va a Lane Hardy? —preguntó cuando llegamos a la planta baja—. ¿Sigue llevando ese ridículo gorro suyo?

—A mí me pareció un bombín.

La mujer se encogió de hombros.

—¿Qué más da? Para el caso, no hay diferencia.

—Está bien, pero me contó algo...

Me miró ladeando la cabeza. Casi sonriendo, pero no del todo.

—Me contó que el pasaje del terror, o la Casa Embrujada, como la llamó él, está encantado. Le pregunté si me estaba poniendo la zancadilla o algo así, pero dijo que no. Y que usted conocía la historia.

—¿Eso dijo? Vaya.

—Sí. Dice que en lo referente a Joyland, usted sabe más que él.

—Bueno... —Metió la mano en el bolsillo de los pantalones y sacó un paquete de Winston—. Sé un montón de cosas. Mi marido fue ingeniero jefe hasta que murió de un ataque al corazón. Como resultó que su seguro de vida era una mierda, y además estaba endeudado hasta el cuello, empecé a alquilar las dos plantas superiores de la casa. ¿Qué otra cosa iba a hacer? Teníamos una niña, que ahora trabaja en Nueva York para una agencia de publicidad. —Encendió el cigarrillo, le dio una calada y expulsó el humo con una carcajada—. También trabaja para perder su acento sureño, pero esa es otra historia. Esta monstruosidad de casa era el juguete de Howie, pero jamás se lo reproché. Por lo menos ya está pagada. Y me gusta estar conectada al parque porque me hace sentir como si aún estuviera conectada a él. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Claro.

Me estudió a través de una bocanada de humo, sonrió y sacudió la cabeza.

—Qué va. Estás siendo amable, pero eres demasiado joven para entenderlo.

—Perdí a mi madre hace cuatro años, y mi padre aún la llora. Dice que existe una razón por la que *mujer* y *vida* están relacionadas. Al menos yo tengo la universidad y a mi novia. Papá anda como alma en pena por una casa que se encuentra al norte de Kittery, que le resulta demasiado grande. Sabe que debería venderla y comprar una más cerca de donde trabaja, los dos lo sabemos, pero prefiere quedarse en la suya. Conque sí, sé lo que quiere decir.

—Lamento tu pérdida —dijo la señora Shoplaw—. Un día de estos voy a abrir tanto la boca que me caeré dentro. Ese autobús tuyo, ¿es el de las cinco y diez?

—Sí.

—Bien, ven a la cocina. Te prepararé un sandwich de queso fundido y te calentaré un bol de sopa de tomate. Tienes tiempo. Y te contaré la triste historia del fantasma de Joyland mientras comes, si quieres oírla.

—¿De veras es una historia de fantasmas?

—Nunca he entrado en ese maldito pasaje, así que no lo sé a ciencia cierta. Pero es la historia de un asesinato. Eso sí que es seguro.



La sopa salió de una lata de Campbell, pero el queso caliente era Muenster, mi favorito, y poseía un sabor celestial. Me sirvió un vaso de leche e insistió en que me lo bebiera. Yo era, en palabras de la señora Shoplaw, un muchacho en edad de crecimiento. Se sentó frente a mí con su propio bol de sopa pero sin sandwich («Tengo que vigilar mi figura femenina») y me contó la historia. Parte la había sacado de los periódicos y los informativos de televisión. Las porciones más jugosas provenían de sus contactos en Joyland, y tenía muchos.

—Ocurrió hace cuatro años, así que calculo que sucedió más o menos en la época en que murió tu madre. ¿Sabes qué es lo primero que me viene a la cabeza cuando pienso en ello? La camisa del asesino. Y los guantes. Cuando lo pienso me entran escalofríos, porque significa que lo tenía planeado.

—Creo que está empezando por la mitad —indiqué.

La señora Shoplaw rió.

—Sí, supongo que sí. El nombre de tu supuesto fantasma es Linda Gray. Era de Florence, que está por Carolina del Sur. Ella y su novio... (si es lo que era, la policía investigó a fondo los antecedentes y las relaciones de la chica y no encontraron ni una pista sobre él) bueno, pues pasaron la última noche de la chica en la tierra en el Luna Inn, a casi un kilómetro de aquí yendo hacia el sur por la playa. Entraron en Joyland a eso de las once del día siguiente. El chico pagó en metálico pases de un día. Montaron en varias atracciones y tomaron un almuerzo tardío en el Rock Lobster, la marisquería que está más abajo de la sala de

conciertos. Eso, pasada la una de la tarde. En cuanto a la hora de la muerte, seguro que sabes cómo la establecieron... por el contenido del estómago y todo eso...

—Sí.

Mi sandwich había desaparecido y centré mi atención en la sopa. La historia no estaba afectando para nada a mi apetito. Yo tenía veintiún años, recuérdalo, y aunque jamás lo habría expresado en voz alta, en el fondo estaba convencido de que jamás moriría. Ni siquiera la muerte de mi madre había sido capaz de hacer tambalear aquella profunda creencia.

—La invitó a comer, después subieron a la Carolina Spin (un cacharro lento, como sabes, adecuado para hacer la digestión), y finalmente la metió en la Casa Embrujada. Entraron juntos, pero solo salió él. A mitad del recorrido, que dura unos nueve minutos, la degolló y la arrojó a un lado del monorraíl por el que circulan las vagonetas. La lanzó como si fuera una bolsa de basura. Debía de haber previsto que se pondría perdido, porque se había puesto dos camisas y un par de guantes amarillos de trabajo. Encontraron la camisa que llevaba encima (la que habría manchado más la sangre) a unos cien metros del cadáver, y los guantes un poco más adelante.

Podía visualizarlo: primero el cuerpo, aún caliente y palpitante, luego la camisa, luego los guantes. El asesino, entretanto, se sienta en la vagoneta y finaliza el recorrido. La señora Shoplaw tenía razón, *era* escalofriante.

—Cuando llegó a la salida, el hijo de perra se bajó y se fue andando tranquilamente. Había frotado la vagoneta con la camisa (la que encontraron que estaba empapada), pero no consiguió eliminar toda la sangre. Uno de los ayudantes descubrió un poco en el asiento antes de que empezara el siguiente viaje y la limpió. No se lo pensó dos veces. No es nada extraño encontrar sangre en un parque de atracciones; casi siempre es de algún chiquillo que se emociona demasiado y sufre una hemorragia nasal. Ya lo descubrirás por ti mismo, pero asegúrate de llevar tus propios guantes cuando hagas limpieza; lo digo por las enfermedades. Los guardan en las casetas de primeros auxilios que están distribuidas por todo el parque.

—¿Nadie notó que salió de la atracción sin su acompañante?

—No. Fue a mediados de julio, en plena temporada alta, y aquello era una casa de locos abarrotada. No encontraron el cuerpo hasta la una de la madrugada, mucho después de la hora de cierre, cuando encendieron las luces auxiliares de la Casa Embrujada. Para el turno del cementerio, ¿sabes? Ya tendrás ocasión de experimentarlo; todos los equipos de Asistentes Felices cumplen el servicio de limpieza de la atracción una semana al mes. Te convendrá recuperar el sueño atrasado con antelación, porque esos cambios de turno no son moco de pavo.

—¿Estuvo pasando gente por su lado hasta que cerró el parque y nadie se enteró?

—Si vieron el cuerpo, lo tomarían como parte del espectáculo, pero lo más seguro es que les pasara desapercibido. Ten en cuenta que la Casa Embrujada es una atracción oscura. La única de Joyland, por cierto. En otros parques hay más.

*Una atracción oscura.* Esas palabras me provocaron un estremecimiento, pero sin la fuerza suficiente para impedir que me acabara la sopa.

—¿Nadie proporcionó una descripción? Quienquiera que les sirviera en el restaurante tal vez se acordara de ellos.

—Tenían algo mejor. Había fotos. Uno quería creer que la policía se aseguró de que las difundieran por televisión y se publicaran en los periódicos.

—¿Cómo ocurrió?

—Las Chicas Hollywood —explicó la señora Shoplaw—. Siempre hay media docena trabajando en el parque cuando opera a pleno rendimiento. Nunca ha habido nada semejante a un garito de striptease en Joyland, pero el viejo Easterbrook no se pasó todos aquellos años en ferias ambulantes en vano. Sabe que a la gente le gusta una pequeña dosis de *sex appeal* para aderezar las atracciones y los perritos calientes. Hay una Chica Hollywood en cada equipo de ayudantes. Tú tendrás el tuyo y se esperará de ti y del resto de miembros que estéis pendientes de ella como hermanos mayores por si alguien la molesta. Se mueven por ahí con esas falditas verdes y tacones altos y una monada de sombreritos verdes que siempre me hacen pensar en Robin Hood y su banda de alegres forajidos, solo que ellas serían las alegres compañeras. Van cargadas con cámaras Speed Graphic, de esas que se ven en las películas antiguas, y sacan fotos a los paletos. —Se calló un instante—. Aunque te aconsejaría que no llamas así a los clientes.

—Ya me lo ha advertido el señor Dean —aclaré.

—Lógico. En cualquier caso, a las Chicas Hollywood se les recomienda que se concentren en grupos familiares y parejas que aparenten más de veintiún años. Los más jóvenes por lo general no están interesados en comprar una foto de recuerdo; prefieren gastarse el dinero en comida y en las máquinas recreativas. Así que el asunto es: las chicas disparan primero y les abordan después. —Imitó la voz susurrante de Marilyn Monroe—: «Hola, bienvenidos a Joyland, yo soy Karen. Si quieren una copia de la foto que les acabo de tomar, denme sus nombres y comprueben la Foto-Cabina Hollywood en Hound Dog Way al salir del parque». Algo así.

»Una de ellas hizo una foto de Linda Gray y su novio en la Galería de Tiro de Annie Oakley, pero cuando se les acercó, el hijo de mala madre la mandó a hacer puñetas. ¡Y con qué maneras! Más tarde contó a la policía que le dio la impresión

de que le habría roto la cámara si hubiera pensado que tras hacerlo podría irse de rositas. A la chica se le puso la carne de gallina cuando lo miró a los ojos. Duros y grises, así los describió. —La señora Shoplaw sonrió y se encogió de hombros—. Solo que llevaba gafas de sol. Ya sabrás lo mucho que les gusta dramatizar a algunas muchachas.

De hecho, conocía a una chica así. Renee, la amiga de Wendy, podía convertir una visita de rutina al dentista en una secuencia de película de terror.

—Esa era la mejor foto, pero no la única. La policía revisó todas las que sacaron las Chicas Hollywood aquel día y encontraron a la chica Gray y a su amigo en segundo plano de otras cuatro como mínimo. En la mejor de estas, aparecen haciendo cola para las Whirly Cups, las Tazas Locas, y él le está tocando el trasero. Muy atrevido para alguien que ni es pariente ni uno de sus amigos conocidos.

—Qué pena que no haya un circuito cerrado de televisión —comenté—. Mi novia ha conseguido un trabajo de verano en Filene's, en Boston, y dice que tienen varias cámaras de seguridad y que están instalando más. Para disuadir a los mangantes.

—Llegará un día en que las tendrán en todas partes —auguró ella—. Igual que en esa novela de ciencia ficción sobre la Policía del Pensamiento. No me hace mucha gracia, la verdad. Pero jamás las pondrán en atracciones como la Casa Embrujada, ni siquiera las de infrarrojos que ven en la oscuridad.

—¿No?

—Pues no. En Joyland no hay Túnel del Amor, pero sin duda la Casa Embrujada bien podría llamarse el Túnel del Magreo. Mi marido me contó una vez que el día que el turno del cementerio no encuentra por lo menos tres pares de bragas en la vía es un día flojo, créetelo.

»En fin, que tenían aquella foto estupenda del individuo en la caseta de tiro. Un retrato, casi. Salió en los periódicos y en la televisión durante una semana. Se le ve arrimado a la chica, cadera con cadera, mientras le enseña a agarrar el rifle como lo hacen los hombres. En las dos Carolinas la debió de ver todo el mundo. Ella está sonriendo, pero a él se le ve mortalmente serio.

—Con los guantes y el cuchillo todo el tiempo en sus bolsillos —dije, asombrado ante la idea.

—Una navaja.

—¿Cómo?

—Utilizó una navaja de afeitar, o algo similar; eso es lo que dictaminó el forense. En cualquier caso, tenían aquellas fotos, pero ¿sabes qué? En ninguna se le distinguía la cara.

—Por las gafas de sol.

—Eso de entrada, pero también por una perilla que le cubría la barbilla y una gorra de béisbol de visera larga, que sombreaba lo poco de la cara que las gafas de sol y la perilla no tapaban. Podría haber sido cualquiera. Podrías haber sido tú mismo, aunque tu pelo es negro en vez de rubio, y no te has tatuado una cabeza de pájaro en la mano. Ese individuo sí. Un águila, o tal vez un halcón. Se veía muy claramente en la foto de la Galería de Tiro. Publicaron una ampliación del tatuaje en el periódico durante cinco días seguidos, con la esperanza de que alguien lo reconociera. Nadie lo reconoció.

—¿Alguna pista en el hostel donde se pasaron la noche anterior?

—Ajá. Mostró un permiso de conducir de Carolina del Sur al registrarse, pero había sido robado un año antes. A ella nadie la llegó a ver. Debió de quedarse esperando en el coche. Tardaron casi una semana en identificarla, la policía distribuyó un retrato de su cara en la que parecía dormida, en vez de muerta con un tajo en la garganta. Alguien (un amigo que había sido compañero suyo en la escuela de enfermería, creo) la vio y la reconoció. Se lo contó a los padres de la chica. No me puedo ni imaginar cómo debieron de sentirse en el viaje en coche hasta aquí, esperando contra toda esperanza que cuando llegaran a la morgue el cadáver correspondiera a la bienamada hija de cualquier otro. —Meneó la cabeza despacio—. Los hijos son todo un riesgo, Dev. ¿Alguna vez se te ha ocurrido pensarlo?

—Supongo.

—Eso significa que no. Yo... creo que si fuera mi hija la que yaciera bajo esa sábana, perdería la cabeza.

—¿Cree usted de verdad que el fantasma de Linda Gray ronda por la Casa Embrujada?

—No puedo responder a eso, porque no tengo una opinión formada con respecto a la vida después de la muerte, ni a favor ni en contra. Me da la sensación de que descubriré el misterio cuando llegue allí. Con eso me vale. Lo único que sé es que muchos trabajadores de Joyland afirman que se les ha aparecido junto a la vía, con la misma ropa que llevaba puesta cuando la encontraron: blusa sin mangas y falda azules. Nadie podía haber distinguido el color en las fotos que la policía hizo públicas, porque las Speed Graphics que usan las Chicas Hollywood solo sacan fotos en blanco y negro. Serán más fáciles y baratas de revelar, me figuro.

—Quizá el color de la ropa se mencionara en los artículos.

Se encogió de hombros.

—Es posible; no me acuerdo. Pero varias personas también mencionaron que la chica que vieron junto a la vía llevaba una cinta azul para el pelo al estilo Alicia, y de eso no se informó en las noticias. Lo mantuvieron en secreto casi un



año, con la esperanza de usarlo con un posible sospechoso si conseguían atrapar a uno.

—Lane decía que los paletos nunca la ven.

—No, solo se aparece después de cerrar. La ven sobre todo los Ayudantes Felices del turno del cementerio, pero conozco al menos a un inspector de seguridad de Raleigh que afirma que el fantasma existe, y lo sé porque una vez tomamos una copa juntos en el Sand Dollar. El inspector en cuestión me contó que se la encontró plantada al lado de la vía durante su recorrido. Pensó que era un muñeco nuevo hasta que levantó las manos hacia él, así.

La señora Shoplaw extendió las manos con las palmas hacia arriba en un gesto suplicante.

—Decía que sintió que la temperatura caía diez grados. Una bolsa fría, lo llamó. Cuando se volvió para echar un vistazo, la joven había desaparecido.

Pensé en Lane, con sus vaqueros ajustados, las botas gastadas y el bombín ladeado. *¿Te ha soltado una verdad o una patraña?*, había preguntado. *¿En vivo o en Memorex?* Para mí, la historia del fantasma de Linda Gray era casi con toda certeza una gilipollez, pero abrigaba la esperanza de que no lo fuera. Abrigaba la esperanza de verla. Sería una gran experiencia que contarle a Wendy; en aquellos días, todos mis pensamientos me conducían a ella. Si me compraba una camisa, ¿le gustaría a Wendy? Si escribía un relato sobre una muchacha a la que besan por primera vez a lomos de un caballo, ¿lo disfrutaría Wendy? Si veía el fantasma de una chica asesinada, ¿le fascinaría a Wendy? ¿Lo suficiente para que quisiera venir a verlo por sí misma?

—Hubo un artículo posterior en el *Post-Courier* de Charleston unos seis meses después del asesinato —prosiguió la señora Shoplaw—. Resulta que, desde 1961, se habían producido cuatro muertes similares en Georgia y en las dos Carolinas. Todas chicas jóvenes. Una apuñalada, las otras tres degolladas. El reportero sacó a la luz que al menos un policía sospechaba que todas ellas podrían haber sido víctimas del hombre que mató a Linda Gray.

—¡Cuidado con el Asesino de la Casa Embrujada! —dije con voz grave de locutor de anuncios.

—Ese es exactamente el nombre que le dieron en el periódico. Vaya si tenías hambre, ¿eh? Solo te ha faltado comerte el bol. Ahora mejor será que me extiendas ese cheque y salgas pitando a la estación de autobuses, o acabarás pasando la noche en mi sofá.

La verdad, parecía bastante cómodo, pero estaba ansioso por regresar al norte. Quedaban dos días de las vacaciones de primavera y después volvería a pasearme por la facultad con un brazo alrededor de la cintura de Wendy Keegan.

Saqué mi talonario, lo rellené a toda prisa, y de ese modo alquilé un apartamento de una habitación con una encantadora vista del océano que Wendy Keegan —mi amiguita— jamás tuvo ocasión de admirar. Fue en aquella habitación donde algunas noches me sentaba y encendía mi estéreo, con el volumen bajo, y escuchaba a Jimi Hendrix y a los Doors, y acariciaba aquellas esporádicas ideas suicidas. Ideas más pueriles que serias, tan solo las fantasías de un hombre joven excesivamente imaginativo enfermo del corazón... o eso me digo ahora a mí mismo, todos estos años después, pero ¿quién puede saberlo realmente?

En lo que concierne al pasado, *todo el mundo* escribe ficción.



Intenté contactar con Wendy desde la estación de autobuses, pero su madrastra me dijo que había salido con Renee. Probé de nuevo cuando el autobús llegó a Wilmington, pero seguía fuera. Le pregunté a Nadine —la madrastra— si tenía alguna idea de dónde podrían haber ido. Me contestó que no. Sonaba como si mi llamada fuera la menos interesante que hubiera recibido en todo el día. Quizá en todo el año. Quizá en toda su vida. Me llevaba bastante bien con el padre de Wendy, pero Nadine Keegan nunca fue una de mis mayores fans.

Por fin, estando ya en Boston, conseguí hablar con Wendy. Tenía voz de dormida, aunque solo eran las once, la hora cumbre de la noche para la mayoría de los universitarios durante las vacaciones de primavera. Le conté que me habían dado el trabajo.

—Hurra por ti —dijo ella—. ¿Estás de camino a casa?

—Sí, en cuanto monte en el coche. —Y si no tenía un neumático desinflado. En aquellos días, circulaba con gomas gastadas y siempre había alguna que parecía a punto de reventar en cualquier instante. ¿Una rueda de repuesto, preguntas? Muy gracioso, *señor*—. Podría pasar la noche en Portsmouth en vez de ir directamente a casa, y así te veo mañana si...

—No sería buena idea. Renee se va a quedar aquí esta noche y esa es prácticamente toda la compañía que admite Nadine. Ya sabes lo *sensible* que es con las visitas.

Con algunas visitas, quizá, pero me daba la impresión de que Nadine y Renee hacían tan buenas migas como el fuego y la madera; se pasaban el día bebiendo una taza de café tras otra y chismorreando sobre sus actores de cine favoritos como si fueran amigas íntimas, pero aquel no parecía el mejor momento para mencionarlo.

—Normalmente estaría encantada de hablar contigo, Dev, pero me estaba preparando para irme a la cama. Ren y yo hemos tenido un día ajetreado, entre

compras y... otras cosas.

No dio más detalles sobre esas otras cosas y a mí tampoco me apeteció preguntar por ellas. Otra señal de aviso.

—Te quiero, Wendy.

—Yo también te quiero. —Sonó más mecánico que apasionado. *Solo está cansada*, me dije.

Salí de Boston en dirección norte con una marcada sensación de inquietud. ¿Por su forma de expresarse? ¿Su falta de entusiasmo? No lo sabía. No estaba seguro de querer saberlo. Pero no paraba de darle vueltas. Incluso ahora, después de todos estos años, a veces le doy vueltas. Actualmente para mí no es más que una cicatriz y un recuerdo, alguien que me hirió como suelen herir las muchachas a los jovencitos de vez en cuando. Una muchacha de otra vida. A día de hoy aún no puedo evitar preguntarme dónde estuvo aquel día. Qué serían esas cosas. Y si realmente estuvo con Renee Saint Clair.

Podríamos debatir sobre cuál es la letra más escalofriante de la música pop, pero para mí es la de una canción de los primeros Beatles —de John Lennon, de hecho— que dice: «*I'd rather see you dead, little girl, than to be with another man*»<sup>[1]</sup> Podría declarar que nunca me sentí así respecto a Wendy tras nuestra ruptura, pero mentiría. Constantemente no, pero ¿pensé en ella con cierta malevolencia tras nuestra ruptura? Sí. Hubo largas noches de insomnio en las que pensaba que se merecía que le ocurriera algo malo, quizá algo verdaderamente malo, por el daño que me había causado. Me chocaba pensar de ese modo, pero a veces lo hacía. Y después pensaba en el hombre que había entrado en la Casa Embrujada con el brazo alrededor de Linda Gray, llevando puestas dos camisas. El hombre con el pájaro en la mano y una navaja de afeitar en el bolsillo.



En la primavera de 1973 —el último año de mi infancia, cuando lo analizo en retrospectiva— visualizaba un futuro en el que Wendy Keegan era Wendy Jones... o tal vez Wendy Keegan-Jones, si quería ser moderna y conservar su nombre de soltera. Me imaginaba una casa a la orilla de un lago en Maine o en New Hampshire (quizá al oeste de Massachusetts), llena del bullicio y el griterío de un par de pequeños Keegan-Jones, una casa donde yo escribía libros que no eran exactamente superventas pero sí lo suficientemente populares para vivir con holgura y —muy importante— bien valorados por la crítica. Wendy perseguía su sueño de abrir una pequeña boutique (también bien valorada) y yo impartía algunos seminarios de escritura creativa, de esos que se disputan los estudiantes talentosos. Nada de esto ocurrió, por supuesto, así que resultó apropiado que la

última vez que estuvimos juntos como pareja fuera en el despacho del profesor George B. Nako, un hombre que nunca existió.

En el otoño de 1968, los alumnos que regresaban a la Universidad de New Hampshire descubrieron el «despacho» del profesor Nako bajo las escaleras, en el sótano del pabellón Hamilton Smith. El cuarto estaba empapelado con diplomas falsos, acuarelas extravagantes etiquetadas como arte albano y planos de asientos con nombres tales como Elizabeth Taylor, Robert Zimmerman y Lyndon Beans Johnson garabateados a lápiz en los recuadros. Había también colgados diversos trabajos de estudiantes que nunca existieron. Recuerdo uno que se titulaba «Las estrellas sexuales de Oriente». Otro se llamaba «Los primeros poemas de Cthulhu: análisis». Había tres ceniceros de pie. Un letrero pegado con cinta adhesiva en la parte inferior de las escaleras rezaba: EL PROFESOR NAKO DICE: «¡LA LÁMPARA DE FUMAR SIEMPRE ESTÁ ENCENDIDA!». Había un par de sillas baratas destartaladas y un sofá igualmente hecho polvo, muy práctico para los estudiantes que acudieran en busca de un sitio cómodo donde enrollarse.

El miércoles anterior a mi último examen final fue inusualmente caluroso y húmedo para la época del año. A la una de la tarde empezaron a aparecer cumulonimbos y alrededor de las cuatro, la hora a la que Wendy había accedido a reunirse conmigo en el «despacho» clandestino de George B. Nako, se abrieron los cielos y empezó a diluviar. Fui el primero en llegar. Wendy apareció cinco minutos después, empapada hasta los huesos pero de muy buen humor. Gotas de agua centelleaban en su pelo. Se arrojó a mis brazos y se contoneó contra mí, riendo. Retumbó un trueno; las pocas luces colgantes del lúgubre pasillo del sótano parpadearon.

—Abrázame, abrázame, abrázame —pidió—. ¡Qué fría está la lluvia!

Yo la calenté a ella y ella me calentó a mí. Y en un abrir y cerrar de ojos estábamos enredados en el desvencijado sofá, mi mano izquierda ahuecada sobre su pecho sin sujetador, la derecha por debajo de la falda acariciando seda y encaje. Wendy dejó que mi mano permaneciera allí un minuto o dos y luego se incorporó, se apartó de mí y se atusó el pelo.

—Ya basta —dijo con remilgo—. ¿Y si entra el profesor Nako?

—No lo creo muy probable, ¿y tú?

Yo sonreía, pero por debajo del cinturón sentía un latido familiar. A veces Wendy lo aliviaba —se había convertido en una experta de lo que solíamos llamar «manualidades con pantalones»—, pero no creía que aquel fuera a ser uno de esos días.

—Pues una de sus estudiantes fue a suplicarle desesperada un aprobado —repuso—. «Por favor, profesor Nako, porfavor-porfavor-porfavor, haré cualquier cosa.»

Aquello tampoco era probable, pero el riesgo de ser interrumpidos era alto, ella tenía razón. Los estudiantes siempre se estaban dejando caer para colgar nuevos trabajos en plan coña o más muestras de arte albano recién pintadas. El sofá invitaba a un revolcón, aunque el local no. En otro tiempo quizá, pero no desde que el rincón bajo las escaleras se convirtiera en una especie de punto de referencia mítico para los alumnos de la facultad de humanidades.

—¿Cómo te ha ido el final de sociología? —le pregunté.

—Bien. Dudo que saque un sobresaliente, pero sé que he aprobado y con eso me vale. Sobre todo porque es el último. —Se estiró, y sus dedos tocaron el zigzag de las escaleras por encima de nosotros, ensalzando sus pechos de forma aún más cautivadora—. Me largo dentro de... —miró el reloj— exactamente una hora y diez minutos.

—¿Con Renee?

No sentía mucha simpatía por la compañera de cuarto de Wendy, pero no era tan tonto como para reconocerlo. La única vez que lo hice, Wendy y yo tuvimos una breve y amarga discusión en la que me acusó de intentar controlar su vida.

—Correcto, señor. Me dejará en casa de papá y mi madrastra. Y dentro de una semana seremos oficialmente empleadas de Filene's.

Por entonación parecía que las dos habían conseguido trabajo como botones en la Casa Blanca, pero también guardé silencio. Tenía otras preocupaciones.

—¿Sigues en pie lo de venir el sábado a Berwick?

El plan consistía en que ella llegara por la mañana, pasara el día allí, y se quedara por la noche. Dormiría en el cuarto de invitados, por supuesto, pero su puerta solo distaba una docena de pasos de la mía. Teniendo en cuenta que tal vez no volveríamos a vernos hasta en otoño, la posibilidad de que sucediera «eso» era muy alta, creía yo. Sí, claro, también los niños pequeños creen en Santa Claus y los novatos de la UNH se tiraban a veces un semestre entero creyendo que George B. Nako era un profesor de verdad que impartía un curso de literatura inglesa.

—Desde luego —Miró alrededor y, al no ver a nadie, deslizó una mano por mi muslo. Cuando alcanzó la entrepierna de mis vaqueros, tiró suavemente de lo que encontró allí—. Tú, ven aquí.

Así que, después de todo, recibí mi trabajo manual con pantalones. Fue una de sus mejores ejecuciones, lenta y rítmica. Retumbaban los truenos y en algún momento el suspiro de la lluvia dio paso a un golpeteo fuerte y hueco al convertirse en granizo. Al final apretó, alargando y prolongando el placer de mi orgasmo.

—Asegúrate de que te mojas bien cuando vuelvas a tu cuarto, o el mundo entero sabrá exactamente lo que hemos estado haciendo aquí abajo. —Se puso en

pie de un salto—. Tengo que irme, Dev. Todavía me quedan algunas cosas que meter en la maleta.

—Te recogeré el sábado a mediodía. Mi padre va a cocinar su famoso estofado de pollo para cenar. ¿Vale?

Repitió una vez más «Desde luego»; como ponerse de puntillas para besarme, era una marca registrada Wendy Keegan. Sin embargo, la noche del viernes recibí una llamada suya para comunicarme que Renee había cambiado de planes y que se irían a Boston dos días antes.

—Lo siento, Dev, pero es mi transporte.

—Hay autobuses —repliqué, aunque sabía que no iba a funcionar.

—Se lo prometí, cariño. Y tenemos entradas para *Pippin* en el Imperial. El padre de Renee nos las consiguió, en plan sorpresa. —Silencio—. Alégrate por mí. Tú te vas hasta Carolina del Norte y yo me alegro por ti.

—Me alegro —repuse—. A sus órdenes.

—Eso está mejor. —Bajó la voz y habló en tono confidencial—: La próxima vez que estemos juntos, te lo compensaré. Prometido.

Jamás cumplió esa promesa pero tampoco necesitó romperla, porque nunca vi a Wendy Keegan después de aquel día en el «despacho» del profesor Nako. Ni siquiera hubo una última llamada telefónica llena de lágrimas y acusaciones. Ese fue un consejo de Tom Kennedy (llegaremos a él pronto), y probablemente bueno. Puede que Wendy hubiera estado esperando esa llamada, quizá incluso la deseara. En ese caso, se sentiría decepcionada.

Espero que sí. Después de todos estos años, tras haber dejado atrás aquellas antiguas fiebres y delirios, aún espero que sí.

El amor deja cicatrices.



Jamás produje los libros con los que soñaba, esos que serían casi superventas y recibirían buenas críticas, pero me gano bien la vida como escritor y agradezco lo que se me ha concedido; hay miles de personas que no tienen tanta suerte. He ido ascendiendo de forma paulatina por la escalera salarial hasta donde estoy ahora, trabajando en *Commercial Flight*, una publicación periódica de la que probablemente nunca hayas oído hablar.

Un año después de que asumiera el cargo de editor jefe, me encontré de vuelta en el campus de la UNH. Asistía a un simposio de dos días sobre el futuro de las revistas en el siglo XXI. Durante uno de los descansos del segundo día, en un arrebato, me acerqué al pabellón Hamilton Smith y eché una ojeada bajo las escaleras del sótano. Los ensayos, las disposiciones de asientos de famosos y las muestras de arte albano habían desaparecido. También las sillas, el sofá y los



ceniceros de pie. No obstante, *alguien* se acordaba. Pegado con cinta adhesiva en la parte inferior de las escaleras, donde en otro tiempo había un cartel proclamando que la lámpara de fumar siempre estaba encendida, divisé una hoja de papel con una única línea escrita en ordenador con una letra tan pequeña que tuve que acercarme y ponerme de puntillas para poder leerla:

*El profesor Nako enseña ahora en la Escuela Hogwarts de Magia y Brujería.*

Bueno, ¿por qué no? ¿Por qué no, joder?

En cuanto a Wendy, vete a saber. Supongo que podría recurrir a Google, esa bola mágica del siglo XXI, para localizar y averiguar si alguna vez realizó su sueño de ser dueña de una boutique exclusiva, pero ¿con qué propósito? El pasado pasado está. Borrón y cuenta nueva. Y tras mi estancia en Joyland (playa abajo de una ciudad llamada Heaven's Bay, no lo olvidemos), mi corazón roto me parecía mucho menos importante. Mike y Annie Ross tuvieron gran parte de culpa.



Mi padre y yo terminamos cenando su famoso estofado de pollo sin la presencia de un tercer comensal, lo que probablemente le parecía bien a Timothy Jones; aunque procuraba ocultarlos por respeto a mí, sabía que sus sentimientos hacia Wendy eran más o menos los mismos que los míos hacia su amiga Renee. En aquella época lo achacaba a que se sentía un poco celoso del lugar que ocupaba Wendy en mi vida. Ahora creo que mi padre la veía a Wendy más claramente que yo, aunque no pondría la mano en el fuego; nunca hablamos de ello. No estoy seguro de que los hombres sepan hablar de mujeres de manera coherente.

Después de cenar y lavar los platos, nos sentamos en el sofá, bebimos cerveza, comimos palomitas y vimos una película en la que Gene Hackman interpretaba a un duro policía con una extraña obsesión fetichista por los pies. Echaba de menos a Wendy (en aquel momento probablemente estaría escuchando a la compañía *Pippin* cantando «Spread a Little Sunshine»), pero un escenario con solo dos tíos tiene sus ventajas, como tirarse pedos y eructos sin intentar disimularlo.

Al día siguiente —el último en casa— fuimos a pasear por las vías del tren en desuso que atravesaban el bosque detrás de la casa donde crecí. La regla invariable de mi madre había sido que mis amigos y yo debíamos mantenernos alejados de aquellas vías. El último tren de mercancías de la GS&WM había pasado diez años antes y las hierbas crecían entre los oxidados raíles, pero eso no suponía diferencia alguna para mamá. Estaba convencida de que si jugábamos allí, un último tren (llámalo el Especial Devorador de Niños) se arrojaría sobre

nosotros como una bala y nos convertiría en papilla. Sin embargo, fue ella la atropellada por un tren imprevisto: cáncer metastásico de mama a los cuarenta y siete. Un puto expreso.

—Echaré de menos tenerte por aquí este verano —dijo mi padre.

—Yo también te echaré de menos.

—¡Ah! Antes de que se me olvide. —Se llevó la mano al bolsillo de la camisa y sacó un cheque—. Asegúrate de que lo primero que haces es abrir una cuenta e ingresarlo. Pídeles que aceleren la autorización si pueden.

Estudié la cantidad: no los quinientos que le había pedido, sino mil.

—Papá, ¿puedes permitirte esto?

—Sí, principalmente porque has conservado tu trabajo en el Commons y eso me ha ahorrado tener que poner la diferencia. Considéralo una paga extra.

Le di un beso en la mejilla, que rascaba. Esa mañana no se había afeitado.

—Gracias.

—Hijo, sabes de sobra que no tienes que darlas. —Sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó los ojos prosaicamente, sin avergonzarse—. Perdona por las lágrimas. Es duro cuando tus hijos se marchan. Algún día lo descubrirás por ti mismo, pero con suerte tendrás a una buena mujer que te haga compañía cuando se hayan ido.

Me acordé de la señora Shoplaw diciendo: *Los hijos son todo un riesgo*.

—Papá, ¿estarás bien?

Devolvió el pañuelo al bolsillo y me obsequió con una amplia sonrisa, radiante y natural.

—Llámame de vez en cuando y lo estaré. Y no dejes que te pongan a trepar por una de esas condenadas montañas rusas.

La idea sonaba en realidad emocionante, pero asentí.

—Y... —Pero nunca llegué a oír lo que pretendía decir a continuación, ya fuera consejo o advertencia. Apuntó con el dedo—. ¡Mira eso!

Cinco metros por delante de nosotros, un ciervo había salido del bosque. Pasó con delicadeza por encima del raíl oxidado hasta el lecho de traviesas, donde las hierbas y las varas de oro eran tan altas que le rozaban los costados. Se detuvo allí, observándonos con tranquilidad, con las orejas tiesas. Lo que recuerdo de aquel momento es el silencio. Ni pájaros cantando, ni aviones zumbando en el cielo. Si mi madre se hubiera encontrado con nosotros, habría cogido la cámara y se habría puesto a sacar fotos como una loca. Pensar en ella hizo que la añorara como no lo había hecho en años.

Le di a mi padre un rápido y feroz abrazo.

—Te quiero, papá.

—Lo sé —dijo él—. Lo sé.

Cuando volví a mirar, el ciervo se había ido. Un día después, yo también.



Al regresar a la casona gris al final de Main Street en Heaven's Bay, el letrero fabricado con conchas había sido descolgado y puesto a buen recaudo, porque la señora Shoplaw tenía la casa completa para el verano. Bendije a Lane Hardy por aconsejarme que me asegurara un sitio donde vivir. Las tropas estivales de Joyland habían arribado y todas las casas de huéspedes de la ciudad estaban completas.

Compartía el primer piso con Tina Ackerley, la bibliotecaria. La señora Shoplaw había alquilado las habitaciones de la segunda planta a una esbelta pelirroja estudiante de arte llamada Erin Cook y a un fornido universitario de Rutgers llamado Tom Kennedy. Erin, que había asistido a cursos de fotografía tanto en el instituto como en Bard, había sido contratada como Chica Hollywood. En cuanto a Tom y a mí...

—Asistentes Felices —dijo él—. Un empleado general, en otras palabras. Eso es lo que marcó ese tal Fred Dean en mi solicitud. ¿Y tú?

—Lo mismo —respondí—. Creo que quiere decir que somos una especie de conserjes.

—Lo dudo.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque somos blancos —contestó, y aunque tuvimos nuestra ración de tareas de limpieza, resultó que tenía gran parte de razón.

La cuadrilla de mantenimiento —veinte hombres y más de treinta mujeres que vestían monos con parches de Howie el Perro Feliz cosidos en los bolsillos del pecho— estaba formada en su totalidad por haitianos y dominicanos, casi con toda certeza indocumentados. Vivían en su propia aldea a quince kilómetros tierra adentro y los transportaban en un par de autobuses escolares retirados. Tom y yo cobrábamos cuatro dólares por hora; Erin, un poco más. Sabe Dios cuánto ganarían los limpiadores. Estaban explotados, por supuesto, y decir que había trabajadores indocumentados por todo el sur del país en situaciones mucho peores no lo excusa, ni señalar que fue hace cuarenta años. Eso sí: nunca tenían que ponerse las pieles. Tampoco Erin. Tom y yo, sí.



La noche anterior a nuestro primer día de trabajo, estábamos los tres sentados en el salón de *Maison* Shoplaw, conociéndonos mutuamente y especulando sobre lo que nos depararía el verano. Mientras hablábamos, la luna se elevó sobre el

Atlántico, tan tranquilamente hermosa como el ciervo que mi padre y yo vimos plantado en las viejas vías del ferrocarril.

—Es un parque de atracciones, por el amor de Dios —dijo Erin—. No puede ser muy duro.

—Para ti es fácil decirlo —replicó Tom—. Nadie espera de ti que limpies a manguerazos las Whirly Cups después de que cada uno de los críos de la patrulla 18 de los Scouts Lobatos vomite la comida en pleno viaje.

—Arrimaré el hombro donde haga falta —dijo ella—. Si aparte de sacar fotos eso incluye limpiar vomitonas, que así sea. Necesito este trabajo. Tengo la escuela de posgrado en las narices y estoy exactamente a dos pasos de la ruina.

—Tendríamos que intentar que nos pongan a los tres en el mismo equipo —sugirió Tom. (Y resultó que fue así. Todos los equipos de trabajo de Joyland se designaban con nombres de razas caninas; el nuestro se llamaba Equipo Beagle.)

Justo entonces Emmalina Shoplaw entró en el salón sosteniendo una bandeja con cinco copas de champán. La señorita Ackerley, una mujer delgada como un espárrago con unas gafas enormes que le conferían un aire a lo Joyce Carol Oates, venía a su lado, botella en mano. Tom Kennedy se animó.

—¿Eso que veo es ginger ale francés? Parece demasiado elegante para ser vino peleón.

—Es champán —dijo la señora Shoplaw—, aunque si estás esperando *Moet et Chandon*, joven señor Kennedy, te vas a llevar una decepción. No es Cold Duck, pero tampoco es de los caros.

—No puedo hablar por mis nuevos colaboradores —dijo Tom—, pero como alguien que ha educado su paladar con Apple Zapple, no creo que me decepcione.

La señora Shoplaw esbozó una sonrisa.

—Siempre marco el inicio del verano de esta manera, para que traiga buena suerte. Parece que funciona. Todavía no he perdido a ningún empleado temporal. Tomad una copa cada uno, por favor. —Hicimos lo que nos pidió—. Tina, ¿harías el favor de servir?

Cuando las copas estuvieron llenas, la señora Shoplaw alzó la suya y nosotros las nuestras.

—Por Erin, Tom y Devin —propuso—. Que disfruten de un verano maravilloso y se pongan las pieles solo cuando la temperatura esté por debajo de los veinticinco grados.

Chocamos las copas y bebimos. Quizá no fuera champán del caro, pero sí bastante bueno, y quedó lo suficiente para tomar otro trago. Esta vez fue Tom quien propuso el brindis.

—Por la señora Shoplaw, que nos proporciona cobijo de la tormenta.

—Vaya, gracias, Tom, eso ha sido muy bonito, pero no te voy a hacer ningún descuento en el alquiler.

Bebimos. Dejé mi copa sintiéndome una pizquita mareado.

—¿Qué es eso de ponerse las pieles? —pregunté.

La señora Shoplaw y la señorita Ackerley intercambiaron una mirada y sonrieron. Fue la bibliotecaria quien respondió, aunque aquello no era para nada una respuesta.

—Ya lo descubrirás —dijo.

—No os quedéis levantados hasta tarde, muchachos. El despertador sonará temprano —advirtió la señora Shoplaw—. Vuestra carrera en el mundo del espectáculo aguarda.



El despertador *sonó* temprano: a las siete de la mañana, dos horas antes de que el parque abriera sus puertas a otro verano. Fuimos los tres juntos andando por la playa. Tom habló casi todo el camino. No cesaba de hablar, lo cual habría resultado insoportable si no hubiera sido tan divertido e incansablemente alegre. Por la forma en que lo miraba Erin (caminando por el agua con las zapatillas colgando de los dedos de su mano izquierda) vi que estaba encantada y fascinada. Envidié a Tom por su facilidad para hacer eso. Era corpulento y estaba al menos tres niveles por debajo de lo que se considera guapo, pero irradiaba energía y poseía el don de la labia, del que yo tristemente carecía. ¿Recuerdas aquel chiste de la joven aspirante a estrella que era tan despistada que se folló al guionista?

—Tíos, los dueños de esas chabolas, ¿cuánta pasta creéis que tendrán? —preguntó, haciendo un gesto con el brazo hacia las casas en Beach Row. Estábamos pasando por delante de la grande y verde que parecía un castillo, pero aquel día no había señal de la mujer ni del niño de la silla de ruedas. Annie y Mike Ross salían más tarde.

—Seguro que millones —dijo Erin—. No son los Hamptons, pero como dice mi padre, tampoco son hamburguesas.

—El parque de atracciones posiblemente baje un poco el precio de las propiedades —comenté. Estaba mirando los tres puntos de referencia más característicos, cuya silueta se recortaba contra el cielo azul matutino: la Thunderball, el Delirium Shaker, la Carolina Spin.

—Bah, tú no entiendes la actitud de los ricachones —dijo Tom—. Es como cuando se cruzan con un vagabundo que pide limosna en la calle. Simplemente lo borran de su campo de visión. ¿Vagabundo? ¿Qué vagabundo? Y ese parque es lo mismo: ¿qué parque? Los dueños de esas casas viven como en otro plano de existencia. —Se detuvo, protegiéndose los ojos del sol con la mano y mirando

hacia la casa victoriana de color verde que jugaría un papel tan importante en mi vida aquel otoño, después de que Erin Cook y Tom Kennedy, ya pareja para entonces, hubieran vuelto a la universidad—. Esa va a ser mía. Espero tomar posesión el... mmm... 1 de junio de 1987.

—Yo traeré el champán —dijo Erin, y los tres nos echamos a reír.



Aquella mañana vi al grupo completo de contrataciones estivales en un único sitio por primera y última vez. Nos congregamos en el Auditorio Surf, la sala de conciertos donde actuaban todos aquellos viejos roqueros y cantantes de country de segunda fila. Sumábamos cerca de doscientos. La mayoría, como Tom, Erin y yo, éramos universitarios dispuestos a trabajar por una miseria. Algunos de los empleados fijos también estaban allí. Divisé a Rozzie Gold, vestida para la función con sus prendas gitanas y sus pendientes de aro. Lane Hardy estaba en el escenario colocando un micro en el podio, y a continuación comprobó su funcionamiento con una serie de golpes secos con el dedo. Su bombín se hallaba presente y listo para rendir cuentas, ladeado formando su habitual ángulo impecable. No sé cómo me distinguió en aquel remolino de gente, pero me vio y esbozó un leve saludo tocándose el ala inclinada del sombrero. Le devolví el saludo.

Acabada su tarea, asintió con la cabeza, saltó del escenario y ocupó el asiento que Rozzie le reservaba. Fred Dean salió de entre bastidores caminando con paso enérgico.

—Sentaos, por favor, que todo el mundo se siente. Antes de asignar los equipos, el dueño de Joyland, vuestro patrón, querría deciros unas palabras. Por favor, demos un aplauso al señor Bradley Easterbrook.

Obedecimos y un anciano emergió de entre bastidores, con el típico andar cauto y de paso alto de quien tiene un problema de cadera, de espalda o de ambas partes. Era alto y sorprendentemente delgado, e iba vestido con un traje negro que le confería un aspecto más propio de un enterrador que de dueño de un parque de atracciones. Su rostro era alargado, pálido y estaba cubierto de bultos y lunares. Afeitarse debía de ser una tortura para él, pero había conseguido un buen apurado. El pelo, cuyo color ébano seguramente había salido de un frasco, estaba peinado hacia atrás y profundas arrugas surcaban su frente. Se plantó junto al podio, con sus enormes manos —parecían no ser más que nudillos— entrelazadas ante él. Tenía los ojos hundidos en unas cuencas abolsadas.

La vejez miró a la juventud, y el aplauso de esta se debilitó primero y murió después.



No estoy seguro de qué esperábamos; posiblemente un lúgubre vozarrón advirtiéndonos de que la Muerte Roja pronto impondría su dominio sobre todos. Entonces sonrió y su rostro se iluminó como una gramola. Casi se pudo oír un suspiro de alivio susurrando entre los empleados estivales. Más adelante descubrí que ese verano Bradley Easterbrook cumplió noventa y tres años.

—Muchachos —dijo—, bienvenidos a Joyland.

Y entonces, antes de situarse detrás del podio, nos dedicó una auténtica reverencia. Tardó varios segundos en ajustar el micrófono, que produjo una serie de chirridos y carraspeos amplificadas. En ningún momento de este proceso apartó sus ojos hundidos de nosotros.

—Veo muchas caras que repiten, algo que siempre me alegra. Para los primerizos, espero que este sea el mejor verano de su vida, la vara de medir con la que juzguen todos sus futuros empleos. Es sin duda un deseo extravagante, pero cualquiera que dirija un sitio como este año sí y año también debe poseer una vena de extravagancia. Con certeza jamás tendrán ustedes otro trabajo como este.

Nos inspeccionó, retorciendo una vez más el cuello articulado del pobre micrófono.

—Dentro de un momento, el señor Dean y la señora Brenda Rafferty, que es la reina de las oficinas centrales, les indicarán a qué equipo se les ha destinado. Cada uno estará formado por siete personas, y se espera de ustedes que actúen como un equipo y trabajen como tal. Sus tareas les serán asignadas por el líder de su equipo y variarán de una semana a otra, a veces de un día para otro. Si la variedad es la salsa de la vida, encontrarán ustedes los próximos tres meses muy sabrosos. Confío en que tengan siempre presente una idea principal, damas y caballeros. ¿Lo harán?

Hizo una pausa como si esperara de nosotros una respuesta, pero nadie emitió el menor sonido. Nos limitábamos a mirarle, un anciano con traje negro y camisa blanca abierta en el cuello. Cuando volvió a hablar, podría haber estado dirigiéndose a sí mismo, al menos al principio.

—Este es un mundo hecho añicos, lleno de guerras y crueldad y tragedias sin sentido. Todos los seres humanos que lo habitan han recibido su ración de desdicha y de noches en vela. Aquellos de ustedes que aún no lo sepan lo sabrán con el tiempo. Teniendo en cuenta estos tristes pero innegables hechos de la condición humana, este verano ustedes han sido obsequiados con un inestimable regalo: están aquí para vender diversión. A cambio de los dólares que con tanto esfuerzo han ganado sus clientes, ustedes repartirán alegría. Los niños se irán a casa y soñarán con lo que han visto aquí y lo que han hecho aquí. Espero que recuerden eso cuando el trabajo sea duro, que lo será a veces, o cuando la gente sea grosera, que lo será a menudo, o cuando sientan que nadie ha apreciado sus

esfuerzos. Este es un mundo diferente, un mundo que posee sus propias costumbres y su propio lenguaje, que nosotros llamamos simplemente el Habla. Su aprendizaje empieza hoy aquí, y mientras aprenden a hablar el Habla, aprenderán a caminar el camino. No voy a explicarles eso, porque no puede explicarse; tiene que aprenderse.

Tom se inclinó hacia mí y susurró:

—¿Hablar el habla? ¿Caminar el camino? ¿Nos hemos colado en una reunión de Alcohólicos Anónimos?

Le mandé callar. Había entrado allí esperando que me recitaran una lista de mandamientos, en su mayor parte *no harás esto, no harás lo otro*; en cambio, me habían recitado una especie de poesía tosca y me hallaba encantado. Bradley Easterbrook nos inspeccionaba, y de repente exhibió aquella dentadura equina dedicándonos otra amplia sonrisa lo bastante grande como para tragarse el mundo. Erin Cook lo miraba fijamente, embelesada. Al igual que a la mayoría de los nuevos empleados estivales. Lo contemplaban como los estudiantes contemplan a un profesor que ofrece una nueva y posiblemente maravillosa manera de observar la realidad.

—Espero que disfruten de su trabajo aquí, pero cuando no sea así, cuando, por ejemplo, les llegue el turno de ponerse las pieles, procuren recordar lo privilegiados que son. En un mundo triste y oscuro, somos una islita de felicidad. Muchos de ustedes ya habrán planeado su vida: esperan ser médicos, abogados... qué se yo... políticos...

—¡POR DIOS, NO! —exclamó alguien, provocando la carcajada general.

Habría jurado que era imposible que la sonrisa de Easterbrook pudiera ensancharse aún más, pero lo hizo. Tom movía la cabeza de lado a lado, pero también se había rendido.

—Vale, ya lo pillo —me susurró al oído—. Ese fulano es el Cristo de la Diversión.

—Ustedes tendrán vidas interesantes y fructíferas, mis jóvenes amigos. Harán muchas cosas buenas y vivirán muchas experiencias notables. Pero espero que siempre recuerden su etapa en Joyland como algo especial. Nosotros no vendemos muebles. Nosotros no vendemos coches. Nosotros no vendemos tierras ni casas ni fondos de pensiones. No tenemos una agenda política. Nosotros vendemos diversión. Jamás lo olviden. Gracias por su atención. Ahora, márchense.

Bajó del podio, nos dedicó otra reverencia y abandonó el escenario con el mismo andar doloroso de paso alto. Había desaparecido casi antes de que se iniciara el aplauso. Fue uno de los mejores discursos que he oído jamás, porque tenía más de verdad que de patraña. Quiero decir, escucha: ¿cuántos paletos pueden poner en sus currículums: *vendí diversión durante tres meses en 1973*?

Los líderes de equipo eran empleados veteranos de Joyland que trabajaban en el circuito de ferias cuando acababa la temporada alta. Muchos estaban, además, en el Comité de Servicios del Parque, lo que significaba que tenían que lidiar con las regulaciones federales y estatales (muy vagas en 1973) y eludir las quejas de los clientes. Aquel verano la mayoría de ellas estaban relacionadas con la nueva política antitabaco.

El jefe de nuestro equipo era un tipo lleno de vida llamado Gary Allen, un hombre de setenta y pico años que dirigía la Galería de Tiro de Annie Oakley. Ninguno de nosotros la volvió a llamar así después del primer día. En el Habla, una caseta de tiro era una tómbola de escopetas, y Gary recibía el nombre de agente. Los siete integrantes del Equipo Beagle nos reunimos con él en su barraca, donde estaba disponiendo los rifles sujetándolos con cadenas. Mi primera tarea oficial en Joyland, junto con Erin, Tom y el resto del equipo, fue colocar los premios en los estantes. Los que ocupaban el puesto de honor eran los enormes peluches que prácticamente nadie ganaba nunca... aunque, según nos explicó Gary, procuraba dar por lo menos uno cada noche cuando el rebaño se calentaba.

—Me gustan los marcados —dijo el viejo—. Anda que no. Y los marcados que más me gustan son los puntazos, y con eso me refiero a las chicas guapas, y los puntazos que más me gustan son las que llevan escote y se doblan hacia delante para tirar así.

Agarró un rifle del calibre 22 modificado para disparar balines de aire comprimido (también se había manipulado para producir un fuerte y satisfactorio pum al apretar el gatillo) y se inclinó hacia delante para hacer una demostración.

—Si eso lo hace un tío, les aviso que están cruzando la línea. ¿A los puntazos? Jamás.

—No veo ninguna línea, señor Allen —dijo Ronnie Houston, un muchacho de aspecto nervioso con gafas y una gorra de la Universidad del Estado de Florida.

Gary lo miró, apoyando los puños sobre sus inexistentes caderas. Sus vaqueros parecían mantenerse arriba desafiando la gravedad.

—Escucha, hijo. Te voy a decir tres cosas. ¿Estás listo?

Ronnie asintió. Daba la impresión de querer ponerse a tomar apuntes. También parecía que quisiera esconderse detrás del resto de nosotros.

—Lo primero. Puedes llamarme Gary o Pops o ven aquí viejo hijoputa, pero no soy ningún maestro de escuela, así que nada de señor. Lo segundo. No quiero volver a verte en la cabeza esa puta gorra de colegial. Lo tercero. La línea está donde yo diga que esté cada noche, y puedo hacerlo porque está en mi *meeeeente*. —Se dio un golpecito en una sien hundida y llena de venas nudosas para dejar bien claro este punto y después señaló con la mano los premios, los blancos y el

mostrador donde los condes (los paletos) aflojaban la gallina—. Esto está todo en mi *meeeeente*. *El tiro es mental*. ¿Lo pillas?

Ronnie no lo entendía, pero asintió enérgicamente.

—Y ahora quítate de inmediato ese zurullo de gorra. Consíguete una visera de Joyland o un perro-gorra de Howie el Perro Feliz. Apúntatela como tu primera tarea.

Ronnie se quitó la gorra de la FSU como un cohete y se la embutió en el bolsillo de atrás. Más tarde ese día —creo que en el plazo de una hora—, la reemplazó por una gorrita de Howie, que en el Habla se conocía como perro-gorra. Después de tres días de mofas y ser llamado pipiolo, salió con su nueva gorra al aparcamiento, encontró una bonita mancha de aceite, y se pasó un rato embadurnándola. Cuando se la puso de nuevo, tenía el aspecto apropiado. O casi. Ronnie Houston nunca logró tener completamente la pinta apropiada; algunas personas sencillamente están destinadas a ser novatas para siempre. Recuerdo que un día Tom se acercó a él y le sugirió que necesitaba mear un poco encima de la gorra para proporcionarle ese toque final que lo significaba todo. Cuando se dio cuenta de que Ronnie se lo tomaba en serio, Tom reculó y le dijo que sumergiéndola en el Atlántico conseguiría el mismo efecto.

Entretanto, Pops nos estaba evaluando.

—Hablando de mujeres guapas, percibo que tenemos a una entre nosotros.

Erin sonrió con modestia.

—¿Chica Hollywood, cariño?

—Eso es lo que el señor Dean dice que haré, sí.

—Entonces deberías ir a ver a Brenda Rafferty. Es la segunda al mando por aquí y también la mamá de las chicas del parque. Te dará uno de esos vestiditos verdes tan monos de tu talla. Dile que el tuyo lo quieres extracorto.

—Y una porra, viejo verde —replicó Erin, y acto seguido se unió al agente, que echó la cabeza hacia atrás y estalló en carcajadas.

—¡Ja! ¡Qué descarada! ¿Te crees que me ha hecho gracia? ¡Pues sí! Cuando no les estés sacando fotos a los condes, ven a ver a tu tío Pops y te buscaré algo que hacer... pero antes cámbiate el vestido, no vaya a ser que te lo manches de grasa o serrín. *Kapish*?

—Sí —dijo Erin, de nuevo con total profesionalidad.

Pops Allen miró su reloj.

—El parque abre dentro de una hora, muchachines, así que iréis aprendiendo a la vez que os ganáis el sueldo. Empezad por los aparatos. —Nos apuntó con el dedo uno por uno, nombrando atracciones. A mí me tocó la Carolina Spin, lo cual me agradó—. Me queda tiempo para una pregunta o dos, pero nada más. ¿Alguien tiene alguna o ya estáis listos para empezar?

Levanté la mano. Asintió con la cabeza y me preguntó el nombre.

—Devin Jones, señor.

—Vuelve a llamarme señor y estás despedido, chaval.

—Devin Jones, Pops. —Desde luego no iba a llamarle *ven aquí viejo hijoputa*, al menos no todavía. Quizá cuando nos conociéramos mejor mutuamente.

—Ahí estamos —dijo él con un asentimiento—. Aparte de esa pedazo mata de pelo rojo, ¿qué tienes en la cabeza, Jonesy?

—¿Qué significa «feriante de feriantes»?

—Significa que uno es como el viejo Easterbrook. Su padre se curró el circuito de ferias allá en los días de las tormentas negras del Cuenco de Polvo, y su abuelo se lo trabajó cuando tenían un falso espectáculo indio que presentaba al Gran Jefe Yowlatcha.

—¡Me estás *vacilando*! —exclamó Tom, casi exultante.

Pops le dirigió una mirada gélida que desarmó a Tom, tarea no siempre fácil.

—Hijo, ¿sabes lo que es la historia?

—Eh... ¿cosas que sucedieron en el pasado?

—Nanay —repuso el viejo mientras se abrochaba su cinturón de lona para dar cambio—. La historia es la mierda colectiva y ancestral de la raza humana, un enorme montón de porquería que no para de crecer. Ahora mismo nosotros estamos en la cima, pero muy pronto quedaremos enterrados bajo la caca de las generaciones venideras. Por eso las ropas de vuestros viejos parecen tan graciosas en las fotografías viejas, por citar un ejemplo. Y para ser alguien que está destinado a quedar enterrado bajo la mierda de sus hijos y nietos, creo que deberías ser un *poco* más compasivo.

Tom abrió la boca, probablemente para soltar una réplica mordaz, y acto seguido volvió a cerrarla, sabia decisión.

Habló entonces George Preston, otro miembro del Equipo Beagle.

—¿Tú eres feriante de feriantes?

—No. Mi padre era ganadero en Oregón y mis hermanos llevan ahora el rancho. Yo soy la oveja negra de la familia y, me cago en la leche, estoy orgulloso de eso. Vale, si no hay nada más, es hora de dejarnos de tonterías y ponernos a trabajar.

—¿Puedo preguntar una cosa? —intervino Erin.

—Pero solo porque eres una tía buena.

—¿Qué significa «ponerse las pieles»?

Pops Allen sonrió. Plantó las manos sobre el mostrador de su barraca.

—Dime, señorita, ¿tienes alguna idea de lo que puede significar?

—Bueno... sí.

La sonrisa se transformó en una amplia mueca burlona que mostró los colmillos amarillentos de nuestro nuevo líder de equipo.

—Entonces seguro que aciertas.



¿Que qué hice en Joyland aquel verano? De todo. Vendí entradas. Empujé un carrito de palomitas. Vendí tortitas, algodón de azúcar y un trillón de perritos calientes (que llamábamos Hound Dogs, como puede que hayas imaginado). De hecho, mi foto salió en el periódico por culpa de una de esas salchichas, aunque no fui yo quien vendió aquel desafortunado perrito; le correspondió a George Preston. Trabajé como socorrista, tanto en la playa como en el Lago de la Felicidad, la piscina cubierta adonde iba a parar el tobogán acuático Splash&Crash. Bailé coreografías con los otros integrantes del Equipo Beagle al ritmo de «Bird Dance Beat», «Does Your Chewing Gum Lose Its Flavor on the Bedpost Overnight», «Rippy-Rappy, Zippy-Zappy» y otra docena de canciones ridículas en la Villa Wiggle-Waggle, donde también cumplí condena —casi siempre felizmente— como cuidador infantil sin licencia. Allí, el grito de guerra frente a un crío que berreaba era «¡Pongamos ese ceño cabeza abajo!», y no solo me gustaba sino que además se me daba bien el papel. Fue en esta especie de guardería cuando decidí que tener hijos en algún momento del futuro era una Buena Idea real en lugar de una ilusión con aroma a Wendy.

Aprendí, al igual que el resto de los Ayudantes Felices, a correr de una punta a otra de Joyland en un santiamén, usando los callejones tras las barracas, puestos, chiringuitos, atracciones y concesiones o uno de los tres túneles de servicio conocidos como Sub-Joyland, Sub-Hound y Boulevard. Retiré basura a toneladas, transportándola por lo general en un cochecito eléctrico a través del Boulevard, un pasaje sombrío y siniestro iluminado por fluorescentes antiguos que parpadeaban y zumbaban. Incluso trabajé unas cuantas veces como pipa, cargando amplificadores y monitores cuando alguno de los cantantes se presentaba tarde y sin equipo de montaje.

Aprendía a hablar el Habla. Algunos términos —como «bolo», para designar los espectáculos gratuitos, o «adiós Larry», para un aparato estropeado— eran de pura feria y tan viejos como las montañas. Otros —como «puntazos», para las chicas guapas, y «jorobas», para los quejicas crónicos— pertenecían estrictamente a la jerga de Joyland. Supongo que cada parque posee su propia versión del Habla, pero bajo la superficie siempre es feriante de feriantes. Un «machacante» es un paleta (por lo general un «joroba») que protesta por tener que hacer cola. La última hora de la jornada (en Joyland, eso era de diez a once de la noche) se denominaba «rechazo». Un conil que pierde en una barraca y exige que le

devuelvan su dinero es una «matraca». El *donniker* es un retrete, como en «Eh, Jonesy, vete rápido al donniker del Moon Rocket. Un joroba idiota ha potado en uno de los lavabos».

Encargarse de las concesiones (los garitos o chiringuitos) nos resultaba fácil a la mayoría; en realidad, cualquiera que sepa dar el cambio está cualificado para empujar el carrito de las palomitas o trabajar en el mostrador de la tienda de regalos. Aprender a pilotar las atracciones no era mucho más difícil, pero al principio te daba pánico, porque había vidas en tus manos, muchas de ellas de niños pequeños.



—¿Qué? ¿Vienes a por tu lección? —me preguntó Lane Hardy cuando me reuní con él en la Carolina Spin—. Bien. Justo a tiempo. El parque abre dentro de veinte minutos. Lo haremos al estilo de la Marina: ver, hacer, aprender. Ahora mismo, ese chaval corpulento con el que estabas en...

—Tom Kennedy.

—Vale. Ahora mismo, Tom está aprendiendo cómo funcionan los Devil Wagons. En algún momento, seguramente hoy mismo, te enseñará a manejar los coches y tú le enseñarás a manejar la rueda. Por cierto, es una noria australiana, lo que significa que gira en sentido contrario a las agujas del reloj.

—¿Eso es importante?

—No, pero me parece interesante —dijo—. Solo hay unas pocas en el país. Tiene dos velocidades: lenta y *súuuper* lenta.

—Porque es una atracción para abuelas.

—Correctamundo.

Me hizo una demostración con la larga palanca de cambios que le había visto accionar el día que conseguí el empleo. A continuación, me obligó a tomar el mando de aquella barra con una especie de manillar de bicicleta en la parte superior.

—¿Notas el clic cuando está en marcha?

—Sí.

—Aquí es la parada. —Puso su mano sobre la mía y tiró de la palanca completamente hasta arriba. Esta vez el clic sonó más fuerte. La enorme noria se detuvo al instante y las cestas se mecieron suavemente—. ¿Me sigues hasta ahora?

—Creo que sí. Escucha, ¿no necesito un permiso o una licencia o algo para manejar este cacharro?

—Tendrás algún permiso, digo yo.

—Bueno, tengo un carnet de conducir de Maine, pero...

—En Carolina del Sur te basta con un carnet de conducir válido. Con el tiempo vendrán con más regulaciones, eso pasa siempre, pero al menos para este año te sirve. Ahora presta atención, porque aquí viene la parte más importante. ¿Ves esa franja amarilla al lado de la carcasa?

La veía. Estaba justo a la derecha de la rampa que subía hasta la atracción.

—Cada vagoneta tiene en la puerta una pegatina de Howie. Cuando veas que el perro está en línea con la raya amarilla, lo pones en parada y quedará una cesta justo por donde monta la gente. —Volvió a empujar la palanca hacia delante—. ¿Ves?

Contesté afirmativamente.

—Hasta que la noria esté contenta...

—¿Qué?

—Cargada. Contenta significa que va llena. No me preguntes por qué. Hasta que la noria esté contenta, ve alternando entre superlento y parada. Cuando la carga esté completa, que será casi todo el tiempo si tenemos una temporada buena, pasas a la velocidad lenta normal. Les das cuatro minutos. —Señaló su radio-maleta—. Ese loro es mío, pero la regla es que quien maneja el aparato controla las canciones. Nada de meter caña con rock and roll de verdad, los Who, los Stones, Led Zeppelin, cosas de ese estilo, hasta después de que se ponga el sol. ¿Entendido?

—Sí. ¿Y para dejar bajar a los pasajeros?

—Exactamente igual. Superlento, parada. Superlento, parada. Que la raya amarilla esté siempre en línea con el perro y quedará una cesta justo en la rampa. Deberías ser capaz de alcanzar diez vueltas por hora. Si la noria está cargada en cada una, eso son más de setecientos clientes, lo que viene a ser casi una D.

—¿Que es qué, en cristiano?

—Quinientos.

Lo miré indeciso.

—Pero yo no tendré que hacer esto, ¿no? Me refiero a que es tu atracción.

—Es la atracción de Brad Easterbrook, chaval. Son todas tuyas. Yo solo soy un empleado más, aunque lleve aquí unos cuantos años. Yo manejaré el montacargas la mayor parte del tiempo, pero no todo el rato. Y oye, deja de sudar. Hay ferias donde esto lo hacen moteros medio borrachos llenos de tatuajes, y si ellos son capaces, tú también.

—Si tú lo dices...

Lane apuntó con el dedo.

—Ya han abierto las puertas y aquí vienen los coniles trotando por Joyland Avenue. Quédate conmigo los tres primeros viajes. Más tarde enseñarás al resto de tu equipo, y eso incluye a tu Chica Hollywood. ¿Vale?



De vale nada; ¿se suponía que iba a subir a la gente a una altura de cincuenta metros con tan solo un tutorial de cinco minutos? Menuda locura.

Me agarró del hombro.

—Puedes hacerlo, Jonesy, así que olvídate del «si tú lo dices». Dime «vale» y punto.

—Vale —dije.

—Buen chico. —Encendió su radio, ahora conectada a un altavoz que colgaba del armazón de la noria. Los Hollies empezaron a cantar «Long Cool Woman in a Black Dress» mientras Lane sacaba un par de guantes de cuero sin curtir del bolsillo de atrás de sus vaqueros—. Y consíguete un par de estos, vas a necesitarlos. Además, será mejor que empieces a aprender a soltar el rollo. —Se agachó, agarró un micrófono de mano del omnipresente baúl naranja, se alzó un palmo y empezó a trabajarse al público.

—Hola, hola, amigos, hora de darse una vuelta, vamos, vamos, el verano no dura todo el año, asomen la cabeza allá donde el aire es rareza, aquí es donde empieza la historia, pasen y monten en la noria.

Bajó el micrófono y me dedicó un guiño.

—Este es mi rollo, más o menos; dame un par de copas y lo haré mucho mejor. Tú invéntate el tuyo.

La primera vez que manejé la noria yo solo me temblaban las manos de terror, pero hacia el final de aquella semana inicial la gobernaba como un profesional (aunque Lane decía que mi rollo dejaba mucho que desear). También aprendí a manejar las Whirly Cups y los Devil Wagons... aunque con estos últimos mi trabajo se reducía a poco más que pulsar el botón verde de INICIO, el botón rojo de PARADA y liberar los coches cuando los paletos se quedaban atascados en los parachoques de goma, lo cual ocurría cuatro veces como mínimo en cada viaje. Solo que cuando uno manejaba los Devil Wagons, no los llamaba viajes; cada vuelta era una «parranda».

Aprendí el Habla; aprendí la geografía, tanto por encima como por debajo del suelo; aprendí a pilotar los aparatos, a encargarme de las casetas y a recompensar con peluches a los puntazos. Necesité aproximadamente una semana para pillarle el tranquillo a la mayoría de las cosas y casi dos hasta que empecé a sentirme cómodo. Lo de ponerse las pieles, sin embargo, lo entendí a las doce y media de mi primer día, y fue una suerte —buena o mala— que Bradley Easterbrook estuviera por casualidad en la Villa Wiggle-Waggle a esa hora, sentado en un banco y tomando su habitual almuerzo de brotes de soja y tofu; no era precisamente una manduca típica de un parque de atracciones, pero hay que tener en cuenta que el sistema de procesamiento de alimento del hombre no se había renovado desde los días de las chicas *flapper* y la ginebra de contrabando.

Tras mi improvisada actuación como Howie el Perro Feliz, me puse las pieles muchas veces. Porque se me daba bien, ¿entiendes? Y el señor Easterbrook *sabía* que yo era bueno. Las llevaba puestas aproximadamente un mes más tarde cuando conocí a la niñita de la gorra roja en Joyland Avenue.



Aquel primer día fue una locura, de acuerdo. Manejé la Carolina Spin con Lane hasta las diez y estuve solo los noventa minutos siguientes mientras él corría de un lado a otro preparando los fuegos artificiales del día de apertura. Para entonces ya no creía que la noria fuera a funcionar mal y empezar a girar descontrolada igual que el carrusel de aquella antigua película de Alfred Hitchcock. Lo más terrible fue ver lo *confiada* que era la gente. Ni un solo padre con críos a remolque se desvió hacia mi puesto para preguntarme, preocupado, si sabía lo que estaba haciendo. No alcancé el cupo de viajes deseado —me concentraba con tanto ahínco en aquella puñetera raya amarilla que me provoqué a mí mismo una terrible jaqueca—, pero cada viaje iba cargado.

Erin vino una vez, bonita como un cuadro en su vestido verde de Chica Hollywood, y tomó fotografías de varias familias que esperaban para montar. También me hizo una a mí; todavía la conservo en alguna parte. Cuando la noria volvió a girar, me asió del brazo; tenía perlas de sudor en la frente, los labios separados en una sonrisa, los ojos brillantes.

—¿Es genial o qué? —preguntó.

—Bueno, siempre que no mate a nadie, pues sí —respondí.

—Si algún niño se cae de una cesta, tú asegúrate de atraparlo.

Y tras proporcionarme algo nuevo con lo que obsesionarme, se marchó trotando en busca de nuevos objetivos para su cámara. No eran pocos los que deseaban posar para una pelirroja preciosa en una mañana de verano. Sin embargo, tenía toda la razón: era bastante genial.

Lane regresó a eso de las once y media. En aquel momento ya me sentía lo suficientemente cómodo al mando de la atracción como para entregarle los rudimentarios controles con cierta desgana.

—¿Quién es tu jefe de equipo, Jonesy? ¿Gary Allen?

—Exacto.

—Bueno, pues vete con sus escopetas a ver si hay algo que hacer. Si tienes suerte, te mandará a comer al deshuesadero.

—¿Qué es el deshuesadero?

—Es a donde va el personal en sus ratos libres. En la mayoría de las ferias es el aparcamiento o el terreno detrás de los camiones, pero Joyland es un lujo. Hay una agradable sala de descanso donde el Boulevard conecta con el Sub-Hound.

Coge las escaleras que encontrarás entre el puesto de globos y el espectáculo de los cuchillos. Te gustará, pero ve a comer solamente si Pop te da permiso. No quiero estar en la lista negra de ese viejo cabrón. Su equipo es su equipo; yo tengo el mío. ¿Tienes una fiambarrera?

—No sabía que me hacía falta traer una.

Sonrió burlonamente.

—Ya aprenderás. Para hoy, pásate por el garito de Ernie, el sitio de pollo frito que tiene ese enorme gallo de plástico en el techo. Enséñale tu tarjeta de identificación de Joyland y te aplicará el descuento para empleados.

Terminé comiendo pollo frito en el puesto de Ernie, pero no fue hasta las dos de la tarde. Pop tenía otros planes para mí.

—Vete al taller de vestuario; es el remolque que está entre las oficinas de servicios y la carpintería. Dile a Dottie Lassen que yo te envío. Esa puñetera mujer está que revienta la faja.

—¿Quieres que antes te ayude a recargar? —La Galería de Tiro también estaba petada, el mostrador abarrotado de estudiantes de instituto ansiosos por ganar aquellos esquivos peluches. Tres filas más de paletos (así era como ya pensaba en ellos) se agolpaban detrás de los tiradores. Las manos de Pop Allen en ningún momento cesaron de moverse mientras me hablaba.

—Lo que quiero es que te largues a toda leche. Yo ya hacía esta mierda mucho antes de que tú nacieras. ¿Quién eres tú, por cierto? ¿Jonesy o Kennedy? Sé que no eres el mamarracho de la gorra de la universidad, pero aparte de eso, no me acuerdo.

—Soy Jonesy.

—Bueno, Jonesy, vas a pasar una hora edificante en la Wiggle-Waggle. En todo caso, será edificante para los críos. Para ti, puede que no tanto.

Desnudó sus amarillentos colmillos a través de una sonrisa burlona que era el sello personal de Pop Allen, aquella que le confería el aspecto de un tiburón viejo.

—Disfruta de ese traje de pieles.



El departamento de vestuario era una casa de locos, lleno de mujeres que corrían en todas direcciones. Dottie Lassen, una señora flacucha que necesitaba una faja tanto como yo unos zapatos con plataforma, se abalanzó sobre mí en el mismo instante en que atravesé la puerta. Con sus dedos de largas uñas me enganchó por la axila y me arrastró más allá de una hilera de disfraces de payasos y de vaquero, un traje enorme del Tío Sam (con zancos apoyados en la pared a su lado), un par de vestidos de princesa, un perchero de uniformes de Chica Hollywood y otro de anticuados trajes de baño de finales del siglo XIX... que,

según averigüé, estábamos condenados a lucir durante los turnos de socorrista. Al fondo de su pequeño imperio atestado había una docena de perros desinflados. Howies, de hecho, con su alegre sonrisa bobalicona del Perro Feliz, sus grandes ojos azules y sus peludas orejas en punta. Una cremallera recorría la espalda de los disfraces desde la nuca hasta la base de la cola.

—Jesús, tú eres de los grandes —dijo Dottie—. Gracias a Dios que la semana pasada remendé la XL. El último chico que se la puso la desgarró por las dos axilas. Además, tenía un agujero bajo la cola. Debía de comer mucha comida mexicana. —Descolgó apresuradamente el Howie extragrande del perchero y me lo lanzó a los brazos. La cola se enroscó en torno a mi pierna como una pitón—. Ya estás yendo a la Villa Wiggle-Waggle, y quiero decir en dos patadas. Se suponía que Butch Hadley iba a encargárselo a alguien del Equipo Corgi, o eso pensaba, pero dice que ha mandado al grupo entero a por la llave de la central. —No tenía ni idea de qué significaba eso y Dottie no me dio tiempo a preguntar. Puso los ojos en blanco, un gesto inequívoco de buen humor, o de un arranque de locura, y prosiguió—: ¿Que cuál es el problema? Te diré cuál es el problema, novato: el señor Easterbrook suele comerse su almuerzo allí, *siempre* come allí el primer día que operamos a toda máquina, y si Howie no actúa, se va a decepcionar mucho.

—¿En el sentido de despedir a alguien?

—No, en el sentido de que se va a decepcionar mucho. Quédate por aquí una temporada y sabrás que eso ya es bastante malo. Nadie quiere decepcionarlo, porque es un gran hombre, lo cual está bien, supongo, pero lo más importante es que es un buen tipo. En este negocio, los buenos tipos escasean más que los dientes de una gallina. —Me miró y emitió un sonido como si fuera un animalillo con una pata presa en una trampa—. *Jesús bendito*, sí que eres grande, aparte de estar más verde que una lechuga. Aunque eso no tiene remedio.

Me asaltaban un millón de preguntas, pero se me había congelado la lengua. Todo cuanto hice fue contemplar fijamente el Howie desinflado. Este me devolvió la mirada. ¿Sabes cómo me sentí en ese momento? Como James Bond en la película en que le atan a una especie de aparato de gimnasia para chiflados. *¿Espera usted que hable?*, le pregunta a Goldfinger, y este replica, con escalofriante buen humor: *¡No, señor Bond! ¡Espero que muera!* Yo me encontraba amarrado a una máquina de la felicidad en lugar de un aparato de gimnasia, pero vamos, el concepto era el mismo. No importaba lo mucho que me esforzara por seguir el ritmo aquel primer día, el maldito no dejaba de acelerar.

—Bájalo al deshuesadero, chico. Por favor, dime que sabes dónde está.

—Sí. —Gracias a Dios que Lane me había dado indicaciones.

—Bueno, un tanto para el equipo de casa. Cuando llegues, quítate la ropa. Si te pones algo más que los gayumbos mientras llevas las pieles, te vas a asar. Y... ¿alguien te ha enseñado ya la Primera Regla del Feriante, chico?

Creía que sí, pero me pareció más seguro mantener la boca cerrada.

—Saber siempre dónde está tu cartera. Este parque no es ni de lejos tan sórdido como algunos sitios en los que trabajé en la flor de mi juventud (gracias a Dios), pero esa sigue siendo la Primera Regla. Dámela, te la guardaré.

Le entregué mi cartera sin rechistar.

—Ahora vete. Pero antes de desnudarte, bebe un montón de agua, y quiero decir hasta que te notes hinchada la barriga. Y no comas nada, me da igual que tengas hambre. He tenido chicos que les ha dado una insolación y han echado la papilla en el traje de Howie, y el resultado no es nada agradable. Casi siempre ha habido que tirar el traje. Bebe, desnúdate, ponte las pieles, que alguien te suba la cremallera, y vete corriendo por el Boulevard hasta la Villa. Hay un cartel, no tiene pérdida.

Miré con recelo los grandes ojos azules de Howie.

—Son de malla —explicó la mujer—. No te preocupes, verás perfectamente.

—Pero... ¿qué hago?

Me escrutó, al principio sin sonreír. Entonces su semblante —no solo la boca y los ojos, sino el rostro al completo— estalló en una sonrisa. La carcajada que la acompañó era una especie de bocinazo que parecía brotar de su nariz.

—Estarás bien —aseguró. La gente no paraba de decirme lo mismo—. Es el método Stanislavski, muchacho. Encuentra tu perro interior.



Una docena de empleados nuevos y un puñado de veteranos estaban comiendo en el deshuesadero cuando llegué. Había dos novatas que eran Chicas Hollywood, pero no disponía de tiempo para ser discreto. Tras beber de la fuente hasta hartarme, me desenfundé mis Jockeys y mis zapatillas. Sacudí el disfraz de Howie y me metí dentro, cerciorándome de que los pies alcanzaban el fondo de las patas traseras.

—¡Pielles! —exclamó uno de los veteranos del lugar, y aporreó la mesa con el puño cerrado—. ¡Pielles! ¡Pielles! ¡Pielles!

Los demás se le unieron y el cántico resonó en el deshuesadero mientras que yo me quedé allí plantado en ropa interior con un Howie desinflado formando un charco en torno a mis espinillas. Era como estar en medio de un motín en el comedor de una prisión. En muy pocas ocasiones me he sentido tan exquisitamente estúpido... o tan extrañamente heroico. Se trataba del mundo del

espectáculo, después de todo, y me estaba metiendo en la brecha. Por un instante no me importó no saber qué cojones estaba haciendo.

—¡Pielés! ¡Pielés! ¡PIELES! ¡PIELES!

—¡Que alguien me suba esta cremallera, joder! —pedí a gritos—. ¡Tengo que irme a la Villa Wiggle-Waggle cagando leches!

Una de las chicas hizo los honores, y de inmediato comprendí por qué insistían en que me pusiera las pieles. El deshuesadero tenía aire acondicionado, como todo el Joyland subterráneo, pero yo ya empezaba a sudar a mares.

Uno de los veteranos se acercó y me dio una suave palmada en mi cabeza de Howie.

—Venga, hijo, que te llevo —se ofreció—. El cochecito está ahí mismo. Sube.

—Gracias. —Mi voz sonaba amortiguada.

—¡Guau, guau, chucho! —ladró alguien, y todos se troncharon de risa.

Recorrimos el Boulevard bajo sus siniestras e intermitentes luces fluorescentes, un viejo entrecano con uniforme verde de conserje y su copiloto, un pastor alemán gigante de ojos azules.

—No hables. Howie nunca habla —me aconsejó cuando frenó al pie de las escaleras marcadas con una flecha y la leyenda WIGWAG pintada en el cemento—. Tú solo dales abrazos y palmaditas en la cabeza. Buena suerte, y si empiezas a sentirte mareado, lárgate pitando. Los críos no quieren ver a Howie desplomado con un ataque al corazón.

—No tengo ni idea de qué se supone que debo hacer —repuse—. Nadie me ha enseñado.

Ignoro si aquel tipo era o no feriante de feriantes, pero sabía algunas cosas sobre Joyland.

—Da igual. Todos los críos quieren a Howie. *Ellos sí* sabrán qué hacer.

Trepé hasta fuera del cochecito y casi me tropecé con la cola. Agarré la cuerda en la pata delantera izquierda y le di un tirón para quitar la maldita cosa de mi camino. Subí a trompicones las escaleras y forcejeé torpemente con la palanca de la puerta. Oía música en el exterior, algo que me traía vagos recuerdos de mi más tierna infancia. Finalmente logré bajar la palanca. La maldita puerta se abrió, la brillante luz de junio entró a raudales por los ojos de malla azules de Howie y me cegó momentáneamente.

La música, procedente de unos altavoces situados por encima de nuestras cabezas, me llegaba ahora más fuerte y pude ponerle nombre: «The Hokey Pokey», ese sempiterno éxito de guardería. Vi columpios, toboganes y balancines, un sofisticado parque infantil y una plataforma giratoria que se encargaba de empujar un novato con unas largas orejas de conejo y una cola de borla pegada al trasero de sus tejanos. El Chu-Chú Wiggle, un tren de juguete capaz de alcanzar

vertiginosas velocidades cercanas a los siete kilómetros por hora, circulaba echando vapor, cargado de niños pequeños que obedientemente saludaban a los padres provistos de cámaras. Unos tropecientos mil críos bullían en el recinto, vigilados por una pléyade de empleados estivales más una pareja del personal fijo que probablemente sí poseían licencias de cuidado infantil. Estos dos, un hombre y una mujer, llevaban sudaderas en las que se leía QUEREMOS NIÑOS FELICES. Justo ante mis narices estaba la guardería, una construcción alargada que recibía el nombre de Howie's Howdy House.

Divisé también al señor Easterbrook. Estaba sentado en un banco bajo una sombrilla de Joyland, vestido con su traje de director de pompas fúnebres y tomando su almuerzo con unos palillos. Al principio no me vio; observaba una doble fila de niños que eran guiados hacia la Howdy House por un par de novatos. Los críos podían dejarse allí (según me enteré más tarde) un máximo de dos horas mientras los padres llevaban a sus hijos mayores a las atracciones más grandes o comían en el Rock Lobster, el restaurante de máxima categoría dentro del parque.

Más adelante averigüé también que la Howdy House estaba pensada para críos de tres a seis años. Muchos de los niños que ahora se aproximaban parecían bastante mansos, probablemente veteranos de guardería que venían de familias donde ambos padres trabajaban. Otros no lo asimilaban tan bien. Quizá al principio se las hubieran apañado para mantener rígidos los labios mientras mamá y papá les decían que volverían a estar juntos en menos de una hora o dos (como si un crío de cuatro años tuviera un concepto real de cuánto era una hora), pero ahora estaban solos, en un lugar ruidoso y confuso, lleno de desconocidos, sin rastro de mamá y papá. Unos cuantos lloraban. Enterrado en el disfraz de Howie, mirando a través de las rejillas que servían de ojos y sudando como un cerdo, pensé que estaba siendo testigo de un acto de abuso infantil inequívocamente estadounidense. ¿Por qué traer a los hijos —prácticamente unos *bebés*, por el amor de Dios— a la tintineante extensión de un parque de atracciones únicamente para endosárselos a una cuadrilla de canguros extraños, aunque solo fuera por un rato?

Los novatos que estaban a su cargo veían cómo se contagiaban las lágrimas (la angustia en los niños pequeños es una enfermedad infantil más, de hecho, igual que el sarampión), pero sus rostros delataban que no tenían ni idea de qué hacer. ¿Cómo iban a saberlo? Era el primer día y acababan de arrojarlos al ruedo con tan poca preparación como la que había recibido yo cuando Lane Hardy se marchó y me dejó al mando de una gigantesca noria.

*Pero al menos los menores de ocho años no pueden montar en la Spin sin un adulto —pensé—. A estos pobres desgraciados prácticamente los han abandonado a su suerte.*

Tampoco yo sabía qué hacer, pero me sentía en la obligación de intentar algo. Caminé hacia la fila de niños con las patas delanteras en alto y meneando la cola como loco (no la veía, pero la notaba). Entonces, justo cuando los primeros dos o tres me vieron y me apuntaron con el dedo, me sobrevino la inspiración. Fue la música. Me detuve en la intersección de Jellybean Road y Candy Cane Avenue, que daba la casualidad de que estaba justo debajo de dos atronadores altavoces. Con unos dos metros diez de altura desde los pies hasta las peludas orejas en punta, estoy seguro de que tenía una presencia imponente. Hice una reverencia a los niños, que me contemplaban boquiabiertos y con los ojos como platos. Y mientras ellos miraban, yo empecé a bailar el Hokey Pokey.

La pena y el dolor por los padres perdidos quedaron olvidados, al menos por el momento. Rieron, algunos con lágrimas aún destellando en sus mejillas. No se atrevían a acercarse del todo, no mientras yo siguiera representando mi torpe numerito, pero se congregaron hacia delante. Percibía asombro pero no miedo. Todos conocían a Howie; aquellos de ambas Carolinas habían visto su programa de televisión, e incluso aquellos de lugares tan remotos y exóticos como Saint Louis y Omaha habían visto folletos y anuncios en los dibujos animados de los sábados por la mañana. Sabían que, aunque Howie fuese un perro *enorme*, era un perro *bueno*. Jamás los mordería. Howie era su amigo.

Moví el pie izquierdo adelante, el pie izquierdo atrás; el pie izquierdo adelante y lo sacudí aquí y allá. Bailé el Hokey Pokey y una vuelta me tocó dar, porque — como casi todos los niños de Estados Unidos saben— el baile consiste en esto. Me olvidé del calor y la incomodidad. No me preocupaba que se me estuvieran pegando los calzoncillos a la raja del culo. Más tarde tendría un dolor de cabeza del copón, pero en aquel momento me sentía bien. Verdaderamente bien, de hecho. ¿Y sabes qué? Wendy Keegan ni se me pasó por la cabeza, ni una sola vez.

Cuando la música cambió y sonó el tema de *Barrio Sésamo*, dejé de bailar, apoyé una rodilla acolchada en el suelo y extendí los brazos en plan Al Jolson.

—¡HOWWWIE! —exclamó un niñita, y después de tantos años aún oigo el tono de entusiasmo absoluto de su voz. Vino corriendo hacia mí, con su falda de color rosa revoloteando alrededor de sus rodillas rechonchas. Eso obró el milagro. La ordenada fila de a dos se disolvió.

*Los críos sabrán qué hacer*, había dicho el viejo, y cuánta razón tenía. Primero se abalanzaron sobre mí en tropel, luego me derribaron, luego se apiñaron alrededor, abrazándome y riendo. La niñita de la falda rosa me besó repetidamente en el hocico, exclamando «¡Howie, Howie, Howie!» cada vez.

Algunos de los padres que se habían aventurado en la Wiggle-Waggle para tomar fotografías se aproximaron, con idéntica fascinación. Batí las zarpas para hacerme sitio, me di la vuelta y me levanté antes de que pudieran aplastarme con



su afecto. He de confesar que en aquel momento el sentimiento era recíproco. En un día tan caluroso, resultaba refrescante.

No me percaté de que el señor Easterbrook metía la mano dentro de la chaqueta de su traje de enterrador, sacaba un walkie-talkie y hablaba brevemente. Todo cuanto supe fue que la música de *Barrio Sésamo* cesó de súbito y «The Hokey Pokey» empezó a sonar de nuevo. Puse la mano derecha delante y puse la mano derecha detrás. Los críos lo pillaron enseguida, sin apartar ni un instante sus ojos de mí; no querían perderse el siguiente paso y quedarse rezagados.

Enseguida estábamos todos bailando el Hokey Pokey en la intersección de Jellybean y Candy Cane. Los cuidadores se unieron. Que me zurzan si varios padres no lo bailaban también. Llegué incluso a poner mi larga cola delante y a tirar de mi larga cola hacia atrás. Riendo como locos, los niños se dieron la vuelta y me imitaron, pero con apéndices invisibles.

Al apagarse la canción, hice un extravagante gesto de «¡Vamos, niños!» con la mano izquierda (sin darme cuenta le di tal tirón a la cola que casi la arranqué a la muy cabrona) y los guíé hacia la Howdy House. Me siguieron tan de buena gana como los niños de Hamelin siguieron al flautista, y ni uno solo de ellos lloraba. Realmente no calificaría ese día como el mejor de mi brillante carrera (está mal que yo lo diga, pero es así) como Howie el Perro Feliz, pero ocupa un lugar entre los primeros puestos.



Cuando se encontraron a salvo en el interior de la Howdy House (la niñita de la falda rosa se detuvo en la puerta el tiempo suficiente para lanzarme un adiós con la mano), me di la vuelta y me detuve, aunque el mundo parecía seguir dando vueltas. Cortinas de sudor me entraban en los ojos, duplicando la Villa Wiggle-Waggle y todo lo que contenía. Me tambaleé sobre las patas traseras. Mi actuación entera, desde los primeros pasos del Hokey Pokey hasta el saludo de la pequeña, había durado solo siete minutos —nueve, a lo sumo— pero yo estaba totalmente frito. Retrocedí a trompicones por donde había llegado, no muy seguro de qué hacer a continuación.

—Hijo, por aquí —dijo una voz.

Era el señor Easterbrook. Aguantaba abierta una puerta en la parte de atrás de El Pozo de los Deseos, una cafetería. Quizá fuese la misma por la que había llegado, probablemente sí, pero entonces estaba demasiado nervioso y angustiado para fijarme.

Me hizo pasar dentro, cerró la puerta detrás de nosotros y bajó la cremallera del disfraz. La cabeza de Howie, sorprendentemente pesada, se desprendió de la mía propia. Mi piel húmeda, aún luciendo un blanco invernal (no perduraría así

mucho tiempo) absorbió el bendito aire acondicionado y se me puso la carne de gallina. Aspiré grandes bocanadas de aire.

—Siéntese en los escalones —indicó el anciano—. Llamaré para que vengan a buscarnos dentro de un minuto, pero ahora mismo necesita recuperar el aliento. Los primeros turnos como Howie son siempre difíciles, y la actuación que acaba de realizar ha sido especialmente fatigosa. También ha sido extraordinaria.

—Gracias —fue lo único que conseguí decir. Hasta que regresé a la fresca tranquilidad del túnel, no había sido consciente de lo cerca que estaba del límite en que me hallaba—. Muchas gracias.

—Agache la cabeza si nota que se va a desmayar.

—No, desmayarme no, pero me duele la cabeza. —Saqué un brazo del traje de Howie y me enjuagué la cara, que estaba goteando—. Prácticamente usted me ha rescatado.

—El tiempo máximo de llevar a Howie en un día caluroso (y hablo de julio y agosto, cuando la humedad es alta y la temperatura supera los treinta grados) es de quince minutos —dijo el señor Easterbrook—. Si alguien intenta convencerle de lo contrario, envíemelo directamente a mí. Sería prudente que se tomara un par de terrones de sal. Queremos que ustedes trabajen duro, muchachos, pero no queremos matarles.

Sacó su walkie-talkie y habló breve y sosegadamente. El viejo de antes apareció en su cochecito cinco minutos más tarde, con un par de Anacin y una botella de agua gloriosamente fría. En el ínterin, el señor Easterbrook se sentó a mi lado, bajándose al escalón superior que daba paso al Boulevard con un vítreo cuidado que me puso un pelín nervioso.

—¿Cuál es su nombre, hijo?

—Devin Jones, señor.

—¿Y le llaman Jonesy? —No esperó mi respuesta—. Claro que sí, es el estilo de la feria, y esto es Joyland en realidad, una feria apenas disimulada. Sitios como este no durarán mucho más. Los Disneys y las Granjas Knott's Berry van a regir el mundo de las atracciones, excepto quizá aquí en el centro-sur. Dígame, dejando aparte el calor, ¿qué le ha parecido su primer turno vistiendo las pieles?

—Me ha gustado.

—¿Por qué?

—Porque algunos de los niños lloraban, supongo.

Esbozó una sonrisa.

—¿Y?

—En muy poco rato *todos* los demás se habrían puesto a llorar también, pero lo evité.

—Sí. Bailó el Hokey Pokey. Un toque de genialidad. ¿Cómo supo que funcionaría?

—No lo sabía. —Aunque en realidad... sí. A cierto nivel, sí lo sabía. Sonrió.

—En Joyland, los nuevos empleados, nuestros novatos, son arrojados al ruedo sin mucha preparación, porque en algunas personas, personas *talentosas*, eso estimula una especie de espontaneidad muy especial y valiosa, tanto para nosotros como para nuestros clientes. ¿Ha aprendido algo sobre usted ahora mismo?

—Caramba, no lo sé. Quizá. Pero... ¿puedo decir algo, señor?

—Con total libertad.

Vacilé en un primer instante, pero decidí tomar sus palabras al pie de la letra.

—Enviar a esos niños a la guardería... a una guardería en un parque de atracciones... eso me parece, no sé, un poco ruin. —Precipitadamente, añadí—: Aunque la Villa Wiggle-Waggle parece estupenda para los niños. Muy divertida.

—Tiene que entender algo, hijo. En Joyland nos falta esto para estar en números rojos. —Separó el pulgar y el índice tan solo una pizca—. Cuando los padres se enteran de que hay un servicio de guardería para sus criaturitas (aunque solo sea durante un par de horas) se traen a la familia entera. Si tuvieran que contratar a una canguro en casa, tal vez no vendrían, y nuestro margen de beneficios desaparecería. Comprendo su opinión, pero yo también tengo una. La mayoría de esos pequeños no han visto nunca un sitio como este antes. Lo recordarán de la misma forma que recordarán su primera película o su primer día de colegio. Gracias a usted, no se acordarán de que han llorado porque sus padres los abandonaran un rato; se acordarán de que bailaron el Hokey Pokey con Howie el Perro Feliz, que apareció como por arte de magia.

—Supongo.

Alargó la mano, pero no hacia mí sino hacia Howie. Acarició el pelaje con sus dedos nudosos mientras hablaba.

—Los parques de Disney funcionan según un guión, y yo eso lo odio. Lo odio de veras. Creo que lo que están haciendo allí en Orlando es proxenetismo de la diversión. Soy partidario de dejarse guiar por el instinto, y a veces veo a alguien que es un genio de la improvisación. Ese podría ser usted. Demasiado pronto para asegurarlo, pero sí, podría ser usted. —Se llevó las manos a la parte baja de la espalda y se estiró. Oí una serie de crujidos alarmantemente fuertes—. ¿Podría compartir contigo el cochecito de vuelta al deshuesadero? Creo que ya he tomado suficiente sol por hoy.

—Mi coche es su coche. —Dado que Joyland era su parque, eso era literalmente cierto.

—Creo que este verano se va a poner las pieles muchas veces. Casi toda la gente joven lo ve como una carga o incluso como un castigo. No creo que sea su caso. ¿Me equivoco?

No se equivocaba. He hecho muchas cosas en los años transcurridos desde entonces, y mi actual aventura editorial —probablemente mi último empleo antes de que la jubilación me eche sus garras— es tremenda, pero nunca me he sentido tan extrañamente feliz, tan absolutamente convencido de pertenecer a un sitio, como cuando con veintiún años, me ponía las pieles y bailaba el Hokey Pokey un caluroso día de junio. Instinto puro y duro, nena.



Conservé mi amistad con Tom y Erin después de aquel verano, y aún la conservo con Erin, aunque hoy por hoy somos colegas de e-mail y Facebook que se reúnen ocasionalmente para comer en Nueva York. Nunca he conocido a su segundo marido. Erin afirma que es un buen tipo, muy simpático, y yo la creo. ¿Por qué no iba a hacerlo? Después de haber estado casada con el Mister Simpatía original durante dieciocho años, y teniendo esa vara de medir, difícilmente habría escogido a un fracasado.

A Tom le diagnosticaron un tumor cerebral en la primavera de 1992. Murió seis meses después. Cuando me telefoneó para informarme de su enfermedad, ralentizada su habitual labia por la bola de demolición que oscilaba en su cabeza, me quedé totalmente aturdido y deprimido, como le pasaría casi a cualquiera, supongo, cuando se entera de que un hombre que debería estar en el apogeo de su vida se está aproximando en cambio a la línea de meta. Uno desearía preguntar cómo puede ser justo algo así. ¿No se suponía que a Tom aún le quedaban unas cuantas cosas buenas en la vida, como un par de nietos y quizá aquellas largamente soñadas vacaciones en Maui?

Durante mi época en Joyland, oí a Pops Allen hablar sobre «quemar la parcela». En el Habla, eso significa engañar descaradamente a los paletos en un juego que se supone no amañado. Me acordé de ello por vez primera en años cuando Tom telefoneó con sus malas noticias.

Sin embargo, la mente se defiende a sí misma tanto tiempo como le es posible. Una vez disipada la conmoción inicial, quizá uno piense: *Vale, es malo, lo pillo, pero no es la última palabra; a lo mejor queda alguna posibilidad. Aunque el noventa y cinco por ciento de las personas que sacan esa carta en particular pierden, aún queda el afortunado cinco por ciento. Además, los médicos la cagan en sus diagnósticos constantemente. Al margen de esto, siempre cabe el milagro ocasional.*

Uno piensa eso, y entonces recibe la siguiente llamada. La mujer que la hace fue en otro tiempo una muchacha hermosa que corría por Joyland con un vestido verde al vuelo y un ridículo gorro del bosque de Sherwood, cargando una vieja cámara Speed Graphic, y los condes a los que abordaba casi nunca se negaban a posar. ¿Cómo iban a decir que no a aquel cabello rojo llameante y a aquella sonrisa ilusionada? ¿Cómo iba alguien a decirle que no a Erin Cook?

Bueno, pues Dios dijo que no. Dios quemó la parcela de Tom Kennedy y en el proceso también arrasó la de Erin. Cuando descolgué el teléfono a las cinco y treinta y cinco de una espléndida tarde de octubre en Westchester, aquella muchacha se había convertido en una mujer cuya voz, empañada por las lágrimas, sonaba vieja y muerta de cansancio.

—Tom murió a las dos de esta tarde. No sufrió. No podía hablar, pero estaba consciente. Me... Dev, me apretó la mano cuando le dije adiós.

—Ojalá hubiera podido estar allí —me lamenté.

—Sí. —Le tembló la voz; luego sonó más firme—. Sí, habría estado bien.

Uno piensa: *Vale, lo pillo, estoy preparado para lo peor*, pero ya ves, te aferras a esa pequeña esperanza y eso es lo que te jode. Lo que te mata.

Hablé con ella, le dije lo mucho que la quería y lo mucho que había querido a Tom, le dije que sí, que asistiría al funeral y que si había cualquier cosa que yo pudiera hacer hasta entonces, que me llamara. De día o de noche. Después colgué y agaché la cabeza y lloré a moco tendido.

El final de mi primer amor no puede compararse ni de lejos con la muerte de un viejo amigo ni con el duelo de otro, pero siguió el mismo patrón. Exactamente el mismo. Y si me pareció el fin del mundo —primero por provocar ideas suicidas (por muy tontas y poco entusiastas que pudieran ser) y segundo un movimiento sísmico en el previamente incuestionable curso de mi vida—, hay que comprender que no disponía de ninguna escala con la que juzgarlo. A eso se le llama ser joven.



A medida que transcurría junio, empecé a entender que mi relación con Wendy estaba tan enferma como la rosa de William Blake, pero me negaba a creer que estuviera *mortalmente* enferma, aun cuando los síntomas se mostraran cada vez más claros.

Las cartas, por ejemplo. Durante mi primera semana en la casa de la señora Shoplaw, le escribí cuatro cartas largas, a pesar de que me destrozaba los pies en Joyland y cada noche regresaba arrastrando el culo a mi habitación del primer piso con la cabeza llena de información nueva y nuevas experiencias, sintiéndome como un muchacho que ha ingresado a mitad del semestre en un difícil curso de

universidad (llámalo Física Avanzada de la Diversión). Lo que recibí en respuesta fue una mera tarjeta postal del Boston Commons con un mensaje a dúo muy peculiar en el reverso. En la parte superior, escrito con una letra que no reconocí, se leía esto: ***¡Wenny escribe la postal mientras Rennie conduce el autocar!*** Debajo, con una letra, esta vez sí, familiar, Wendy —o Wenny, si prefieres; yo detestaba ese nombre— había garabateado despreocupadamente: ***¡Yuju! ¡Nosotras las vendedoras de aventura a Cape Cod! ¡Hay una fiesta! ¡Música Hoopsie! No te preocupes, que yo agarraba el volante mientras Ren escribía su parte. Espero que estés bien. W.***

¿Música Hoopsie? ¿Espero que estés bien? ¿Nada de amor, ni de me echabas de menos, solo *espero que estés bien*? Y aunque, a juzgar por la caligrafía errática y los borrones de tinta, habían escrito la tarjeta mientras circulaban en el coche de Renee (Wendy no tenía), ambas parecían colocadas o borrachas hasta las trancas.

La semana siguiente le envié cuatro cartas más, junto con una foto mía, cortesía de Erin, vistiendo las pieles. De Wendy, nada por respuesta.

Empiezas a preocuparte, luego empiezas a entenderlo, luego lo sabes. Quizá no quieras, quizá pienses que los amantes, al igual que los médicos, la cagan en sus diagnósticos constantemente, pero en el fondo de tu corazón lo sabes de todas todas.

Dos veces intenté hablar con ella por teléfono. La misma chica gruñona contestó ambas veces. Me la imaginé con gafas de arlequín, un vestido de abuela hasta los tobillos y sin maquillaje. No estaba allí, dijo la primera vez. Había salido con Ren. No estaba allí y no era muy probable que estuviera allí en el futuro, dijo la Chica Gruñona la segunda vez. Se había mudado.

—¿Mudado? ¿Adonde? —pregunté alarmado.

Estaba yo en el salón de *Maison* Shoplaw, donde había una hoja para apuntar las llamadas de larga distancia junto al teléfono. Mis dedos apretaban el anticuado auricular del aparato con tanta fuerza que se me entumecieron. Wendy iba a la universidad gracias a una alfombra mágica parcheada de becas, préstamos y empleos para estudiantes, lo mismo que yo. No podía permitirse un sitio para ella sola. No sin ayuda, no podía.

—Ni lo sé ni me importa —respondió la Chica Gruñona—. Me he hartado de la bebida y de las fiestas de pijama a las dos de la mañana. Algunos queremos dormir. Aunque parezca extraño, es verdad.

El corazón me latía con tanta fuerza que podía sentirlo palpitando en las sienes.

—¿Renee se ha ido con ella?

—No, tuvieron una pelea. Por ese tío, el que ayudó a Wennie a mudarse. —Pronunció *Wennie* con una especie de radiante desdén que me revolvió el

estómago. Seguramente no fue la mención de un tío lo que me hizo sentir de esa forma; yo era su chico. Si algún amigo, alguien que hubiera conocido en el trabajo, se había ofrecido a ayudarla a trasladar sus cosas, ¿a mí qué? Ella podía tener amigos, faltaría más. Yo había hecho al menos una amiga, ¿no?

—¿Está ahí Renee? ¿Puedo hablar con ella?

—No, tenía una cita. —Alguna pieza debió de encajar finalmente, porque de repente a la Chica Gruñona le interesó la conversación—. ¡Eh! ¿Te llamas Devin?

Colgué. No era algo que hubiera planeado, actué sin más. Me dije que no había oído a la Chica Gruñona transformarse de repente en la Chica Gruñona *Divertida*, como si se tratara de una especie de broma y yo formara parte de ella. Quizá incluso fuera el blanco de ella. Como creo que ya he dicho, la mente se defiende a sí misma tanto tiempo como le es posible.



Tres días más tarde me llegó la única carta que recibiría de Wendy Keegan aquel verano. La última carta. La había escrito en su papel personalizado, que era de corte irregular y mostraba alegres gatitos jugando con ovillos de lana. Era el papel de una niña de quinto curso, aunque esa idea no se me ocurrió hasta mucho más adelante. La carta constaba de tres páginas enteras que, con ritmo acelerado, decían principalmente lo mucho que lo sentía y lo mucho que había luchado contra la atracción pero que había sido en vano, y que sabía que me haría mucho daño, así que probablemente no debería llamarla ni tratar de verla durante un tiempo, y esperaba que pudiéramos ser amigos cuando se me pasara la conmoción inicial, y que él era un buen chico, iba a Dartmouth, jugaba al lacrosse, sabía que me caería bien, tal vez podría presentármelo cuando empezara el semestre de otoño, etcétera, etcétera, etcétera y su puta madre.

Aquella noche me dejé caer en la arena a aproximadamente cincuenta metros de la pensión de la señora Shoplaw con la intención de emborracharme. Por lo menos, pensé, me saldría barato. En aquellos días únicamente necesitaba un pack de seis cervezas para cogerme un buen pedo. Tom y Erin se me unieron en algún momento y juntos, los tres Mosqueteros de Joyland, observamos el oleaje.

—¿Qué pasa? —preguntó Erin.

Me encogí de hombros, el gesto que uno hace cuando está jodido por una chorrada pero que fastidia igualmente.

—Mi novia ha roto conmigo. Me ha enviado una carta de despedida.

—Que, en tu caso —dijo Tom—, sería una carta de Dev-pedida.

—Muestra un poco de compasión —le reprendió Erin—. Está triste y herido y trata de no mostrarlo. ¿Eres demasiado memo para verlo?

—No —dijo Tom. Me pasó un brazo por los hombros y me atrajo hacia sí con un breve apretón—. Siento tu dolor, colega. Noto que emana de ti como un viento frío de Canadá o tal vez hasta del Ártico. ¿Puedo tomarme una cerveza?

—Claro.

Nos quedamos allí sentados un rato y, bajo el discreto interrogatorio de Erin, confesé una parte, pero no todo. Sí, *estaba* triste. Sí, *estaba* herido. Pero había mucho más, y no quería que ellos lo notaran. Fue en parte porque mis padres me educaron para creer que vomitar sobre otras personas tus sentimientos era el colmo de la mala educación, pero sobre todo porque me desconcertaba la profundidad y fuerza de mis celos. No quería que llegaran siquiera a sospechar la existencia de aquel inquieto gusano (era de *Dartmouth*, oh Dios, sí, probablemente había ingresado en el mejor colegio mayor y conducía un Mustang que sus padres le habían comprado como regalo de graduación). Aun así, lo peor no eran los celos. Lo peor era la horripilante comprensión —aquella noche tan solo empezaba a asomar— de que, por primera vez en mi vida, me habían rechazado con todas las de la ley. Wendy había cortado conmigo, pero yo no podía imaginar cortar con ella.

Erin también cogió una cerveza y alzó la lata.

—Un brindis por la próxima mujer que se presente en tu vida. No sé quién será, Dev, solo sé que el día que te conozca será su día de suerte.

—¡Bien ahí! —exclamó Tom al tiempo que alzaba su propia lata. Y como se trataba de Tom, se vio obligado a añadir «¿Dónde? ¿Dónde?» y «¡Ahí, ahí!».

No creo que ninguno de los dos notara, ni entonces ni el resto del verano, hasta qué punto había temblado la tierra bajo mis pies. Lo perdido que me sentía. No quería que lo supieran. Era más que vergüenza; parecía vergonzoso. Por tanto, meforcé a sonreír, alcé mi lata de cerveza, y bebí.

Al menos, con su ayuda para beber las seis, no tuve que despertar a la mañana siguiente con resaca además de con el corazón roto. Fue una suerte, porque cuando llegamos a Joyland me enteré por Pop Allen de que me tocaba ponerme las pieles esa tarde en Joyland Avenue: tres turnos de quince minutos a las tres, las cuatro y las cinco. Protesté para guardar las formas (se suponía que todo el mundo protestaba al ponerse la pieles), pero me alegraba. Me gustaba ser asaltado por los niños, y durante las semanas siguientes, hacer de Howie tenía una especie de amargo valor de distracción. Mientras meneaba la cola por Joyland Avenue, seguido por multitudes de niños risueños, pensé que no era de extrañar que Wendy me hubiera plantado. Su nuevo novio iba a Dartmouth y jugaba al lacrosse. El anterior pasaba el verano en un parque de atracciones de tercera fila. Donde hacía de perro.



Verano en Joyland.

Llevé los mandos de las atracciones. Enlucí barracas por las mañanas —o sea que las reabastecía de premios— y me encargué de algunas por las tardes. Desenredé coches de choque a docenas, aprendí a freír churros sin quemarme los dedos, y trabajé mi discurso para la noria. Bailé y canté con los demás novatos en el escenario de la Villa Wiggle-Waggle. Fred Dean me envió en varias ocasiones a rascar la central, un auténtico signo de confianza, porque significaba recolectar en las distintas concesiones la recaudación de mediodía o de las cinco de la tarde. Fui corriendo a Heaven's Bay o Wilmington cuando se rompía alguna pieza de maquinaria y me quedé hasta tarde las noches de los miércoles —normalmente con Tom, George Preston y Ronnie Houston— para lubricar las Whirly Cups y una viciosa atracción rompecuellos llamada Zipper. Estas dos muñecas consumían combustible como camellos que bebían agua cuando alcanzaban un oasis. Y, por supuesto, me puse las pieles.

A pesar de todo eso, no dormía una mierda. A veces me tendía en la cama, me ajustaba a las orejas mis viejos auriculares remendados con cinta adhesiva, y escuchaba mis discos de los Doors. (Tenía especial debilidad por temas tan alegres como «Cars Hiss By My Window», «Riders on the Storm» y, por supuesto, «The End».) Cuando la voz de Jim Morrison y el místico órgano de carillón no bastaban para sedarme, me escabullía por la escalera exterior y paseaba por la playa. Una vez o dos dormí en la orilla. Al menos no tenía pesadillas durante los ratos en que conseguía conciliar el sueño. No recuerdo que aquel verano soñara nada en absoluto.

Por las mañanas me veía las bolsas bajo los ojos cuando me afeitaba, y a veces me mareaba tras algún turno especialmente agotador haciendo de Howie (las fiestas de cumpleaños en el recalentado manicomio de la Howdy House eran las peores), pero eso era lo habitual; el señor Easterbrook me lo había advertido. Un pequeño descanso en el deshuesadero siempre me recargaba las pilas. En conjunto, creía que estaba en mi papel, como dicen hoy en día. Opinaría distinto el primer lunes de julio, dos días antes del Glorioso Cuatro.



Mi equipo —el Beagle— se presentó a primera hora en la barraca de Pop Allen, como siempre, y este nos asignó las tareas mientras disponía las escopetas de aire comprimido. Por lo general, nuestros deberes matutinos implicaban cargar con cajas de premios (la leyenda FABRICADO EN CHINA estampada en la mayoría) y enlucir las casetas hasta la Taquilla Temprana, que era como designábamos a la apertura de puertas. Aquella mañana, sin embargo, Pop me dijo que Lane Hardy me requería. Me quedé sorprendido; Lane raramente asomaba la cabeza fuera del

deshuesadero hasta unos veinte minutos antes de la Taquilla Temprana. Eché a andar en esa dirección, pero Pop me dio una voz.

—No, no, está en la montabobos. —Usó un término peyorativo para referirse a la noria que se habría cuidado mucho de emplear delante de Lane—. Sal por piernas, Jonesy. Hoy hay mucho que hacer.

Salí por piernas, pero no divisé a nadie en la Carolina Spin, que se erguía alta, inmóvil y silenciosa, aguardando a los primeros clientes del día.

—Por aquí —llamó una mujer.

Me volví hacia la izquierda y vi a Rozzie Gold, completamente ataviada con uno de sus vaporosos atuendos de Madame Fortuna, frente a su caseta de pitonisa decorada con estrellas. Llevaba en la cabeza un pañuelo de color azul eléctrico, cuya cola anudada le caía hasta la parte baja de la espalda. Lane se encontraba a su lado con su habitual vestimenta: vaqueros desteñidos y una camiseta de tirantes ajustada, perfecta para marcarle los músculos. El bombín estaba ladeado en el ángulo preciso de tipo sabihondo. Al mirarlo, uno creería que tenía poco cerebro en la cabeza, pero tenía, y mucho.

Ambos vestidos para el espectáculo y ambos con cara de malas noticias. Repasé rápidamente los últimos días, procurando recordar algo que hubiera hecho que justificara esas expresiones. Se me pasó por la cabeza que Lane tenía órdenes de suspenderme temporalmente... o incluso despedirme. Pero ¿en pleno verano? ¿Y eso no sería responsabilidad de Fred Dean o Brenda Rafferty? Además, ¿qué pintaba Rozzie ahí?

—¿Quién ha muerto, chicos? —pregunté.

—Mientras no seas tú —dijo Rozzie. Estaba metiéndose en el personaje y su acento sonaba gracioso: una mezcla de Brooklyn y los Cárpatos.

—¿Eh?

—Da un paseo con nosotros, Jonesy —sugirió Lane, e inmediatamente echó a caminar por la calle central que, a noventa minutos de la Taquilla Temprana, se hallaba en su mayor parte desierta; nadie en los alrededores excepto unos pocos miembros del personal del limpieza —*gazoonies*, en el Habla, y casi seguro sin permiso de residencia— que barrían alrededor de las concesiones, un trabajo que debería haberse realizado la noche anterior. Rozzie me dejó espacio entre ellos cuando los alcancé. Me sentí como un maleante escoltado por un par de polis camino de la trena.

—¿De qué va todo esto?

—Ya lo verás —respondió Rozzie/Fortuna ominosamente, y muy pronto lo vi.

Al lado de la Casa Embrujada —conectada a esta en realidad— estaba la Mansión de los Espejos Misteriosos. Junto al puesto del agente había un espejo corriente con un letrero que ponía PARA QUE NO OLVIDES TU VERDADERO

ASPECTO. Lane me enganchó por un brazo, Rozzie por el otro. Ahora sí que me sentía de veras como el perpetrador de un crimen a quien arrastraran a comisaría para ser fichado.

Me colocaron frente al espejo.

—¿Qué ves? —preguntó Lane.

—A mí —dije, y entonces, como esa no parecía ser la respuesta que querían, añadí—: Necesito un corte de pelo.

—Mira tus ropas, estúpido —me espetó Rozzie, pronunciando la última palabra como *estiúbido*.

Miré. Por encima de mis botas de trabajo amarillas vi unos vaqueros (con la marca recomendada de guantes de cuero sobresaliendo del bolsillo de atrás), y por encima de mis vaqueros una camisa de cambray azul, descolorida pero razonablemente limpia. En la cabeza llevaba una gorra de Howie admirablemente maltratada, el toque final que lo significa todo.

—¿Qué les pasa? —quise saber. Estaba empezando a cabrearme un poquito.

—Pues que pareces un perchero, ¿estás ciego? —contestó Lane—. Antes te quedaban mejor. ¿Cuánto peso has perdido?

—¡Por Dios! No lo sé. Tal vez debiéramos ir a ver a Wally el Gordo. —Este llevaba el garito donde te adivinaban el peso.

—No tiene gracia —dijo Fortuna—. No puedes ponerte ese maldito disfraz de perro medio día con este calor, después zamparte dos terrones más de sal y llamar a eso comida. Lloro por tu amor perdido todo lo que quieras, pero come entretanto. ¡Come, maldita sea!

—¿Quién ha estado hablando contigo? ¿Tom? —No, él no—. Erin. No tenía derecho...

—Nadie ha hablado conmigo —aseguró Rozzie. Se irguió imponente—. Poseo el don de la visión.

—La visión no sé, pero menudo morro que tienes.

De inmediato volvió a ser Rozzie.

—No estoy hablando de la visión psíquica, chaval, estoy hablando de la visión femenina de toda la vida. ¿Crees que no reconozco a un Romeo enamorado cuando veo uno? ¿Con todos los años que llevo leyendo manos y escudriñando la bola de cristal? ¡Ja! —Dio un paso adelante, con su considerable delantera abriendo camino—. No me interesa tu vida amorosa, solo que el Cuatro de Julio (cuando está previsto que se alcancen los treinta y cinco grados a la sombra, por cierto) no quiero ver cómo se te llevan al hospital con una insolación o algo peor.

Lane se quitó el bombín, lo inspeccionó, y se lo caló de nuevo en la cabeza, esta vez inclinado hacia el lado contrario.

—Lo que ella no te va a decir con claridad, porque tiene que proteger su famosa reputación de malhumorada, es que nos caes bien a todos, chico. Aprendes rápido, haces lo que se te pide, eres honrado, no creas problemas, y los críos te adoran como locos cuando te pones las pieles. Pero uno tendría que estar ciego para no ver que te pasa algo. Rozzie cree que es un problema de faldas. Puede que tenga razón, puede que no.

Rozzie le dirigió una mirada altanera en plan «cómo te atreves a dudar de mí».

—Puede que tus padres se estén divorciando. Los míos lo hicieron y eso casi me mata. Puede que hayan arrestado a tu hermano mayor por vender droga...

—Mi madre está muerta y soy hijo único —le interrumpí enfurruñado.

—Me da igual lo que seas en el mundo de ahí fuera —replicó él—. Esto es Joyland. Esto es el mundo del espectáculo. Y tú eres uno de los nuestros, lo que significa que tenemos derecho a preocuparnos por ti, te guste o no. Conque vete a buscar algo para comer.

—Ve a buscar *mucho* para comer —remarcó Rozzie—. Ahora, a mediodía, a todas horas. Todos los días. Y procura comer algo más que pollo frito, porque, permite que te diga, hay un ataque al corazón en cada pata crujiente. Ve al Rock Lobster y pídeles un plato de pescado y ensalada para llevar. Diles que te sirvan una ración doble. Gana peso para que no parezcas el Esqueleto Humano en la feria de un circo ambulante. —Dirigió su mirada hacia Lane—. Y claro que es por una chica. Salta a la vista.

—Sea lo que sea, para de languidecer, joder —dijo Lane.

—Menudo lenguaje delante de una dama —dijo Rozzie. Volvía a hablar como Fortuna. Pronto saldría con una frase del tipo *Esto ess lio que loss espiritiuss quierren*, o algo así.

—Bah, corta el rollo —dijo Lane, y echó a andar de regreso a la Spin.

Cuando se hubo ido, miré a Rozzie. No se la podría definir precisamente como una figura materna, pero en aquel momento era lo único que tenía.

—Roz, ¿lo sabe *todo el mundo*?

Sacudió la cabeza.

—No. Para la mayoría de los veteranos, no eres más que otro chico para todo... aunque ya no estás tan verde como hace tres semanas. Pero aquí hay muchas personas a las que caes bien, y se dan cuenta de que algo va mal. Como Erin, por ejemplo. O tu amigo Tom. —Pronunció *amigo* como si rimara con *alquilo*—. Yo también soy tu amiga, y como amiga te digo que no puedes curar tu corazón. Solo el tiempo tiene ese poder, pero sí puedes curar tu cuerpo. ¡Come!

—Suenas como la madre judía de un chiste —dije.

—Soy una madre judía, y créeme, no es ningún chiste.

—Yo soy el chiste —dije—. No dejo de pensar en ella.

—Eso no puedes evitarlo, al menos por ahora. Pero debes dar la espalda a los otros pensamientos que a veces te vienen.

Creo que me quedé con la boca abierta. No estoy seguro. Sé que me quedé mirándola fijamente. Las personas que llevan en el negocio tanto tiempo como llevaba Rozzie Gold en aquel entonces —en el Habla, se las llama *mitones*, por sus habilidades quirománticas— poseen sus trucos para exprimirle a uno el coco de tal modo que lo que dicen parece resultado de la telepatía, pero normalmente se trata solo de una minuciosa observación.

No siempre, sin embargo.

—No entiendo.

—Da un descanso a esos discos enfermizos, ¿entiendes eso? —Me miró a la cara muy seria, y entonces se echó a reír ante la sorpresa que descubrió allí—. Rozzie Gold podrá ser solo una madre y abuela judía, pero Madame Fortuna ve mucho.

Igual que mi casera. Más adelante, después de que en uno de los días libres de Madame Fortuna pillara a Rozzie y a la señora Shoplaw almorzando juntas en Heaven's Bay, me enteré de que las dos eran amigas íntimas desde hacía años. La señora Shoplaw limpiaba el polvo de mi habitación y pasaba la aspiradora una vez a la semana; habría visto mis discos. En cuanto al resto, aquellos famosos pensamientos suicidas que me asaltaban de vez en cuando, ¿no era posible que una mujer que había pasado la mayor parte de su vida observando la naturaleza humana y buscando pistas psicológicas (en el Habla se llamaban *señas*, igual que en el póquer) adivinara que un muchacho sensible, a quien habían dejado recientemente, contemplara la idea de recurrir a píldoras y sogas y al oleaje revuelto?

—Comeré —prometí. Tenía mil cosas que hacer antes de la Taquilla Temprana, pero sobre todo me encontraba ansioso por apartarme de ella antes de que dijera algo totalmente estrambótico como *Se llamaba Vendy y todavía piensass en ellia cuando te mastiurbass*.

—Y además, bébete un gran vaso de leche antes de irte a la cama. —Alzó un dedo admonitorio—. Nada de café; solo leche. Te *ayudará* a dormir.

—Vale la pena probar —dije.

Regresó de nuevo a Roz.

—El día que nos conocimos, me preguntaste si veía a una mujer hermosa con el pelo negro en tu futuro. ¿Te acuerdas?

—Sí.

—¿Qué te dije?

—Que ella estaba en mi pasado.

Respondió con un asentimiento de cabeza, uno solo, duro e imperioso.

—Así es, lo está. Y cuando te entren ganas de llamarla para implorarle que te dé una segunda oportunidad (y querrás, querrás), muestra un poco de temple. Ten un poco de respeto por ti mismo. Además, recuerda que las conferencias son caras.

*Cuéntame algo que yo no sepa*, pensé.

—Escucha, Roz, me tengo que ir, de veras. Tengo la tira que hacer.

—Sí, va a ser un día ajetreado para todos. Pero, Jonesy, antes de irte... ¿has conocido ya al chico? ¿Al del perro? ¿O a la niña de la gorra roja que lleva la muñeca? También te hablé de ellos cuando nos conocimos.

—Roz, he visto a un millón de niños en las últimas...

—Entonces es que no. Bien. Ya los conocerás. —Asomó el labio inferior y sopló, el flequillo que asomaba por debajo de su pañuelo se agitó. Después asió mi muñeca—. Veo peligro para ti, Jonesy. Aflicción y peligro.

Pensé por un instante que iba a susurrar algo como *¡Cuidado con el extraño oscuro! ¡Monta un monociclo!* En cambio, me soltó y apuntó con el dedo hacia la Casa Embrujada.

—¿Qué equipo se ocupa de ese agujero infecto? No es el tuyo, ¿no?

—No. El Equipo Doberman.

Los Dobies también eran responsables de las atracciones adyacentes. La Mansión de los Espejos Misteriosos y el Museo de Cera. Tomados en conjunto, los tres tinglados representaban el tibio homenaje de Joyland a los viejos espectáculos de sustos de las ferias.

—Bien. No entres ahí. Está encantada, y un muchacho con malos pensamientos necesita visitar una casa encantada lo mismo que necesita arsénico en su elixir bucal. *Kapish?*

—Sí.

Miré mi reloj. La mujer captó la indirecta y dio un paso atrás.

—Estate atento a esos niños. Y ándate con ojo, chico. Una sombra se cierne sobre ti.



Lane y Rozzie me asustaron de lo lindo, lo admito. No dejé de escuchar mis discos de los Doors —no de inmediato, al menos—, pero me obligué a comer más y empecé a tomar batidos; me bebía tres al día. Notaba que una energía fresca se vertía en mi cuerpo, como si alguien hubiera abierto un grifo, y me sentí muy agradecido por ello la tarde del Cuatro de Julio. Joyland estaba a tope, y me tocaba ponerme las pieles diez veces, un récord histórico.

Fred Dean en persona vino a darme el programa y entregarme una nota del viejo señor Easterbrook.

*Si nota usted que es demasiado, pare enseguida y dígale a su líder de equipo que busque a un sustituto.*

—Estaré bien —dije.

—Puede que sí, pero asegúrate de que Pop lee esta nota.

—Vale.

—Le gustas a Brad, Jonesy. Eso es raro. Casi nunca se fija en los novatos a menos que vea que alguno de ellos la jode.

A mí también me caía bien el viejo, pero no se lo comenté a Fred. Pensé que habría parecido un lameculos.



Todos mis turnos del Cuatro de Julio fueron de diez dólares, lo cual no estaba mal aun cuando los diez minutos teóricos acababan siendo quince, pero el calor era agobiante. *Treinta y cinco grados a la sombra*, había dicho Rozzie, pero a mediodía el termómetro que colgaba en el exterior del remolque de Operaciones del Parque marcaba casi treinta y nueve. Por suerte para mí, Dottie Lassen había remendado el otro traje de Howie de talla XL, de modo que pude ir alternándolos. Mientras usaba uno, Dottie volvía el otro del revés lo máximo posible y lo tendía delante de tres ventiladores para secar el interior empapado en sudor.

Al menos era capaz de desprenderme de las pieles yo solo; para entonces ya había descubierto el secreto. La zarpa derecha de Howie era en realidad un guante, y cuando uno conocía el truco, bajar la cremallera hasta la nuca del disfraz era pan comido. Con la cabeza libre, el resto no tenía secreto. Eso era estupendo, porque podía cambiarme yo solo detrás de una cortina. Se acabó el exhibir mis calzoncillos sudados y semitransparentes a las señoras de vestuario.

A medida que transcurría la tarde del Cuatro de Julio engalanada de banderas, me vi eximido de mis otras obligaciones. Hacía mi número, después me retiraba bajo Joyland y me tumbaba un rato en el roído sofá del deshuesadero, absorbiendo el aire acondicionado. Cuando me sentía reanimado, usaba los callejones para llegar al taller de vestuario e intercambiar los trajes. Entre cambio y cambio me atracaba de pintas de agua y litros de té helado sin azúcar. Nadie creerá que me divertía, pero así era. Aquel día hasta los mocosos me adoraban.

Pues bien: cuatro menos cuarto de la tarde. Bailo por Joyland Avenue —nuestra «central»— mientras por los grandes altavoces suena a todo volumen «Chick-A-Boom, Chick-A-Boom, Don'tcha Just Love It» de Daddy Dewdrop. Reparto abrazos a los niños y cupones para el Increíble Agosto a los adultos, porque la afluencia de visitantes en Joyland siempre se reducía a medida que el verano pasaba. Poso para fotografías (algunas sacadas por las Chicas Hollywood, la mayoría por hordas de Padres Paparazzi empapados de sudor y quemados por

el sol) y arrastro una estela de niños adoradores con el esplendor de un cometa. De paso, busco la puerta más cercana al Subterráneo de Joyland, porque estoy bastante hecho polvo. Tengo un turno más como Howie programado para hoy, porque Howie el Perro Feliz jamás muestra sus ojos azules y orejas en punta tras la puesta de sol. No sé por qué; se trataba simplemente de una tradición del espectáculo.

¿Me fijé en la niñita de la gorra roja antes de que se cayera al suelo abrasador de Joyland Avenue, retorciéndose y sacudiéndose? Creo que sí, pero no puedo asegurarlo, porque el paso del tiempo añade recuerdos falsos y modifica los verdaderos. Casi seguro que no me fijé en el Pup-A-Licious que agitaba ni en su perro-gorra roja de Howie; una niña en un parque de atracciones con un perrito caliente difícilmente puede considerarse una visión única, y aquel día debían de haberse vendido mil gorras de Howie rojas. En caso de haber reparado en ella, habría sido por la muñeca que acurrucaba contra el pecho en la mano que no sujetaba el bocadillo rebosante de mostaza. Era una vieja Raggedy Ann. Madame Fortuna me había sugerido tan solo dos días antes que estuviera atento por si veía a una niña pequeña con una muñeca, así que quizá sí me fijé en ella. O quizá únicamente pensaba en escapar de la central antes de desmayarme. En cualquier caso, la muñeca no era el problema. El Pup-A-Licious que estaba comiendo... *ese sí era* el problema.

Creo recordar, solo lo creo, que venía corriendo hacia mí (eh, todos lo hacían), pero sé qué ocurrió a continuación y por qué ocurrió. Tenía un trozo de perrito caliente en la boca, y cuando tomó aliento para gritar *HOWWWIE*, lo engulló. Perritos calientes: la comida perfecta para asfixiarse. Por suerte para ella, las patrañas de Fortuna que me soltó Rozzie Gold se me habían grabado en la mente lo suficiente para actuar con rapidez.

Cuando las rodillas de la niña se doblaron, al tiempo que su expresión de feliz éxtasis se tornaba primero en sorpresa y después en terror, yo ya me llevaba la mano a la espalda y agarraba la cremallera con el guante-zarpa. La cabeza de Howie se desplomó a un lado y se quedó, colgando, y dejó al descubierto el rostro rojo y la mata de cabello empapado en sudor del señor Devin Jones. La niñita soltó su muñeca. Se le cayó la gorra. Se echó las manos al cuello, como dándose zarpazos.

—¿Hallie? —gritó una mujer—. Hallie, ¿qué te pasa?

He aquí más suerte en acción: yo no solo sabía qué ocurría, sino que, además, sabía cómo proceder. No estoy seguro de que entiendas lo afortunado de la situación. Estamos hablando de 1973, recordémoslo, y Henry Heimlich no publicaría el ensayo que daría nombre a la famosa maniobra hasta un año después. Aun así, siempre ha sido la manera más lógica de enfrentarse a un caso de



atragantamiento, y la habíamos aprendido en nuestra primera y única sesión de orientación antes de empezar a trabajar en el Commons de la Universidad de New Hampshire. El profesor era un duro veterano de la guerra de los restaurantes que había perdido su café Nashua un año después de que levantaran un nuevo McDonald's en la zona.

«Recordad esto: no funcionará si no lo hacéis con fuerza —había dicho—. No os preocupéis por romper una costilla si veis a alguien muriéndose delante de vosotros.»

Vi que la cara de la pequeña se ponía morada y ni siquiera pensé en sus costillas. La envolví en un inmenso y peludo abrazo, con la zarpa izquierda que manejaba la cola presionando en el abdomen bajo el arco óseo donde se juntaban sus costillas. Le di un solo apretón con fuerza, y un trozo de perrito untado de amarillo y de casi cinco centímetros de longitud salió disparado de su boca como un corcho de una botella de champán. Voló casi cuatro metros. Y no, no le rompí ninguna costilla. Los niños son flexibles, que Dios los bendiga.

No era consciente de que Hallie Stansfield —así se llamaba— y yo nos encontrábamos rodeados por un creciente círculo de adultos. Desde luego, no era consciente de que nos estaban sacando docenas de fotos, incluyendo la tomada por Erin Cook que terminaría en el *Weekly* de Heaven's Bay y en varios periódicos más importantes, entre ellos el *Star-News* de Wilmington. Aún conservo una copia enmarcada de aquella foto en alguna parte del desván. Muestra a la pequeña suspendida de los brazos de ese extraño híbrido de hombre y perro con dos cabezas, una de ellas caída sobre su hombro. La niña alarga los brazos hacia su madre, perfectamente capturada por la Speed Graphic de Erin justo cuando Mamá cae de rodillas delante de nosotros.

Todo esto lo tengo borroso, pero recuerdo a la madre levantando a la pequeña en brazos y al padre diciendo *Chico, creo que le has salvado la vida*. Y recuerdo —con claridad cristalina— a la niña mirándome con sus ojazos azules y diciendo: «Oh, pobre Howie, se te ha caído la cabeza».



El titular más memorable de todos los tiempos, como todo el mundo sabe, es HOMBRE MUERDE A PERRO. Y aunque el *Star-News* no pudo igualarlo, el que se leía sobre la foto de Erin tampoco era moco de pavo: PERRO SALVA A NIÑA EN PARQUE DE ATRACCIONES.

¿Quieres saber cuál fue mi primer impulso malicioso? Recortar el artículo y enviárselo a Wendy Keegan. Es posible que lo hubiera hecho de no haber sido por la pinta de rata azmilclera ahogada que tenía en esa foto. Sí se la envié a mi padre,

que telefoneó para decirme lo orgulloso que se sentía. Deduje por el temblor en su voz que estaban a punto de saltarle las lágrimas.

—Dios te puso en el sitio correcto en el momento justo, Dev —dijo.

Quizá fuera Dios. Quizá fuera Rozzie Gold, también conocida como Madame Fortuna. Quizá un poco de ambos.

Al día siguiente me convocaron en el despacho del señor Easterbrook, una habitación con paneles en madera de pino y una chillona decoración de viejas fotografías y pósters de ferias. Me llamó especialmente la atención una foto que mostraba a un agente con sombrero de paja y un pulcro bigote plantado junto a una prueba de fuerza. Llevaba arremangada su camisa blanca y se apoyaba en una maza como si fuera un bastón: un macho total. En lo alto del poste, junto a la campana, había un letrero que rezaba DELE UN BESO, SEÑORA, ¡ES TODO UN HOMBRE!

—¿Ese tipo es usted? —pregunté.

—Pues sí, soy yo, aunque solo estuve con ese tinglado una temporada. No era de mi agrado. Esos trabajos de embaucador nunca lo han sido. Me gusta que mis juegos sean honrados. Siéntese, Jonesy. ¿Quiere una Coca-Cola o algo así?

—No, señor. Estoy bien. —De hecho, aún chapoteaba en el batido de aquella mañana.

—No me morderé la lengua. Ayer por la tarde le proporcionó a este show veinte mil dólares de publicidad de la buena y aun así no puedo permitirme darle un bonus. Si usted supiera... pero no importa. —Se inclinó hacia delante—. Lo que sí puedo hacer es deberle un favor. Si necesita uno, pídale. Se lo concederé si está en mi mano. ¿Servirá?

—Claro.

—Bien. ¿Y estaría dispuesto a aparecer una vez más como Howie con la niña? Sus padres quieren darle las gracias en privado, pero una aparición pública sería una promoción excelente para Joyland. La decisión es totalmente de usted, por supuesto.

—¿Cuándo?

—El sábado, después del desfile de mediodía. Montaremos una plataforma en el cruce de Joyland y Hound Dog Way. Vamos a invitar a la prensa.

—Será un placer —dije.

Me gustaba la idea de volver a salir en los periódicos, lo admito. Había sido un verano duro para mi ego y autoestima, por lo que aprovecharía cualquier oportunidad para cambiar de rumbo.

Se puso en pie de esa manera insegura y vítrea tan suya.

—Gracias de nuevo —dijo mientras me ofrecía la mano—. En nombre de esa pequeña, pero también en nombre de Joyland. Los contables que gobiernan mi

condenada vida se van a poner muy contentos.



Cuando salí del edificio de oficinas, que estaba ubicado con los demás edificios administrativos en lo que llamábamos el patio trasero, mi equipo al completo se encontraba allí. Incluso Pop Allen había venido. Erin, vestida para el éxito con su traje verde de Chica Hollywood, se adelantó con una corona metálica de laureles hecha a partir de latas de sopa Campbell. Se postró con una rodilla en el suelo.

—Para vos, mi héroe.

Debí de imaginar que estaba demasiado bronceado para ruborizarme, pero resultó que no.

—Oh, por Dios, levántate.

—El salvador de niñas —dijo Tom Kennedy—. Eso sin mencionar que le has salvado el culo a nuestro lugar de trabajo al evitar una demanda y la posibilidad de que tuviera que cerrar sus puertas.

Erin se puso en pie de un salto, me encajó la ridícula corona de latas de sopa en la cabeza y finalmente me dio un besazo. Todos los miembros del Equipo Beagle aplaudieron.

—Vale —dijo Pop cuando se extinguieron los vítores—. Estamos todos de acuerdo en que eres un caballero de brillante armadura, Jonesy, pero tampoco has sido el primero que salva a un paleta de diñarla en la central. ¿Qué, podemos volver ya todos al trabajo?

Me parecía bien. Ser famoso era divertido, pero capté el mensaje que encerraban los laureles de hojalata: «que no se te hinche la cabeza».



Aquel sábado me puse las pieles en el improvisado escenario montado en el centro de nuestra central. Estuve encantado de coger a Hallie en brazos, y la niña estaba claramente encantada de encontrarse allí. Calculo que se quemarían aproximadamente diez kilómetros de película cuando la pequeña proclamó su amor por su perrito favorito y lo besó una y otra vez para las cámaras.

Erin estuvo en primera fila un rato, pero los fotógrafos de los periódicos eran más grandes y todos hombres. Pronto la arrinconaron a una posición menos favorable, y ¿qué querían todos ellos? Lo que Erin ya había conseguido, una foto mía sin la cabeza de Howie. Cosa que no hice, aunque estoy seguro de que ni Fred, ni Lane ni el propio señor Easterbrook me habrían penalizado por ello. No lo hice porque con ello habría desafiado a la tradición del parque: Howie jamás se quitaba las pieles en público; habría sido como desvelar la identidad del Ratoncito

Pérez. Una cosa era cuando Hallie Stansfield se estaba ahogando, la excepción que confirma la regla, pero no infringiría las normas deliberadamente. Supongo que, después de todo, yo mismo era un feriante (aunque no feriante de feriantes, eso jamás).

Más tarde, esta vez ya vestido de calle, me reuní con Hallie y sus padres en el Centro de Atención al Cliente de Joyland. De cerca, pude ver que Mamá estaba embarazada del número dos, aunque probablemente aún tenía por delante tres o cuatro meses de comer pepinillos y helado. Me abrazó y lloró un poco más. Hallie no parecía excesivamente preocupada. Estaba sentada en una de las sillas de plástico, balanceando los pies y mirando ejemplares atrasados de *Screen Time*, mientras recitaba los nombres de las distintas celebridades con la voz rimbombante de un paje de la corte que anuncia una visita real. Palmeé la espalda de Mamá y dije «venga, venga». Papá no lloraba, pero las lágrimas se asomaron a sus ojos cuando se acercó y me tendió un cheque por valor de quinientos dólares extendido a mi nombre. Cuando le pregunté qué hacía para ganarse la vida, contestó que había puesto en marcha su propia empresa de construcción el año anterior. «Ahora tenemos poco, pero vamos bien encaminados», me dijo. Lo medité, consideré los factores de una niña aquí y otro bebé en camino, y rompí el cheque. Le dije que no podía aceptar dinero por algo que formaba parte de mi trabajo. Hay que recordar que yo solo tenía veintiún años.



Para los ayudantes estivales de Joyland no existían los fines de semana propiamente dichos; teníamos libres un día y medio de cada nueve, lo cual significaba que nunca coincidían de una semana a otra. Había una hoja de solicitudes, de modo que Tom, Erin y yo casi siempre nos las apañábamos para conseguir los mismos descansos. Esa fue la razón de que estuviéramos juntos una noche de miércoles a principios de agosto, sentados alrededor de una hoguera en la playa y disfrutando de la clase de comida que solo puede nutrir a los muy jóvenes: cerveza, hamburguesas, patatas fritas con sabor barbacoa y ensalada de col, zanahoria y mayonesa. De postre tomamos malvavisco, que Erin tostó en el fuego usando una parrilla que había tomado prestada de la heladería del Pirata Pete. Salió bastante bien.

Se divisaban otras hogueras —fogatas grandes de vivas llamas además de pequeños fuegos para cocinar— por toda la playa hasta la parpadeante metrópolis de Joyland. Componían una encantadora cadena de joyería ardiente. Semejantes hogueras probablemente son ilegales en el siglo XXI; los poderes fácticos tienen el don de prohibir un montón de cosas, cosas hermosas de las que hace la gente ordinaria. No sé por qué debe ser de esa manera, solo sé que así es.

Mientras comíamos, les hablé de Madame Fortuna y de su predicción de que conocería a un chico con un perro y a una niñita con una gorra roja que llevaba una muñeca.

—Cumplido uno de dos —concluí.

—¡Guau! —exclamó Erin—. A lo mejor es vidente de verdad. Me lo ha dicho un montón de gente, pero no me...

—¿Cómo quién? —exigió Tom.

—Bueno... pues por ejemplo, Dottie Lassen, de vestuario. O Tina Ackerley, la bibliotecaria. ¿Sabías que Dev sale a hurtadillas por las noches para visitarla?

La abucheé y se rió tontamente.

—Dos no son un montón —dijo Tom, hablando con su voz de Profesor Sabihondo.

—Con Lane Hardy van tres —apunté yo—. Dice que las cosas que cuenta hacen que la gente se caiga de culo. —Para ser del todo sincero, me sentí obligado a añadir—: Claro que también dijo que el noventa por ciento de sus predicciones son una basura.

—Seguramente se acerca más al noventa y cinco por ciento —dijo el Profesor Sabihondo—. La adivinación es un timo, chicos y chicas. Un Ikey Heyman, en el Habla. Tomemos como ejemplo la gorra. Las perro-gorras de Joyland se venden en tres colores: rojo, azul y amarillo. El rojo es de lejos el más popular. Y en cuanto a la muñeca, ¡venga, hombre! ¿Cuántos críos se traen algún juguete al parque de atracciones? Es un sitio extraño y el juguete favorito sirve de consuelo. Si no se hubiera atragantado con el perrito justo delante de ti, si simplemente le hubiera dado a Howie un buen abrazo y hubiera seguido andando, habrías visto a alguna otra niñita con una gorra roja llevando una muñeca y hubieras dicho «¡Ajá! Madame Fortuna de verdad *puede* ver el futuro, tendré que untarle la mano de plata para que me cuente más».

—Menudo cínico estás hecho —dijo Erin, propinándole un codazo—. Rozzie Gold jamás intentaría sacarle el dinero a alguien del parque.

—No me pidió dinero —confirmé, pero me parecía que el argumento de Tom tenía mucho sentido. Era cierto que ella había sabido (o *parecía*) que mi chica de pelo oscuro estaba en mi pasado, no en mi futuro, pero eso podría haber sido una mera conjetura basada en porcentajes... o en la expresión de mi rostro cuando le pregunté.

—Por supuesto que no —dijo Tom, sirviéndose otro malvavisco—. Solo estaba practicando contigo, para mantenerse en forma. Me apuesto algo a que también le ha contado cosas a un montón de novatos.

—¿Y eres tú uno de ellos? —pregunté.

—Bueno... no. Pero eso no significa nada.

Miré a Erin, que sacudió la cabeza.

—Además, cree que la Casa Embrujada está encantada de verdad —añadí.

—Eso también lo he oído yo —dijo Erin—. Es por una chica que murió asesinada allí.

—¡Chorradas! —exclamó Tom—. Lo próximo que me diréis es que fue el Garfio, y que todavía acecha detrás de la Calavera Aullante.

—Hubo un asesinato de verdad —dije—. Asesinaron a una chica llamada Linda Gray. Era de Florence, Carolina del Sur. Hay fotos de ella y del tío que la mató en la caseta de tiro y también haciendo cola en la Spin. No tenía ningún garfio, pero sí un tatuaje de un pájaro en el dorso de una mano. Un halcón o un águila.

Eso hizo callar a Tom, al menos por el momento.

—Lane Hardy dijo que Roz solo *supone* que la Casa Embrujada está encantada, porque no va a entrar a averiguarlo. Ni siquiera se acerca si puede evitarlo. Lane piensa que eso es irónico, porque él sí cree que de verdad está encantada.

Erin abrió los ojos como platos y se arrimó al fuego, en parte para causar efecto, pero creo que principalmente para que Tom pudiera rodearla con el brazo.

—¿La *ha visto*?

—No lo sé. Me dijo que preguntara a la señora Shoplaw, que fue quien me dio todos los detalles.

Se la conté a ellos. Era una buena historia para contarla de noche, bajo las estrellas, con las olas rompiendo y una hoguera en la playa empezando a reducirse a brasas. Incluso Tom parecía fascinado.

—¿Afirma *ella* haber visto a Linda Gray? —preguntó cuando terminé de hablar—. ¿La Shoplaw?

Reproduje mentalmente su relato tal como me lo había contado el día que alquilé la habitación del primer piso.

—Creo que no. Lo habría mencionado.

Tom asintió con la cabeza, satisfecho.

—Una lección perfecta de cómo funcionan estas cosas. Todo el mundo *conoce* a alguien que ha visto un OVNI, y todo el mundo *conoce* a alguien que ha visto un fantasma. Testimonio de oídas, inadmisible en un juzgado. Yo, Thomas el Escéptico. ¿Lo pilláis? Tom Kennedy, Thomas el Escéptico.

Erin le lanzó otro codazo, este más agudo.

—Lo hemos pillado. —Contempló pensativamente las llamas—. ¿Sabéis qué? Ya se nos han ido dos terceras partes del verano y no hemos estado ni una sola vez en la jaula de los gritos de Joyland, ni siquiera en la parte infantil de delante. Es una zona donde están prohibidas las fotos. Brenda Rafferty nos contó que es

porque muchas parejas se meten ahí para enrollarse. —Me escudriñó—. ¿De qué te ríes?

—De nada. —Pensaba en el difunto marido de la Shoplaw, después de la Taquilla Nocturna, recogiendo bragas por el lugar.

—¿Habéis entrado, chicos?

Los dos sacudimos la cabeza.

—La Casa Embrujada es trabajo del Equipo Dobie —dijo Tom.

—Pues hagámoslo mañana. Nosotros tres en una vagoneta. A lo mejor la vemos.

—¿Ir a Joyland en nuestro día libre cuando podemos pasarlo en la playa? —preguntó Tom—. Eso es puro masoquismo.

Esta vez no bastó con darle un codazo, Erin se lo clavó en las costillas. No sabía si para entonces ya dormían juntos, pero parecía muy probable; desde luego, su relación se había vuelto de lo más física.

—¡Vete a hacer popó! Los empleados montamos gratis, y ¿cuánto dura el viaje? ¿Cinco minutos?

—Creo que un poco más —dije—. Nueve o diez, más lo que se tarde en la zona infantil. Calcula unos quince minutos en total.

Tom apoyó la barbilla en la cabeza de Erin y me miró a través de la fina nube de su cabello.

—Vete a hacer popó, dice. Fíjate tú, una jovencita con una refinada educación universitaria. Antes de que se juntara con las chicas de la hermandad, habría dicho *una mierda* y se habría quedado tan pancha.

—El día que me una a esa panda de fulanas pijas medio muertas de hambre, me moriré del puto asco. —Por alguna razón, esa vulgaridad me complació a más no poder, posiblemente porque Wendy era una veterana en el arte de la pijería—. Tú, Thomas Patrick Kennedy, lo que pasa es que tienes miedo de que la *veamos* y tengas que retractarte de todas esas cosas que has dicho sobre Madame Fortuna y los fantasmas y los OVNIS y...

Tom levantó las manos.

—Me rindo. Nos pondremos en la cola con el resto de los paletos (de los condes, quiero decir) y haremos la visita a la Casa Embrujada. Insisto únicamente en que sea por la tarde. Necesito mi precioso descanso.

—La verdad es que sí —dije.

—Muy gracioso, viniendo de alguien con tu pinta. Dame una birra, Jonesy.

Le di una birra.

—Cuéntanos cómo te fue con los Stansfield —pidió Erin—. ¿Te lloriquearon encima y te dijeron que eras su héroe?

Se aproximaba bastante, pero no quise admitirlo.

—Los padres eran bastante guays. La niña se sentó en el rincón y se puso a leer *Screen Time* y a decir que espiaba a Dean Martin con sus ojitos.

—Corta el rollo y ve al grano —dijo Tom—. ¿Sacaste algo de dinero?

Me preocupaba la idea de que la niñita que anunciaba a los famosos con tanta reverencia pudiera haber acabado en un coma. O en un ataúd. Estaba distraído, así que contesté con franqueza.

—El tipo me ofreció quinientos dólares, pero no los acepté.

Tom me miró con ojos desorbitados.

—¿Que hiciste *qué*?

Bajé la vista a los restos del malvavisco que sujetaba. El dulce se me escurría entre los dedos, de modo que lo tiré al fuego. Ya estaba lleno, de todas formas. También estaba avergonzado, y me cabreaba sentirme de esa manera.

—El hombre está tratando de sacar un negocio adelante, y por la forma en que lo describía, está en ese punto en que no se sabe si saldrá bien o mal. Además, tiene mujer y una niña y otro bebé en camino. Dudo que pueda permitirse el lujo de regalar dinero.

—¿Que *él* no podría permitírselo? ¿Y *tú*?

Parpadeé sorprendido.

—¿Qué pasa conmigo?

Hasta día de hoy no sé si Tom estaba genuinamente enfadado o si lo fingía. Pienso que quizá al principio actuaba, pero luego, a medida que se daba cuenta de lo que yo había hecho fue calentándose. Yo no tenía una idea exacta de cuál era la situación en su casa, pero sé que vivía de cheque en cheque y que no tenía coche. Cuando quería invitar a salir a Erin, cogía prestado el mío... y era cuidadoso —puntilloso, debería decir— a la hora de pagar la gasolina que gastaba. El dinero le importaba. Jamás tuve la sensación de que lo poseyera completamente, pero sí, le importaba mucho.

—Necesitas Dios y ayuda para pagar la universidad, igual que Erin y yo, y trabajar en Joyland no va a hacer que ninguno de nosotros viaje en limusina. ¿Qué es lo que te pasa? ¿Tu madre te dejó caer de cabeza cuando eras un bebé?

—Tranquilízate —dijo Erin.

Tom no le prestó atención.

—¿Es que *quieres* pasarte el semestre de otoño del próximo curso levantándote temprano para recoger platos de desayuno sucios en un comedor? Debe de ser eso, porque quinientos dólares por semestre es lo que más o menos se cobra en Rutgers. Lo sé porque me informé antes de probar suerte con las clases particulares. ¿Sabes cómo logré salir adelante el primer año? Escribiendo trabajos para ricachones del colegio mayor matriculados en Cervezología Avanzada. Si me hubieran pillado, podrían haberme suspendido un semestre o haberme expulsado.



Te diré a qué equivale tu magnánimo gesto: a regalar veinte horas a la semana que podrías haber empleado para estudiar. —Se oyó a sí mismo despotricando, calló, y esbozó una sonrisa—. O para intentar ligar con gráciles féminas.

—Ya te *daré* yo gracilidad —repuso Erin, y se abalanzó sobre él.

Echaron a rodar por la arena, Erin haciéndole cosquillas y Tom chillando (con una notable falta de convicción) que le soltase. Por mi parte, todo estaba bien, porque no me interesaba luchar por los puntos que Tom había expuesto. Yo ya había tomado una decisión sobre algunas cuestiones, al parecer, y únicamente faltaba comunicar a mi mente consciente la noticia.



Al día siguiente, a las tres y cuarto, estábamos en la cola de la Casa Embrujada. Un chaval llamado Brady Waterman estaba al mando del tinglado. Me acuerdo de él porque también era bueno haciendo de Howie (pero no tanto como yo, me siento obligado a añadir... estrictamente en honor a la verdad). Aunque estaba bastante rechoncho al comienzo del verano, Brady era ahora delgado y esbelto. Como dieta, ponerse las pieles le daba mil vueltas a los programas de puntos.

—Eh, chicos, ¿qué estáis haciendo aquí? —preguntó—. ¿No es hoy vuestro día libre?

—Teníamos que ver la única e inimitable atracción oscura de Joyland —dijo Tom—. Yo ya estoy notando una satisfactoria sensación de unidad dramática: Brad Waterman y la Casa Embrujada. Es la combinación perfecta.

El chaval frunció el ceño.

—¿Vais a probar a meteros los tres en una sola vagoneta?

—Es necesario —le dijo Erin. Después acercó la cabeza a una de las orejas de soplillo de Brad y le susurró—: Es un juego de Verdad o Atrevimiento.

Mientras Brad lo meditaba, se tocó el labio superior con la punta de la lengua. Lo veía calculando las posibilidades.

El hombre situado detrás de nosotros en la fila habló.

—Eh, muchachos, ¿os importaría moveros? Tengo entendido que hay aire acondicionado dentro, y me vendría bien un poco.

—Adelante —nos dijo Brad—. Compraos un arco y salid flechados—. Viniendo de Brad, se trataba de toda una agudeza rabelesiana.

—¿Hay fantasmas ahí dentro? —pregunté.

—Cientos, y espero que todos os den un mordisco en el culo.



Comenzamos por la Mansión de los Espejos Misteriosos, donde hicimos una breve pausa para contemplar nuestras figuras, altas y estiradas o aplastadas y achaparradas. Logrado el objetivo menor de echarnos unas risitas, nos guiamos por los minúsculos puntitos rojos que estaban situados en la parte inferior de ciertos espejos. Estos nos condujeron directamente al Museo de Cera. Teniendo este mapa de ruta secreto, llegamos muy por delante del resto del grupo, que deambulaba de un lado a otro, riendo y tropezando con los diversos paneles en ángulo.

Para decepción de Tom, no había asesinos en el Museo de Cera, solo políticos y famosos. Un sonriente John F. Kennedy y un Elvis Presley con mono flanqueaban la entrada. Haciendo caso omiso del cartel de POR FAVOR NO TOCAR, Erin rasgó la guitarra de Elvis.

—Desafina... —empezó a decir, pero retrocedió de inmediato cuando Elvis cobró vida con una sacudida y se puso a cantar «Can't Help Falling in Love with You».

—¡Pillada! —exclamó Tom alegremente, y le dio un abrazo.

Más allá del Museo de Cera se abría una entrada que conducía a la Sala del Barril y el Puente, donde retumbaba un ruido de maquinaria que parecía peligrosa (no lo era) y tartamudeaban estroboscópicas luces de colores opuestos. Erin cruzó al otro lado por el inestable Puente inclinado de Billy Goat's mientras los machotes que la acompañaban desafiaban al barril. Lo atravesé a trompicones, avanzando como un borracho pero cayéndome solo una vez. Tom se detuvo en el centro, estiró brazos y piernas hasta parecer un monigote de papel, y de esa forma dio un giro completo de trescientos sesenta grados.

—Para ya, so bobo, ¡te vas a romper el cuello! —exclamó Erin.

—Aunque se caiga, no le pasará nada —dije—. Está acolchado.

Tom se nos unió de nuevo, sonriente y rojo como un tomate.

—Eso ha despertado neuronas que llevaban dormidas desde que tenía tres años.

—Sí, pero ¿y qué pasa con las que ha matado? —preguntó Erin.

A continuación venía la Sala Inclined y más allá había una arcada llena de adolescentes jugando a las máquinas de pinball y Skee-Ball. Erin se quedó observando estas últimas un rato, con los brazos cruzados y una expresión desaprobadora en el rostro.

—¿No saben que ese juego es un completo despilfarro?

—La gente viene aquí para despilfarrar —respondí—. Forma parte de la atracción.

Erin suspiró.

—Y yo que pensaba que *Tom* era el cínico.

En el otro extremo de la arcada, bajo una calavera que emitía un resplandor verde, había un cartel que rezaba: ¡AQUÍ COMIENZA LA CASA EMBRUJADA! ¡CUIDADO! LAS MUJERES EMBARAZADAS Y LOS QUE VAN ACOMPAÑADOS DE NIÑOS PEQUEÑOS PUEDEN SALIR POR LA IZQUIERDA.

Entramos en una antecámara en la que resonaban ecos grabados de risotadas y gritos. Destellos de luz roja iluminaban un único raíl de acero y más allá la entrada a un túnel oscuro. Desde sus profundidades llegaban ruidos sordos, destellos de luces y más gritos. Estos no eran grabados. Desde la distancia, no parecían precisamente de alegría, aunque probablemente lo eran. Algunos, al menos.

Eddie Parks, propietario de la Casa Embrujada y jefe del Equipo Doberman, se nos acercó. Llevaba puestos unos guantes de cuero sin curtir y una gorra tan vieja que había perdido todo color (aunque se teñía de rojo sangre cada vez que latían las luces). Nos saludó con un desdeñoso sorbo de nariz.

—Debéis de estar pasando un día libre la hostia de aburrido.

—Queríamos ver cómo vive la otra mitad —dijo Tom.

Erin dedicó a Eddie su sonrisa más radiante. Eddie no se la devolvió.

—Tres en un coche, me figuro. ¿Es lo que queréis?

—Sí —dije.

—Por mí, vale, pero acordaos de que las reglas también se aplican a vosotros, lo mismo que a cualquier otro. No saquéis las putas manos.

—Sí, señor —dijo Tom, y le dirigió un breve saludo militar.

Eddie lo miró como quien mira un bicho de una especie nueva y regresó a sus controles, que consistían en tres palancas de cambio que sobresalían de un podio a la altura de la cintura. Había también una serie de botones iluminados por una lámpara de flexo doblada para minimizar su apenas espectral luz blanca.

—Qué encanto de tío —masculló Tom.

Erin enlazó un brazo con el codo derecho de Tom y el otro con mi codo izquierdo para tenernos más cerca.

—¿A alguien le cae bien? —susurró.

—No —dijo Tom—, ni siquiera a los de su propio equipo. Ya ha despedido a dos.

El resto de nuestro grupo empezaba a alcanzarnos justo cuando llegaba un tren lleno de condes riendo (mas unos cuantos niños llorando cuyos padres deberían haber hecho caso al aviso y salido por la arcada). Erin preguntó a una chica si daba miedo.

—Lo más aterrador ha sido tratar de que las manos de *este* se quedaran en su sitio —dijo, y soltó un chillido alegre cuando su novio primero la besó en el cuello y después la arrastró hacia la arcada.

Subimos a bordo. Los tres en un coche diseñado para dos personas. Estábamos muy apretados, y era perfectamente consciente de la presión del muslo de Erin sobre el mío y del roce de su pecho contra mi brazo. Sentí un repentino y nada desagradable cosquilleo hacia el sur. Alegaré que —fantasías aparte— la mayoría de los hombres son monógamos de cintura para arriba. Por debajo del cinturón, sin embargo, hay un potro salvaje en estampida al que eso no le importa una mierda.

—¡Las manos dentro de la *vagoneeeta*! —Eddie Parks vociferaba en un tono monocorde mortalmente aburrido que era la antítesis total del alegre discurso de Lane Hardy—. ¡Las manos dentro de la *vagoneeeta*! ¡Si tienen niños que miden menos de un metro, siéntenlos en las rodillas o bajen de la *vagoneeeta*! ¡Quédense quietos y cuidado con la *baaarra*!

Las barras de seguridad bajaron y se oyó un seco ruido metálico, y varias chicas afinaron sus voces con gritos antes de hora. Aclarando sus cuerdas vocales para las arias venideras en la atracción oscura, podría decirse.

Hubo una sacudida y empezamos a rodar hacia la Casa Embrujada.



Nueve minutos más tarde desmontamos y enfilamos hacia la salida a través de la arcada con el resto del rebaño. A nuestras espaldas, oímos a Eddie exhortando al siguiente grupo que mantuviera las manos dentro de la *vagoneeeta* y tuviera cuidado con la *baaarra*. En ningún momento nos miró.

—La parte de la mazmorra no daba miedo, porque todos los prisioneros eran Dobies —comentó Erin—. El que iba vestido de pirata era Billy Ruggerio. —Erin tenía un color vivo, su cabello estaba despeinado a causa de los ventiladores, y pensé que nunca la había visto tan hermosa—. Pero la Calavera Aullante me pilló de veras desprevenida, y la Cámara de las Torturas... ¡por Dios Santo!

—Bastante truculento —coincidí.

Había visto muchas películas de terror en mis años de instituto y, aunque me consideraba inmune a ellas, ver una cabeza con los ojos casi fuera de las órbitas que venía rodando desde la guillotina por un canalón inclinado me hizo pegar un salto del copón. Claro que la boca seguía moviéndose.

De nuevo en Joyland Avenue, divisamos a Cam Jorgensen, del Equipo Foxhound, vendiendo limonada.

—¿Queréis una? —preguntó Erin. Aún estaba rebosante de entusiasmo—. ¡Yo invito!

—Claro —dije.

—¿Tom?

Se encogió de hombros en señal de asentimiento. Erin le echó una mirada socarrona. Me fijé en Tom, pero él observaba cómo daba vueltas y vueltas el Cohete. O, tal vez, miraba a través de él.

Erin regresó con tres vasos grandes de plástico, donde cabeceaba medio limón. Nos los llevamos a un banco del parque Joyland, justo después de Wiggle-Waggle, y nos sentamos a la sombra. Erin hablaba de los murciélagos de la parte final de la atracción, de que sabía que eran artículos de broma movidos con cables, aunque esos bichos siempre la habían asustado un montón y...

En esas se interrumpió.

—Tom, ¿estás bien? No has dicho ni una palabra. No se te habrá revuelto el estómago por dar vueltas en el Barril, ¿verdad?

—Mi estómago está bien. —Bebió un sorbo de su limonada, como para demostrarlo—. Dev, ¿qué llevaba puesto? ¿Lo sabes?

—¿Eh?

—La chica que asesinaron. Laurie Gray.

—*Linda* Gray.

—Laurie, Larkin, Linda... lo que sea. ¿Qué llevaba puesto? ¿Era una falda larga, hasta los tobillos, y una blusa sin mangas?

Lo miré con atención. Ambos lo hicimos, pensando inicialmente que se trataba de otra gansada de Tom Kennedy. Solo que no daba la impresión de estar de guasa. Ahora que lo examinaba en serio parecía medio muerto de miedo.

—¿Tom? —Erin le tocó en el hombro—. ¿La has visto? Y nada de bromas, ¿eh?

Puso su mano sobre la de ella, pero no la miraba. Me estaba mirando a mí.

—Sí —dijo—, falda larga y blusa sin mangas. Tú lo sabes, porque la Shoplaw te lo contó.

—¿De qué color? —pregunté.

—Era difícil distinguirlo con las luces cambiando todo el rato, pero creo que azul. La blusa y la falda, las dos cosas.

Entonces Erin lo comprendió.

—Hostia bendita —dijo en una especie de suspiro. El color vivo de sus mejillas se esfumó.

Había algo más. Algo que la policía había mantenido en secreto durante mucho tiempo, según la señora Shoplaw.

—¿Y cómo tenía el pelo, Tom? Llevaba una coleta, ¿cierto?

Tom negó con la cabeza. Bebió un sorbito de su limonada. Se limpió la boca con el dorso de la mano. Su pelo no se había vuelto blanco, no miraba con ojos desorbitados, no le temblaban las manos, pero no se parecía al chico que bromeaba durante el recorrido de la Mansión de los Espejos y la Sala del Barril y

el Puente. Tenía el aspecto de un tipo al que acaban de inyectar un enema de realidad, una lavativa que había expulsado de su organismo todas las chorradas propias de los trabajos de verano.

—No, coleta no. Tenía el pelo largo, eso sí, pero llevaba una cosa en la cabeza para apartárselo de la cara. Las he visto un millón de veces, pero no me acuerdo de cómo lo llaman las chicas.

—Una diadema de tipo Alicia —dijo Erin.

—Sí. Creo que también era azul. Iba con las manos extendidas hacia fuera. —Extendió las suyas exactamente de la misma manera en que lo había hecho Emmalina Shoplaw el día que me contó la historia—. Como si estuviera pidiendo ayuda.

—Ya te sabías los detalles, te los contó la señora Shoplaw —dije—. ¿No es cierto? Venga, admítelo, no nos enfadaremos. ¿Verdad, Erin?

—Ajá, no.

Sin embargo, Tom negó con la cabeza.

—Os estoy contando lo que vi. ¿No la habéis visto ninguno de los dos?

No la habíamos visto, y se lo dijimos.

—¿Por qué yo? —preguntó Tom lastimeramente—. Ni siquiera había pensado en ella cuando entramos. Tan solo me estaba divirtiendo. Entonces *¿por qué yo?*



Erin intentó sacarle más detalles mientras yo conducía mi tartana de vuelta a Heaven's Bay. Tom contestó las primeras dos o tres preguntas, pero entonces dijo que ya no quería hablar más de ello en un tono brusco que nunca antes le había oído emplear con Erin. Creo que ella tampoco, porque permaneció el resto del viaje callada como un ratón. Quizá alguna vez comentaran el tema entre ellos, pero puedo asegurar que conmigo jamás lo mencionó hasta aproximadamente un mes antes de su muerte, y entonces solo por encima. Ocurrió al final de una conversación telefónica que había resultado dolorosa a causa de su titubeante voz nasal y de lo confuso que parecía a veces.

—Por lo menos... ya sé... que existe *algo* —dijo—. Yo mismo... lo vi... aquel verano. En la Cabaña de las Prisas. —No me molesté en corregirle; sabía a qué se refería—. ¿Te... te acuerdas?

—Me acuerdo —dije.

—Pero no sé... el *algo*... si es bueno... o malo. —Su voz agonizante me aterró—. La forma en que... Dev, *la forma en que extendía las manos*.

Sí.

La forma en que extendía las manos.



Mi siguiente día libre completo fue hacia mediados de agosto, y la marea de condes empezaba a menguar. Ya no tenía que ir dando bandazos y haciendo fintas en Joyland Avenue hasta la Carolina Spin... y la caseta de Madame Fortuna, que se levantaba bajo su sombra giratoria.

Lane y Fortuna —ese día iba totalmente de Fortuna, con el equipo completo de gitana— estaban hablando junto a la estación de control de la noria. Lane me vio y con un golpecito se cambió de lado el bombín, su modo habitual de saludarme.

—Mira lo que ha traído el gato —dijo—. ¿Cómo te va, Jonesy?

—Bien —contesté, aunque aquello no era rigurosamente cierto.

Las noches de insomnio habían regresado ahora que solo me ponía las pieles cuatro o cinco veces al día. Me tendía en la cama esperando a que crecieran las oscuras horas de la madrugada, con la ventana abierta para poder oír el oleaje, pensando en Wendy y en su nuevo novio. Pensando, además, en la chica que Tom había visto de pie junto a la vía de la Casa Embrujada, en el túnel de ladrillos falsos entre la Mazmorra y la Cámara de las Torturas.

Me dirigí a Fortuna.

—¿Puedo hablar contigo?

No preguntó por qué. Se limitó a guiarme hasta su caseta, apartó la cortina púrpura que colgaba en la entrada, y me hizo pasar. Había una mesa redonda cubierta con un mantel de color rosa. Encima estaba la bola de cristal de Fortuna, entonces tapada. Había dos sencillas sillas plegables, posicionadas de modo que vidente y solicitante se sentaran uno frente al otro ante la bola (la cual, yo lo sabía por casualidad, estaba iluminada por una pequeña bombilla que Madame Fortuna encendía y apagaba con el pie). En la pared trasera había una mano gigante serigrafiada, con los dedos extendidos y la palma a la vista. En ella, nítidamente etiquetadas, estaban las Siete: la línea de la vida, la línea del corazón, la línea de la cabeza, la línea del amor (también conocida como el Cinturón de Venus), la línea del sol, la línea del destino, la línea de la salud.

Madame Fortuna se recogió las faldas y tomó asiento. Me indicó con un gesto que hiciera lo mismo. No destapó la bola de cristal ni me invitó a untarle la mano de plata para que yo pudiera conocer el futuro.

—Pregunta lo que has venido a preguntar —demandó.

—Quiero saber si lo de la niña fue una conjetura fundamentada o si realmente sabías algo. Si viste algo.

Me miró, largo y tendido. El lugar donde hacía negocios Madame Fortuna estaba impregnado de un tenue aroma a incienso en vez de olor a palomitas y churros. Las paredes eran delgadas, pero la música, la charla de los condes y el

estruendo de las atracciones parecían estar muy lejos. Sentí deseos de bajar la vista, pero me las arreglé para no hacerlo.

—En realidad, lo que quieres saber es si soy un fraude. ¿No es así?

—Yo... Señora, sinceramente no sé lo que quiero.

Eso le provocó una sonrisa. Era una buena, como si hubiera superado alguna clase de prueba.

—Eres un encanto, Jonesy, pero como tantos otros chicos encantadores, mientes que da pena.

Empecé a replicar; me mandó callar con su mano derecha cargada de anillos. Luego la metió bajo la mesa y sacó la caja para el dinero. Las lecturas de Madame Fortuna eran gratis —incluidas en el precio de la entrada, damas y caballeros, niños y niñas—, pero se alentaba a dejar propina, lo cual era legal bajo las leyes de Carolina del Norte. Cuando abrió la caja, vi un fajo de billetes arrugados, la mayoría de un dólar, algo que se parecía sospechosamente a un tablero perforado (para un juego *ilegal* según las leyes de Carolina del Norte) y un solitario sobre pequeño. Escrito con letra de imprenta en el anverso estaba mi nombre. Me lo tendió. Vacilé un instante, pero lo cogí.

—Tú no has venido hoy a Joyland solo para preguntarme eso —declaró.

—Bueno...

Volvió a cortarme con un gesto.

—Sabes *exactamente* lo que quieres. A corto plazo, al menos. Y como el corto plazo es lo único que tenemos cualquiera de nosotros, ¿quién es Fortuna... o, para el caso, Rozzie Gold... para discutir contigo? Vete ya. Haz lo que has venido a hacer. Cuando acabes, abre eso y lee lo que he escrito. —Sonrió—. Los empleados no pagan. Sobre todo los buenos chicos como tú.

—Yo no...

Se levantó envuelta en un remolino de faldas y un tintineo de joyas.

—Vete, Jonesy. Aquí hemos terminado.



Salí aturdido de su estrecha caseta. La música procedente de dos docenas de barracas y atracciones pareció zarandearme como vientos opuestos, y el sol golpeaba como un martillo. Fui directamente al edificio de administración (en realidad, un remolque el doble de ancho de lo normal), llamé a la puerta por cortesía, entré y saludé a Brenda Rafferty, que iba de acá para allá entre un libro de contabilidad abierto y su fiel calculadora.

—Hola, Devin —dijo—. ¿Estáis cuidando de vuestra Chica Hollywood?

—Sí, señora, todos nosotros la protegemos.

—Dana Elkhart, ¿no es eso?



—Erin Cook, señora.

—Erin, claro. La pelirroja del Equipo Beagle. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Me pregunto si podría hablar con el señor Easterbrook.

—Está descansando, y detesto molestarlo. Antes ha tenido que hacer un montón de llamadas por teléfono y aún nos queda pendiente repasar varios números, por mucho que deteste importunarle con ellos. En estos días se cansa con mucha facilidad.

—No tardaré mucho.

Suspiró.

—Supongo que podría ir a ver si está despierto. ¿Puedes decirme de qué se trata?

—Un favor —dije—. Lo entenderá.



Lo entendió, y solo me formuló dos preguntas. La primera fue si estaba seguro. Respondí que sí. La segunda...

—¿Se lo ha dicho ya a sus padres, Jonesy?

—Somos solo mi padre y yo, señor Easterbrook, y lo haré esta noche.

—Muy bien, entonces. Ponga a Brenda al corriente antes de irse. Le dará todos los papeles necesarios para que los rellene... —Antes de poder acabar la frase, abrió la boca y soltó un enorme e inacabable bostezo, exhibiendo su dentadura equina—. Disculpeme, hijo. Ha sido un día agotador. Como todo el *verano*.

—Gracias, señor Easterbrook.

Agitó la mano.

—No tiene por qué darlas. Estoy seguro de que será usted una gran adquisición, pero si hace esto sin el consentimiento de su padre, me habrá decepcionado. Cierre la puerta al salir, por favor.

Traté de no ver el ceño de Brenda cuando rebuscó en los archivadores hasta encontrar los diversos formularios que Joyland Incorporated requería para un empleo a tiempo completo. No me sirvió de nada, porque de todas formas sentía su desaprobación. Doblé los papeles, me los metí en el bolsillo de atrás de los vaqueros, y me marché.

Más allá de la fila de retretes situada al final del patio había una arboleda de tupelos. Me dirigí hacia allí, me senté con la espalda apoyada en uno, y abrí el sobre que Madame Fortuna me había dado. La nota era breve e iba directa al grano.

*Vas a ir a ver al señor Easterbrook para preguntarle si puedes quedarte en el parque después del día del Trabajo. Sabes que no se negará a tu petición.*

Había acertado: yo quería saber si era un fraude, y ahí estaba su respuesta. Y sí, ya había tomado una decisión respecto a la próxima estación en la vida de Devin Jones. Ella también había acertado en eso.

Pero había una línea más.

*Has salvado a la pequeña, pero, ¡mi querido muchacho!, no puedes salvar a todo el mundo.*



Tras comunicar a mi padre que no iba a volver a la UNH —que necesitaba estar un año alejado de la facultad y que planeaba pasarlo en Joyland—, hubo un prolongado silencio en el extremo de la línea localizado en el sur de Maine. Pensé que tal vez me gritaría, pero no fue así. Solo sonaba cansado.

—Es por esa chica, ¿no?

Casi dos meses antes le había contado que Wendy y yo estábamos «tomándonos un descanso», pero papá supo leer entre líneas. Desde entonces no había pronunciado su nombre ni una sola vez en nuestras conversaciones telefónicas semanales. Ahora ella era simplemente *esa chica*. Cuando empezó a utilizar esta expresión, probé a hacer un chiste y le pregunté si pensaba que había estado saliendo con Mario Thomas, la protagonista de la serie *That Girl*. No le hizo gracia. No lo volví a intentar.

—Sí, en parte es por Wendy —admití—, pero no solo por ella. Necesito pasar un tiempo fuera, nada más. Un respiro. Y este sitio ha llegado a gustarme.

Suspiró.

—A lo mejor necesitas un descanso. Por lo menos estarás trabajando en vez de haciendo autoestop por Europa, como la hija de Dewey Michaud. ¡Catorce meses en albergues! ¡Catorce y sumando! ¡Por Dios Santo! Es fácil que vuelva con tiña y un bollo en el horno.

—Bueno —dije—, creo que podré evitar esas dos cosas. Si tengo cuidado.

—Tú solo asegúrate de evitar los huracanes. Se prevee una estación bastante mala.

—¿De verdad estás de acuerdo, papá?

—¿Por qué? ¿Quieres que discuta contigo? ¿Que trate de disuadirte? Si eso es lo que quieres, estoy dispuesto a intentarlo, pero sé lo que tu madre diría: si tiene edad suficiente para comprar alcohol de forma legal, tiene edad para empezar a tomar decisiones sobre su vida.

Sonreí.

—Sí, eso suena a ella.

—En lo que a mí respecta, supongo que no quiero que vuelvas a la facultad si vas a pasarte todo el tiempo en la luna pensando en esa chica y a dejar que tus notas se vayan al carajo. Si pintar cacharros y arreglar casetas te ayuda a sacártela de la cabeza, probablemente eso es bueno. Pero ¿qué pasará con tu beca y con los créditos acumulados si quieres volver en otoño de 1974?

—No habrá problema. Tengo un total de 3,2 acumulados, lo que es bastante persuasivo.

—Esa chica —dijo en un tono de infinito disgusto, y a continuación cambiamos a otros temas.



Aún me sentía triste y deprimido por cómo habían terminado las cosas con Wendy, mi padre no se equivocaba, pero ya había empezado el difícil trayecto (*la travesía*, como dicen ahora en los grupos de autoayuda) desde la negación hasta la aceptación. Nada parecido a la auténtica serenidad se veía aún en el horizonte, pero ya no creía —como ocurría en aquellos días y noches largos y dolorosos de junio— que la serenidad fuera inalcanzable.

El hecho de quedarme guardaba relación con otras cosas que ni siquiera era capaz de empezar a organizar, porque estaban amontonadas caóticamente en una pila desordenada y bien atadas con el áspero cáñamo de la intuición. Hallie Stansfield estaba allí. También Bradley Easterbrook, allá a principios de verano, diciendo *nosotros vendemos diversión*. El sonido del océano por la noche estaba allí, y la cancioncilla que una fuerte brisa del mar emitía al soplar entre el almacén de la Carolina Spin. Los frescos túneles bajo el parque estaban allí. También el Habla, aquel lenguaje secreto que los demás novatos habrían olvidado para cuando llegaran las vacaciones de Navidad. Yo no deseaba olvidarlo; era demasiado rico. Sentía que Joyland aún tenía algo más que darme. No sabía qué, tan solo... algo más.

Sin embargo —esto es raro, he examinado y reexaminado mis recuerdos de aquellos días para cerciorarme de que se trata de uno verdadero, y parece que lo es—, la razón principal era que había sido nuestro Thomas Escéptico quien vio el fantasma de Linda Gray. Eso le había cambiado en pequeños aspectos aunque fundamentales. No creo que Tom *quisiera* cambiar —creo que era feliz tal como era—, pero yo sí.

Yo también quería verla.



Durante la segunda mitad de agosto, varios de los veteranos —Pop Allen, por ejemplo, o Dottie Lassen— me dijeron que rezara para que lloviera el fin de semana del día del Trabajo. No llovió, y ese sábado por la tarde entendí por qué lo decían. Los coniles regresaron en tropel para una apoteósica despedida final, y Joyland estaba a tope. Lo que empeoraba la situación era que para entonces la mitad de los empleados estivales ya se habían ido, de regreso a sus respectivas universidades. Los que seguíamos allí trabajábamos como perros.

Algunos no solo trabajábamos *como* perros, sino que, además, hacíamos *de* perros, de uno en particular. Vi pasar la mayor parte de ese fin de semana festivo a través de los ojos de rejilla de Howie el Perro Feliz. El domingo me enfundé ese puñetero abrigo de pieles una docena de veces. Después de mi antepenúltimo turno del día, había recorrido tres cuartas partes del Boulevard que transcurre bajo Joyland Avenue cuando el mundo empezó a alejarse flotando en sombras de gris. En *sombras de Linda Gray*, recuerdo que pensé.

Iba conduciendo uno de aquellos cochecitos de servicio eléctricos con las pieles bajadas hasta la cintura para poder sentir el aire acondicionado en mi pecho sudoroso, y cuando me di cuenta de que perdía el control, tuve el buen juicio de arrimarme al muro y levantar el pie del botón de goma que servía de acelerador. Wally Schmidt el Gordo, que dirigía el juego de adivinar el peso, estaba casualmente tomándose un descanso en el deshuesadero en ese momento. Me vio aparcado de lado y desplomado sobre la barra de dirección del cochecito. Sacó una jarra de agua con hielo del frigorífico, se me acercó con andares de pato, y me levantó la barbilla con una mano rechoncha.

—Eh, novatillo. ¿Tienes otro traje que te valga?

—Tingo uno má —dije. Parecía borracho—. En el tallé de vegtuaio. Egstra gande.

—Ah, vale, está bien —dijo, y me vertió la jarra sobre la cabeza. Mi grito de sorpresa retumbó en ambas direcciones del Boulevard y atrajo a varias personas, que vinieron corriendo.

—¡Joder, Gordo! ¿Qué cojones haces?

Sonrió burlonamente.

—¿A qué t'ha despertao? ¡Anda que no! Es el fin de semana del día de Trabajo, novatillo, o sea, que es más trabajo pa' ti. Ná de dormirse en el puesto. Da las gracias por que no haga cuarenta grados ahí fuera.

Si hubiera hecho cuarenta grados, no estaría contando esta historia; habría muerto con el cerebro derretido en pleno Baile Feliz de Howie en el escenario de la Wiggle-Waggle. Sin embargo, el día del Trabajo estuvo nublado y soplaba una agradable brisa marina. De algún modo sobreviví.

Aproximadamente a las cuatro de la tarde de aquel lunes, cuando me enfundaba las pieles de repuesto para mi última actuación del verano, Tom Kennedy entró tan tranquilo en el taller de vestuario. Su perro-gorra y sus zapatillas mugrientas habían desaparecido. Llevaba puestos unos chinos planchados con esmero (*¿dónde diablos los tenías guardados?*, me pregunté), una camiseta de la Ivy League metida cuidadosamente por dentro de los pantalones y unos zapatos Bass Weejuns. Ese hijoputa de mejillas sonrosadas hasta se había cortado el pelo. Tenía todo el aspecto de un universitario prometedor con la vista fija en el mundo empresarial. Uno jamás habría adivinado que solo dos días antes llevaba unos Levis mugrientos, y que reptaba bajo el Zipper con un cubo de aceite, exhibiendo al menos dos centímetros de la raja del culo y maldiciendo a Pop Allen, el audaz líder del Equipo Beagle, cada vez que se estampaba la cabeza en una viga.

—¿Ya te vas? —pregunté.

—Bravo, lo has pillado, colega. Cojo el tren a Philly mañana a las ocho de la mañana. Pasaré una semana en casa y luego de vuelta a la rutina.

—Estupendo.

—Erin tiene algunas cosas que terminar, pero se va a reunir conmigo esta noche en Wilmington. He reservado una habitación para los dos en un pequeño bed and breakfast muy bonito.

Sentí un pelín de celos.

—Buen negocio.

—Ella es auténtica —dijo.

—Lo sé.

—Y tú también, Dev. Seguiremos en contacto. La gente lo dice por decir, pero yo hablo en serio. *Seguiremos* en contacto.

Me tendió la mano y se la estreché.

—Claro que sí. Eres un buen tipo, Tom, y Erin es la chica perfecta, lo tiene todo. Cuídala.

—En eso no hay problema. —Sonrió—. Llegado el semestre de primavera, se trasladará a Rutgers. Ya le he enseñado el himno de batalla de los Caballeros Escarlatas. Ya sabes, «Contra la corriente, equipo rojo, equipo rojo, contra la corriente...».

—Parece complicado —dije.

Me señaló agitando el dedo.

—El sarcasmo no te llevará a ninguna parte en este mundo, chico, a no ser, claro, que andes buscando un trabajo de escritor en la revista *Mad*.

En ese momento intervino Dottie Lassen.

—¿Sería mucho pedir que abreviéis la despedida y reduzcáis las lágrimas al mínimo? Tienes una actuación pendiente, Jonesy.

Tom se volvió hacia ella y extendió los brazos.

—¡Dottie, cuánto te quiero! ¡No veas lo que te voy a echar de menos!

La mujer se dio una palmada en el trasero para manifestar lo mucho que eso la había conmovido, luego se volvió y se alejó en dirección a un disfraz que necesitaba unos arreglos.

Tom me entregó un trozo de papel.

—La dirección de mi casa, la dirección de mi facultad y los números de teléfono de ambas. Espero que los uses.

—Lo haré.

—¿De verdad vas a renunciar a un año que podrías pasar bebiendo cerveza y echando polvos para rascar pintura aquí en Joyland?

—Sí.

—¿Estás chalado?

Lo medité un instante.

—Probablemente. Un poco, pero ya voy mejorando.

Yo estaba sudado y sus ropas estaban limpias, pero igualmente me dio un breve abrazo. Después se encaminó hacia la puerta, y se detuvo para besar a Dottie en una de sus mejillas arrugadas. No le fue posible maldecirlo —tenía la boca llena de agujas en ese momento—, pero se lo sacó de encima agitando una mano.

En la puerta se volvió para mirarme.

—¿Quieres un consejo, Dev? Mantente alejado de...

Concluyó con una sacudida de cabeza, y supe perfectamente bien a qué se refería: la Casa Embrujada. Un instante después desapareció, probablemente pensando en su visita a casa, y en Erin, en el coche que esperaba comprarse, y en Erin, en el próximo año universitario, y en Erin. Contra la corriente, equipo rojo, equipo rojo, contra la corriente. Llegado el semestre de primavera, podrían cantarlo juntos. Coño, podrían cantarlo esa misma noche si querían. En Wilmington. En la cama. Juntos.



En el parque no había reloj para fichar; nuestras idas y venidas eran supervisadas por los líderes de equipo. Aquel primer lunes de septiembre, tras mi último turno como Howie, Pop Allen me dijo que le llevara mi tarjeta de registro.

—Me queda otra hora —dije.

—No, hay alguien esperándote en la puerta para volver andando.

Yo sabía quién debía de ser ese alguien. Era difícil creer que existiera una parte tierna en la pasa arrugada que tenía Pop en vez de corazón, pero la había, y aquel verano la señorita Erin Cook era su dueña.

—¿Ya sabes cómo va la cosa mañana?

—De siete y media a seis —dije. Y nada de pieles. Qué bendición.

—Estarás a mi cargo el primer par de semanas, luego yo me largo a la soleada Florida. Después de eso, serás responsabilidad de Lane Hardy. Y de Freddy Dean, me imagino, si es que nota por casualidad que estás por aquí.

—Entendido.

—Bien. Voy a firmar tu tarjeta y después ya serás diez cuarenta y dos. —Lo que en el Habla significaba lo mismo que en el código radiofónico de banda civil que era tan popular en aquellos días: *Fin del trayecto*—. Y... Jonesy, dile a esa chica que me mande una postal de vez en cuando. La voy a echar de menos.

No era el único.



Erin también había iniciado la transición de vuelta de la Vida de Joyland a la Vida Real. Atrás quedaban los vaqueros desteñidos y la camiseta con las mangas enrolladas descaradamente hasta los hombros; así como el vestido verde de Chica Hollywood y el sombrero del bosque de Sherwood. La muchacha que esperaba en la ducha escarlata de neón al otro lado de la puerta llevaba una blusa sedosa sin mangas metida por dentro de una falda acampanada con cinturón. El cabello, peinado hacia atrás, estaba prendido con horquillas, y tenía un aspecto maravilloso.

—Demos un paseo por la playa —dijo—. Tengo tiempo antes de coger el autobús a Wilmington. He quedado allí con Tom.

—Me lo ha dicho, pero olvida el autobús. Yo te llevo.

—¿No te importa?

—Claro que no.

Caminamos por la fina arena blanca. Una media luna se había elevado en el cielo y batía una estela en el agua. A medio camino de Heaven's Bay —en realidad, no muy lejos de la gran casa victoriana de color verde que jugó un papel tan importante en mi vida aquel otoño— me tomó de la mano y continuamos de esa forma. No hablamos mucho hasta alcanzar los escalones que conducían al aparcamiento de la playa. Allí se volvió hacia mí.

—Lo superarás. —Clavaba sus ojos en los míos. No se había maquillado y tampoco lo necesitaba. La luz de la luna era su maquillaje.

—Sí —dije. Sabía que era cierto, y una parte de mí lo lamentaba. Es duro soltarse. Aun cuando aquello a lo que te aferras está lleno de espinas, es duro

soltarse. Quizá especialmente en ese caso.

—Y por ahora este es el mejor sitio para ti. Tengo esa sensación.

—¿Tom también?

—No, pero él nunca ha sentido por Joyland lo mismo que tú... y que yo este verano. Y después de lo que sucedió aquel día en la Casa Embrujada... lo que vio...

—¿Vosotros dos habláis alguna vez de ello?

—Lo intenté. Ahora ya paso. No encaja en su filosofía de cómo funciona el mundo, así que está tratando de borrarlo. Pero creo que le preocupa tú.

—¿Y tú te preocupas por mí?

—Por ti y por el fantasma de Linda Gray, no. Por ti y por el fantasma de esa tal Wendy, un poquito.

Sonreí.

—Mi padre ya no pronuncia su nombre, solo la llama «esa chica». Erin, ¿me harías un favor cuando vuelvas a la facultad? Si tienes tiempo, claro.

—Por supuesto. ¿De qué se trata?

Se lo expliqué.



Me pidió que la dejara en la estación de autobuses de Wilmington en vez de llevarla directamente al bed and breakfast que Tom había reservado. Dijo que prefería coger un taxi allí. Empecé a protestar que era malgastar el dinero, pero me callé. Parecía nerviosa, un poquito avergonzada, y supuse que eso tendría algo que ver con no desear bajarse de mi coche para quitarse la ropa y meterse en la cama con Tom Kennedy solo dos minutos más tarde.

Cuando aparqué enfrente de la parada de taxis, me puso las manos a ambos lados de la cara y me besó en la boca. Fue un beso largo y perfectamente perfecto.

—Si Tom no hubiera estado aquí, yo te habría hecho olvidar a esa niña estúpida —dijo.

—Pero estaba —dije.

—Sí. Estaba. Mantente en contacto, Dev.

—Acuérdate de lo que te he pedido. Si tienes ocasión, claro.

—Me acordaré. Eres un encanto de hombre.

No sé por qué, pero sus palabras me provocaron ganas de llorar. En cambio, esbocé una sonrisa.

—Además, admítelo, soy un crac haciendo de Howie.

—Eso sí. Devin Jones, salvador de las niñas pequeñas.

Por un instante pensé que iba a besarme otra vez, pero no lo hizo. Se deslizó fuera de mi coche y cruzó corriendo la calle hacia la parada, con la falda al vuelo.



Permanecí allí sentado hasta que la vi montarse en el asiento trasero de un taxi amarillo y alejarse. Después yo también arranqué y me fui, de vuelta a Heaven's Beach, y a la pensión de la señora Shoplaw, y a mi otoño en Joyland, el mejor y el peor otoño de mi vida.



¿Estaban Annie y Mike Ross sentados al final de la pasarela de la mansión victoriana verde aquel martes después del día del Trabajo, cuando iba por la playa en dirección al parque? Recuerdo que comía cruasanes recién hechos mientras caminaba y que las gaviotas volaban en círculo, pero no puedo asegurar con certeza que ellos estuvieran allí. Se convirtieron en una parte tan importante del paisaje —un punto de referencia tan importante— que resulta imposible precisar la primera vez que noté realmente su presencia. Nada adultera tanto la memoria como la repetición.

Diez años después de los sucesos que estoy relatando, trabajaba (por mis pecados, quizá) como redactor en la revista *Cleveland*. Solía escribir mis primeros borradores en libretas de papel amarillo en una cafetería de West Third Street, cerca del estadio Lakefront, que en aquel entonces era el terruño de los Indians. Todos los días, a las diez, una mujer joven entraba y compraba cuatro o cinco cafés que se llevaba luego a la oficina inmobiliaria de al lado. Tampoco puedo asegurar cuándo me fijé en ella por primera vez. Lo único que sé es que un día *la* vi de verdad y me di cuenta de que a veces me miraba al salir. Llegó un día en que le devolví la mirada, y cuando ella sonrió, yo también lo hice. Ocho meses después nos casamos.

Con Annie y Mike ocurrió algo parecido: un día simplemente se convirtieron en una parte real de mi mundo. Yo siempre saludaba con la mano, el chico de la silla de ruedas siempre me devolvía el saludo, y el perro me seguía con la mirada, sentado con las orejas tiesas y el pelaje agitado por el viento. La mujer era rubia y hermosa: pómulos altos, ojos azules separados y labios gruesos, de esos que siempre parecen un poco amoratados. El chico de la silla de ruedas llevaba una gorra de los White Sox encasquetada hasta las orejas. Parecía muy enfermo. Su sonrisa gozaba de buena salud, sin embargo. A la ida o a la vuelta, siempre me brindaba una. Una vez o dos incluso me hizo el signo de la paz, y yo se lo devolví. Yo había entrado a formar parte de su paisaje de la misma forma que él formaba parte del mío. Creo que incluso Milo, el jack russell, llegó a reconocerme como tal. Solo la madre guardaba las distancias. A menudo, cuando yo pasaba, no levantaba ni por un instante la vista de cualquiera que fuese el libro que estaba leyendo, y si lo hacía, nunca saludaba. Por supuesto, jamás me hizo el signo de la paz.

Tenía multitud de cosas en que ocupar el tiempo en Joyland, y aunque el trabajo no era tan interesante y variado como lo había sido durante el verano, era más regular y menos agotador. Tuve incluso ocasión de repetir mi galardonado papel como Howie y de cantar unos cuantos coros más de «Cumpleaños feliz» en la Villa Wiggle-Waggle, porque Joyland permaneció abierto al público las primeras tres semanas de septiembre. La asistencia era cada vez más reducida, sin embargo, y estando yo al mando ni uno solo de los viajes iba cargado. Ni siquiera la Carolina Spin, que era nuestra segunda atracción más popular después del tiovivo.

—Arriba en el norte, en Nueva Inglaterra, casi todos los parques abren los fines de semana hasta Halloween —me dijo Fred Dean un día. Estábamos sentados en un banco tomando un nutritivo almuerzo rico en vitaminas consistente en hamburguesas con chile y cortezas de cerdo—. Abajo en el sur, en Florida, operan todo el año. Nosotros estamos en una especie de zona gris. El señor Easterbrook probó a promocionarlo una temporada de otoño allá en los sesenta —se gastó un dineral en una gigantesca campaña publicitaria—, pero no funcionó muy bien. Para esas fechas las noches empiezan a ser fresquitas, la gente de por aquí está pensando en las ferias de los condados y todo eso. Además, muchos de nuestros veteranos se van al sur o al oeste a pasar el invierno. —Dirigió la mirada hacia la vacía extensión de Hound Dog Way y suspiró—. Este sitio se vuelve un poco solitario en esta época del año.

—A mí me gusta —dije, y era cierto.

Aquel fue el año en que abracé la soledad. A veces iba al cine en Lumberton o en Myrtle Beach con la señora Shoplaw y Tina Ackerley, la bibliotecaria de los ojos saltones, pero la mayoría de las noches las pasaba en mi habitación, relejendo *El Señor de los Anillos* y escribiendo cartas a Erin, Tom y mi padre. Escribí también una buena cantidad de poesías, de las que ahora me avergüenza hasta pensar en ellas. Gracias a Dios que las quemé. Sumé un nuevo disco satisfactoriamente sombrío a mi pequeña colección: *The Dark Side of the Moon*. En el libro de los Proverbios se nos advierte que «igual que un perro retorna a su vómito, así un necio repite sus necesidades». Aquel otoño retorné al *Dark Side* una y otra vez, dándole solo algún descanso esporádico para poder escuchar a Jim Morrison entonar una vez más «This is the end, beautiful friend». Sufría un caso grave de veintiunitis aguda, lo sé, lo sé.

Por lo menos había mucho trabajo en Joyland con el que ocupar mis días. El primer par de semanas, mientras el parque aún operaba a tiempo parcial, nos dedicamos a la limpieza otoñal. Fred Dean me puso al frente de una pequeña cuadrilla de *gazonies*, y para cuando se colgó en la fachada el cartel de

CERRADO POR FIN DE TEMPORADA, habíamos rastrillado y cortado todos los céspedes, preparado para el invierno todos los parterres de flores y fregado todos los chiringuitos y barracas. Montamos un cobertizo prefabricado de metal corrugado en el patio de atrás y guardamos allí los carritos de comida (llamados porta-papeo en el Habla) para pasar el invierno, cada puesto de palomitas, algodón de azúcar y Pup-A-Licious bien arropaditos bajo sus respectivas lonas verdes.

Cuando los *gazonies* se marcharon al norte a recolectar manzanas, comencé el proceso de adaptación invernal con Lane Hardy y Eddie Parks, el veterano de mal genio que durante la temporada de apertura se encargaba de la Casa Embrujada (y del Equipo Doberman). Desaguamos la fuente de la intersección de Joyland Avenue y Hound Dog Way, y nos habíamos desplazado al tobogán acuático del Capitán Nemo —una tarea mucho mayor— cuando Bradley Easterbrook, vestido para viajar con su traje negro, vino a visitarnos.

—Salgo para Sarasota esta tarde —nos informó—. Brenda Rafferty vendrá conmigo, como de costumbre. —Sonrió, exhibiendo aquella dentadura equina suya—. Estoy recorriendo el parque para expresar mi agradecimiento... a aquellos que aún siguen aquí, claro está.

—Que pase un invierno estupendo, señor Easterbrook —dijo Lane.

Eddie masculló algo que me sonó como *que sepa bien su equipaje*, aunque lo más probable es que dijera que tenga un buen viaje.

—Gracias por todo —dije.

Nos estrechó las manos a los tres, dejándome a mí para el final.

—Espero verlo otra vez el año que viene, Jonesy. Creo que es usted un jovencito con alma de feriante, y no poca.

Pero el año siguiente no me vio, y nadie lo vio a él. El señor Easterbrook murió el día de Año Nuevo, en un apartamento en el boulevard John Ringling, a menos de ochocientos metros de donde inverna el famoso circo.

—Viejo cabrón chiflado —dijo Parks mientras observaba a Easterbrook caminar hasta su coche, donde Brenda esperaba para recibirlo y ayudarlo a entrar.

Lane lo miró fijamente un momento, después dijo:

—Cállate, Eddie.

Eddie cerró el pico. Lo cual, probablemente, era lo más sabio.



Una mañana, cuando caminaba hacia Joyland con mis cruasanes, el jack russell finalmente bajó trotando por la playa a investigarme.

—¡Milo, vuelve aquí! —llamó la mujer.

Milo volvió la cabeza hacia ella y luego me miró de nuevo con sus brillantes ojos negros. Siguiendo un impulso, partí un cacho de uno de mis bollos, me puse en cuclillas y se lo tendí. Milo se acercó como una bala.

—¡No le des de comer! —gritó la mujer con brusquedad.

—Ay, mamá, no es para tanto —dijo el chico.

Milo la oyó y no cogió el trozo de cruasán... pero se sentó con las patas delanteras extendidas. Le di el bocado.

—No lo volveré a hacer —dije al incorporarme—, pero no podía dejar que un buen truco se desperdiciara.

La mujer resopló y retornó a su libro, que era grueso y parecía arduo. El chico habló.

—Le damos de comer todo el rato. Nunca gana peso, lo quema corriendo.

Sin levantar la vista del libro, la madre dijo:

—¿Qué sabemos respecto a hablar con extraños, Mike-O?

—No es exactamente un extraño cuando lo veo todos los días —puntualizó el chico. Con bastante buen juicio, al menos desde mi punto de vista.

—Soy Devin Jones —dije—. Vivo en la playa un poco más allá. Trabajo en Joyland.

—Entonces no querrás llegar tarde. —Aún no alzaba la vista.

El chico se encogió de hombros; *qué le vamos a hacer*, decía. Estaba pálido y tan encorvado como un anciano, pero creí detectar un enérgico sentido del humor en aquel encogimiento y en la expresión que lo acompañaba. Le devolví el gesto y continué caminando. La mañana siguiente me cuidé de terminarme los cruasanes antes de llegar a la gran mansión victoriana verde para evitar tentar a Milo, pero agité la mano. El chico, Mike, me devolvió el saludo. La mujer se encontraba en su sitio habitual bajo la sombrilla verde y esta vez no leía ningún libro, pero —como de costumbre— no me saludó. Su encantador rostro se mostraba inaccesible. *Aquí no hay nada para ti*, decía. *Vete a tu parque de relumbrón y déjanos en paz*.

Así que eso fue lo que hice. Sin embargo, continué saludando y el chico continuó devolviendo el gesto. Mañana y noche, el chico me devolvía el saludo.



El lunes siguiente a que Gary «Pop» Allen se marchara a Florida —con destino al Circo de las Estrellas de Alston, en Jacksonville, donde le aguardaba un empleo como jefe de barracas— llegué a Joyland y encontré a Eddie Parks, mi veterano menos favorito, sentado delante de la Casa Embrujada encima de una caja de manzanas. Fumar estaba *verboten* en el parque, pero estando el señor Easterbrook fuera y Fred Dean sin dar señales de vida por ningún sitio, Eddie

parecía sentirse a salvo para incumplir la norma. Estaba fumando con los guantes puestos; me habría resultado extraño si alguna vez se los hubiera quitado, aunque al parecer jamás lo hacía.

—Aquí estás, chavalito, y solo cinco minutos tarde. —Todos los demás me llamaban Dev o Jonesy, pero para Eddie yo era simplemente *chavalito* y siempre lo sería.

—Tengo justo las siete treinta —dije, tocando mi reloj con un dedo.

—Pues está atrasado. ¿Por qué no vienes en coche desde la ciudad como todos los demás? Estarías aquí en cinco minutos.

—Me gusta la playa.

—Me importa una mierda lo que te guste, chavalito, solo me interesa que seas puntual. Esto no es como una de tus clases del colegio donde puedes hacer campana cuando quieras. Esto es un trabajo, y ahora que el jefe Beagle se ha ido, te vas a enterar de lo que es trabajar.

Podría haber objetado que, según Pop, Lane Hardy se haría cargo de mi horario una vez que él, Pop, se hubiera ido, pero mis labios permanecieron sellados. No tenía sentido empeorar una mala situación. En cuanto a por qué Eddie me había tomado antipatía, la respuesta era obvia. Eddie ofrecía igualdad de oportunidades a la hora de mostrarse antipático. Acudiría a Lane si la vida con Eddie resultaba demasiado dura, pero solo como último recurso. Mi padre me había enseñado —principalmente con su ejemplo— que si un hombre quería tomar las riendas de su vida, debía tomar las riendas también de sus problemas.

—¿Qué tiene para mí, señor Parks?

—La tira. Para empezar, quiero que vayas a buscar un tubo de cera Turtle al almacén de suministros, y no te entretengas allí dando el palique a alguno de tus amiguitos. Después quiero que entres en la Embrujada y enceres todas las vagonetas. —Salvo que, por supuesto, pronunció *vaguneetas*—. Ya sabes que las enceramos cuando acaba la temporada, ¿no?

—La verdad es que no lo sabía.

—Por Dios Santo, estos críos. —Pisoteó la colilla del cigarrillo y luego levantó la caja de manzanas en la que estaba sentado lo suficiente para empujarla debajo. Como si eso la hiciera desaparecer—. Te conviene darle con fuerza, chaval, si no quieres que te mande hacerlo otra vez. ¿Entendido?

—Entendido.

—Así me gusta.

Se metió otro cigarrillo en su boca y hurgó en el bolsillo de los pantalones en busca del mechero. Con los guantes puestos, tardó un rato. Finalmente lo sacó y abrió la tapa con un movimiento rápido, pero se detuvo.

—¿Qué estás mirando?

—Nada —dije.

—Entonces en marcha. Enciende las luces de la casa para que puedas ver qué cojones haces. Ya sabrás dónde están los interruptores, ¿no?

No lo sabía, pero los encontraría sin su ayuda.

—Claro.

Me observó con cara de pocos amigos.

—No me seas listillo.

—*Listiiyo*.



Encontré una caja metálica marcada con la inscripción LUCES en la pared que separaba el Museo de Cera y la Sala del Barril y el Puente. La abrí y accioné todos los interruptores con el canto de la mano. La Casa Embrujada, con todas las luces encendidas, debería haber perdido todo su misticismo siniestro, de mal gusto, pero por alguna razón no fue así. Aún había sombras en los rincones y se oía el viento —bastante fuerte esa mañana— soplando al otro lado de las delgadas paredes de madera del tinglado y haciendo vibrar una tabla suelta en algún sitio. Tomé nota mental de localizarla y repararla.

Llevaba un cesto de alambre colgando de una mano. Estaba lleno de trapos limpios y una lata gigante tamaño económico de cera Turtle. Atravesé con esta carga la Sala Inclínada —ahora congelada a estribor— y entré en la arcada. Miré hacia las máquinas de Skee-Ball y me vino a la mente la desaprobación de Erin: *¿No saben que ese juego es un completo despilfarro?* El recuerdo me provocó una sonrisa, pero el corazón me latía con fuerza. Verás, sabía lo que iba a hacer cuando hubiera finalizado mi tarea.

Las vagonetas, veinte en total, formaban una fila en el punto de embarque. Más adelante, el túnel que llevaba a las entrañas de la Casa Embrujada estaba iluminado por una luz blanca y brillante de un par de lámparas de trabajo en vez de las parpadeantes luces estroboscópicas. Se veía así mucho más prosaico.

Estaba bastante seguro de que Eddie ni siquiera había pasado un trapo húmedo por las vagonetas en todo el verano, y eso implicaba que primero tendría que lavarlas. Lo cual, a su vez, implicaba ir a buscar detergente al cobertizo de suministro y acarrear cubos de agua desde el grifo de servicio más cercano. Para cuando las veinte vagonetas estuvieron enjabonadas y enjuagadas, era la hora del descanso, pero decidí seguir trabajando en vez de salir al patio o bajar al deshuesadero a por un café. Podría encontrarme con Eddie en cualquiera de los dos sitios y ya había escuchado suficientes tonterías para una mañana. Me puse entonces a pulir, aplicando la cera Turtle en capas espesas y luego repartiéndola a base de frotar, desplazándome de vagoneta en vagoneta, sacándoles brillo bajo las

luces del techo hasta que parecieron nuevas otra vez, aunque tampoco es que la siguiente horda de buscadores de emociones lo fuese a notar cuando entraran en tropel para emprender el viaje de nueve minutos. Mis propios guantes habían quedado destrozados para cuando acabé. Tendría que comprarme un par nuevo en la ferretería de la ciudad, y los buenos no salían baratos. Me distraje un instante imaginándome cómo reaccionaría Eddie si le pidiera que los pagara él.

Escondí el cesto de trapos sucios y cera (el bote ahora prácticamente vacío) junto a la puerta de salida de la arcada. Pasaban diez minutos del mediodía, pero en aquel momento no estaba precisamente hambriento. Procuré calmar el dolor de piernas y brazos con unos estiramientos y regresé al punto de embarque. Me detuve a admirar las vagonetas que relucían en calma bajo las lámparas y eché a andar despacio por la vía hacia el interior de la Casa Embrujada propiamente dicha.

Tuve que agachar la cabeza al pasar bajo la Calavera Aullante, aun cuando entonces estaba cerrada y bloqueada en su posición inicial. Más allá estaba la Mazmorra, donde el talento vivo del Equipo Doberman de Eddie había intentado (y casi siempre con éxito) que chicos de todas las edades se cagaran de miedo con sus gemidos y aullidos. Allí pude volver a enderezarme, porque se trataba de una estancia alta. Mis pisadas resonaban en un suelo de madera pintado para parecer de piedra. Oía mi respiración. Sonaba áspera y seca. Estaba asustado, ¿vale? Tom me había aconsejado que me mantuviera lejos de ese lugar, pero Tom no controlaba mi vida, y Eddie Parks tampoco. Yo tenía a los Doors, y tenía a Pink Floyd, pero quería más. Quería a Linda Gray.

Entre la Mazmorra y la Cámara de las Torturas la vía descendía y describía una doble curva en S donde las vagonetas cogían velocidad y zarandeaban a los pasajeros de un lado a otro. La Casa Embrujada era un viaje tenebroso, pero cuando estaba en funcionamiento, ese tramo era la única parte completamente oscura. Tenía que ser donde el asesino había degollado a la chica y arrojado fuera su cuerpo. ¡Qué rápido debió de actuar y cuan seguro debía de estar de saber exactamente lo que hacía! Más allá de la última curva, una mezcla de luces estroboscópicas parpadeantes de múltiples colores deslumbraban a los pasajeros. Aunque Tom jamás lo había indicado con tantas palabras, tenía la certeza de que era el sitio donde había visto lo que había visto.

Recorrí lentamente la doble S, pensando que no sería extraño que Eddie me oyera y apagara las luces del techo a modo de broma. Que me dejara allí dentro para obligarme a avanzar palpando la escena del crimen con la única compañía del sonido del viento y de aquel único tablón que daba bofetadas. Y supón... tan solo supón... que la mano de una muchacha aparece tendida en la oscuridad y

toma la mía de igual modo que Erin había cogido mi mano aquella última noche en la playa.

Las luces permanecieron encendidas. Ni camisa ni guantes ensangrentados aparecieron junto a las vías, irradiando un brillo espectral. Y cuando llegué al que, estaba seguro, era el sitio correcto, justo antes de la entrada a la Cámara de las Torturas, ningún fantasma tendió sus manos hacia mí.

Sin embargo, había algo. Lo supe entonces y lo sé ahora. El aire era más frío. No lo suficiente para ver mi aliento en forma de vaho, pero sí, definitivamente era más frío. Sentí un hormigueo en brazos y piernas e ingle, con la piel de gallina, y se me erizó el cabello en la nuca.

—Déjame verte —susurré, sintiéndome idiota y aterrorizado. Deseando que ocurriera, esperando que no.

Se produjo un sonido. Un suspiro prolongado, lento. No un suspiro humano, ni en lo más mínimo. Era como si alguien hubiera abierto una válvula de vapor invisible. Acto seguido desapareció. No hubo nada más. No aquel día.



—Has tardado mucho —dijo Eddie cuando reaparecí al fin a la una menos cuarto.

Se hallaba sentado en la misma caja de manzanas, esta vez con los restos de un sandwich de beicon en una mano y un vaso de plástico con café en la otra. Yo estaba lleno de mugre de cuello para abajo. Eddie, por el contrario, parecía fresco como una lechuga.

—Las vagonetas estaban bastante sucias. Tuve que lavarlas antes de dar la cera.

Eddie carraspeó, volvió la cabeza y escupió unas flemas.

—Pues si quieres una medalla, es una pena pero se me han acabado. Ve a buscar a Hardy. Dice que quiere drenar el sistema de *irragación*. Para un culo lento como tú, eso te mantendrá ocupado hasta la hora de salir. Si no, ven a verme y ya te encontraré algo que hacer. Tengo una lista completa, créeme.

—Vale. —Empecé a alejarme, contento de irme.

—¡Chaval!

Me volví de mala gana.

—¿La has visto ahí dentro?

—¿Qué?

Sonrió de manera desagradable.

—Nada de «qués» conmigo. Sé lo que estabas haciendo. No has sido el primero y no serás el último. ¿La has visto?

—¿Y tú la has visto?



—No.

Me miró, unos ojos taimados y penetrantes atisbando desde un rostro enjuto quemado por el sol. ¿Qué edad tenía? ¿Treinta? ¿Sesenta? Resultaba imposible determinarla, igual que resultaba imposible afirmar si decía la verdad. No me importaba. Tan solo deseaba estar lejos de él. Me daba escalofríos.

Eddie levantó las manos enguantadas.

—El tío que lo hizo llevaba unos como estos. ¿Lo sabías?

Asentí con la cabeza.

—También una camisa de más.

—Correcto. —Su sonrisa se ensanchó—. Para no mancharse de sangre. Y funcionó, ¿eh? Nunca lo han atrapado. Venga, ahora lárgate de aquí.



Cuando llegué a la Spin, solo la sombra de Lane estaba allí para recibirme. El hombre al que pertenecía estaba subido a media altura de la noria y trepaba por el armazón. Tanteaba cada travesañ de acero antes de apoyar su peso encima. Un cinturón de herramientas le colgaba de la cadera, y de vez en cuando alargaba la mano en busca de una llave de tubo. Joyland solo tenía un único recorrido oscuro, pero contaba con casi una docena de las denominadas atracciones de altura, incluyendo la Carolina Spin, el Zipper y las dos montañas rusas: Thunderball y Delirium Shaker. Contaba con una cuadrilla de mantenimiento compuesta por tres hombres que durante la temporada las inspeccionaban a diario antes de la Taquilla Temprana y, por supuesto, había visitas (tanto anunciadas como imprevistas) del Inspector Estatal de Atracciones de Carolina del Norte, pero Lane decía que un encargado que no revisaba él mismo su atracción era un vago y un irresponsable. Automáticamente me preguntó cuándo habría sido la última vez que Eddie Parks había montado en una de sus *vaguneetas* y comprobado la seguridad de las *baaarras*.

Lane miró hacia abajo y, al verme, gritó:

—¿Es que ese horrible hijo de puta no te ha dado descanso para comer?

—Lo pasé trabajando —le respondí a voces—. Perdí la noción del tiempo. —Sin embargo, ahora sí que me encontraba hambriento.

—Tengo ensalada de macarrones con atún en mi perrera, si quieres. Anoche preparé demasiada.

Entré en la pequeña cabina de control, encontré un recipiente Tupperware de buen tamaño, e hice saltar la tapa. Para cuando Lane llegó al suelo, los macarrones con atún reposaban en mi estómago y los estaba apisonando con un par de pastelitos Fig Newtons sobrantes.

—Gracias, Lane. Estaban muy ricos.

—Sí, algún día seré una buena esposa para alguien. Pásame uno de esos Newtons antes de que desaparezcan todos por tu garganta.

Le entregué la caja.

—¿Cómo está el cacharro?

—La Spin está apretada y la Spin está ajustada. ¿Quieres ayudarme un rato con el motor después de que hayas hecho un poco la digestión?

—Claro.

Se quitó el bombín y empezó a darle vueltas sobre un dedo. Tenía el cabello recogido hacia atrás en una coleta corta y tirante, y noté unas cuantas hebras blancas entre el negro. No habían estado ahí al principio del verano, estaba bastante seguro de ello.

—Escucha, Jonesy. Eddie Parks es feriante de feriantes, pero eso no cambia el hecho de que es un cabrón hijoputa. A sus ojos, tú tienes dos puntos en contra: eres joven y has recibido una educación más allá del octavo curso. Cuando te canses de tragar mierda, dímelo y te dejará en paz.

—Gracias, pero por ahora estoy bien.

—Lo sé. He estado observando cómo te manejas y estoy impresionado. Pero Eddie no es el ogro promedio.

—Es un matón —dije.

—Sí, pero aquí vienen las buenas noticias: como sucede con la mayoría de los matones, si escarbas la superficie, lo único que te encuentras debajo es a un gallina de mierda. Normalmente no hace falta excavar mucho. Hay varias personas de las que tiene miedo aquí en la feria, y da la casualidad de que yo soy una de ellas. Ya le he aplastado la nariz antes y no me importaría volver a aplastársela. Lo único que digo es que si llega un día en que necesitas espacio para respirar, procuraré que lo consigas.

—¿Puedo hacerte una pregunta sobre él?

—Dispara.

—¿Por qué siempre lleva esos guantes?

Lane se echó a reír, se encasquetó el bombín en la cabeza y le dio la inclinación correcta.

—Psoriasis. Tiene las manos cubiertas de escamas, o eso dice él. Soy incapaz de recordar la última vez que se las vi realmente. Sin los guantes, dice que se rasca hasta sangrar.

—Quizá sea eso lo que le causa su mal carácter.

—Yo pienso que lo más probable es que sea al revés: el mal carácter le causa mala piel. —Se dio un toquecito en la sien—. La mente controla al cuerpo, eso es lo que creo. Vamos, Jonesy, pongámonos a trabajar.

Terminamos de acondicionar la Spin para su larga siesta de invierno y pasamos al sistema de irrigación. Después de insuflar aire comprimido en las tuberías y cuando los desagües se habían tragado ya varios litros de anticongelante, el sol descendía hacia los árboles al oeste del parque y las sombras se alargaban.

—Ya basta por hoy —dijo Lane—. Es más que suficiente. Tráeme tu tarjeta para que la firme.

Di un toqucito a mi reloj para indicarle que solo eran las cinco y cuarto.

Sacudió la cabeza, sonriendo.

—No tengo ningún problema en poner las seis en la tarjeta. Hoy has hecho el trabajo de doce horas, chaval. De calle.

—Vale —dije—, pero no me llames chaval. Así es como me llama *él*. — Señalé hacia la Casa Embrujada con un movimiento de cabeza.

—Tomaré nota. Ahora, tráeme tu tarjeta y sal zumbando.



El viento había amainado un poco durante la tarde, pero esta aún era templada, y soplaba una leve brisa cuando emprendí el camino de la playa. En muchos de aquellos paseos de vuelta a la ciudad me gustaba contemplar mi sombra alargada sobre las olas, pero aquel atardecer me miraba principalmente los pies. Estaba agotado. Lo que deseaba era comprar un sandwich de jamón y queso en la panadería Betty's y un par de cervezas en el 7-Eleven contiguo. Volvería a mi habitación, me acomodaría en la butaca junto a la ventana y leería a Tolkien mientras comía. Estaba inmerso en *Las dos torres*.

Lo que me hizo levantar la mirada fue la voz del chico. La brisa soplaba a mi favor y pude oírle con claridad.

—*¡Más rápido, mamá! Ya casi la...* —Se vio interrumpido por un ataque de tos—. *¡Ya casi la tenías!*

La madre de Mike estaba esa tarde en la playa en lugar de bajo la sombrilla. Corría hacia mí pero sin verme, porque miraba la cometa que sostenía sobre la cabeza. El cordel llegaba hasta el chico, sentado en su silla de ruedas al final de la pasarela.

*Dirección errónea, mamá, pensé.*

La mujer soltó la cometa. Se elevó cincuenta o sesenta centímetros, se zarandeó traviesamente de lado a lado y luego se dio una zambullida en la arena. La brisa la levantó y planeó a ras del suelo.

—*¡Una vez más!* —exclamó Mike—. *¡Ahora...!* —Cof-cof-cof; seca y bronquial—. *¡Ahora casi la tenías!*

—¡Qué va! —Parecía cansada y enfadada—. Esta condenada cosa me odia. Vamos adentro a cenar alg...

Milo estaba sentado junto a la silla de ruedas de Mike, observando las actividades de la tarde con ojos brillantes. Cuando me vio, salió como una bala, ladrando. Al verlo venir, recordé la declaración de Madame Fortuna el día que la conocí: *En tu futuro hay una niña y un niño pequeños. El chico tiene un perro.*

—¡Milo, vuelve aquí! —gritó la madre. Su cabello probablemente había empezado la tarde recogido, pero tras varios experimentos en aviación colgaban mechones alrededor de su rostro. Se lo apartó fatigosamente con el dorso de la mano.

Milo no prestó atención. Patinó hasta detenerse delante de mí, con las patas delanteras levantando arena, y ejecutó el truco de sentarse. Me reí y le acaricié la cabeza.

—Eso es todo lo que vas a conseguir, socio; esta noche no hay cruasanes.

Me ladró una vez y regresó trotando hasta la madre, que estaba de pie en la arena, hundida hasta los tobillos, respirando con fuerza y observándome con desconfianza. La cometa capturada colgaba contra su pierna.

—¿Ve? —dijo—. Por eso no quería que le diera de comer. Es un pedigüño terrible, y se piensa que cualquiera que le dé una migaja es su amigo.

—Bueno, yo soy un tipo amistoso.

—Es bueno saberlo —replicó ella—, pero no vuelva a dar de comer a nuestro perro nunca más. —Llevaba puestos unos pantalones pirata y una vieja camiseta azul con un dibujo descolorido en la parte delantera. A juzgar por las manchas de sudor, había pasado bastante tiempo intentando hacer que la cometa despegara. Esforzándose. ¿Y por qué no? Si yo tuviera un hijo aprisionado en una silla de ruedas, probablemente también querría obsequiarlo con algo que volara.

—Iba en dirección contraria con esa cosa —dije—. De todas formas, no hace falta que corra con ella. No sé por qué todo el mundo piensa eso.

—Estoy segura de que usted es un experto —dijo ella—, pero es tarde y tengo que dar de cenar a Mike.

—Mamá, déjale probar —pidió Mike—. Por favor.

La mujer permaneció allí de pie unos segundos más, cabizbaja y con mechones de pelo suelto —también sudoroso— pegados al cuello. Entonces suspiró y me ofreció la cometa. Entonces pude leer la inscripción de su camiseta: CAMPAMENTO PERRY, CAMPEONATO DE PARES (PRONO) 1959. La cara de la cometa era mucho mejor, y no pude si no reír. Era el rostro de Jesús.

—Una broma privada —dijo—. No pregunte.

—Vale.

—Tiene un intento, señor Joyland, y luego me lo llevo dentro a cenar. No puede coger frío. El año pasado se puso enfermo y todavía no se ha recuperado. Él piensa que sí, pero no.

La temperatura en la playa aún superaba los veinte grados, como mínimo, pero no rechisté. La madre claramente no estaba de humor para más contradicciones. En cambio, le dije de nuevo que me llamaba Devin Jones. Levantó las manos y las dejó caer: *Lo que tú digas, colega*.

Miré al chico.

—¿Mike?

—¿Sí?

—Enrolla la cuerda hasta que yo te diga que pares.

Obedeció. Avancé, y cuando estuve a su altura, miré a Jesús.

—¿Vas a volar esta vez, señor Cristo?

Mike rió. Mamá no, pero creí ver una mueca en sus labios.

—Dice que sí —le dije al chico.

—Bien, porque... —Cof. Cof-cof-cof. La mujer tenía razón; no se había recuperado de ello. Fuera lo que fuese *ello*—. Porque hasta ahora no ha hecho otra cosa que comer arena.

Sostuve la cometa sobre mi cabeza, pero mirando en dirección a Heaven's Bay. Noté de inmediato el tirón del viento. El plástico onduló.

—Voy a soltarla, Mike. Cuando lo haga, empieza a enrollar la cuerda otra vez.

—Pero eso...

—No, a eso no le pasará nada, pero has de ser rápido y tener cuidado. —Procuraba que pareciera más difícil de lo que era, porque quería que se sintiera guay y capaz cuando la cometa ascendiera. Subiría, claro, mientras la brisa no amainara. Esperaba de verdad que eso no ocurriera, porque intuía que mamá hablaba en serio respecto a darme una sola oportunidad—. La cometa se elevará. Cuando lo haga, empieza a soltar cuerda otra vez. Tú solo mantenla tensa, ¿vale? Eso significa que si empieza a bajar...

—Recojo la cuerda un poco más. Lo pillo. Por el amor de Dios.

—Muy bien. ¿Listo?

—¡Sí!

Milo se sentó entre mamá y yo, alzando la vista hacia la cometa.

—De acuerdo. Tres... dos... uno... despegue.

El chico estaba encorvado sobre la silla y tenía las piernas atrofiadas bajo sus pantalones cortos, pero no le pasaba nada malo en las manos y sabía obedecer órdenes. Empezó a enrollar el bramante, y la cometa se elevó en el acto. Soltó cuerda, demasiada al principio; la cometa descendió, pero el chico rectificó, y el artilugio remontó el vuelo. Se echó a reír.

—¡La noto! ¡Puedo sentirla en las manos!

—Eso que sientes es el viento —expliqué—. Continúa así, Mike. Cuando llegue un poco más alto, el viento se adueñará de ella. Entonces lo único que tendrás que hacer es sujetarla.

Desenrolló el bramante y la cometa ascendió, primero sobre la playa y enseguida sobre el océano, cabalgando cada vez más alta en las últimas pinceladas de azul de aquel día de septiembre. La observé durante un rato y luego me arriesgué a mirar a la mujer. No se enfadó, porque no me vio. Toda su atención se centraba en su hijo. No creo haber visto jamás tanto amor y felicidad en el rostro de una persona. Y es que *él* estaba feliz; sus ojos brillaban y la tos había cesado.

—Mamá, ¡da la sensación de que está viva!

*Lo está*, pensé, recordando cuando mi padre me enseñó a volar una cometa en el parque municipal. Yo tenía la edad de Mike, pero con piernas sanas en las que apoyarme. *Mientras siga ahí arriba, donde le corresponde, lo está de verdad.*

—¡Ven y siéntelo tú!

La madre subió la pequeña pendiente de playa hasta la pasarela y se detuvo a su lado. Miraba la cometa, pero le acariciaba con la mano el gorro castaño oscuro de su cabello.

—¿Estás seguro, cariño? Es tu cometa.

—Sí, pero tienes que probar. ¡Es increíble!

La mujer cogió el carrete, que había adelgazado considerablemente a medida que el bramante se soltaba y la cometa ascendía (ahora tan solo era un diamante negro, y no se veía el rostro de Jesús), y lo sujetó por delante. Por un momento puso cara de aprensión. Entonces sonrió. Cuando una ráfaga de aire tiró de la cometa y esta viró a babor y luego a estribor por encima de las olas rompientes, sonrió abiertamente.

—Déjale a él —dijo Mike al cabo de un rato.

—No, no hace falta —dije.

Sin embargo, me tendió el carrete.

—Insistimos, señor Jones. Después de todo, usted es el maestro de vuelo.

Agarré el bramante y sentí aquella familiar emoción. Tiró de mí como si fuese un sedal después de que una trucha de gran tamaño hubiera mordido el anzuelo, pero lo bonito de volar una cometa es que no te cargas a nadie.

—¿A qué altura llegará? —preguntó Mike.

—No lo sé, pero tal vez no debería subir mucho más esta noche. El viento ahí arriba sopla con más fuerza y podría rasgarla. Además, tenéis que comer.

—¿Puede quedarse el señor Jones a cenar, mamá?

La idea pareció sorprenderla, y no para bien. Aun así, noté que iba a acceder por haber hecho volar la cometa.

—Está bien —dije—. Aprecio su invitación, pero hemos tenido un día bastante duro en el parque. Estamos atrancando las escotillas para el invierno y estoy sucio de la cabeza a los pies.

—Puede usted lavarse en la casa —dijo Mike—. Tenemos, qué sé yo, setenta cuartos de baño.

—¡Mike Ross, eso no es verdad!

—Puede que setenta y cinco, todos con jacuzzi.

Se echó a reír. Era un sonido encantador y contagioso, al menos hasta que se convirtió en tos. Y la tos en estertor. Entonces, justo cuando mamá empezaba a parecer realmente preocupada (yo ya lo estaba), el chico logró controlarla.

—En otra ocasión —dije, y le entregué el carrito de bramante—. Me encanta tu Jesús volador. Tu perro tampoco está mal.

Me agaché y acaricié la cabeza de Milo.

—Ah... vale. En otra ocasión. Pero no espere demasiado tiempo, porque...

Mamá le interrumpió apresuradamente.

—¿Puede ir a trabajar mañana un poco más temprano, señor Jones?

—Supongo que sí, claro.

—Podríamos tomar un batido de fruta aquí mismo si el tiempo es bueno. Preparo unos batidos fantásticos.

Estaba seguro de ello. Además, de esa forma evitaría tener a un extraño en la casa.

—¿Vendrá? —me preguntó Mike—. Estaría guay.

—Con mucho gusto. Traeré una bolsa de pastelitos de Betty's.

—Oh, no es necesario que... —empezó a decir la mujer.

—Será un placer, señora.

—¡Oh! —Parecía sorprendida—. No he llegado a presentarme, ¿verdad? Me llamo Ann Ross. —Me tendió la mano.

—Se la estrecharía, señora Ross, pero de verdad que estoy sucísimo. —Le enseñé las manos—. Probablemente habré manchado la cometa.

—¡Tendría que haberle dibujado un bigote a Jesús! —exclamó Mike, y al romper a reír se provocó otro ataque de tos.

—Se te está aflojando la cuerda, Mike —indiqué—. Será mejor que la enrolles. —Y mientras empezaba a recogerla, le di a Milo una palmadita de despedida y emprendí el camino de vuelta por la playa.

—Señor Jones —llamó la mujer.

Me volví. Permanecía de pie, muy erguida, con la barbilla levantada. La camiseta sudada se le ceñía al cuerpo; tenía grandes pechos.

—Es *señorita* Ross. Pero ahora que nos hemos presentado debidamente, ¿por qué no me llama Annie?

—Eso está hecho. —Señalé la camiseta—. ¿Qué es una competición de pares? ¿Y por qué es «prono»?

—Eso es cuando disparas tumbado —explicó Mike, e imitó un rifle.

—No he tirado en siglos —dijo ella en un tono de voz seco que sugería que quería dar por concluido el tema.

Ningún problema por mi parte. Le envié a Mike un saludo con la mano y él me correspondió con otro. Sonreía. El chico tenía una sonrisa magnífica.

Cuarenta o cincuenta metros más allá, me volví para echar un vistazo. La cometa ya descendía, pero por el momento el viento aún la dominaba. Los dos alzaban la vista hacia ella, la mujer apoyando la mano en el hombro de su hijo.

*Señorita* —pensé—. *Señora no, señorita. ¿Habrá un señor en la vieja mansión victoriana de los setenta cuartos de baño?*

Que no hubiera visto a ningún hombre con ellos no implicaba que no existiera uno, pero no lo creía. Pensé que únicamente estaban ellos dos.

Ellos dos solos.



La mañana siguiente no obtuve aclaración alguna por parte de Annie Ross, pero gracias a su hijo Mike quedé bien servido. Además, me tomé un batido de frutas riquísimo. La mujer dijo que preparaba ella misma el yogur, que estaba cubierto con una capa de fresas frescas troceadas provenientes de Dios sabe dónde. Yo compré cruasanes y magdalenas de arándano en la panadería Betty's. Mike pasó de los bollos, pero pidió otro batido cuando se terminó el suyo. Por la forma en que su madre abrió la boca, concluí que se trataba de un acontecimiento pasmoso. Sin embargo, supuse que no en un sentido negativo.

—¿Estás seguro de que podrás comerte otro?

—Quizá solo la mitad —dijo él—. ¿Qué pasa, mamá? Tú eres la que dice que el yogur fresco ayuda al movimiento de mis intestinos.

—No creo que necesitemos discutir sobre tus intestinos a las siete de la mañana, Mike.

Se levantó y lanzó una mirada dubitativa en mi dirección.

—No te preocupes —dijo Mike alegremente—, si intenta violarme, le diré a Milo que le muerda las pelotas.

A la mujer le salieron los colores.

—¡*Michael Everett Ross!*

—Perdón —dijo el chico. Sin embargo, no parecía arrepentido. Sus ojos despedían chispas.



—No te disculpes conmigo, discúlpate con el señor Jones.

—Disculpas aceptadas.

—¿Le echará un ojo, señor Jones? No tardaré mucho.

—Lo haré si me llamas Devin.

—De acuerdo entonces.

Recorrió a toda prisa el paseo entablado, aunque se detuvo una vez para mirar por encima del hombro. Creo que se sentía más que medio tentada de regresar, pero al final, la perspectiva de meter unas saludables calorías más en su cuerpo dolorosamente delgado pesaba demasiado para oponer resistencia y siguió andando.

Mike la vio subir los escalones del patio de atrás y suspiró.

—Ahora tendré que comérmelo.

—Bueno... sí. Lo has pedido tú, ¿no?

—Solo para poder hablar contigo sin que nos corte el rollo. O sea, la quiero y todo eso, pero siempre se está entrometiendo. Como con mi problema, que es ese gran secreto vergonzoso que tenemos que guardar. —Se encogió de hombros—. Tengo distrofia muscular, es todo. Por eso estoy en la silla de ruedas. *Puedo* andar, ¿sabes?, pero los aparatos ortopédicos y las muletas son un peñazo.

—Lo siento —dije—. Menudo asco.

—Sí, supongo, pero no recuerdo *no* tenerla, así que qué narices. Solo que es un tipo de enfermedad especial. Se llama distrofia muscular de Duchenne. La mayoría de los niños que la tienen la espichan a los diecicalgo o los veintipocos.

Así que, dime: ¿qué se le dice a un niño de diez años que acaba de confesar que vive bajo sentencia de muerte?

—*Pero*. —Levantó un dedo en plan profesor—. ¿Te acuerdas de que ella habló de lo enfermo que me puse el año pasado?

—Mike, de verdad, no tienes por qué contarme todo esto si no quieres.

—Ya, pero la cosa es que sí quiero. —Me miraba con clara intensidad. Quizá incluso con urgencia—. Porque tú quieres saber. Puede que hasta necesites saberlo.

Yo estaba pensando de nuevo en Fortuna. Dos niños, me había contado, una pequeña con una gorra roja y un chico con un perro. Especificó que uno de ellos poseía la visión, pero no sabía cuál. Intuí que acababa de enterarme.

—Mamá dijo que yo creo que ya estoy recuperado. ¿Te parezco recuperado?

—Tienes una tos horrible —aventuré—, pero por lo demás...

No se me ocurría cómo terminar la frase. *¿Por lo demás tus piernas no son sino garrotes? ¿Por lo demás, tienes pinta de que tu madre y yo podríamos atarte una cuerda a la espalda y hacerte volar como una cometa? ¿Por lo demás, si tuviera que apostar a quién vivirá más, si Milo o tú, confiaría mi dinero al perro?*

—Caí enfermo de neumonía justo después de Acción de Gracias, ¿vale? Como pasé un par de semanas en el hospital y no mejoré, el médico le dijo a mi madre que probablemente me iba a morir y que ella debería mentalizarse, ya sabes.

*Pero no se lo dijo en tu presencia* —pensé—. *Nunca habrían mantenido una conversación como esa en tu presencia.*

—Aunque aguanté. —Lo expresó con cierto orgullo—. Mi abuelo llamó a mi madre... Creo que fue la primera vez que hablaban en mucho tiempo. No sé quién le contaría lo que pasaba, pero tiene gente por todas partes. Podría haber sido cualquiera.

*Gente por todas partes* sonaba algo paranoico, pero mantuve la boca cerrada. Más tarde averigüé que no se trataba en absoluto de paranoia. El abuelo de Mike sí que tenía gente por todas partes, y todos ellos aclamaban a Jesús, a la bandera y a la Asociación Nacional del Rifle, aunque probablemente no en ese orden.

—El abuelo dijo que superé la neumonía gracias a la voluntad de Dios. Mamá le respondió que no hacía más que decir estupideces, como cuando al principio dijo que la distrofia era un castigo de Dios. Mi madre dijo que yo era un cabroncete duro de pelar y que Dios no pintaba nada. Y luego le colgó.

Mike tal vez hubiera oído la parte de la conversación correspondiente a su madre, pero no la de su abuelo, y dudaba muchísimo que su madre se la hubiera contado. Sin embargo, no creía que se lo hubiera inventado. Para mi sorpresa, deseaba que Annie no se diera prisa en volver. Aquello no era como escuchar a Madame Fortuna. Lo que ella poseía, creía yo (y aún lo creo, después de todos estos años), era una pizca de auténtica capacidad psíquica, a la que se sumaba una perspicaz comprensión de la naturaleza humana, y todo ello presentado en un rutilante envoltorio de trucos de feria. Lo de Mike era más claro. Más simple. Más puro. No era como ver el fantasma de Linda Gray, pero se asemejaba, ¿vale? Era un contacto con otro mundo.

—Mamá dijo que nunca volvería aquí, pero aquí estamos. Porque yo quería venir a la playa y porque quería volar una cometa y porque nunca iba a cumplir los doce, y no digamos los veinte. Por la neumonía, ¿entiendes? Tomo esteroides, y me ayudan, pero la neumonía combinada con la distrofia de Duchenne me ha jodido los pulmones y el corazón de forma permanente.

Me miró con la actitud desafiante de un niño, atento a mi reacción ante lo que ahora se denomina tan tímidamente como «la bomba J» (de Jódete). No reaccioné, por supuesto. Me hallaba demasiado ocupado procesando la sensación para preocuparme de la elección de sus palabras.

—Por tanto —dije—, deduzco que lo que estás diciendo es que un batido de frutas extra no servirá de nada.

Echó la cabeza hacia atrás y rompió a reír. Las carcajadas se transformaron en el peor acceso de tos hasta el momento. Alarmado, me acerqué y le aporreé la espalda... pero con suavidad. Daba la impresión de no haber nada debajo salvo huesos de pollo. Milo ladró una vez y apoyó las patas en una de las piernas atrofiadas de Mike.

Había dos jarras en la mesa, una con agua y la otra con zumo de naranja recién exprimido. Mike señaló al agua y le serví medio vaso. Cuando intenté sostenérselo, me lanzó una mirada de impaciencia —incluso en pleno ataque de tos— y dejé que lo cogiera él mismo. Se derramó un poco por la camisa, pero la mayoría descendió por su garganta y le alivió, por fin, la tos.

—Ese ha sido uno de los malos —dijo, dándose una palmada en el pecho—. El corazón me late como un cabrón. No se lo cuentes a mi madre.

—¡Dios santo, chico! ¡Como si no lo supiera!

—Ella sabe demasiado, eso es lo que pienso —dijo Mike—. Sabe que a lo mejor me quedan tres meses buenos y luego cuatro o cinco realmente malos. Vamos, todo el día en la cama, incapaz de hacer nada salvo aspirar oxígeno y ver *MASH* y *El gordo Alberto*. La única cuestión es si dejará o no que la abuela y el abuelo Ross vengan al funeral.

Tosió con fuerza suficiente para que se le humedecieran los ojos, pero no lo confundí con lágrimas. Se le notaba desolado, pero con dominio de sí mismo. La noche anterior, cuando la cometa despegó y sintió cómo tiraba de la cuerda, había aparentado menor edad. Ahora lo veía luchar para comportarse como alguien mucho mayor. Daba miedo comprobar lo bien que lo hacía. Me clavó su mirada, impávida, sin pestañear.

—Ella lo sabe, solo que no sabe que yo lo sé.

Oímos cerrarse la puerta de atrás. Miramos y vimos a Annie cruzando el patio, en dirección a la pasarela.

—¿Por qué necesitaba yo saberlo, Mike?

Sacudió la cabeza.

—No tengo ni idea. Pero no puedes hablar de esto con mamá, ¿vale? Se disgusta. Soy lo único que tiene. —No lo dijo con orgullo, sino con una especie de pesimismo.

—De acuerdo.

—Ah, otra cosa. Casi se me olvida. —Lanzó una mirada hacia su madre, vio que se encontraba a medio camino y se volvió hacia mí—. No es blanco.

—¿No es blanco el qué?

Mike Ross se mostraba perplejo.

—Ni idea. Cuando me desperté esta mañana, me acordé de que venías a tomar un batido, y me vino eso a la mente. Supuse que *tú* lo sabrías.

Llegó Annie. Había servido un minibatido en un vaso de zumo. Lo coronaba una única fresa.

—¡Ñam ñam! —exclamó Mike—. ¡Gracias, mamá!

—De nada, cariño.

Observó la camiseta mojada de su hijo, pero no lo mencionó. Cuando me preguntó si quería un poco más de zumo, Mike me guiñó un ojo. Dije que un poco más sería fantástico. Mientras me servía, Mike obsequió a Milo con dos cucharadas colmadas de su batido.

La mujer se volvió hacia él y miró el vaso de batido, entonces medio vacío.

—Uau, sí que *tenías* hambre.

—Te lo dije.

—¿De qué habéis estado hablando el señor Jones... Devin y tú?

—De nada en particular —respondió Mike—. Devin estaba triste, pero ahora ya se siente mejor.

No dije nada, pero noté que el calor me subía a las mejillas. Cuando me atreví a mirar a Annie, esta sonreía.

—Bienvenido al mundo de Mike, Devin —dijo, y debí de poner cara de haberme tragado un pez del acuario, porque estalló en carcajadas. Era un sonido agradable.



Aquella noche, cuando regresaba de Joyland, la encontré esperándome al final del paseo entablado. Era la primera vez que la veía con blusa y falda. Y estaba sola. Eso también era primicia.

—¿Devin? ¿Tienes un segundo?

—Claro —dije; me desvié por la pendiente arenosa hacia ella—. ¿Dónde está Mike?

—Tiene fisioterapia tres veces por semana. Janice, su terapeuta, normalmente lo visita por las mañanas, pero lo arreglé para que viniera esta tarde porque quería hablar contigo a solas.

—¿Lo sabe Mike?

Annie sonrió con pesar.

—Seguramente. Mike sabe mucho más de lo que debiera. No voy a preguntar de qué hablasteis los dos esta mañana después de que él se deshiciera de mí, pero imagino que sus... perspicacias... no fueron ninguna sorpresa para ti.

—Me contó por qué está en silla de ruedas, eso es todo. Y mencionó que padeció neumonía en Acción de Gracias.

—Quería agradecerte lo que hiciste con la cometa, Dev. Mi hijo no descansa bien por las noches. No sufre dolores, exactamente, pero tiene problemas para

respirar cuando está dormido. Es una especie de apnea. Ha de dormir en posición recostada, y eso no ayuda. A veces deja de respirar por completo, y entonces se activa una alarma que lo despierta. Solo anoche, después de la cometa, durmió de un tirón. Incluso entré una vez, a eso de las dos de la madrugada, para comprobar que el monitor funcionaba correctamente. Dormía como un bendito. Ni se sacudía ni daba vueltas inquieto; ni pesadillas, a las que es propenso, ni gemidos. Fue la cometa. Lo satisfizo como posiblemente nada más podría conseguirlo. Excepto, quizá, ese condenado parque de atracciones tuyo, lo cual está completamente descartado. —Guardó silencio y sonrió—. Oh, mierda. Estoy dando un discurso.

—Está bien —dije.

—Lo que ocurre es que hay muy poca gente con la que pueda hablar. Tengo una asistente que me ayuda con los quehaceres de la casa, una mujer muy agradable de Heaven's Bay, y está Janice, desde luego, pero no es lo mismo. —Inspiró hondo—. Aquí viene la otra parte. Me he portado mal contigo en varias ocasiones, y sin motivo alguno. Lo lamento.

—Señora... señorita... —Mierda—. Annie, no tienes por qué disculparte de nada.

—Sí, debo hacerlo. Podrías haber seguido tu camino cuando me viste peleando con la cometa, y entonces Mike no habría disfrutado de una buena noche de sueño. Mi única excusa es que tengo problemas para confiar en la gente.

*Aquí es cuando me invita a cenar*, pensé. Pero no lo hizo. Tal vez a causa de lo que dije a continuación.

—¿Sabes? *Sí* que podría venir al parque. Sería fácil de arreglar, y al estar todo cerrado, tendría el lugar a su entera disposición.

Su rostro se endureció, como una mano convertida en puño.

—Ah, no. Rotundamente no. Si piensas eso es que no te contó tanto sobre su condición física como yo creía. Por favor, no se lo menciones. De hecho, he de insistir.

—De acuerdo —dije—. Pero si cambias de opinión...

Mis palabras se apagaron y no concluí la frase. No cambiaría de opinión. Echó un vistazo a su reloj y una nueva sonrisa iluminó su rostro. Brillaba con tal intensidad que uno casi podría pasar por alto que en ningún momento alcanzaba sus ojos.

—Ay, chico, mira qué tarde es. Mike estará hambriento después de su sesión y no le tengo preparado nada de cena. ¿Me disculpas?

—Claro.

Permanecí allí observando cómo recorría el paseo entablado hasta la casa victoriana verde, esa cuyo interior probablemente nunca vería gracias a mi enorme boca. Sin embargo, la idea de llevar a Mike a Joyland me había

parecido muy adecuada. Durante el verano recibíamos grupos de niños con toda clase de problemas y minusvalías: niños lisiados, niños ciegos, niños con cáncer, niños que eran mentalmente discapacitados (los que llamábamos *retrasados* allá en los incultos setenta). No es que esperara encajar a Mike en la vagoneta delantera de la Delirium y mandarlo a volar. Aunque la montaña rusa no hubiera estado precintada para pasar el invierno, no soy un completo idiota.

Sin embargo, el carrusel aún seguía operativo; sin duda podría montar en él. Incluso en el tren que circulaba por la Villa Wiggle-Waggle. Y estaba seguro de que a Fred Dean tampoco le importaría que guiara al chico en una visita a la Mansión de los Espejos Misteriosos. Pero no. No. El niño era su delicada flor de invernadero y ella pretendía que continuara de ese modo. El asunto de la cometa tan solo había sido una aberración, y la disculpa una píldora amarga que Annie sentía que debía tragar.

Aun así, no pude evitar admirar lo rápida y ágil que era, moviéndose con una gracia que su hijo jamás conocería. Observé sus piernas desnudas bajo del dobladillo de la falda y no me acordé para nada de Wendy Keegan.



Tenía el fin de semana libre, y ya sabes lo que pasó. Supongo que la idea de que siempre llueve los fines de semana debe de ser una ilusión, pero desde luego no lo *parece*; pregunta a cualquier currante que alguna vez haya planeado ir de acampada o de pesca en sus días festivos.

Bueno, siempre quedaba Tolkien. El sábado por la tarde me encontraba sentado en mi butaca junto a la ventana, adentrándome cada vez más en las montañas de Mordor con Frodo y Sam, cuando la señora Shoplaw llamó a la puerta y me preguntó si me gustaría bajar al salón y jugar al Scrabble con ella y con Tina Ackerley. No me chifla demasiado el Scrabble, tras haber sufrido numerosas humillaciones a manos de mis tías Tansy y Naomi, quienes poseen un vasto vocabulario mental de lo que yo considero «palabras de mierda para el Scrabble» —cosas como *azogue*, *rob* y *bhoot* (un espíritu de la India, por si te lo preguntas)—. No obstante, le contesté que me encantaría jugar. La señora Shoplaw era mi casera, después de todo, y la diplomacia adopta múltiples formas.

—Vamos a ayudar a Tina a empollar —confesó la mujer de camino a la planta baja—. Es un verdadero tiburón. Se ha inscrito en una especie de torneo en Atlantic City el próximo fin de semana. Creo que hay un premio en metálico.

No tardé mucho —quizá cuatro turnos— en descubrir que nuestra bibliotecaria residente habría dado a mis tías todo el juego que ellas pudieran resistir y más. Para cuando la señorita Ackerley colocó *nubilidad* (con la sonrisa de disculpa que todos los tiburones del Scrabble parecen poner; sospecho que

deben de practicar delante del espejo), Emmalina Shoplaw iba ochenta puntos por detrás. En cuanto a mí... bueno, no importa.

—Supongo que ninguna de las dos sabéis nada acerca de Annie y Mike Ross, ¿verdad? —pregunté durante un paréntesis en la acción (daba la impresión de que ambas mujeres sentían la necesidad de estudiar el tablero *muuucho* tiempo antes de colocar siquiera una ficha)—. Viven en Beach Row, en la mansión victoriana verde.

La señorita Ackerley se quedó inmóvil con la mano aún dentro de la bolsita marrón de letras. Me miró con unos ojos enormes que sus gruesas gafas hacían aún mayores.

—¿Los *has* conocido?

—Ajá. Estaban intentando hacer volar una cometa... bueno, *ella...* y yo ayudé un poco. Son muy buena gente. Me preguntaba si... los dos solos en esa casa tan grande y estando el niño tan enfermo...

La mirada que intercambiaron las mujeres fue de pura incredulidad, y empecé a desear no haber sacado el tema.

—¿Ella te *habló*? —preguntó la señora Shoplaw—. ¿La Reina de Hielo te *habló* de verdad?

*No solo me habló; además, me invitó a un batido de frutas. Y me dio las gracias. Hasta me pidió perdón.*

Pero no dije nada de eso. No porque Annie se hubiera mostrado realmente fría cuando yo presumí demasiado, sino porque hacerlo me hubiera parecido de algún modo desleal.

—Bueno, un poco. Alcé su cometa, eso es todo. —Giré el tablero. Pertenecía a Tina y era un modelo profesional equipado con su propio eje rotatorio—. Venga, señora S. Su turno. A lo mejor forma una palabra que esté en mi pobre vocabulario.

—En la posición correcta, *pobre* puede valer setenta puntos —comentó Tina Ackerley—. Incluso más, si conectas una palabra con *p* a *obre*.

La señora Shoplaw hizo caso omiso tanto del tablero como del consejo.

—Ya sabrás quién es su padre, claro.

—No podría asegurarlo. —Sí sabía, sin embargo, que ella estaba enemistada con el viejo, y de lo lindo.

—Buddy Ross. El del programa *La Hora de Poder de Buddy Ross*. ¿Te suena?

Vagamente. Era posible que hubiera oído a un predicador de nombre Ross en la radio del taller de vestuario. En cierta forma, tenía sentido. Durante una de mis transformistas conversiones en Howie, Dottie Lassen me había preguntado —sin venir demasiado a cuento— si había encontrado a Jesús. Mi primer impulso había sido contestarle que no sabía que se hubiera perdido, pero me contuve.

—Uno de esos vocingleros bíblicos, ¿no es cierto?

—Junto a Oral Roberts y ese Jimmy Swaggart, prácticamente es el mayor de todos —dijo la señora S—. Retransmite desde una iglesia gigantesca de Atlanta. La Villa de Dios, así la llama. Su programa de radio se emite por todo el país y cada vez sale más en la televisión. No sé si le conceden tiempo gratis o si tiene que comprarlo, aunque estoy segura de que puede permitírselo, especialmente a altas horas de la noche. Es cuando los viejos están levantados con sus achaques y dolores. Sus programas son una mezcla de curaciones milagrosas y peticiones de ofrendas de amor.

—Supongo que no tuvo suerte curando a su nieto —dije.

Tina sacó la mano de la bolsa de letras, vacía. Había olvidado el Scrabble por el momento, lo cual era bueno para sus desventuradas víctimas. Le centelleaban los ojos.

—No sabes nada de la historia, ¿verdad? Normalmente no me creo los cotilleos, pero... —Bajó la voz hasta alcanzar un tono de confidencialidad, apenas un susurro—. Pero como los conoces, puedo contártela.

—Sí, por favor —le pedí.

Pensé que una de mis preguntas —¿cómo Annie y Mike habían llegado a vivir en una casa enorme en una de las playas más lujosas de Carolina del Norte?— ya había sido respondida. Era el retiro de verano del Abuelo Buddy, comprado y pagado con las ofrendas de amor.

—Tiene dos hijos —dijo Tina—. Los dos ocupan posiciones destacadas en su iglesia; diáconos o pastores adjuntos, no sé cómo los denominan exactamente, porque no me van esas campañas santas. La hija, sin embargo, *ella* era diferente. Aficionada a los deportes. Montaba a caballo, jugaba al tenis, tiraba con arco, cazaba ciervos con su padre, participaba en bastantes competiciones de tiro con rifle. Todo eso salió en los periódicos después de que comenzaran sus problemas.

Ahora cobraba sentido la camiseta del CAMPAMENTO PERRY.

—Aproximadamente cuando cumplió los dieciocho, todo se fue al infierno. Literalmente, según la perspectiva de su padre. La chica entró en lo que ellos llaman una «universidad humanista laica» y, a decir de todos, era toda una rebelde. Renunciar a las competiciones de tiro y a los torneos de tenis era una cosa; renunciar a la iglesia por culpa de fiestas y alcohol y hombres era otra muy distinta. Y además... —Tina bajó la voz—. *Fumaba hierba*.

—¡Caramba! —exclamé—. ¡No!

La señora Shoplaw me lanzó una mirada, pero Tina no se percató.

—¡Sí! ¡Figúrate! Ella también salió en los periódicos, en los tabloides esos, porque era guapa y rica, pero principalmente por su padre. Y por ser una perdida. Así lo llaman. Era un escándalo para esa iglesia suya, poniéndose minifaldas y



yendo sin sujetador y todo eso. Bueno, ya sabes que lo que predicán esos fundamentalistas está directamente extraído del Antiguo Testamento, eso de que los rectos serán recompensados y los pecadores castigados hasta su séptima generación. Y ella hizo más que recorrer el circuito de fiestas allá en «Green Witch Village.» —Los ojos de Tina se habían abierto tanto que parecían al borde de desprenderse de las cuencas y caer rodando por sus mejillas—. *¡Dejó la Asociación Nacional del Rifle y se unió a la Sociedad Atea Americana!*

—Ah. ¿Y eso llegó a los periódicos?

—¡Siempre! Después se quedó preñada, nada raro, y cuando diagnosticaron que el bebé padecía alguna clase de trastorno... parálisis cerebral, creo...

—Distrofia muscular.

—Lo que sea, pues le preguntaron a su padre en una de sus cruzadas, y ¿sabes lo que declaró?

Negué con la cabeza, pero podía hacerme una idea bastante acertada.

—Declaró que Dios castiga al no creyente y al pecador. Declaró que su hija no era diferente, y que quizá la dolencia de su hijo la devolviera a Dios.

—No creo que haya ocurrido eso —comenté. Pensaba en el Jesús volador.

—No entiendo por qué la gente usa la religión para hacerse daño cuando ya existe tanto dolor en el mundo —dijo la señora Shoplaw—. Se supone que la religión debería *reconfortar*.

—El viejo es solo un mojigato fariseo —dijo Tina—. No importa con cuántos hombres se haya acostado ni cuántos canutos de hierba se haya fumado, sigue siendo su hija. Y el niño sigue siendo su nieto. He visto al chico en la ciudad una vez o dos, en una silla de ruedas o cojeando con esos aparatos ortopédicos tan crueles que debe ponerse si quiere andar. Parecía un buen chico, perfectamente normal, y ella estaba sobria. Y llevaba sujetador. —Se detuvo para refrescar la memoria—. Creo.

—Es posible que su padre cambie —dijo la señora Shoplaw—, pero lo dudo. Los hombres y las mujeres jóvenes crecen, pero los hombres y las mujeres viejos se vuelven cada vez más viejos y seguros de que la razón está de su lado. Especialmente si conocen las Escrituras.

Me acordé de algo que mi madre solía decir.

—El diablo sabe citar las Escrituras.

—Y con voz agradable —coincidió la señora Shoplaw con aire taciturno. Entonces se animó—. Pero bueno, si el reverendo Ross les permite usar su casa de Beach Row, a lo mejor está dispuesto a admitir que el pasado pasado está. Es *posible* que a estas alturas se le haya ocurrido pensar que su hija solo era una muchacha por entonces, tal vez ni siquiera tenía edad para votar.

»Dev, ¿no te toca a ti?

Sí, era mi turno. Formé *lloro*. Me reportó cuatro puntos.



Me propinaron una paliza sin misericordia, pero una vez que Tina Ackerley se puso las pilas, fue relativamente rápida. Regresé a mi habitación, me senté en la butaca junto a la ventana, y traté de reunirme con Frodo y Sam en el camino hacia el Monte del Destino. Fui incapaz. Cerré el libro y miré a través de la cortina de lluvia desde la ventana, oteando la playa vacía y el océano gris que se extendía más allá. Ofrecía un panorama solitario, y en momentos así, mis pensamientos hallaban el medio de retornar a Wendy; me preguntaba dónde estaría, qué estaría haciendo, con quién estaría. Pensaba en su sonrisa, en la forma de caerle el cabello sobre la mejilla, en la suave elevación de sus pechos bajo un suéter de su aparentemente interminable ropero.

Aquel día no. En lugar de en Wendy, me encontré pensando en Annie Ross y me di cuenta de que había desarrollado ciertos sentimientos, pequeños pero intensos, hacia ella. El hecho de que nada pudiera surgir de aquel enamoramiento —ella debía de ser diez años mayor que yo, quizá doce— solo parecía empeorar las cosas. O quizá quiero decir mejorar, porque el amor no correspondido sí posee sus atractivos para los muchachos.

La señora S había sugerido que el santurrón padre de Annie podría estar dispuesto a olvidar el pasado, y yo intuía que quizá existiera algo de cierto en ello. Había oído que los nietos tenían el don de ablandar los cuellos cerriles, y tal vez quisiera llegar a conocer al chico mientras aún estuviera a tiempo. Pudo haber averiguado (por la gente que tenía por todas partes) que Mike era inteligente además de minusválido. Era incluso posible que hubiera oído rumores de que Mike poseía lo que Madame Fortuna llamaba «la visión». O quizá las cosas no fueran tan de color de rosa. Quizá el señor Fuego y Azufre había concedido el uso de la casa a cambio de la promesa de que ella mantuviera la boca cerrada y no armara ningún nuevo escándalo de minifaldas y marihuana mientras realizaba su crucial transición de la radio a la televisión.

Podía seguir especulando hasta que el sol enmascarado de nubes se pusiera, y no estar seguro de nada respecto a Buddy Ross, pero creía estar seguro de una cosa respecto a Annie: ella no estaba preparada para admitir que el pasado pasado estaba.

Me levanté y bajé al trote las escaleras al tiempo que pescaba de la cartera un trozo de papel con un número de teléfono. Oí a Tina y a la señora S charlando alegre y despreocupadamente en la cocina. Ya en el salón, llamé a la residencia de Erin Cook, aunque no esperaba encontrarla un sábado por la tarde; quizá estuviera

en New Jersey con Tom, viendo el partido de fútbol y entonando el himno de batalla de los Caballeros Escarlatas.

Sin embargo, la chica que se puso al teléfono dijo que la avisaría; tres minutos más tarde, su voz llegó a mi oído.

—Dev, iba a llamarte yo. De hecho, quiero bajar a verte, si es que consigo arrastrar a Tom. Creo que lo conseguiré, pero de todas formas no podrá ser el próximo fin de semana. Seguramente el siguiente.

Eché un vistazo al calendario colgado en la pared y vi que correspondía al primer fin de semana de octubre.

—¿Has averiguado algo?

—No lo sé. A lo mejor. Me encanta investigar, y la verdad es que estoy enganchada. He acumulado un montón de información y antecedentes, seguro, pero no es que haya resuelto el asesinato de Linda Gray en la biblioteca de la facultad ni nada de eso. Aun así... tengo varias cosas que quiero enseñarte. Cosas que me preocupan.

—¿Que te preocupan por qué? ¿Que te preocupan en qué sentido?

—No quiero explicártelo por teléfono. Si no puedo convencer a Tom para ir, lo meteré todo en un sobre manila grande y te lo enviaré. Pero creo que no habrá problema. Tiene ganas de verte, lo único es que no quiere saber nada de mis pesquisas. Ni siquiera ha mirado las fotos.

Me pareció que estaba siendo muy misteriosa, pero decidí dejarlo estar.

—Escucha, ¿tú has oído hablar de un evangelista llamado Buddy Ross?

—Buddy... —Le entró la risa tonta—. ¡*La Hora de Poder de Buddy Ross!* ¡Mi abuela escucha a ese viejo farsante a todas horas! ¡Le saca tripas de cabra a la gente y afirma que son tumores! ¿Sabes qué diría Pop Allen?

—Feriante de feriantes —respondí sonriendo.

—Has dado en el blanco. ¿Qué quieres saber de él? ¿Y por qué no lo averiguas tú mismo? ¿Es que tu madre quedó traumatizada por culpa de un fichero cuando estaba embarazada de ti?

—No que yo sepa, pero a la hora que salgo de trabajar, la biblioteca de Heaven's Bay está cerrada. Dudo siquiera que tengan el *Quién es quién*. A ver, tiene solo una sala. De todas formas, no se trata de él. Es por sus dos hijos. Quiero saber si ellos tienen también hijos.

—¿Por qué?

—Porque su hija tiene uno. Es un chico genial, pero se está muriendo.

Una pausa.

—¿En qué andas metido ahora, Dev?

—Conociendo a gente nueva. Venid a visitarme. Me encantaría volver a veros. Dile a Tom que nos quedaremos fuera de la Casa Embrujada.

Pensé que aquello la haría reír, pero no fue así.

—Oh, claro que sí. No conseguirás que se acerque a menos de treinta metros de ese sitio.

Nos despedimos. Anoté la duración de la llamada en la hoja de registro, subí a mi habitación y me senté junto a la ventana. Experimenté de nuevo aquella extraña aunque leve punzada de celos. ¿Por qué tuvo que ser Tom Kennedy quien viera a Linda Gray? ¿Por qué él y no yo?



El periódico semanal de Heaven's Bay se publicaba los jueves, y en su edición del 4 de octubre el titular rezaba: **EMPLEADO DE JOYLAND SALVA UNA SEGUNDA VIDA**. Lo consideraba una exageración. Me atribuyo todo el mérito por Hallie Stansfield, pero solo una parte por el antipático Eddie Parks. El resto —sin omitir una propina para Lane Hardy— pertenece a Wendy Keegan, porque si ella no hubiera roto conmigo en junio, yo habría estado aquel otoño en Durham, New Hampshire, a más de mil kilómetros de Joyland.

Desde luego, no tenía ni idea de que la agenda incluía más salvamentos de vida; tales premoniciones están estrictamente reservadas a personas como Rozzie Gold y Mike Ross. No iba pensando en nada salvo la próxima visita de Erin y Tom cuando llegué al parque el 1 de octubre tras otro fin de semana lluvioso. Aún seguía nublado, pero en honor al lunes, la lluvia había cesado. Eddie estaba sentado en el trono que era su caja de manzanas delante de la Casa Embrujada y fumaba su habitual cigarro matutino. Alcé la mano a modo de saludo. No se molestó en devolver el gesto; aplastó la colilla, se inclinó hacia delante para levantar el cajón y tirarla debajo. Le había visto hacerlo cincuenta veces o más (y a menudo me preguntaba cuántas colillas habría apiladas bajo la caja), pero en esta ocasión no llegó a separar la caja del suelo; siguió inclinándose como si nada.

¿Reflejaba su rostro alguna expresión de sorpresa? No sé decirlo. Para cuando me di cuenta de que algo iba mal, todo cuanto pude ver fue su gorra descolorida y manchada de grasa, pues su cabeza caía desplomada entre las rodillas. Siguió resbalando hacia delante y terminó dando una voltereta completa. Aterrizó sobre la espalda, con las piernas abiertas extendidas y el rostro apuntando al cielo nublado. Y para entonces, lo único que mostraba su cara era una mueca crispada de dolor.

Dejé caer mi fiambarrera, corrí hacia él y me arrodillé a su lado.

—¿Eddie? ¿Qué pasa?

—Ataco —consiguió decir.

Por un instante pensé que se refería a alguna oscura enfermedad producida por la mordedura de un ácaro, pero entonces advertí el modo en que se apretaba el

costado izquierdo del pecho con su mano derecha enguantada.

La versión pre-Joyland de Dev Jones simplemente habría gritado pidiendo ayuda, pero tras meses hablando el Habla, la palabra *ayuda* ni siquiera se me pasó por la cabeza. Llené los pulmones, alcé la cabeza y lancé con todas mis fuerzas un «¡EH, PALETO!» al húmedo aire de la mañana. La única persona que se encontraba cerca para oírlo era Lane Hardy, y vino rápido.

No se exigía que los empleados que Fred Dean contrataba para el verano conocieran las técnicas de reanimación cardiopulmonar antes de firmar el contrato, pero tenían que aprenderlas. Gracias a las clases de socorrismo a las que había asistido de adolescente, yo ya las conocía. La media docena de alumnos que estábamos en aquella clase habíamos sido instruidos al borde de la piscina de la Asociación de Jóvenes Cristianos, entrenando con un muñeco que tenía el improbable nombre de Herkimer Saltfish.

Ahora tenía la ocasión de poner la teoría en práctica por primera vez, y ¿sabes qué? Realmente no se diferenciaba tanto de la maniobra que había usado para expulsar el trozo de perrito caliente de la garganta de la pequeña Stansfield. Yo no vestía las pieles, ni tampoco se requería un abrazo de oso, pero seguía siendo principalmente una cuestión de aplicar fuerza bruta. Le fisuré cuatro costillas al viejo cabrón y le rompí una. No puedo decir que lo lamente.

Para cuando Lane llegó, yo estaba arrodillado al lado de Eddie efectuando compresiones torácicas, primero cargando todo mi peso sobre la base de las manos y luego incorporándome hacia atrás y escuchando para ver si tomaba aliento.

—¡Dios santo! —dijo Lane—. ¿Un ataque al corazón?

—Sí, me parece que sí. Llama a una ambulancia.

El teléfono más cercano se encontraba en la caseta adyacente a la Galería de Tiro de Pop Allen; su perrera, en el Habla. Estaba cerrada, pero Lane tenía las Llaves del Reino: tres llaves maestras que abrían todas las puertas del parque. Salió corriendo. Continué practicando la reanimación, balanceándome adelante y atrás, con los muslos doloridos y las rodillas ladrando por el prolongado contacto con el áspero pavimento de Joyland Avenue. Después de cada cinco compresiones contaba despacio hasta tres, atento a las inhalaciones de Eddie, pero no oía nada. No había alegría en Joyland, no para Eddie. Ni después de la primera serie de cinco, ni después de la segunda, ni después de media docena. Estaba allí tendido con las manos enguantadas a los costados y la boca abierta. El puto Eddie Parks. Me quedé mirándolo fijamente mientras Lane volvía a la carrera, gritando que la ambulancia venía de camino.

*No lo voy a hacer —pensé—. Ni de coña.*

Acto seguido me incliné hacia delante, efectuando de paso una compresión más, y presioné mi boca contra la suya. No fue tan malo como me temía; fue peor. Sus labios tenían el regusto amargo de los cigarrillos y su boca apestaba a algo más; que Dios me ayude, creo que eran chiles jalapeños, puede que de una tortilla del desayuno. No obstante, conseguí un buen sellado; pincé sus fosas nasales e insuflé aire en su garganta.

Repetí la operación cinco o seis veces hasta que volvió a respirar por sí solo. Interrumpí las compresiones para ver qué sucedía. Siguió respirando. El infierno debía de estar lleno aquel día, es lo único que se me ocurre. Le puse de costado por si vomitaba. Lane permanecía a mi lado con una mano apoyada en mi hombro. Pronto oímos el gemido de una sirena que se aproximaba.

Lane salió a su encuentro en la puerta para indicarles el camino. Una vez que se hubo ido, me sorprendí mirando las amenazantes caras verdes de los monstruos que decoraban la fachada de la Casa Embrujada. Encima, escrito en letras sangrantes también de color verde, se leía ENTRA SI TE ATREVES. Me sorprendí pensando de nuevo en Linda Gray, que había entrado viva y la habían sacado horas más tarde, fría y muerta. Creo que mi mente divagó por ese camino a causa de la información que me traería Erin. Información que a ella le *preocupaba*. Pensé también en el asesino de la chica.

*Podrías haber sido tú mismo* —había dicho la señora Shoplaw—, *aunque tu pelo es negro en vez de rubio, y no te has tatuado una cabeza de pájaro en la mano. Ese individuo sí. Un águila, o tal vez un halcón.*

El cabello de Eddie había adquirido la prematura tonalidad gris del fumador compulsivo de toda la vida, pero podría haber sido rubio cuatro años antes. Y siempre llevaba guantes. Seguramente era demasiado viejo para ser el hombre que acompañaba a Linda Gray en su último viaje oscuro, *seguramente sí*, sin embargo...

La ambulancia ya estaba cerca, pero no demasiado, aunque pude ver a Lane en la puerta, agitando las manos por encima de la cabeza, haciendo gestos para meterles prisa. Pensé qué coño y despojé a Eddie de sus guantes. Le recubría los dedos un tejido de encaje formado por piel muerta; bajo una espesa capa de alguna clase de crema blanca, el dorso de las manos estaba rojo. No tenía tatuajes.

Solo psoriasis.



Tan pronto como le subieron a la ambulancia y partieron al diminuto hospital de Heaven's Bay, entré en el retrete más cercano y me enjuagué la boca una y otra vez. Transcurrió mucho tiempo antes de poder librarme del sabor de esos malditos jalapeños; no he vuelto a tocar uno desde entonces.

Al salir, me encontré a Lane Hardy esperándome junto a la puerta.

—Vaya, ha sido impresionante —comentó—. Lo has devuelto a la vida.

—Todavía no está fuera de peligro y podrían haberse producido daños cerebrales.

—Puede que sí o puede que no, pero de no ser por ti se habría quedado tieso en el sitio. Primero la niñita, ahora ese viejo verde. A lo mejor empiezo a llamarte Jesús en vez de Jonesy, porque tú sí que eres el salvador.

—Y como se te ocurra hacerlo, TAS. —En el Habla eso era *tirarse al sur*, que a su vez significaba entregar la tarjeta de fichar e irse para siempre.

—Vale, pero te has portado muy bien, Jonesy. De hecho, tengo que decir que estás que te sales.

—¡Por Dios, sabía *fatal*! —dije.

—Sí, me lo figuro, pero míralo por el lado bueno. Con él fuera de combate, por fin eres libre, libre por fin, gracias a Dios Todopoderoso, por fin eres libre. Creo que eso te gustará más.

Sin duda.

Del bolsillo de atrás, Lane sacó un par de guantes de piel. Los guantes de Eddie.

—Los encontré tirados en el suelo. ¿Por qué se los quitaste?

—Eh... quería que sus manos respirasen. —Eso parecía una tontería supina, pero la verdad habría sonado aún más tonta. No me podía creer que hubiera barajado la idea de que Eddie Parks fuera el asesino de Linda Gray aun solo por un instante—. Cuando asistí a clases de socorrismo, nos contaron que las víctimas de un ataque al corazón necesitan desprenderse del máximo de ropa posible. Eso ayuda, de algún modo. —Me encogí de hombros—. O eso se supone, al menos.

—Ah. Todos los días se aprende algo nuevo. —Sacudió los guantes—. No creo que Eddie vuelva en una larga temporada, si es que vuelve, así que más vale que guardes esto en su perrera, ¿sí?

—Vale —contesté. Dicho y hecho. Sin embargo, más tarde aquel mismo día entré y los cogí otra vez. Y también otra cosa.



Eddie no me caía bien, eso ha quedado claro, ¿cierto? No me había dado razones para que me cayera bien. Hasta donde yo sabía, ocurría lo mismo con todos los empleados de Joyland. Incluso los más viejos del lugar, como Rozzie Gold y Pop Allen, le evitaban. No obstante, a las cuatro de aquella tarde me encontré entrando en el Hospital Comunitario de Heaven's Bay y preguntando si Edward Parks podía recibir una visita. Llevaba en la mano los guantes junto con la otra cosa.

La recepcionista voluntaria de pelo azul revisó sus papeles dos veces meneando la cabeza, y yo ya empezaba a sospechar que Eddie había muerto, después de todo, cuando dijo:

—¡Ah! Es Edwin, no Edward. Habitación 315. Está en la UCI, así que tendrá que preguntar en el mostrador de enfermería.

Le di las gracias y me dirigí al ascensor, uno de esos enormes con capacidad suficiente para que entrara una camilla. Era más lento que el caballo del malo, lo cual me proporcionó tiempo para preguntarme qué estaba haciendo allí. Si algún empleado de Joyland debía visitar a Eddie, ese tendría que ser Fred Dean, no yo, porque era él quien se encontraba al mando del parque aquel otoño. Pero ahí estaba yo. En cualquier caso, probablemente no me permitirían pasar.

Sin embargo, tras comprobar su gráfica, la enfermera jefe me dio el visto bueno.

—Aunque puede que esté durmiendo.

—¿Alguna idea sobre su...? —Me toqué la cabeza.

—¿Su función cerebral? Bueno... fue capaz de decirnos su nombre.

Eso sonaba esperanzador.

Dormía, efectivamente. Con los ojos cerrados y el tardío sol de aquel día brillando en su rostro, la idea de que pudiera haber sido la cita de Linda Gray tan solo cuatro años antes se me antojaba más ridícula todavía. Aparentaba por lo menos cien años, quizá ciento veinte. Vi también que no era necesario llevarle los guantes. Le habían vendado las manos, probablemente después de tratar la psoriasis con algo un poco más potente que la crema sin receta que se hubiera estado aplicando. Mirar aquellos abultados mitones blancos me provocó un sentimiento extraño y reacio de compasión.

Crucé la habitación lo más sigilosamente posible y puse los guantes en el armario junto a la ropa con la que iba vestido cuando lo ingresaron. Me quedaba la otra cosa: una fotografía que había encontrado clavada con una chincheta en la pared de su caseta, desordenada e impregnada de olor a tabaco, al lado de un calendario amarillento caducado desde hacía dos años. La foto mostraba a Eddie y a una mujer no muy atractiva posando en un jardín lleno de hierbajos delante de una anónima casa de urbanización. Eddie aparentaba unos veinticinco años. Rodeaba con el brazo a la mujer, que le sonreía. Y —milagro entre milagros— él le devolvía la sonrisa.

Al lado de la cama había una mesa con ruedas y encima de ella una jarra de plástico y un vaso. Lo encontré bastante estúpido; con las manos vendadas como estaban, no iba a poder servirse nada en una temporada. Sin embargo, la jarra podía cumplir con otro propósito. Apoyé la foto en ella de modo que pudiera verla cuando despertara. Con eso resuelto, me encaminé hacia la puerta.



Estaba casi en el umbral cuando Eddie habló con una voz susurrante que distaba mucho de su habitual tono áspero y malhumorado.

—Chaval.

Regresé —sin mucho entusiasmo— junto a su cama. Había una silla en el rincón, pero no tenía intención de acercarla y sentarme.

—¿Cómo te sientes, Eddie?

—No sabría decirlo. Me cuesta respirar. Me han llenado de esparadrapo.

—Te he traído tus guantes, pero he visto que ya... —Señalé con la cabeza sus manos vendadas.

—Sí. —Tomó aire—. Si algo bueno sale de esto, a lo mejor me las arreglan. Las cabronas me pican todo el rato, joder. —Alzó la mirada hacia la foto—. ¿Por qué has traído eso? ¿Y qué estabas haciendo en mi perrera?

—Lane me dijo que te guardara allí los guantes. Lo hice, pero luego pensé que a lo mejor los querías. Igual que la foto. ¿Quieres que la llame Fred Dean, quizá?

—¿A Corinne? —Soltó un bufido—. Lleva muerta veinte años. Échame un poco de agua, chaval. Estoy más seco que una cagada de perro de diez años.

Llené el vaso y se lo sostuve mientras bebía, incluso le limpié la comisura de la boca con la sábana cuando se le cayó un poco. Era un gesto mucho más íntimo de lo que hubiera deseado, pero no parecía tan malo al recordar que había morreado al miserable cabrón apenas cuatro horas antes.

No me lo agradeció, pero ¿cuándo había dado las gracias a alguien?

—Levanta esa foto —se limitó a decir. Obedecí. La miró fijamente durante unos segundos y lanzó un suspiro—. Miserable hija de puta, refunfuñona. Largarme con el Royal American Shows ha sido lo más inteligente que he hecho en mi vida. —Una lágrima le tembló en la comisura del ojo izquierdo, vaciló y finalmente rodó por su mejilla.

—¿Quieres que me la lleve y la clave otra vez en tu perrera, Eddie?

—No, puedes dejarla. Tuvimos un crío, ¿sabes? Una niñita.

—¿Sí?

—Sí. La atropelló un coche. Tres años tenía, y murió como un perro en la carretera. Esa miserable hija de puta estaba de cháchara en el teléfono en vez de vigilarla. —Apartó la cabeza a un lado y cerró los ojos—. Venga, lárgate de aquí. Al hablar me duele, y estoy cansado. Tengo un elefante sentado en el pecho.

—Vale. Cuídate.

Hizo una mueca sin abrir los ojos.

—Qué gracia. ¿Cómo se supone que voy a hacer eso exactamente? ¿Se te ocurre alguna idea? Porque a mí no. No tengo familia, ni amigos, ni ahorros, ni seguro médico. ¿Qué voy a hacer ahora?

—Todo se solucionará —dije sin convicción.

—Claro, como en las películas. Vamos, piérdete.

Esta vez ya me encontraba al otro lado de la puerta cuando volvió a hablar.

—Tendrías que haberme dejado morir, chaval. —Lo dijo sin dramatizar, tan solo a modo de observación pasajera—. Hubiera podido estar con mi niña.



Me detuve en seco cuando regresé al vestíbulo del hospital, no muy seguro al principio de estar viendo a quien creía ver. Pero era ella, desde luego, con un ejemplar de su interminable serie de novelas soporíferas abierto delante de ella. Este se titulaba *The Dissertation*.

—¿Annie?

Alzó la mirada, recelosa al principio, pero sonrió al reconocerme.

—¡Dev! ¿Qué estás haciendo aquí?

—Visitando a un tipo del parque que hoy ha sufrido un infarto.

—Oh, Dios mío, lo siento. ¿Se pondrá bien?

No me invitó a sentarme a su lado, pero lo hice de todas formas. Mi visita a Eddie me había alterado en aspectos que no llegaba a entender y tenía los nervios crispados. No se trataba de infelicidad y no se trataba de pena. Experimentaba un sentimiento de ira extraño y poco definido que guardaba cierta relación con el asqueroso sabor a jalapeños que aún parecía persistir en mi boca. Y con Wendy, Dios sabía por qué. Resultaba agotador saber que aún no había superado lo suyo, ni siquiera entonces. Un brazo roto habría sanado más rápido.

—No lo sé. No he hablado con los médicos. ¿*Mike* se encuentra bien?

—Sí, solo es un chequeo periódico. Una radiografía torácica y un recuento sanguíneo completo. Por la neumonía, ya sabes. Gracias a Dios ya la ha superado. Salvo por esa tos persistente, Mike está bien.

Aún sujetaba el libro abierto, lo cual probablemente significaba que quería que me marchara, y eso me enfureció más. Has de recordar que aquel fue el año en que *todo el mundo* quería que me marchara, incluido el hombre cuya vida había salvado.

Quizá fuera esa la razón por la que dije:

—*Mike* no cree que esté bien. Por tanto, ¿a quién se supone que debo creer, Annie?

Abrió los ojos como platos a causa de la sorpresa y luego su mirada se volvió distante.

—No me importa a quién o qué creas, Devin, eso lo tengo claro. En realidad, no es algo que te incumba.

—Sí lo es.

La voz procedía de detrás de nosotros. Mike se había acercado en su silla. No era de las motorizadas, lo cual significaba que había impulsado las ruedas con las manos. Un muchacho fuerte, con tos o sin ella, aunque se hubiera abotonado mal la camisa.

Annie se volvió hacia él, sorprendida.

—¿Qué estás haciendo aquí? Tendrías que haber dejado que la enfermera...

—Le dije que podía hacerlo yo solo y dijo que bien. Hay solo un pasillo a la izquierda y dos a la derecha desde radiología, ¿sabes? No estoy ciego, solo murién...

—El señor Jones vino a visitar a un amigo suyo, Mike. —De modo que me había degradado de nuevo a la categoría de señor Jones. Cerró el libro de golpe y se levantó—. Tendrá ganas de llegar a casa, y seguramente tú debes de estar cansa...

—Quiero que nos lleve al parque. —Mike habló con calma, pero su voz sonó bastante fuerte y la gente empezó a mirar alrededor—. *A los dos.*

—Mike, sabes que eso no...

—A Joyland. A Joy... Land. —Aún tranquilo, pero más alto aún. Ahora todo el mundo observaba. Las mejillas de Annie enrojecieron—. Quiero que los dos me llevéis. —Su voz se elevó todavía más—. *Quiero que me lleves a Joyland antes de que me muera.*

Annie se cubrió la boca con la mano. Sus ojos eran enormes. Sus palabras, cuando surgieron, sonaron apagadas pero inteligibles.

—Mike... no te vas a *morir*, ¿quién te ha dicho...? —Se volvió hacia mí—. ¿Debo agradecerte a ti el haberle metido esa idea en la cabeza?

—Claro que no. —Era muy consciente de que nuestro público crecía, incluyendo ahora a un par de enfermeras y a un médico con una bata azul de cirujano, pero no me importaba. Aún estaba rabioso—. Fue *él* quien me lo dijo a mí. ¿Por qué te sorprende tanto, cuando sabes lo de sus intuiciones?

Aquella fue mi tarde de provocar lágrimas. Primero Eddie, ahora Annie. Mike, por el contrario, tenía los ojos secos y parecía sentirse tan furioso como yo. Sin embargo, permaneció callado mientras su madre asía la silla de ruedas, la giraba y la conducía hacia la salida. Pensé que se estrellaría contra las puertas, pero el ojo mágico las abrió justo a tiempo.

*Deja que se vayan*, me dije, pero estaba cansado de dejar que las mujeres se me marcharan. Estaba cansado de dejar que me pasaran cosas y luego sentirme mal por ello.

Se me acercó una enfermera.

—¿Va todo bien?

—No —respondí, y salí tras ellos.



Annie había aparcado en la zona adyacente al hospital, donde un cartel anunciaba: FILAS RESERVADAS PARA DISCAPACITADOS. Tenía una furgoneta, vi, con mucho espacio para meter la silla plegada en la parte de atrás. La puerta del pasajero estaba abierta, pero Mike se negaba a bajar de la silla. Se aferraba a los brazos con toda su fuerza, por eso tenía las manos de un blanco mortal.

—¡Entra! —le gritó su madre.

Mike negó con la cabeza, sin mirarla.

—¡Entra, maldita sea!

El chico esta vez ni siquiera se molestó en mover la cabeza.

Annie lo asió y tiró de él. La silla tenía el freno echado y se inclinó hacia delante. La sujeté a tiempo para evitar que se volcara y los tirara a los dos contra la puerta abierta de la furgoneta.

A Annie le caía el cabello sobre el rostro y los ojos que escudriñaban a su través eran salvajes: los ojos, casi, de un caballo nervioso en una tormenta.

—¡Suelta, suelta! ¡Todo esto es culpa tuya! ¡Nunca debí haber...!

—Basta —ordené. La agarré por los hombros. Los huecos entre la clavícula y la base del cuello eran profundos; los huesos rozaban la superficie.

*Ha estado demasiado ocupada atiborrándole de calorías para preocuparse por sí misma*, pensé.

—¡SUÉLTAME!

—No quiero apartarle de ti —dije—. Annie, eso es la última cosa que querría.

Dejó de resistirse. Cautelosamente, la solté. La novela que antes leía se había caído al pavimento durante el forcejeo. Me agaché, la recogí, y la metí en el bolso colgado del respaldo de la silla de ruedas.

—Mamá. —Mike la tomó de la mano—. No tiene que ser el último momento bueno.

Entonces lo entendí. Incluso antes de que sus hombros se hundieran y comenzaran los sollozos, lo entendí. No era temor a que yo lo montara en alguna alocada atracción extrema y el estallido de adrenalina lo matara. No era temor a que un extraño le robara el dañado corazón que ella tanto amaba. Era una especie de creencia atávica —una creencia *materna*—: si no empezaban a hacer ciertas últimas cosas, la vida continuaría como siempre: batidos por la mañana al final del paseo entablado, tardes con la cometa al final del paseo entablado, todo ello en una suerte de verano sin fin. Solo que ya era octubre y la playa se encontraba desierta. Los gritos alegres de los adolescentes que montaban en la montaña rusa y los chillidos de los críos al deslizarse por el tobogán acuático habían cesado, el aire empezaba a ser fresco a medida que los días encogían. Ningún verano dura eternamente.

Se cubrió el rostro con las manos y se sentó en el asiento del pasajero de la furgoneta. Estaba demasiado alto para ella y casi se cayó. La sujeté para evitar que se resbalara. No creo que se diera cuenta.

—Adelante, llévalo —dijo—. Me importa una puta mierda. Llévalo a saltar en paracaídas, si es lo que quieres, pero no esperes que forme parte de vuestra... vuestra *aventura de chicos*.

—No puedo ir sin ti —intervino Mike.

Eso logró que bajara las manos y lo mirara.

—Michael, eres todo lo que tengo. ¿No lo comprendes?

—Sí —dijo él. Tomó una de las manos de su madre entre las suyas—. Y tú eres todo lo que tengo yo.

Advertí, entonces, por la expresión de su rostro que a Annie nunca se le había pasado esa idea por la cabeza, no realmente.

—Ayúdame a entrar —pidió Mike—. Los dos, por favor.

Cuando estuvo acomodado (no recuerdo que le abrocháramos el cinturón, así que quizá ocurrió antes de que se le diera tanta importancia a ese tema), cerré la puerta y rodeé el morro de la furgoneta con Annie.

—Su silla —dijo distraídamente—. Tengo que coger la silla.

—Yo la meteré. Tú siéntate al volante y prepárate para conducir. Respira hondo.

Permitió que la ayudara a subir. La tenía asida por encima del codo y fui capaz de cerrar la mano entera en torno a su brazo. Se me ocurrió decirle que no podía alimentarse solo con novelas soporíferas, pero lo pensé mejor. Esa tarde Annie ya había oído suficiente.

Plegué la silla de ruedas y la guardé en el compartimento de carga, empleando más tiempo del que necesitaba para que ella pudiera recomponerse. Regresé junto al asiento del conductor, medio esperando encontrar la ventanilla subida, pero continuaba bajada. Annie se había enjugado los ojos y la nariz, y arreglado un poco el cabello.

—Mike no puede ir sin ti, ni yo tampoco —declaré.

Me habló como si el chico no estuviera presente, y escuchando.

—Tengo tanto miedo por él, continuamente. Ve cantidad de cosas, y muchas de ellas le hacen daño. Son la causa de sus pesadillas, lo sé. Es tan buen chico. ¿Por qué no puede ponerse bien? ¿Por qué tiene que pasar esto? ¿Por qué?

—No lo sé —dije yo.

Se dio la vuelta para besar a Mike en la mejilla. Después se volvió hacia mí. Respiró hondo, temblorosa, y dejó escapar el aliento.

—Entonces, ¿cuándo vamos? —preguntó.

*El retorno del Rey* seguramente no era tan soporífero como *The Dissertation*, pero aquella noche no habría podido leer ni *El gato garabato*. Después de cenar unos espaguetis de lata (y en gran medida hacer caso omiso a las mordaces observaciones de la señora Shoplaw sobre cómo algunos jóvenes parecían decididos a maltratar sus cuerpos), subí a mi cuarto y, sentado junto a la ventana, contemplé la oscuridad y escuché el continuo batir de las olas.

Estaba a punto de caer dormido cuando la señora S llamó suavemente a la puerta y anunció:

—Tienes una llamada, Dev. Es un niño pequeño.

Bajé al salón a toda prisa, porque solo se me ocurría un niño que pudiera llamarme.

—¿Mike?

Habló en voz baja.

—Mi madre está durmiendo. Decía que estaba cansada.

—No me extraña —contesté, pensando en cómo nos habíamos unido en su contra.

—Sí, sé que lo hicimos —dijo Mike como si yo lo hubiera dicho en voz alta—. Pero era necesario.

—Mike... ¿puedes leer la mente? ¿Estás leyendo la mía?

—La verdad es que no lo sé —dijo—. A veces veo y oigo cosas, eso es todo. Y a veces se me ocurren ideas. Fue idea mía venir a la casa del abuelo. Mamá dijo que jamás nos daría permiso, pero yo sabía que sí. Sea lo que sea, esa cosa especial proviene de él, creo. Cura a la gente, ¿sabes? O sea, a veces es una farsa, pero a veces lo hace de verdad.

—¿Por qué has llamado, Mike?

Se animó.

—¡Por Joyland! ¿De veras podremos montar en el tiovivo y en la noria?

—Estoy convencido.

—¿Y disparar con las escopetas?

—Quizá. Si te deja tu madre. Todo esto está supeditado a la aprobación de tu madre. Eso significa...

—Sé lo que significa —me cortó con impaciencia. Acto seguido, la emoción del muchacho irrumpió de nuevo—. ¡Qué bárbaro!

—Nada de atracciones rápidas —advertí—. ¿Queda claro? Por un lado, durante el invierno están precintadas. —La Carolina Spin también, pero con la ayuda de Lane Hardy se tardarían cuarenta minutos a lo sumo en ponerla en marcha—. Por otro...

—Sí, lo sé, mi corazón. Con la noria tengo suficiente. Se ve desde el final de la pasarela, ¿sabes? Desde arriba debe de ser como ver el mundo montado en mi

cometa.

Sonreí.

—Algo parecido, sí. Pero recuerda, solo si tu madre dice que puedes. Ella es la jefa.

—Si vamos es por ella. Se dará cuenta cuando estemos allí. —Hablaba con una extraña e inquietante seguridad en sí mismo—. Y es por ti, Dev. Pero sobre todo es por la chica. Lleva allí mucho tiempo. Quiere irse.

Me quedé boquiabierto, pero no corría peligro de babear: se me había secado la boca por completo.

—¿Cómo...? —Apenas un graznido. Volví a tragar saliva—. ¿Cómo sabes lo de la chica?

—No lo sé, pero creo que ella es la razón por la que vine. ¿Te he dicho ya que no es blanco?

—Sí, pero dijiste que no sabías qué significaba. ¿Y ahora?

—Tampoco. —Tuvo un ataque de tos. Esperé. Cuando cesó, dijo—: Tengo que irme. Mi madre se está levantando de su siesta. Ahora se quedará media noche leyendo.

—¿Sí?

—Sí. De veras, ojalá que me deje montar en la noria.

—Su nombre es Carolina Spin, pero la gente que trabaja allí la llama «montacargas». —Algunos, Eddie entre ellos, la llamaban realmente «montabobos», pero eso me lo callé—. La gente de Joyland posee una especie de lenguaje secreto. Esa palabra es parte de él.

—Montacargas. Me acordaré. Adiós, Dev.

El teléfono hizo clic en mi oído.



Esta vez era Fred Dean quien sufría el ataque al corazón.

Yacía en la rampa que conducía a la Carolina Spin, con la cara azul y crispada por el dolor. Me arrodillé a su lado y comencé con las compresiones torácicas. Como esa operación no produjo resultado, me incliné hacia delante, pincé sus fosas nasales y apreté mis labios contra los suyos. Algo me rozó los dientes y sentí un hormigueo en la lengua. Me retiré y vi una marea negra de arañas bebé que manaba de su boca.

Me desperté medio fuera de la cama, con las sábanas revueltas y enroscadas en torno a mí como una especie de sudario, con el corazón latiendo desbocado y dándome manotazos en la boca. Me llevó varios segundos percatarme de que allí no había nada. Aun así, me levanté, fui al cuarto de baño y bebí dos vasos de agua. Es posible que haya tenido peores pesadillas que aquella que me despertó a

las tres de la madrugada de aquel martes, pero de ser así, no las recuerdo. Arreglé la cama y me tendí, convencido de que ya no volvería a conciliar el sueño en el resto de la noche. Sin embargo, ya casi había caído dormido de nuevo cuando se me ocurrió que la gran escena emotiva que los tres habíamos interpretado el día anterior en el hospital quizá había sido en vano.

Por supuesto, Joyland se mostraba encantado de organizar preparativos especiales para los cojos, los mancos y los ciegos —lo que ahora se llaman «niños con necesidades especiales»— durante la temporada, pero esta había terminado. La póliza de seguros del parque, indudablemente cara, ¿proporcionaría cobertura si le pasaba algo a Mike Ross en el mes de octubre? Podía imaginarme a Fred Dean moviendo la cabeza de lado a lado cuando le planteara mi petición y diciendo que lo sentía mucho, pero...



Hacía bastante frío por la mañana y soplaba una brisa fuerte, así que cogí el coche. Aparqué junto a la camioneta de Lane. Era temprano y los nuestros eran los únicos vehículos de la Zona A, que tenía capacidad suficiente para albergar quinientos coches. Hojas caídas rodaban por el pavimento, produciendo un ruido insectil que me hizo pensar en las arañas de mi sueño.

Lane se encontraba sentado en una silla de jardín frente a la caseta de Madame Fortuna (que pronto sería desarmada y guardada hasta que pasara el invierno), comiéndose una rebanada de pan generosamente untada con queso en crema. Llevaba el bombín ladeado formando su habitual ángulo despreocupado, y un cigarrillo detrás de una oreja. Lo único novedoso era la cazadora vaquera. Otra señal, si necesitaba una, de que el veranillo de San Miguel tocaba a su fin.

—Jonesy, Jonesy, qué solo te veo hoy. ¿Quieres una rebanada? Tengo una de sobra.

—Claro —dije—. ¿Puedo hablar contigo de una cosa mientras me la como?

—Vienes a confesar tus pecados, ¿eh? Toma asiento, hijo mío. —Señaló a un lado de la caseta de la adivina, donde había apoyadas otro par de sillas plegadas.

—Nada pecaminoso —dije, al tiempo que abría una de las sillas. Me senté y tomé la bolsa marrón que me ofrecía—. Pero hice una promesa y ahora temo que no sea capaz de mantenerla.

Le hablé de Mike y de cómo había convencido a su madre para que le dejara venir al parque, tarea nada fácil, teniendo en cuenta su frágil estado emocional. Concluí contándole que me había despertado en mitad de la noche, convencido de que Fred Dean nunca lo permitiría. El único detalle que no mencioné fue el sueño que me había despertado.

—Así que... —dijo Lane cuando terminé—. ¿La madre está maciza?



—Bueno... sí. La verdad es que sí. Pero esa no es la razón...

Me dio unas palmaditas en el hombro y me dirigió una sonrisa condescendiente de la cual podría prescindir.

—No digas más, Jonesy, no digas más.

—Lane, ¡es diez años mayor que yo!

—Vale, y si tuviera un dólar por cada nena que he invitado a salir que era diez años *menor* que yo, podría pagarme un bistec en el Hanratty's de Heaven's Bay. La edad es solo un número, hijo mío.

—Tremendo. Gracias por tu sabiduría. Ahora dime si me he metido en un jardín al decirle al chico que podría venir al parque y montar en la noria y el tiovivo.

—Te has metido en un jardín —confirmó, y se me hundió el corazón. Entonces levantó un dedo—. Pero...

—¿Pero?

—¿Ya has fijado una fecha para esa pequeña excursión al campo?

—No exactamente. Estaba pensando que tal vez el jueves. —Antes de que se presentaran Erin y Tom, en otras palabras.

—El jueves no es buen día. El viernes tampoco. ¿El chico y su madre maciza seguirán aquí la próxima semana?

—Supongo que sí, pero...

—Entonces planéalo para el lunes o el martes.

—¿Por qué esperar?

—Por el semanario. —Me miraba como si fuera el idiota más grande del mundo.

—¿El semanario?

—Sí, el periodicucho local. Sale los jueves. Cuando tu última hazaña como salvador aparezca en primera página, vas a ser el niño mimado de Freddy Dean.

—Lane tiró los restos de su rebanada al cubo de basura más cercano (dos puntos) y luego alzó las manos en el aire, como enmarcando el titular de un periódico—: «¡Vengan a Joyland! ¡No solo vendemos diversión, también salvamos vidas!». —Sonrió y se cambió el bombín de lado—. Es una publicidad impagable. Fred te deberá una. Fíate de mi palabra y di gracias.

—¿Cómo es posible que se haya enterado la prensa? No me imagino a Eddie Parks contándoselo. —Aunque, si lo hiciera, sin duda querría que le aseguraran que la parte sobre cómo le había prácticamente triturado la caja torácica apareciera en el primer párrafo.

Lane puso los ojos en blanco.

—Sigo olvidando que eres un recién llegado a esta parte del mundo. Los únicos artículos que la gente lee en ese periodicucho que solo sirve para forrar la

caja del gato son la Ronda Policial y los Avisos a Urgencias. Pero las llamadas de ambulancia son bastante escasas. Como favor especial, Jonesy, daré un paseo hasta la oficina del *Banner* a la hora del almuerzo y les contaré a los paletos tu hazaña. Enviarán a alguien para entrevistarte pronto.

—La verdad es que no quiero...

—Ay, madre mía, tenemos a un Boy Scout con una medalla en modestia. Ahórratela. Quieres que el chico se dé una vuelta por el parque, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces concede la entrevista. Y sonríe mucho a la cámara.

Y eso —si se me permite dar un salto adelante— es más que nada lo que hice.

Mientras plegaba mi silla, añadió:

—Puede que nuestro Freddy Dean hubiera dicho que le den por culo al seguro y que se hubiera arriesgado igualmente, ¿sabes? No lo parece, pero es feriante de feriantes. Su padre era un sacamuelas de cajón bajo en el circuito del maíz. Freddy me contó una vez que su viejo llevaba un fajo de Michigan lo bastante gordo como para que se atragantara un caballo.

Conocía «cajón bajo», «sacamuelas» y «circuito del maíz», pero no «fajo de Michigan». Lane se rió cuando le pregunté.

—Dos billetes de veinte en la parte de fuera, el resto de uno o varios papeles de color verde. Un gran truco cuando quieres atraer al rebaño. Pero en cuanto al propio Freddy, esa no es la cuestión.

Volvió a cambiarse de posición el bombín.

—¿Cuál es entonces?

—Los feriantes tienen debilidad por las tías buenas con faldas estrechas y por los niños sin suerte. Además, sufren de una fuerte alergia a las reglas de los paletos. Lo que incluye las tonterías de los cuentaalubias.

—Así que a lo mejor no haría falta...

Levantó las manos para interrumpirme.

—Más vale no tener que averiguarlo. Haz la entrevista.



El fotógrafo del *Banner* quiso que posara delante de la Thunderball. La foto me hizo estremecer cuando la vi. Salía bizqueando y pensé que tenía toda la pinta del idiota del pueblo, pero sirvió a su propósito; el periódico estaba en el escritorio de Fred cuando fui a verlo el viernes por la mañana. Tras una serie de balbuceos y evasivas, finalmente dio el visto bueno a mi petición, con la condición de que Lane prometiera pegarse a nosotros mientras el chico y la madre estuvieran en el parque. Lane accedió sin ningún tipo de balbuceo ni evasiva. Dijo

que quería ver a mi novia y luego estalló en carcajadas cuando lo fulminé con la mirada.

Más tarde llamé a Annie Ross desde el teléfono que Lane había usado para avisar a la ambulancia. Le dije que había concertado una visita al parque para el próximo martes por la mañana si hacía buen tiempo; si no, sería el miércoles o el jueves. Después, contuve el aliento.

Se produjo un largo silencio, seguido por un suspiro.

Entonces dijo que de acuerdo.



Aquel fue un viernes ajetreado. Me marché temprano del parque, conduje hasta Wilmington y ya estaba esperando cuando Erin y Tom bajaron del tren. La muchacha recorrió la longitud del andén a la carrera, se arrojó a mis brazos y me besó en ambas mejillas y en la punta de la nariz. Fue un gesto precioso por parte de una preciosidad, pero es imposible confundir besos de hermana con algo diferente a lo que son. Cuando la solté, permití que Tom me arrastrara hacia sí en un entusiasta abrazo de hombre, dándonos palmadas en la espalda. Era como si no nos hubiéramos visto en cinco años en vez de cinco semanas. Yo entonces era un currante, y aunque me había puesto mis mejores chinos y un polo, tenía aspecto de eso. Aun cuando mis vaqueros manchados de grasa y mi perro-gorra descolorida por el sol estaban guardados en el armario de mi habitación, tenía aspecto de eso.

—¡Es fantástico volver a verte! —exclamó Erin—. Dios santo, ¡menudo bronceado!

Me encogí de hombros.

—¿Qué puedo decir? Trabajo en la provincia más septentrional de la Riviera Rural Sureña.

—Tomaste la decisión correcta —dijo Tom—. Jamás lo hubiera creído cuando anunciaste que no volvías a la facultad, pero tomaste la decisión correcta. A lo mejor yo también debería haberme quedado en Joyland.

Sonrió —podría hechizar a cualquiera con aquella sonrisa suya que parecía expresar «le he dado un beso de tornillo a la Piedra del castillo de Blarney»— pero no disipó por completo la sombra que surcó su rostro. Nunca hubiera resistido quedarse en Joyland, no después de nuestro viaje en la atracción oscura.

Ese fin de semana se alojaron en la Pensión Beachside de la Señora Shoplaw (la señora S estuvo encantada de tenerlos allí y Tina Ackerley estuvo encantada de verlos allí) y los cinco disfrutamos de una hilarante cena medio borrachos en la playa, con una rugiente hoguera para proporcionar calor. Sin embargo, el sábado por la tarde, cuando llegó la hora de que Erin compartiera su preocupante

información conmigo, Tom declaró su intención de dar una paliza a Tina y a la señora S al Scrabble y nos mandó fuera a los dos. Decidí que si Annie y Mike estaban al final de la pasarela, les presentaría a Erin. Pero el día era fresco, el viento que soplaba desde el océano era manifiestamente frío, y al final del paseo de tablas la mesa de picnic estaba desierta. Hasta la sombrilla había desaparecido, recogida y guardada para pasar el invierno.

En Joyland, las cuatro zonas de aparcamiento se encontraban vacías salvo por la pequeña flota de camiones de servicio. Erin —vestida con un grueso jersey de cuello cisne y pantalones de lana, sosteniendo un maletín delgado y formal con sus iniciales grabadas— enarcó las cejas cuando saqué mi llavero y usé la llave más grande para abrir la verja.

—Bueno, ya eres uno de ellos —observó.

Su comentario me avergonzó; ¿acaso no nos sentimos todos avergonzados (aunque desconozcamos por qué) cuando alguien dice que somos uno de *ellos*?

—Lo cierto es que no. Llevo una llave de la verja por si llego aquí antes que nadie, o por si soy el último en irme, pero solo Fred y Lane tienen todas las Llaves del Reino.

Se rió como si le hubiera dicho algo gracioso.

—En mi opinión, la llave de la verja *es* la verdadera llave del reino. —Entonces se puso seria y me dirigió una prolongada mirada calculadora—. Pareces más viejo, Devin. Lo pensé incluso antes de bajar del tren, cuando te vi esperando en el andén. Ahora sé la razón. Tú te pusiste a trabajar y nosotros regresamos al País de Nunca Jamás a jugar con los Niños Perdidos. Aquellos que con el tiempo se presentarán con trajes de Brooks Brothers y sus másters en administración de empresas en el bolsillo.

Señalé al maletín.

—Eso pegaría bien con un traje de Brooks Brothers... si es que hacen trajes para mujeres, claro.

Erin suspiró.

—Fue un regalo de mis padres. Mi viejo quiere que sea abogada, igual que él. Hasta ahora no he reunido el valor para confesarle que quiero ser fotógrafa independiente. Se pondrá hecho una furia.

Caminamos por Joyland Avenue en silencio, roto únicamente por el susurro óseo de las hojas caídas. Observamos las atracciones tapadas, la fuente seca, los caballos congelados en el tiovivo, el escenario de los cuentos vacío en la desierta Villa Wiggle-Waggle.

—Es un poco triste verlo así. Me provoca pensamientos relacionados con la muerte. —Me miró con aprecio—. Vimos el periódico. La señora Shoplaw se aseguró de dejarlo en nuestra habitación. Lo has vuelto a hacer.

—¿Eddie? Estaba allí por casualidad.

Habíamos alcanzado la caseta de Madame Fortuna. Las sillas plegables aún seguían apoyadas en ella. Abrí dos e indiqué a Erin con la mano que se sentara. Me situé a su lado y saqué una botella de Old Log Cabin del bolsillo de mi chaqueta.

—Whisky barato, pero quita el frío.

Con expresión divertida, tomó un sorbito. Yo bebí otro, enrosqué el tapón y guardé la botella en el bolsillo. A unos cincuenta metros, en la misma Joyland Avenue —nuestra central—, se veía la alta fachada falsa de la Casa Embrujada, donde se podían leer sus letras sangrantes de color verde: ENTRA SI TE ATREVES.

La pequeña mano de Erin me asió por el hombro con sorprendente fuerza.

—Salvaste a ese viejo cabrón. Lo hiciste. Reconóctete el mérito un poquito, anda.

Sonreí al recordar a Lane diciendo que yo tenía una medalla al mérito en modestia. Quizá; reconocerme algún mérito por las cosas que hacía no constituía uno de mis puntos fuertes en aquellos días.

—¿Vivirá?

—Es probable. Freddy Dean habló con algunos médicos que dijeron bla-bla-bla, el paciente debe dejar de fumar, bla-bla-bla, el paciente debe dejar de comer patatas fritas, bla-bla-bla, el paciente debe iniciar un programa de ejercicio regular.

—Ya me imagino a Eddie Parks haciendo footing —dijo Erin.

—Ajá, con un cigarro en la boca y una bolsa de costillas de cerdo en la mano.

Erin se rió tontamente. Sopló una ráfaga de viento y su cabello ondeó alrededor de su rostro. Con el jersey grueso y los formales pantalones grises, distaba mucho de la belleza arrebolada que corriera por Joyland con un vestidito verde, luciendo su bonita sonrisa marca de la casa y engatusando a los visitantes para que le permitieran fotografiarlos con su anticuada cámara.

—¿Qué tienes para mí? ¿Qué has descubierto?

Abrió el maletín y sacó una carpeta.

—¿Estás completamente seguro de que quieres meterte en esto? Porque no creo que vayas a escuchar, decir «Elemental, querida Erin» y luego escupir el nombre del asesino como Sherlock Holmes.

Si yo necesitaba alguna prueba de que Sherlock Holmes no era yo, bastaba mi ridícula idea de que Eddie Parks podría haber sido el Asesino de la Casa Embrujada. Pensé en decirle que me interesaba más dar descanso a la víctima que atrapar al asesino, pero parecería una locura aun considerando la experiencia de Tom.

—Yo tampoco lo espero.

—Y, por cierto, me debes casi cuarenta dólares por los gastos en préstamos interbibliotecarios.

—Me parece bien.

Me dio un golpecito en las costillas.

—Más te vale. No estudio y trabajo solo por diversión.

Se colocó el maletín entre los tobillos y abrió la carpeta. Vi fotocopias, dos o tres páginas de notas escritas a mano y varias fotografías que se parecían a las que compraban los coniles cuando se tragaban el rollo de las Chicas Hollywood.

—Vale, allá vamos. Empecé por el artículo del *Post-Courier* de Charleston del que me hablaste. —Me tendió una de las fotocopias—. Es un reportaje dominical, cinco mil palabras de especulación y puede que quinientas de información veraz. Léelo más tarde si quieres, te resumiré los puntos más importantes.

«Cuatro chicas. Cinco si la cuentas a *ella*. —Señaló avenida abajo hacia la Casa Embrujada—. La primera fue Delight Mowbray, DeeDee para sus amigos. De Waycross, Georgia. Blanca, veintiún años. Dos o tres días antes de que la mataran, le contó a su buena amiga Jasmine Withers que tenía un novio nuevo que era mayor y muy guapo. La hallaron en un sendero a la orilla del pantano Okefenokee el 31 de agosto de 1961, nueve días después de su desaparición. Si el fulano la hubiera lanzado al pantano, aunque hubiera sido a poca distancia, podrían haber tardado mucho más tiempo en encontrarla.

—Si es que la encontraban —puntualicé—. Un cadáver allí habría sido cebo para caimanes en veinte minutos.

—Repulsivo, pero cierto. —Me tendió otra fotocopia—. Este es el artículo del *Journal-Herald* de Waycross. —Contenía una foto. Mostraba un policía de rostro serio que sostenía un molde de escayola de huellas de neumáticos—. La teoría es que la tiró en el mismo sitio donde le cortó el cuello.

—La tiró como si fuera una bolsa de basura —dije.

—También repulsivo, pero cierto. —Me tendió otro recorte de periódico fotocopiado—. Aquí está la número dos. Claudine Sharp, de Rocky Mount, aquí mismo en Carolina del Norte. Blanca, veintitrés años. Hallada muerta en un cine local el 2 de agosto de 1963. La película que exhibían era *Lawrence de Arabia*, que da la casualidad de que era muy larga y muy ruidosa. El que escribió el artículo cita una «fuente policial anónima» al decir que el sujeto probablemente la degolló durante una escena de batalla. Pura especulación, por supuesto. Dejó una camisa y unos guantes ensangrentados. Debió de haber salido andando tranquilamente con la camisa que llevaba debajo.

—Tiene que ser el mismo cabrón que mató a Linda Gray —dije—. ¿No crees?

—Desde luego, tiene toda la pinta. Los polis interrogaron a todos sus amigos, pero Claudine no había dicho nada de un novio nuevo.

—¿Ni con quién iba al cine esa noche? ¿Ni siquiera a sus padres?

Erin me dedicó una paciente mirada.

—Tenía veintitrés años, Dev, no catorce. Vivía en una punta de la ciudad, la opuesta a la de sus padres. Trabajaba en una farmacia y tenía un pequeño apartamento encima.

—¿Has obtenido todo eso del periódico?

—Claro que no. También hice algunas llamadas. Si quieres saber la verdad, prácticamente me desgasté los dedos de tanto marcar. Me debes también pasta por las conferencias. Dejo más cosas sobre Claudine Sharp para luego. Por ahora, sigamos adelante. La víctima número tres, según el artículo del *Post-Courier*, era una chica de Santee, Carolina del Sur. Ya estamos en 1965. Eva Longbottom, edad diecinueve. Negra. Desapareció el 4 de julio. Una pareja de pescadores encontró su cuerpo nueve días después, tendido en la orilla norte del río Santee. Violada y apuñalada en el corazón. Las demás ni eran negras ni fueron violadas. La puedes incluir en la columna del Asesino de la Casa Embrujada si quieres, pero yo tengo mis dudas. La última víctima, antes de Linda Gray, fue esta.

Me pasó lo que debía de ser la foto para el anuario escolar de una preciosidad con cabello de oro. El arquetipo de chica que es jefa de animadoras, reina del baile, que sale con el *quarterback* del equipo de fútbol... y que *aun así* gusta a todo el mundo.

—Darlene Stannacher. Seguramente se habría cambiado el apellido de haber entrado en el mundo del cine, que era su meta declarada. Blanca, diecinueve años. De Maxton, Carolina del Norte. Desapareció el 29 de junio de 1967. La hallaron a los dos días, después de una búsqueda masiva, dentro de un cobertizo en el quinto pino al sur de Elrod. Degollada.

—Madre mía, si era preciosa. ¿No tenía novio estable?

—Una chica tan guapa... ¿por qué preguntas siquiera? Ahí es adonde fue la policía primero, solo que no estaba. Se había ido de acampada a las Blue Ridge con tres amigos, y todos respondían por él. A menos que batiera sus alas y volviera volando, no fue él.

—Después vino Linda Gray —dije—. La número cinco. Si es que todas fueron asesinadas por el mismo individuo.

Erin alzó un dedo aleccionador.

—Y solo cinco si todas las víctimas han sido encontradas. Podría haber matado a otras en el 62, 64, 66... ¿Me sigues?

El viento arreció y gimió a través de la estructura de la Spin.

—Y ahora al grano con lo que me preocupa —dijo Erin; como si cinco chicas muertas no fueran bastante preocupantes.

De la carpeta sacó otra fotocopia. Era un folleto —un pregón, en el Habla— que anunciaba algo llamado *El show de las 1000 maravillas de Manly Wellman*. Mostraba a una pareja de payasos sosteniendo un pergamino donde constaban varias de esas maravillas, una de las cuales era LA MEJOR COLECCIÓN DE ¡MONSTRUOS! Y ¡RAREZAS! DE ESTADOS UNIDOS. Había también atracciones, juegos, diversión para los peques y ¡LA CASA EMBRUJADA MÁS ESPELUZNANTE DEL MUNDO!

*Entra si te atreves*, pensé.

—¿Esto también lo conseguiste en la biblioteca?

—Sí. Me he convencido de que uno puede obtener cualquier cosa mediante el préstamo interbibliotecario si está dispuesto a excavar. O mejor dicho, a aguzar el oído, porque es la mayor jungla de telégrafos del mundo. Este anuncio apareció en el *Journal-Herald* de Waycross. Se publicó durante la primera semana de agosto de 1961.

—¿La feria Wellman estaba en Waycross cuando desapareció la primera chica?

—Se llamaba DeeDee Mowbray, y no, para entonces ya se había ido. Pero fue allí donde DeeDee le dijo a su amiga que tenía un novio nuevo. Ahora mira esto. Salió en el *Telegram* de Rocky Mount durante una semana a mediados de julio de 1963. Ya sabes, la clásica publicidad anticipada, no hace falta ni que te lo diga.

Era otro anuncio a toda página anunciando *El show de las 1000 maravillas de Manly Wellman*. Los mismos dos payasos sosteniendo el mismo pergamino que, dos años después de la parada en Waycross, prometía una tómbola con un premio gordo de diez mil dólares y se había desecho de la palabra *monstruos*.

—¿Estaba el espectáculo en la ciudad cuando asesinaron a esa chica, Sharp, en el cine?

—Se había marchado el día anterior. —Tocó con el dedo la parte inferior de la hoja—. Lo único que tienes que hacer es mirar las fechas, Dev.

No estaba yo tan familiarizado con la cronología como ella, pero no me molesté en defenderme.

—¿La tercera chica? ¿Longbottom?

—No encontré nada relativo a ninguna feria en la zona de Santee, y tenía claro que no habría nada sobre el espectáculo de Wellman porque se fue a pique en el otoño de 1964. Eso lo encontré en la revista *Outdoor Trade and Industry*. Por lo que hemos podido descubrir, yo o alguno de mis muchos colaboradores bibliotecarios, es la única revista que cubre el sector de las ferias y los parques de atracciones.



—Por Dios, Erin, deberías olvidarte de la fotografía y buscarte a un escritor rico o a un productor de cine que te contrate como su ayudante de investigación.

—Prefiero hacer fotos. La investigación es demasiado trabajo. Pero no pierdas el hilo, Devin. No había ninguna feria en el área de Santee, cierto, pero de todas formas el asesinato de Eva Longbottom no me parece igual que los otros cuatro. En los otros no hubo violación, ¿recuerdas?

—Que tú sepas. Los periódicos son muy escrupulosos con ese tema.

—Es verdad, dicen agredidas o asaltadas sexualmente en vez de violadas, pero lo dan a entender, créeme.

—¿Y qué hay de Darlene Shoemaker? ¿Hubo...?

—Es *Stamnacher*. Estas chicas fueron asesinadas, Dev, lo menos que podías hacer es quedarte con sus nombres.

—Lo haré. Dame tiempo.

Puso una mano sobre la mía.

—Perdona. Te he soltado toda esta información de golpe, ¿verdad? Yo he pasado semanas dándole vueltas.

—¿De veras?

—Más o menos. Es bastante horrible.

Tenía razón. Si uno leía una novela policiaca o veía una película de misterio, podía pasar silbando alegremente sobre montañas enteras de cadáveres, únicamente interesado en descubrir si el asesino era el mayordomo o la madrastra malvada. Sin embargo, entonces se trataba de muchachas reales. Los cuervos probablemente habrían desgarrado su carne; los gusanos les habrían infestado los ojos y reptado por la nariz hasta la masa gris del cerebro.

—¿Hubo algún circo o feria en el área de Maxton cuando mataron a la chica *Stamnacher*?

—No, pero estaba a punto de celebrarse una feria rural en Lumberton; es la población más cercana. Aquí.

Me entregó otra fotocopia que anunciaba la Feria Estival del Condado de Robeson. Una vez más, Erin señaló con el dedo un punto de la hoja. En esta ocasión llamaba mi atención sobre una línea donde se leía 50 ATRACCIONES SEGURAS PROPORCIONADAS POR ESTRELLA DEL SUR.

—También busqué Estrella del Sur en la revista de industria y comercio al aire libre. La compañía lleva pululando por ahí desde después de la Segunda Guerra Mundial. La central está en Birmingham y viajan por todo el sur montando atracciones. Nada tan espectacular como nuestras montañas rusas, pero tienen muchas mareabobos y los operarios que las llevaban.

No pude menos que sonreír. Por lo visto, Erin no había olvidado el Habla. Las mareabobos eran atracciones que podían montarse y desmontarse con facilidad. Si

alguna vez te has subido a las Whirly Cups o al Ratón Loco, entonces has estado en una mareabobos.

—Llamé al jefe de atracciones de la Estrella del Sur. Le dije que había trabajado en Joyland ese verano y que estaba haciendo un trabajo sobre la industria del entretenimiento para mi clase de sociología. Y puede que al final lo haga, ¿sabes? Después de todo esto, sería pan comido. Bueno, pues me contó lo que yo ya sospechaba, que en su profesión hay mucha rotación de personal. Así de improviso no supo decirme si habían recogido a alguien del show Wellman, pero dijo que era posible; un par de peones aquí, un par de operarios allá, tal vez un mono de feria o dos. Por tanto, el individuo que mató a DeeDee y a Claudine pudo haber estado en aquella feria, y Darlene Stamnacher pudo haberlo conocido. La feria todavía no se había inaugurado oficialmente, pero muchos lugareños se acercaban a los terrenos de la feria para ver cómo la montaban los peones y los *gazonies* de la zona. —Me miró impasible—. Y creo que eso es lo que ocurrió.

—Erin, ¿la conexión con las ferias en el artículo del *Post-Courier* se publicó después de que Linda Gray fuera asesinada?

—No. ¿Puedo tomar otro sorbito de tu botella? Tengo frío.

—Podemos ir dentro...

—No, es este asunto de los asesinatos lo que me da escalofríos. Me pasa cada vez que lo reviso.

Le di la botella y, después de que ella tomara un traguito, bebí yo.

—A lo mejor *eres tú* la Sherlock Holmes —dijo—. ¿Qué hay de la poli? ¿Crees que lo pasaron por alto?

—No lo sé con seguridad, pero creo que... sí. Si esto fuera una serie policíaca de la tele, habría un detective viejo y listo, una especie de teniente Colombo, que miraría el cuadro en su conjunto y encajaría las piezas, pero supongo que no existen muchos tipos así en la vida real. Aparte, el cuadro completo es difícil de ver porque está repartido en tres estados y ocho años. Una cosa de la que puedes estar seguro es que si alguna vez trabajó en Joyland, hace tiempo que se marchó. Estoy segura de que la rotación de personal en un parque de atracciones no es tan frecuente como en una compañía itinerante como Atracciones Estrella del Sur, pero aun así hay un montón de gente que entra y sale.

Eso lo sabía yo de primera mano. Los operarios de atracciones y los que anuncian a gritos los puestos no son precisamente las personas más sedentarias, y los *gazonies* iban y venían como las mareas.

—Ahora, la otra cosa que me preocupa —dijo.

Me entregó un puñado de fotos de veinte por veinticinco. Impreso en el borde blanco inferior de cada una de ellas se leía FOTO TOMADA POR SU «CHICA HOLLYWOOD» DE JOYLAND.

Las fui barajando y sentí la necesidad de otro trago cuando comprendí lo que eran: las imágenes que mostraban a Linda Gray y al hombre que la había asesinado.

—Por Dios bendito, Erin, estas no son fotos de periódico. ¿De dónde las has sacado?

—De Brenda Rafferty. Tuve que hacerle un poco la rosca, decirle lo buena madre que había sido para todas las Chicas Hollywood, pero al final pasó por el aro. Estas son copias reveladas de los negativos que guardaba en sus archivos personales y que me prestó. Aquí hay algo interesante, Dev. ¿Ves la diadema que lleva la chica Gray en el pelo?

—Sí. —Una cinta para el pelo de estilo Alicia, la había llamado la señora Shoplaw. Una diadema azul.

—Brenda dijo que eso lo habían difuminado en las fotos que cedieron a la prensa. Pensaban que ayudaría a trincar al asesino, pero no sirvió de nada.

—¿Y qué es lo que te preocupa?

Dios sabía que todas las fotos me resultaban inquietantes, incluso aquellas en las que Linda Gray y su acompañante simplemente pasaban caminando en segundo plano, apenas reconocibles por la blusa sin mangas y la diadema de la chica, y la gorra de béisbol y las gafas oscuras del hombre. Solo en dos se veía a Linda Gray y a su asesino con precisa nitidez. La primera los mostraba en las Whirly Cups, las manos del hombre descansando como si nada en el sobresaliente trasero de la chica. En la otra —la mejor del lote— se encontraban en la Galería de Tiro de Annie Oakley. Sin embargo, en ninguna de ellas el rostro del hombre era realmente visible. Podría cruzarme con él en la calle y no reconocerlo.

Erin desenterró del montón la foto de las Whirly Cups.

—Mira su mano.

—Sí, el tatuaje, ya lo veo. La señora S me habló de él. ¿Qué opinas que es? ¿Un halcón o un águila?

—Creo que un águila, pero no importa.

—¿En serio?

—En serio. ¿Recuerdas que te dije que volvería a hablar de Claudine Sharp? Una muchacha degollada en el cine local (y durante *Lawrence de Arabia*, nada menos) era toda una noticia en un pueblecito como Rocky Mount. El *Telegram* estuvo hablando de ello casi un mes. La policía halló exactamente una pista, Dev. Una chica que iba al instituto con Claudine la vio en el bar del cine y se saludaron. La chica declaró que había un hombre con gafas de sol y una gorra de béisbol cerca de ella, pero en ningún momento creyó que estuviera con ella, porque era mucho más viejo. La única razón por la que se fijó en él fue porque llevaba gafas oscuras en el cine... y porque tenía un tatuaje en la mano.

—El ave.

—No, Dev. Era una cruz copta. —Sacó otra fotocopia y me la enseñó—. Le dijo a la policía que al principio creyó que era una especie de símbolo nazi.

Miré la cruz. Era elegante, pero no se parecía en nada a un ave.

—Dos tatuajes, uno en cada mano —dije al fin—. El pájaro en una, la cruz en la otra.

Negó con la cabeza y volvió a entregarme la foto de las Whirly Cups.

—¿En qué mano lleva el pájaro?

El hombre se encontraba a la izquierda de Linda Gray, agarrándola por la cintura. La mano que descansaba en su trasero...

—La derecha.

—Sí. Pero la chica que lo vio en el cine dijo que la cruz estaba en la derecha.

Reflexioné un instante.

—Cometió un error, eso es todo. Los testigos lo hacen constantemente.

—Eso está claro. Mi padre podría darte una charla sobre ese tema. Pero mira, Dev.

Erin me tendió la foto de la Galería de Tiro, la mejor del lote porque no era simplemente una instantánea de ambos en segundo plano. Alguna Chica Hollywood ambulante los vio, se fijó en la estupenda pose y los fotografió con la esperanza de conseguir una venta. Solo que el individuo la había mandado a hacer puñetas. *¡Y con qué maneras!*, según la señora Shoplaw. Eso me hizo recordar cómo describió mi casera la foto: *Se le ve arrimado a la chica, cadera con cadera, mientras le enseña a agarrar el rifle, como lo hacen los hombres*. La versión que vio la señora S en la prensa debía de ser una reproducción borrosa, compuesta de puntitos. Esta era la original, tan nítida y precisa que casi sentía que podría entrar en ella y avisar a la chica Gray. El hombre sí que se arrimaba. Su mano, sobre la de ella, sujetaba el cañón de la escopeta de balines calibre 22, enseñándole a apuntar.

Era su mano *izquierda*. Y no había tatuaje alguno en ella.

—¿A que lo estás viendo? —preguntó Erin.

—No hay nada que ver.

—Esa es la cuestión, Dev. Esa es precisamente la cuestión.

—¿Estás insinuando que se trata de dos asesinos distintos? ¿Que el que tenía una cruz tatuada en la mano mató a Claudine Sharp y que *el otro* (con un pájaro tatuado en la mano) mató a Linda Gray? Eso no parece muy probable.

—No podría estar más de acuerdo.

—Entonces, ¿qué estás diciendo?

—Creí ver algo en una de las fotos, pero no estaba segura, así que llevé la copia y el negativo a un estudiante de doctorado que se llama Phil Hendron. Es un

genio del cuarto oscuro, de hecho, prácticamente vive en el Departamento de Fotografía de Bard. ¿Te acuerdas de esas pesadas Speed Graphics con las que cargábamos?

—Claro.

—Eran sobre todo para impresionar (chicas monas con cámaras anticuadas), pero Phil dice que en realidad son unas máquinas fenomenales. Se puede hacer un montón de cosas con los negativos. Por ejemplo...

Me tendió una ampliación de la foto de las Whirly Cups. El blanco de la Chica Hollywood había sido una joven pareja con un niño pequeño, casi un bebé, entre ellos. Sin embargo, en aquella versión aumentada apenas se los veía: Linda Gray y su cita homicida ocupaban el centro de la imagen.

—Mira su mano, Dev. ¡Mira el tatuaje!

Fruncí el ceño.

—Es difícil apreciarlo —me quejé—. La mano está más borrosa que el resto.

—Yo no lo creo.

Esta vez sostuve la foto más cerca de los ojos.

—Es... cielos, Erin. ¿Es la tinta? ¿Está un poco corrida?

Me brindó una sonrisa triunfal.

—Julio de 1969. Una noche calurosa en Dixie. Casi todo el mundo sudaba a mares. Si no me crees, mira las demás fotos y fíjate en las marcas de sudor. Además, él sudaba también por otra razón, ¿verdad? Tenía el asesinato en mente. Y de los audaces, por cierto.

—Oh, mierda —dije—. El Pirata Pete.

Me apuntó con el dedo índice.

—Bingo.

En el exterior del Splash&Crash del Capitán Nemo se ubicaba la tienda de regalos del Pirata Pete, que ondeaba con orgullo en el tejado una bandera negra con una calavera y dos tibias. Dentro se podían comprar los artículos usuales: camisetas, tazas, toallas de playa, incluso bañadores para los niños que se los hubieran olvidado, todo con el logo de Joyland impreso. Contaba, además, con un mostrador con una amplia variedad de falsos tatuajes en forma de calcomanías. Si uno no se sentía capaz de aplicárselo, el Pirate Pete (o uno de sus secuaces novatos) lo haría por un pequeño recargo.

Erin asentía con la cabeza.

—Dudo que lo comprara ahí; eso habría sido de memos, y este tipo no lo es, pero estoy segura de que no es un tatuaje de verdad, como tampoco lo es la cruz copta que vio aquella chica en el cine de Rocky Mount. —Se inclinó hacia delante y me asió del brazo—. ¿Sabes lo que pienso? Creo que lo hace para atraer la atención. La gente se fija en el tatuaje y todo lo demás... —Indicó con el dedo las

figuras borrosas que habían sido el objetivo real de la foto antes de que el amigo de Bard la ampliara.

—Todo lo demás queda difuminado en un segundo plano.

—Sí, y después solo tiene que lavárselo.

—¿Lo sabe la policía?

—No tengo ni idea. Podrías informarles... yo no, me vuelvo a la universidad. De todas formas, no estoy segura de si les importará ya a estas alturas.

Volví a barajar las fotos. No me cabía duda de que Erin había descubierto realmente algo, aunque sí dudaba que aquello, por sí solo, nos condujera a la captura del Asesino de la Casa Embrujada. No obstante, había algo más en aquellas fotos. *Algo*. ¿Sabes cuando a veces tienes una palabra en la punta de la lengua y no te sale? Pues más o menos eso.

—¿Ha habido más asesinatos como estos cinco (o estos cuatro, si dejamos fuera a Eva Longbottom) desde el de Linda Gray? ¿Lo has comprobado?

—Lo he intentado —dijo Erin—. La respuesta corta es que no lo creo, pero no pondría la mano en el fuego. He leído unos cincuenta casos de asesinatos de mujeres y chicas jóvenes (cincuenta como mínimo) y no he encontrado nada que se ajuste a los parámetros. —Los contó con los dedos—. Siempre en verano. Siempre como resultado de una cita con un desconocido mayor. Siempre el tajo en la garganta. Y siempre con algún tipo de conexión con...

—Hola, muchachos.

Alzamos la vista sobresaltados. Era Fred Dean, ataviado con un polo de golfista, pantalones bombachos de un color rojo brillante y una gorra de visera larga con la leyenda CLUB DE CAMPO DE HEAVEN'S BAY bordada con hilo dorado. Estaba mucho más acostumbrado a verlo de traje, donde la informalidad consistía en aflojarse el nudo de la corbata y desabrocharse el botón superior de la camisa Van Heusen. Vestido para jugar al golf, presentaba un aspecto joven ridículo. Salvo por los mechones canosos en las sienes, claro.

—Hola, señor Dean —saludó Erin, poniéndose en pie. Sostenía aún la mayor parte de sus papeles, y varias fotografías, en una mano. La carpeta estaba en la otra—. No sé si usted me recuerda...

—Por supuesto que sí —contestó el hombre aproximándose—. Nunca olvido a una Chica Hollywood, pero a veces mezclo los nombres. ¿Tú eres Ashley o Jerri?

Ella rió, devolvió los papeles a la carpeta y me la entregó. Añadí las fotos que aún sujetaba yo.

—Soy Erin.

—Por supuesto. Erin Cook. —Me dejó caer un guiño, lo cual era todavía más extraño que verlo con unos anticuados pantalones bombachos de golf—. Tienes

un gusto excelente para las damas, Jonesy.

—Sí, ¿verdad?

Parecía demasiado complicado explicarle que Erin era en realidad la novia de Tom Kennedy. De todos modos, como Fred no había visto nunca a Tom con un coqueto vestido verde y tacones altos, probablemente no se acordaría de él.

—Solo me he pasado a buscar los libros de contabilidad. Ya toca el pago trimestral a Hacienda. Es como un grano en las posaderas. ¿Disfrutas de tu visita de ex alumna, Erin?

—Sí, señor, mucho.

—¿Volverás el año que viene?

Dio la impresión de sentirse una pizca incómoda ante la pregunta, pero se ciñó valientemente a la verdad.

—Lo más probable es que no.

—Ya veo, pero si cambias de opinión, estoy seguro de que Brenda Rafferty podrá encontrarte un puesto. —Trasladó su atención a mí—. El chico que planeas traer al parque, Jonesy... ¿Has fijado ya una fecha con su madre?

—El martes. Si llueve, vendremos el miércoles o el jueves. El chico no puede salir con lluvia.

Erin me miraba con curiosidad.

—Te aconsejo que no lo dejes pasar del martes —dijo él—. Se acerca una tormenta por la costa. No es un huracán, gracias a Dios, sino una depresión tropical, con mucha lluvia y vientos huracanados, según la predicción. Se supone que llegará a media mañana del miércoles.

—Vale —dije—. Gracias por el aviso.

—Encantado de volver a verte, Erin. —Se despidió con una inclinación de gorra y se encaminó hacia el aparcamiento trasero del parque.

Erin esperó hasta que desapareció de la vista antes de estallar en risitas.

—Menudos pantalones. ¿Has visto qué pantalones?

—Sí. Bárbaros —dije, pero ni en sueños se me ocurriría reírme de ellos. Ni de él. Según Lane, Fred Dean mantenía la unidad de Joyland con saliva, alambre de enfardar y hechicería con los libros de cuentas. Siendo así, podía ponerse todos los bombachos de golf que quisiera, pensaba yo. Y al menos no eran de cuadros.

—¿Qué es eso de traer a un chico al parque?

—Es una larga historia —dije—. Te la contaré en el camino de vuelta.

Así lo hice, proporcionándole la versión de Boy Scout especializado en modestia y omitiendo la fuerte discusión del hospital. Erin escuchó sin interrupciones y solo me hizo una pregunta, justo cuando alcanzamos los escalones que subían desde la playa.

—Dime la verdad, Dev... ¿la madre está maciza?

La gente insistía en preguntarme lo mismo.



Aquella noche Tom y Erin salieron a Surfer Joe's, una cervecería donde habían pasado no pocas de sus noches libres durante el verano. Tom me invitó a ir con ellos, pero hice caso al viejo dicho de dos son compañía y tres..., bueno, ya sabes qué. Además, dudaba si encontrarían el mismo ambiente bullicioso y festivo. En ciudades como Heaven's Bay existe una enorme diferencia entre julio y octubre. Interpretando mi papel de hermano mayor, así se lo indiqué.

—Tú no lo entiendes, Dev —dijo Tom—. Erin y yo no vamos *buscando* diversión; la *llevamos* nosotros. Lo aprendimos el verano pasado.

Sin embargo, les oí subir las escaleras temprano y, a juzgar por el ruido, casi sobrios. Aun así, me llegaron sus murmullos y risas ahogadas, sonidos que me hicieron sentir un poco solo. Necesitado, no de Wendy, sino de *alguien*. En retrospectiva, supongo que eso implicaba un paso adelante.

Hojeé las notas de Erin mientras estuvieron fuera, pero no hallé nada nuevo. Las dejé a un lado al cabo de quince minutos y regresé a las fotografías, nítidas imágenes en blanco y negro TOMADAS POR TU «CHICA HOLLYWOOD» DE JOYLAND. Al principio me limité a ir pasándolas; después me senté en el suelo y las dispuse en un cuadrado, tras lo cual empecé a moverlas de una posición a otra como un tipo tratando de resolver un rompecabezas. Cosa que, supongo, era exactamente lo que hacía.

A Erin le inquietaban la conexión entre ferias y los tatuajes presumiblemente falsos. Ambas cosas también me inquietaban a mí, pero había algo más. Algo que no lograba discernir del todo. Era exasperante porque me daba la sensación de que lo tenía justo delante de mis narices observándome. Finalmente guardé todas las fotos en la carpeta menos dos. Las dos fotos clave. Las sostuve en alto, mirando primero una y luego la otra.

Linda Gray y su asesino esperando en la fila de las Whirly Cups.

Linda Gray y su asesino en la Galería de Tiro.

*Olvídate del maldito tatuaje —me dije—. No es eso. Es otra cosa distinta.*

Pero ¿qué otra cosa podía ser? Las gafas de sol ocultaban sus ojos. La perilla cubría la parte inferior de su rostro, y la visera ligeramente ladeada de la gorra de béisbol sombreaba su frente y cejas. El logo en ella mostraba a un siluro asomándose a través de una gran C roja, la insignia de un equipo de las ligas menores de Carolina del Sur llamado los Mudcats. Docenas de esos peces gato pululaban por el parque todos los días durante la temporada alta, tantos que llamábamos a esa gorra pez-gorra en lugar de perro-gorra. El cabrón difícilmente podría haber escogido una prenda más anónima, y seguramente esa era la idea.



Pasaba de una a otra, de las Whirly Cups a la Galería de Tiro y vuelta otra vez. Al final eché las fotos en la carpeta y la arrojé encima de la mesa. Leí hasta que Tom y Erin llegaron; después me acosté.

*A lo mejor me viene por la mañana —pensé—. Me despertaré y diré: «Oh, mierda, si estaba claro».*

El sonido de las olas rompiendo me arrulló. Soñé que me encontraba en la playa. Annie y yo, con los pies metidos en el agua y abrazados, observábamos a Mike volando su cometa. El chico corría detrás de ella al tiempo que soltaba cuerda. Era capaz de hacerlo porque no le pasaba nada malo. Estaba sano. Aquello de la distrofia muscular de Duchenne no había sido más que un sueño.

Me desperté temprano porque había olvidado bajar la persiana. Fui hasta la carpeta, saqué aquellas dos fotografías y las estudié a la primera luz del alba, seguro de que vería la respuesta.

Pero no la vi.



Una armonía de horarios había permitido a Tom y a Erin viajar juntos desde New Jersey hasta Carolina del Norte, pero cuando se trata de horarios de trenes, la armonía es la excepción que confirma la regla. El único trayecto que compartieron juntos el domingo fue el que hicieron en mi Ford desde Heaven's Bay hasta Wilmington. El tren de Erin partía hacia el estado de Nueva York y Annandale-on-Hudson dos horas antes de que el Coastal Express de Tom enviara a este de vuelta a New Jersey.

Metí un cheque en el bolsillo de la chaqueta de Erin.

—Por los préstamos interbibliotecarios y las llamadas de larga distancia.

Lo sacó, observó la cantidad, y trató de devolvérmelo.

—Ochenta dólares es demasiado, Dev.

—Considerando todo lo que has averiguado, no es suficiente. Acéptalo, teniente Colombo.

Se rió, se lo metió en el bolsillo, y me dio un beso de despedida; uno rápido, de hermana a hermano, nada parecido al que habíamos compartido aquella noche de finales de verano. Se entretuvo considerablemente más tiempo en los brazos de Tom. Se prometieron que pasarían Acción de Gracias en casa de los padres de Tom, en Pennsylvania occidental. Diría que no quería dejarla marchar, pero cuando los altavoces anunciaron la última llamada para Richmond, Baltimore, Wilkes-Barre y otros destinos del norte, finalmente lo hizo.

Cuando hubo partido, Tom y yo dimos un paseo por la calle y tomamos una cena temprana en un garito de costillas no demasiado malo. Yo estaba estudiando la selección de postres cuando Tom se aclaró la garganta y dijo:

—Escucha, Dev.

Algo en su voz me obligó a alzar la vista de inmediato. Sus mejillas habían enrojecido más que de costumbre. Dejé el menú a un lado.

—Ese asunto tuyo que ha tenido ocupada a Erin... opino que debería terminar. La está trastornando y creo que ha desatendido sus trabajos de clase. — Se rió, lanzó una mirada por la ventana hacia la bulliciosa estación de tren, centró de nuevo su atención en mí—. Parezco más su padre que su novio, ¿eh?

—Pareces preocupado, eso es todo. Como si ella te importara mucho.

—¿Importarme mucho? Amigo, estoy enamorado de la cabeza a los pies. Es lo más importante de mi vida. Me refiero a que no hablan los celos ni nada por el estilo. No quiero que te hagas esa idea. El tema es que para trasladarse y seguir conservando su ayuda financiera, no puede permitirse que bajen sus notas. Lo entiendes, ¿no?

Sí, lo entendía. También advertía algo más, aun cuando Tom no lo viera. La quería alejada de Joyland tanto en cuerpo como en mente, porque él había experimentado algo allí que no comprendía. Ni quería comprender, lo cual, en mi opinión, lo convertía en cierto modo en un estúpido. Me embargó de nuevo aquel arrebató adusto de envidia, que provocó que mi estómago se cerrara en torno a la comida que intentaba digerir.

Entonces sonreí —supuso todo un esfuerzo, no te voy a engañar— y dije:

—Mensaje recibido. Por lo que a mí concierne, nuestro pequeño proyecto de investigación ha acabado.

*Conque relájate, Thomas. No puedes dejar de pensar en lo que sucedió en la Casa Embrujada. En lo que viste allí.*

—Bien. Seguimos siendo amigos, ¿verdad?

Extendí la mano por encima de la mesa.

—Amigos hasta el final —dije.

Lo sellamos con un apretón.



El escenario de la Villa Wiggle-Waggle contaba con tres telones de fondo: el castillo del Príncipe Azul, el tallo de habichuelas mágicas de Jack y un cielo estrellado donde se representaba la Carolina Spin perfilada en neón rojo. Los tres se habían descolorido por el sol a lo largo del verano. El lunes por la mañana, estaba yo en la zona de bastidores de la Wiggle-Waggle, retocándolos (y esperando no joderlos; no era ningún Van Gogh), cuando uno de los *gazonies* temporales llegó con un mensaje de Fred Dean. Se me requería en su despacho.

Acudí con cierta intranquilidad, preguntándome si iría a echarme un rapapolvo por invitar a Erin al parque el sábado. Me sorprendí al encontrar a Fred

vestido no de traje ni con su graciosa vestimenta de golfista, sino con unos vaqueros desteñidos y una camiseta de Joyland igualmente descolorida, con las mangas enrolladas exhibiendo puro músculo. Llevaba una cinta elástica de cachemira ceñida alrededor de la frente. No tenía pinta de contable ni de jefe de personal del parque; tenía pinta de encargado de dirigir una atracción.

Advirtió mi sorpresa y sonrió.

—¿Te gusta el atuendo? Debo admitir que a mí sí. Es como vestía cuando me uní al show de los Hermanos Blitz en el Medio Oeste, allá por los cincuenta. Mi madre no puso pegas, pero mi padre se horrorizó. Y eso que *él* también era feriante.

—Lo sé —dije.

Enarcó las cejas.

—¿De veras? Vaya, las noticias vuelan, ¿eh? En cualquier caso, hay mucho que hacer esta tarde.

—Dame una lista, que ya casi he acabado de pintar los telones de...

—Nada de eso, Jonesy. Hoy vas a fichar a mediodía y no quiero verte hasta mañana por la mañana a las nueve, cuando vengas con tus invitados. No te preocupes por tu paga. Me cuidaré de que no te descuenten las horas que pierdas.

—¿De qué va esto, Fred?

Me dirigió una sonrisa que no fui capaz de interpretar.

—Es una sorpresa.



Aquel lunes, cálido y soleado, Annie y Mike estaban almorzando al final de la pasarela cuando yo regresaba andando a Heaven's Bay. Milo me vio llegar y salió corriendo a mi encuentro.

—¡Dev! —llamó Mike—. ¡Ven a comer un sandwich! ¡Tenemos mogollón!

—No, la verdad es que no...

—Insistimos —dijo Annie. Un instante después frunció el ceño—. A no ser que estés enfermo o algo por el estilo. No quiero que Mike pille un virus.

—Estoy bien, es que me han enviado a casa temprano. El señor Dean, mi jefe, no me ha explicado por qué. Dijo que era una sorpresa. Tendrá algo que ver con lo de mañana, supongo. —La miré con cierta ansiedad—. Sigue en pie lo de mañana, supongo.

—Sí —dijo Annie—. Cuando me rindo, me rindo. Solo que... ¿seguro que no acabará agotado, Dev?

—*Mamá* —protestó Mike.

Ella no le prestó atención.

—¿Seguro?

—Seguro, señora.

Sin embargo, al ver a Fred Dean vestido como un chico de feria ambulante, exhibiendo todos aquellos inesperados músculos, me había quedado intranquilo. ¿Le había dejado claro lo frágil que era la salud de Mike? Creía que sí, pero...

—Pues ven aquí y cómete un sandwich —repuso—. Espero que te guste la ensalada de huevo.



No dormí muy bien la noche del lunes, medio convencido de que la tormenta tropical que Fred había mencionado llegaría con antelación y ahogaría la excursión de Mike al parque, pero el martes amaneció sin nubes. Me arrastré escaleras abajo hasta el salón y encendí el televisor justo a tiempo para ver la predicción meteorológica de la seis cuarenta y cinco en la WECT. La tormenta proseguía su curso, pero las únicas personas que iban a verse afectadas ese día eran aquellas que vivían en la costa de Florida y Georgia. Esperaba que el señor Easterbrook hubiera metido en la maleta sus botas de goma.

—Te has levantado temprano —dijo la señora Shoplaw, asomando la cabeza desde la cocina—. Ven a desayunar. Estaba preparando unos huevos revueltos con beicon.

—No tengo tanta hambre, señora S.

—Tonterías. Todavía eres un muchacho en edad de crecimiento, Devin, y necesitas comer. Erin me contó lo que tienes organizado para hoy, y creo que estás haciendo algo maravilloso. Saldrá bien.

—Espero que tenga razón —dije, pero seguía pensando en Fred Dean con sus ropas de trabajo. Fred, que me había mandado a casa temprano. Fred, que tenía planeada una sorpresa.



Habíamos acordado los detalles durante la comida del día anterior, y cuando enfilé el coche hacia la entrada de la mansión victoriana verde a las ocho treinta de la mañana del martes, Annie y Mike estaban listos para salir. También Milo.

—¿Estás seguro de que a nadie le importará que lo llevemos? —me había preguntado Mike el lunes—. No quiero crear problemas.

—Los perros lazarillo están permitidos en Joyland —dije—, y hoy Milo va a actuar como tal. ¿Verdad, Milo?

El jack russell había ladeado la cabeza a modo de respuesta, aparentemente nada familiarizado con el concepto de perro lazarillo.

Ese día Mike utilizaba sus aparatos ortopédicos, que eran enormes y escandalosos. Me acerqué para ayudarle a subir a la furgoneta, pero me detuvo

con un gesto de la mano y se las apañó solo. Le exigió un gran esfuerzo y esperaba que le viniera un ataque de tos, pero no tuvo ninguno. Prácticamente brincaba de entusiasmo. Annie, cuyos vaqueros Lee Riders le hacían unas piernas imposiblemente largas, me entregó las llaves del vehículo.

—Tú conduces. —Y bajando la voz para que Mike no lo oyera, añadió—: Yo estoy de los nervios.

También yo me sentía nervioso. Al fin y al cabo, yo la había forzado a hacer aquello. Había contado con la ayuda de Mike, cierto, pero el adulto era yo. Si ocurría una desgracia, la culpa recaería sobre mí. No era muy dado a rezar, pero mientras cargaba las muletas y la silla de ruedas en la parte trasera de la furgoneta, elevé una oración para que no fallara nada. Después di marcha atrás, salí de la propiedad y giré hacia Beach Drive, donde dejé atrás la valla publicitaria que rezaba ¡TRAIGAN A SUS HIJOS A JOYLAND A DISFRUTAR DEL MEJOR DÍA DE SU VIDA!

Annie iba sentada a mi lado, y pensé que nunca la había visto más hermosa que aquella mañana de octubre, con sus vaqueros desteñidos, un suéter fino, y el cabello recogido con un lazo azul.

—Gracias por esto, Dev —dijo—. Solo espero que estemos haciendo lo correcto.

—Claro que sí —dije, procurando que mi voz sonara más confiada de lo que me sentía. Porque, ahora que habíamos llegado a un acuerdo, albergaba mis dudas.



El rótulo luminoso de Joyland estaba encendido; ese fue el primer detalle que advertí. El segundo, que la alegre música veraniega tronaba por todos los altavoces: un sonoro desfile de éxitos de finales de los sesenta y principios de los setenta. Era mi intención aparcar en uno de los espacios para discapacitados de la Zona A —estaban a solo unos quince metros de la entrada del parque—, pero sin darme tiempo para ello, Fred Dean asomó por la verja abierta y nos hizo señas para que avanzáramos. Aquel día no se había puesto un traje cualquiera, sino el de tres piezas que reservaba para las esporádicas celebridades que calificaban para un pase VIP. El traje ya se lo había visto con anterioridad, pero nunca el sombrero de copa negro, parecido a los que lucían los diplomáticos en antiguos noticiarios.

—¿Esto es normal? —preguntó Annie.

—Claro —respondí, con vértigo. Aquello no era normal.

Crucé la verja y circulé por Joyland Avenue hasta aparcar cerca del banco del parquecillo situado fuera de la Villa Wiggle-Waggle donde una vez me senté con el señor Easterbrook después de mi primer turno actuando como Howie.

Mike quiso bajar de la furgoneta del mismo modo que había subido: por sí mismo. Permanecí a un lado, preparado para agarrarlo si perdía el equilibrio, mientras Annie descargaba la silla de ruedas de la parte trasera. Milo se sentó a mis pies moviendo la cola, con las orejas tiesas y los ojos brillantes.

Cuando Annie acudió con la silla, Fred se aproximó, envuelto en una nube de loción de afeitado. Estaba... resplandeciente. No existe realmente otra palabra para describirlo. Se sacó el sombrero, saludó a Annie con una reverencia y le tendió la mano.

—Usted debe de ser la madre de Mike.

Incluso nervioso como estaba, me tomé un instante para apreciar con cuánta destreza había evitado la dicotomía señorita/señora.

—Lo soy —asintió. No sé si se sentía aturdida por su cortesía o por la diferencia en la forma de vestir (ella con la informalidad de un parque de atracciones, él con la formalidad de una visita de Estado), pero desde luego estaba aturdida. No obstante, le estrechó la mano—. Y este jovencito...

—... es Michael. —Le ofreció la mano al chico que, plantado allí de pie con sus aparatos de acero, lo observaba todo con ojos abiertos como platos—. Gracias por venir hoy.

—De nada... Quiero decir, gracias a *usted*. Gracias por recibarnos. —Estrechó la mano de Fred—. Este sitio es *enorme*.

No lo era, por supuesto; Disneylandia es enorme. Sin embargo, para un chico de diez años que jamás había pisado un parque de atracciones, debía de parecérselo. Por un momento pude ver a través de sus ojos, verlo todo nuevo, y mis dudas acerca de la conveniencia de aquella excursión empezaron a disiparse.

Fred se agachó para examinar al tercer miembro de la familia Ross, con las manos en las rodillas.

—¡Y tú eres Milo!

Un ladrido.

—Sí —contestó Fred—, y yo estoy igualmente encantado de conocerte. —Alargó la mano, a la espera de que Milo levantara la pata. Cuando lo hizo, Fred se la estrechó.

—¿Cómo sabía usted el nombre de nuestro perro? —preguntó Annie—. ¿Se lo ha dicho Dev?

Se irguió, sonriendo.

—No. Lo sé porque este es un lugar mágico, querida mía. Por ejemplo. —Le enseñó sus palmas vacías y luego escondió las manos a la espalda—. Escoja una mano.

—La izquierda —dijo Annie, siguiéndole el juego.

Fred mostró la mano izquierda, vacía. Ella puso los ojos en blanco, sonriendo.

—Vale, la derecha.

Esta vez sacó una docena de rosas. Auténticas. Annie y Mike dejaron escapar un grito ahogado de sorpresa. Y yo también. Tras todos estos años, aún no tengo ni idea de cómo hizo aquello.

—Joyland es un lugar para niños, querida mía, y como hoy Mike es el único muchacho presente, el parque le pertenece. Estas, sin embargo, son para usted.

Las tomó como una mujer en un sueño, enterrando el rostro entre las flores, oliendo su dulce polvo rojizo.

—Te las guardaré en la furgoneta —dije.

Las retuvo unos instantes y luego me las entregó.

—Mike, ¿sabes qué vendemos aquí? —preguntó Fred.

El chico vaciló.

—¿Atracciones? ¿Atracciones y juegos?

—Vendemos *diversión*. Por tanto, ¿qué te parece si nos divertimos un poco?



Recuerdo el día de Mike en el parque —que también fue el día de Annie— como si hubiera sucedido la semana pasada, pero se necesitaría a un corresponsal con mucho más talento que yo para describir las sensaciones o explicar cómo fue capaz de poner fin al último dominio que Wendy Keegan aún ejercía sobre mi corazón y mis emociones. Todo cuanto puedo decir es lo que tú ya sabes: algunos días son un tesoro. No muchos, pero creo que en casi todas las vidas existen unos pocos. Aquel figura entre los míos, y cuando me siento triste —cuando el mundo se me viene encima y todo parece sórdido y cutre, el mismo aspecto que presentaba Joyland Avenue en los días lluviosos, evoco aquellos momentos, aunque solo sea para recordarme que la vida no siempre es un juego de embaucadores. A veces los premios son reales. A veces son tesoros.

No todas las atracciones funcionaban ese día, por supuesto, y era mejor así, porque había muchas que la débil condición de Mike no soportaría. Sin embargo, más de la mitad del parque estaba operativo aquella mañana: las luces, la música, incluso varios chiringuitos donde media docena de *gazonies* estaban de servicio vendiendo palomitas, patatas fritas, refrescos, algodón de azúcar y perritos Pup-A-Licious. No tengo ni idea de cómo Fred y Lane lo llevaron a cabo en una sola tarde, pero lo hicieron.

Empezamos en la Villa, donde Lane esperaba junto a la locomotora del Chu-Chú Wiggle. Había reemplazado su habitual bombín por una gorra de cutí de maquinista, pero estaba ladeada formando el mismo ángulo desenfadado. Por supuesto que sí.

—¡Todos a bordo! Este es el viaje de las risas, así que subid a bordo deprisa. Montan gratis los perros, montan gratis las mamás, montan los chicos delante conmigo nada más.

Señaló a Mike y luego al asiento del pasajero en la locomotora. Mike se levantó de la silla y se colocó los aparatos, pero empezó a tambalearse. Annie acudió en su ayuda.

—No, mamá. Estoy bien. Puedo hacerlo.

Recuperó el equilibrio y avanzó con andar metálico hasta donde Lane esperaba —un muchacho real con piernas de robot— y permitió que le impulsara al interior de la locomotora.

—¿Ese es el cordón que hace sonar el silbato? ¿Puedo tirar de él?

—Para eso está —dijo Lane—, pero estate atento por si ves cerdos en las vías. Hay un lobo en la zona y están muertos de miedo.

Annie y yo nos sentamos en una de las vagonetas. Le brillaban los ojos. Rosas propias ardían en sus mejillas. Los labios, aun apretados con fuerza, le temblaban.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí. —Me tomó la mano, entrelazó sus dedos con los míos y me dio un apretón casi tan fuerte que dolió—. Sí. Sí. Sí.

—¡Luz verde en todos los controles del tablero! —exclamó Lane—. ¡Verificación, Michael!

—¡Sí, señor!

—¿Qué hay que vigilar en las vías?

—¡Cerdos!

—Muchacho, tienes un estilo que me quita el hipo. ¡Dale un buen meneo a esa chillona y nos vamos!

Mike tiró de la cuerda. El silbato aulló. Milo ladró. Los frenos neumáticos resoplaron y el tren empezó a moverse.

El Chu-Chú Wiggle era estrictamente una atracción de zamperla, ¿vale? Todas las atracciones de la Villa eran de zamperla, vamos, de feria itinerante, y estaban destinadas mayoritariamente a niños y niñas de edades comprendidas entre los tres y los siete años. Sin embargo, has de recordar con qué escasa frecuencia salía Mike Ross, especialmente desde su neumonía del año anterior, y cuántos días había pasado sentado con su madre al final de la pasarela, escuchando el estruendo de las atracciones y los gritos de alegría procedentes de playa abajo, sabiendo que aquello no estaba reservado para él. Lo que sí tenía reservado era una mayor dificultad para respirar a medida que sus pulmones fallaran, más tos, una incapacidad gradual para caminar aun con la ayuda de aparatos ortopédicos y finalmente la cama, donde moriría llevando pañales bajo el pijama y una máscara de oxígeno sobre la cara.



La Villa Wiggle-Waggle, sin novatos que interpretaran fragmentos de los cuentos de hadas, se hallaba en cierta medida despoblada, pero Fred y Lane habían reactivado todos los artilugios mecánicos: el tallo de habichuelas mágicas que brotaba del suelo en un chorro de vapor; la bruja que cacareaba delante de la casita de chocolate; la fiesta del té con el Sombrerero Loco; el lobo en camisón que acechaba bajo uno de los pasos a desnivel y se abalanzaba sobre el tren cuando este cruzaba. Al doblar la última curva, pasamos por delante de tres casas que todos los niños conocían bien: una de paja, otra de madera y otra de ladrillos.

—¡Atento a los cerdos! —gritó Lane, y justo entonces ocuparon las vías con andares de pato, profiriendo oinks amplificados. Mike soltó una carcajada e hizo sonar al silbato. Como siempre, los cerdos escaparon... por los pelos.

Cuando llegamos a la estación, Annie me soltó la mano y se apresuró hacia la locomotora.

—¿Te encuentras bien, cielo? ¿Quieres tu inhalador?

—No me hace falta, estoy bien. —Mike se volvió hacia Lane—. ¡Gracias, señor Maquinista!

—Un placer, Mike. —Extendió una mano con la palma hacia arriba—. Choca esos cinco si no te has quedado bizco.

Mike así lo hizo, entusiasmado. Dudo que en toda su vida se hubiera sentido más vivo.

—Ahora he de proseguir mi camino —dijo Lane—. Hoy soy un hombre de muchos sombreros.

Y me guiñó un ojo.



Annie vetó las Whirly Cups, pero permitió a Mike —con cierta aprensión— montar en las sillas voladoras Chair O-Planes. Me asió del brazo con más fuerza que nunca cuando su silla se elevó a unos diez metros por encima del suelo y empezó a inclinarse, pero dejó de apretar cuando lo oyó reír.

—Santo Dios —dijo—, ¡mira su *pelo*! ¡Mira cómo se le dispara hacia atrás!

Sonreía. También lloraba, aunque no parecía ser consciente de ello. Como tampoco de mi brazo, que había hallado el camino para rodearle la cintura.

Fred manejaba los controles y poseía la experiencia suficiente para mantener la atracción a media velocidad en vez de acelerarla al máximo, lo cual habría situado a Mike paralelo al suelo, sostenido únicamente por la fuerza centrífuga. Cuando al fin regresó a la tierra, el chico estaba demasiado mareado para caminar. Annie y yo lo cogimos, uno de cada brazo, y lo guiamos hasta la silla de ruedas. Fred cargaba con sus aparatos ortopédicos.

—Qué guay, tío. —Era lo único que parecía capaz de decir—. Qué guay.

Siguieron las lanchas de Dizzy Speed-boats —una atracción terrestre pese al nombre—. Mike surcó las aguas pintadas en una de las embarcaciones acompañado de Milo, ambos claramente encantados. Annie y yo montamos en otra. Aunque para entonces llevaba trabajando más de cuatro meses en Joyland, nunca me había subido a aquel cacharro, y chillé la primera vez que vi que nos precipitábamos hacia el bote de Mike y Milo, proa frente a proa, para en el último segundo deslizarnos uno al lado del otro.

—¡Llorica! —me gritó Annie al oído.

Cuando bajamos, Mike jadeaba pero aún no tosía. Continuamos por Hound Dog Way y pillamos unos refrescos. El *gazonie* se negó a aceptar el billete de cinco que Annie le entregó.

—Hoy todo corre a cuenta de la casa, señora.

—¿Puedo comerme un perrito, mamá? ¿Y un poco de algodón de azúcar?

Su madre frunció el ceño; entonces suspiró y se encogió de hombros.

—De acuerdo, pero siempre y cuando entiendas que hoy es una excepción. Esas cosas siguen estando prohibidas, hombretón. Y se acabaron las atracciones rápidas.

Mike se adelantó hasta el puesto de los Pup-A-Licious, impulsando él mismo la silla y con su propio perro trotando a su lado. Annie se volvió hacia mí.

—No se trata de una cuestión alimentaria, si es lo que estás pensando. Si enferma del estómago, podría vomitar, y eso es peligroso para los niños con la afección de Mike. Pueden...

La besé, tan solo un suave roce de mis labios contra los suyos. Fue como tomar una gota minúscula de una sustancia increíblemente dulce.

—Chis —dije—. ¿Te parece que esté enfermo?

Abrió exageradamente los ojos. Por un momento me invadió la certeza de que iba a abofetearme y marcharse. Arruinaría el día y mi estupidez tendría toda la maldita culpa. Entonces ella sonrió, mirándome con una expresión pensativa que alivió mi estómago.

—Apuesto a que podrías mejorarlo a la menor oportunidad.

Antes de que se me ocurriera una respuesta, corrió en busca de su hijo. En realidad, no habría supuesto diferencia alguna que hubiera permanecido allí, porque me hallaba totalmente pasmado.



Annie, Mike y Milo se apiñaron en una vagoneta de la Góndola Aérea que cruzaba el parque de punta a punta en diagonal.

Fred Dean y yo los seguimos por tierra en un cochecito eléctrico, con la silla de ruedas de Mike plegada detrás.

—Parece un chaval estupendo —comentó Fred.

—Sí que lo es, pero jamás me imaginé todo este despliegue.

—Es por ti tanto como por el chico. Le has venido mejor al parque de lo que tú crees, Dev. Cuando le dije al señor Easterbrook que quería montar algo grande, me dio luz verde.

—¿Lo llamaste?

—Claro que sí.

—Ese truco de las rosas... ¿cómo lo hiciste?

Fred se estiró los puños de la camisa y adoptó una expresión de modestia.

—Un mago nunca desvela sus secretos. ¿Acaso no lo sabes?

—¿Hacías algún número de cartas y sacabas conejos de la chistera cuando anduviste con los hermanos Blitz?

—No, señor, nada de eso. Lo único que hice con los Blitzies fue manejar aparatos y arrastrar la central. Y aunque no tenía carnet de conducir, también llevaba una caravana en las pocas ocasiones en que tuvimos que salir por piernas del rancho de algún que otro paleta en mitad de la noche.

—Entonces, ¿dónde aprendiste a hacer magia?

Fred alargó la mano, sacó un dólar de plata de detrás de mi oreja y la dejó caer en mi regazo.

—Aquí y allá, de ciudad en ciudad. Mejor será que pises un poco el acelerador, Jonesy. Nos están sacando ventaja.



Desde la Skytop Station, donde terminaba el viaje en la góndola, fuimos al tiiovivo. Allí nos esperaba Lane Hardy, que había perdido su gorro de maquinista y lucía una vez más su bombín. Los altavoces del parque seguían bombardeando con rock and roll, pero bajo la amplia cubierta destellante de lo que se conoce en el Habla como *spinning jenny*, el rock quedaba ahogado por el calíope que tocaba «A Bicycle Built for Two». Se trataba de una grabación, pero aun así era un sonido melodioso y anticuado.

Antes de que Mike pudiera montar en el carrusel, Fred postró una rodilla en el suelo y contempló al muchacho con solemnidad.

—No puedes subir a la *jenny* sin una gorra de Joyland —dijo—. La llamamos perro-gorra. ¿Tienes una?

—No —dijo Mike. Seguía sin toser, pero habían empezado a aparecer sigilosamente unos parches oscuros bajo sus ojos. Donde las mejillas no estaban enrojecidas de entusiasmo, se le veía pálido—. No sabía que debía...

Fred se quitó el sombrero de copa, escudriñó dentro y nos lo mostró. Estaba vacío, como deben estar todos los sombreros de mago cuando se presentan al

público. Volvió a mirar dentro y se le iluminó la cara.

—¡Ajá! —Sacó una flamante perro-gorra de Joyland y la encasquetó en la cabeza de Mike—. ¡Perfecto! Y ahora, ¿qué bestia deseas montar? ¿Un caballo? ¿El unicornio? ¿Marva la Sirena? ¿Leo el León?

—¡Sí, el león, por favor! —exclamó Mike—. Mamá, monta tú en el tigre a mi lado.

—Faltaría más —dijo ella—. Siempre he querido montar en un tigre.

—Eh, campeón —dijo Lane—, deja que te ayude a subir la rampa.

Entretanto, Annie bajó la voz y se dirigió a Fred.

—No mucho más, ¿vale? Es todo fantástico, un día que nunca olvidará, pero...

—Está desfalleciendo —concluyó Fred—. Lo entiendo.

Annie subió al tigre de ojos verdes que rugía al lado del león de Mike. Milo se sentó entre ambos, sonriendo con perruna sonrisa. Cuando el tiovivo empezó a moverse, «A Bicycle Built for Two» dio paso a «Twelfth Street Rag».

Fred me puso una mano en el hombro.

—Convendría que te reunieras con nosotros en la Spin (será su último viaje), pero antes deberías hacer una visita a vestuario. Y date prisa.

Me disponía a preguntar por qué, pero comprendí que no hacía falta. Me encaminé hacia el solar de atrás. Y sí, me di prisa.



Aquella mañana de jueves en octubre de 1973 fue la última vez que vestí las pieles. Me las enfundé en el taller de vestuario y utilicé los túneles de Joyland para regresar al centro del parque, poniendo al límite la potencia del cochecito eléctrico, con la cabeza de Howie rebotándome arriba y abajo en el hombro. Salí a la superficie detrás de la caseta de Madame Fortuna justo a tiempo. Lane, Annie y Mike se acercaban por la central, el primero empujando la silla del muchacho. Ninguno de los tres me vio asomado a la esquina de la caseta; miraban la Carolina Spin con el cuello estirado. Fred me vio, sin embargo. Levanté una zarpa. Asintió con la cabeza, se volvió y repitió mi gesto a quienquiera que estuviera observando en ese momento desde la cabina de sonido, encima del Centro de Atención al Cliente. Segundos más tarde, la música de Howie retumbó a través de todos los altavoces. El primero en sonar fue Elvis, cantando «Hound Dog».

Abandoné de un salto mi escondite, efectuando mi baile Howie, que era una especie de zapateado de mierda. Mike me miraba boquiabierto. Annie se aprestó las sienes con las manos, como afligida repentinamente por una monstruosa migraña, y luego se echó a reír. Creo que lo que siguió fue una de mis mejores actuaciones. Salté y brinqué alrededor de la silla de Mike, apenas consciente de

que Milo me imitaba, solo que en dirección contraria. «Hound Dog» dio paso a la versión de los Rolling Stones de «Walking the Dog». Es una canción bastante corta, por suerte; no me había dado cuenta de que me encontraba en muy baja forma.

Terminé extendiendo los brazos y gritando «¡Mike! ¡Mike! ¡Mike!». Aquella fue la única vez que Howie habló jamás, y todo cuanto puedo alegar en mi defensa es que de hecho sonaba más como un ladrido.

Mike se levantó de la silla, abrió los brazos y se dejó caer hacia delante. Sabía que yo lo atraparía, y así fue. Niños con la mitad de su edad me habían dado el abrazo de Howie durante todo el verano, pero ninguno me produjo jamás una sensación mejor. Ojalá hubiera podido darle media vuelta y estrujarlo como hice con Hallie Stansfield para expulsar su dolencia como si fuera un trozo de perrito caliente atascado.

Con el rostro enterrado en el pelaje, dijo:

—Eres un Howie buenísimo, Dev.

Le froté la cabeza, sacándole la gorra de un zarpazo. Incapaz de responder como Howie —ladrar su nombre era cuanto podía hacer—, pensé: *Un buen chico se merece un buen perro. Pregúntale a Milo.*

Mike alzó la mirada hasta los ojos azules de malla de Howie.

—¿Subirás en el montacargas con nosotros?

Asentí con una exagerada inclinación de cabeza y volví a darle una palmadita en la cabeza. Lane recogió la nueva gorra perruna de Mike y se la encasquetó otra vez en la cabeza.

Annie se aproximó. Tenía las manos recatadamente encogidas a la altura de la cintura, pero sus ojos rebosaban de alegría.

—¿Puedo bajarle la cremallera, señor Howie?

No me habría importado, pero no podía permitírselo, por supuesto. Todo espectáculo posee sus reglas. En Joyland, una norma inflexible era que Howie el Perro Feliz era siempre Howie el Perro Feliz. Uno jamás se despojaba de las pieles donde los coniles pudieran verlo.



Me sumergí en el Subterráneo de Joyland, dejé las pieles en el cochecito y me reuní de nuevo con ellos en la rampa que conducía hasta la Carolina Spin. Annie la miraba nerviosa.

—¿Estás seguro de que quieres montarte, Mike?

—¡Sí! ¡Es lo que más ganas tengo de hacer!

—De acuerdo, entonces. Supongo. —Dirigiéndose a mí, añadió—: No me dan miedo las alturas, pero no me apasionan precisamente.

Lane mantenía abierta la puerta de una cesta.

—Subid a bordo, amigos. Asomad la cabeza allá donde el aire es rareza. —Se agachó y estrujó las orejas de Milo—. Tú te quedas fuera, socio.

Me senté en la parte de dentro, cerca de la rueda. Annie se sentó en el medio y Mike en la parte exterior, donde la vista era mejor. Lane bajó la barra de seguridad, regresó a los controles y reajustó la inclinación del bombín.

—¡Alucinaréis! —exclamó, y despegamos, ascendiendo con la majestuosa tranquilidad de un desfile de coronación.

Lentamente el mundo se desplegó bajo nosotros: primero el parque, luego el cobalto brillante del océano a nuestra derecha y las tierras bajas de Carolina del Norte a nuestra izquierda. Cuando la Spin alcanzó el punto más alto de su gigante circunferencia, Mike soltó la barra de seguridad, levantó las manos sobre la cabeza y gritó:

—¡Estamos volando!

Una mano en mi pierna. Annie. La miré y musitó una palabra: *Gracias*. No sé cuántas vueltas nos dio Lane; más de las que componían un viaje normal, creo, pero no estoy seguro. Lo que recuerdo con mayor claridad era el rostro de Mike, pálido y rebosante de asombro, y la mano de Annie apoyada en mi muslo, donde parecía quemar. No la retiró hasta que nos detuvimos.

Mike se volvió hacia mí.

—Ahora ya sé cómo se siente mi cometa —comentó.

—Yo también.



Cuando Annie le dijo a Mike que ya era suficiente, el chico no puso objeción alguna. Se encontraba exhausto. Mientras Lane le ayudaba a acomodarse en la silla, Mike extendió la mano, con la palma hacia arriba.

—Choca esos cinco si no te has quedado bizco.

Con una amplia sonrisa, Lane le chocó los cinco.

—Vuelve cuando quieras, Mike.

—Gracias. Ha sido genial.

Lane y yo lo empujamos por la avenida. Los puestos a ambos lados volvían a estar cerrados, pero una de las casetas se encontraba abierta: la Galería de Tiro de Annie Oakley. De pie en la tarima exterior, donde Pop Allen había pasado todo el verano, esperaba Fred Dean con su traje de tres piezas. A su espalda, conejos y patos acoplados a una cadena se desplazaban en sentidos opuestos. Sobre ellos había pollitos amarillos de cerámica. Estos no se movían, pero eran muy pequeños.

—¿Te gustaría probar tu habilidad disparando antes de salir del parque? —preguntó Fred—. Hoy nadie pierde. Hoy *todo* el mundo se lleva premio.

Mike buscó con la mirada a Annie.

—¿Puedo, mamá?

—Claro, cariño. Pero poco tiempo, ¿vale?

El chico trató de bajar de la silla, pero no lo consiguió. Se encontraba demasiado cansado. Lane y yo lo sostuvimos, uno a cada lado. Mike cogió una escopeta y pegó un par de tiros, pero no pudo mantener los brazos firmes por más tiempo, pese a que el arma era ligera. Los balines impactaron en la lona del fondo y cayeron con un ruido seco en el canalón inferior.

—Supongo que soy un torpe —dijo, dejando a un lado la escopeta.

—Bueno, no es que hayas arrasado, precisamente —convino Fred—, pero, como ya dije, hoy todo el mundo se lleva premio. —Acto seguido, alcanzó el Howie más grande de la estantería, un peluche que ni siquiera los tiradores de primera podían ganar sin gastarse ocho o nueve dólares en recargas.

Mike le dio las gracias y se recostó en la silla, con expresión abrumada. Aquel condenado perro de peluche era casi tan grande como él.

—Prueba tú, mamá.

—No, así está bien —dijo ella, pero intuía que lo estaba deseando. Se percibía algo en sus ojos mientras calculaba la distancia entre el mostrador y las dianas.

—Por favor. —Mike me miró primero a mí y luego a Lane—. Es muy buena. Ganó el campeonato de tiro prono en el Campamento Perry, que está en Ohio, antes de que yo naciera y quedó la segunda dos veces.

—Yo no...

Sin embargo, Lane ya le tendía uno de los rifles del calibre 22 modificados.

—Suba aquí. Veamos su mejor versión de Annie Oakley, Annie.

Cogió el rifle y lo examinó de una manera que pocas veces se veía entre los paletos.

—¿Cuántos disparos?

—Diez por cargador —dijo Fred.

—Si voy a hacer esto, ¿podré disparar dos cargadores?

—Tantos como desee, señora. Hoy es su día.

—Mamá también tiraba al plato con mi abuelo —les dijo Mike.

Annie levantó el arma y apretó el gatillo diez veces con una pausa de quizá dos segundos entre cada disparo. Derribó dos patos y tres conejos móviles. Los pollitos de cerámica los ignoró completamente.

—¡Una tiradora de primera! —cantó Fred—. Se ha ganado un premio de la estantería del medio, ¡usted elige!

Ella sonrió.

—Un cincuenta por ciento de aciertos no es ni mucho menos una gran marca. Mi padre se habría tapado la cara de vergüenza. Utilizaré la recarga, si no hay inconveniente.

Fred sacó un cucurucho de papel de debajo del mostrador —un «tiritito», en el Habla— e insertó el extremo más pequeño en un agujero situado en la parte superior de la escopeta. Se oyó un repiqueteo cuando otros diez balines cayeron rodando.

—¿Las miras de estos rifles están trucadas? —le preguntó Annie a Fred.

—No, señora. Los juegos de Joyland están perfectos. Pero mentiría si le dijera que Pop Allen (el hombre que normalmente dirige esta caseta) se pasa largas horas calibrándolas.

Habiendo trabajado en el equipo de Pop, sabía que aquella declaración era, como mínimo, poco sincera. Ajustar la mira de las escopetas era la *última* cosa que Pop haría. Cuanto mejor disparasen los paletos, más premios habría que regalar... y Pop debía pagarlos de su bolsillo. Todos los jefes de caseta lo hacían. Eran artículos baratos, pero no *gratuitos*.

—Se desvía hacia la izquierda y hacia arriba —observó, más para sí misma que para nosotros.

Entonces levantó el rifle, se caló la culata en el hueco del hombro derecho y desencadenó una ráfaga de diez tiros. En esta ocasión no hubo ninguna pausa apreciable entre los disparos ni se molestó con los patos y los conejos. Apuntó a los pollitos de cerámica y reventó ocho de ellos.

Mientras Annie dejaba el arma sobre el mostrador, Lane usó su pañuelo para limpiarse un churrete de sudor y mugre. Habló muy suavemente mientras realizaba esta tarea.

—Por los clavos de Cristo. Nadie ha logrado ocho pollos.

—Toqué el último de refilón, pero a esta distancia debería haberles acertado a todos. —No alardeaba, simplemente constataba un hecho.

Intervino Mike, casi como disculpándose.

—Ya os dije que era buena. —Se llevó el puño a la boca y tosió—. Pensaba ir a los Juegos Olímpicos, solo que entonces dejó la universidad.

—En serio, es usted toda una Annie Oakley —la alabó Lane al tiempo que se embutía de nuevo el pañuelo en el bolsillo de atrás—. Cualquier premio, preciosa. Usted elige.

—Ya tengo mi premio —dijo ella—. Ha sido un día maravilloso, maravilloso de verdad. Nunca podré agradecerérselo lo suficiente. —Se volvió en mi dirección—. Y qué decir de este hombre, que fue quien me convenció realmente para venir. Porque soy una boba. —Besó a Mike en la coronilla—. Pero ahora será mejor que me lleve a mi chico a casa. Ya es tarde. ¿Dónde está Milo?



Miramos en derredor y lo vimos hacia la mitad de Joyland Avenue, sentado delante de la Casa Embrujada con la cola enroscada alrededor de las patas.

—¡Milo, ven aquí! —ordenó Annie.

Aguzó las orejas, pero no se movió. Ni siquiera miró en su dirección, tan solo permaneció contemplando fijamente la fachada de la única atracción oscura de Joyland. Casi creería que estaba leyendo la invitación sangrante, festoneada de telarañas: ENTRA SI TE ATREVES.

Mientras Annie centraba su atención en Milo, le robé una mirada a Mike. Aunque se encontraba prácticamente acabado tras las emociones de la jornada, la expresión de su rostro era inequívoca. Satisfacción. Sé que es una locura pensar que el chico y su jack russell habían elaborado aquel plan con antelación, pero creo que así fue.

Aún lo creo.

—Llévame hasta allí, mamá —pidió Mike—. Vendrá conmigo.

—No hace falta —dijo Lane—. Si tienes una correa, con mucho gusto iré a buscarlo.

—Está en la silla de Mike, en el bolsillo del respaldo —dijo Annie.

—Esto, eh... puede que no —dijo Mike—. Compruébalo, pero estoy bastante seguro de que se me ha olvidado.

Annie lo comprobó al tiempo que yo pensaba: *Y una mierda se te ha olvidado.*

—Vaya, Mike —dijo Annie con tono de reproche—. Tu perro, tu responsabilidad. ¿Cuántas veces te lo tengo dicho?

—Perdona, mamá. —Se dirigió a Fred y Lane—: Es que casi nunca la usamos porque Milo *siempre* viene.

—Menos cuando lo necesitamos. —Annie ahuecó las manos en torno a la boca a modo de bocina—. ¡Milo, vamos! ¡Hora de irse a casa! —Después, con una voz mucho más dulce, añadió—: ¡Galletita, Milo! ¡Ven a comer una galletita!

De haber sido yo, su tono mimoso y persuasivo me habría hecho volver a la carrera —y probablemente con la lengua fuera—, pero Milo no cedió.

—Vamos, Dev —dijo Mike. Como si yo también formara parte del plan pero hubiera perdido de algún modo mi entrada.

Agarré la silla y empujé a Mike avenida abajo hacia la Casa Embrujada. Annie nos siguió. Fred y Lane permanecieron donde estaban, Lane apoyado en el mostrador entre las escopetas desplegadas y atadas con cadenas. Se había quitado el bombín y lo hacía girar en un dedo.

Cuando llegamos a la altura del perro, Annie lo observó enfadada.

—¿Qué pasa contigo, Milo?

Milo meneó la cola al oír la voz de Annie, pero no la miró. Ni se movió. Seguía en guardia y pretendía permanecer en esa posición a menos que se lo

llevaran a rastras.

—Michael, *por favor*, haz que tu perro te obedezca para que podamos irnos a casa. Necesitas descansar...

Dos sucesos ocurrieron antes de que pudiera concluir la frase. No estoy completamente seguro del orden exacto. Lo he repasado con frecuencia en los años transcurridos desde entonces —sobre todo en las noches de insomnio— y aún no he llegado a ninguna conclusión. *Creo* que oímos primero el estrépito: el ruido de una vagoneta al comenzar a rodar sobre el raíl. Pero podría ser que antes se soltara el candado. Es incluso posible que ambas cosas ocurrieran simultáneamente.

El enorme candado American Master se desprendió de las puertas dobles de la fachada de la Casa Embrujada y quedó tirado en las tablas, reflejando los rayos de sol de octubre. Fred Dean me dijo más tarde que el grillete no debía de estar bien encajado en el mecanismo de cierre y que por eso la vibración de la vagoneta al moverse lo abrió del todo. Eso parecía lógico, porque el grillete estaba efectivamente abierto cuando lo comprobé.

Sandeces, sin embargo.

Yo mismo había colocado aquel candado y recordaba el clic producido por el grillete al encajar en su sitio. Incluso recuerdo haberle dado un tirón para cerciorarme de que estaba bien sujeto, como se suele hacer con los candados. Y esa explicación elude una pregunta que Fred ni siquiera *trató* de responder: con los interruptores desconectados, ¿cómo era posible, en primer lugar, que aquella vagoneta se hubiera puesto a rodar? Y en cuanto a lo que ocurrió después...

He aquí cómo terminaba una expedición por la Casa Embrujada. Al otro lado de la Cámara de las Torturas, justo cuando uno pensaba que el viaje había acabado y bajaba la guardia, un esqueleto aullante (apodado por los novatos Hagar el Terrible) se abatía encima de los pasajeros, aparentemente en rumbo de colisión con la vagoneta. Cuando se apartaba, uno se encontraba con un muro de piedra en sus mismas narices. Pintado en verde fluorescente había un zombi en descomposición y una tumba con el epitafio **FIN DEL TRAYECTO**. Por supuesto, el muro de piedra se abría por la mitad justo a tiempo, pero aquel doble golpe final era extremadamente efectivo. Cuando la vagoneta emergía a la luz del día, trazando un semicírculo antes de volver a internarse a través de otro conjunto de puertas dobles y detenerse, a menudo incluso los hombres adultos gritaban a pleno pulmón. Aquellos chillidos finales (siempre acompañados de un vendaval de risas en plan «mierda, me han cazado») eran el mejor reclamo publicitario de la Casa Embrujada.

Aquel día no hubo gritos. Desde luego que no, porque cuando la puerta doble se abrió de golpe, la vagoneta que emergió iba vacía. Trazó el semicírculo, chocó

suavemente contra el siguiente conjunto de puertas dobles, y se detuvo.

—*Ooo-key* —susurró Mike, en voz tan baja que apenas si lo oí. Estoy seguro de que Annie no se enteró; la vagoneta había atraído toda su atención. El chico sonreía.

—¿Qué ha causado eso? —preguntó Annie.

—No lo sé —respondí—. Un cortocircuito, tal vez. O alguna especie de subida de tensión. —Ambas explicaciones parecían razonables, siempre y cuando uno ignorara el asunto de los interruptores desconectados.

Me puse de puntillas y escudriñé el interior de la vagoneta. Lo primero que noté fue que la barra de seguridad estaba levantada. Si Eddie Parks o alguno de sus secuaces novatos se olvidaba de bajarla, se suponía que la barra se accionaba automáticamente una vez que la atracción se ponía en marcha. Era una medida de seguridad impuesta por las leyes estatales. Sin embargo, que la barra de esa vagoneta siguiera en posición vertical poseía cierta lógica estúpida, puesto que las únicas atracciones del parque que tenían energía aquella mañana eran las que Lane y Fred habían encendido para Mike.

Divisé algo bajo el asiento, algo tan real como las rosas que Fred había regalado a Annie, salvo que no era rojo.

Era una diadema azul.



Nos encaminamos de vuelta a la furgoneta. Milo, una vez más mostrando un comportamiento ejemplar, caminaba silenciosamente junto a la silla de Mike.

—Volveré en cuanto los deje en casa y haré unas cuantas horas extra —le dije a Fred.

Negó con la cabeza.

—Ni hablar. Hoy no te queremos ver más por aquí. Vete pronto a la cama y preséntate mañana a las seis. Tráete un par de bocadillos extra, porque trabajaremos hasta tarde. Resulta que la tormenta está avanzando un poco más rápido de lo que se esperaba en las predicciones.

Annie pareció alarmada.

—¿Cree que debería meter algunas cosas en la maleta y llevarme a Mike a la ciudad? No me gustaría estando él tan cansado, pero...

—Escuche la radio esta noche —aconsejó Fred—. Si la NOAA emite una orden de evacuación costera, se enterará con bastante antelación, pero no creo que eso ocurra. No será más que el típico vendaval. Me preocupan un poco las atracciones altas... la noria y las montañas rusas, pero eso es todo.

—No les pasará nada —dijo Lane—. Resistieron el año pasado a Agnes, y ese sí que fue un auténtico huracán.

—¿Tiene nombre esta tormenta? —preguntó Mike.

—Lo llaman Gilda —dijo Lane—, pero no es un huracán, solo la clásica depresión subtropical.

Fred intervino.

—Se supone que el viento empezará a arreciar hacia medianoche y se pondrá a llover con fuerza una o dos horas más tarde. Seguro que Lane no se equivoca acerca de las atracciones grandes, pero así y todo va a ser un día ajetreado. ¿Tienes un chubasquero, Dev?

—Claro.

—Te conviene ponértelo.



La predicción meteorológica que oímos en la WKLM al salir del parque tranquilizó a Annie. Se esperaba que los vientos generados por Gilda no superaran los cincuenta kilómetros por hora, con ráfagas ocasionales de mayor intensidad. Podría causar erosión en la playa e inundaciones menores tierra adentro, pero a eso se reducía más o menos todo. El locutor lo calificó como «un tiempo genial para volar cometas», lo cual nos provocó la risa. Ahora compartíamos una historia, y eso resultaba agradable.

Mike estaba casi dormido cuando llegamos a la mansión victoriana de Beach Row. Lo senté en su silla de ruedas, lo cual no supuso un trabajo demasiado duro; yo había ganado en musculatura en los últimos cuatro meses y, desprendido de sus horribles aparatos ortopédicos, el chico apenas pesaría treinta y cinco kilos. Milo, una vez más, caminaba al ritmo de la silla mientras yo la conducía por la rampa hacia la casa.

Mike necesitaba usar el retrete, pero cuando su madre trató de asir la silla, el chico preguntó si podía acompañarlo yo. Lo llevé al cuarto de baño, le ayudé a levantarse y le bajé los pantalones de cintura elástica mientras se aferraba a las barras de apoyo.

—Odio que ella tenga que ayudarme. Me siento como un bebé.

Quizá fuese así, pero meó con el vigor de un muchacho sano. Después, al inclinarse hacia delante para vaciar la cisterna, se tambaleó y a punto estuvo de caerse de cabeza en la taza del inodoro. Tuve que agarrarle.

—Gracias, Dev. Hoy ya me he lavado el pelo una vez. —Aquello me hizo reír, y Mike sonrió—. Ojalá *fuéramos* a tener un huracán. Estaría chulo.

—A lo mejor no pensarías lo mismo si ocurriera.

Me acordaba del huracán Doria, dos años antes. Azotó New Hampshire y Maine con vientos de ciento cuarenta kilómetros por hora, derribando árboles por toda el área de Portsmouth, Kittery, Sanford y Berwick. Un viejo pino gigantesco

no impactó en nuestra casa de milagro, se nos inundó el sótano y estuvimos sin electricidad durante cuatro días.

—No querría que se cayeran las cosas en el parque, supongo. Debe de ser el mejor sitio del mundo... Bueno, de los que yo he estado.

—Bien. Sujétate, chico, que voy a subirte los pantalones. No puedo dejar que le hagas un calvo a tu madre.

Rompió a reír otra vez, solo que la risa derivó en tos. Annie me relevó cuando salimos y condujo la silla por el pasillo hasta el dormitorio.

—No te me escabullas, Dev —me dijo ella por encima del hombro.

Como disponía de la tarde libre, no tenía intención alguna de escabullirme si ella quería que me quedara un rato. Curioseé por el salón, echando un vistazo a objetos que, aunque probablemente eran caros, carecían de demasiado interés; al menos para un hombre joven de veintiún años. Una enorme ventana panorámica, que se extendía casi de pared a pared, salvaba lo que de otro modo hubiera sido una estancia sombría, inundándola de luz. El ventanal ofrecía una vista del patio de atrás, el paseo de madera y el océano. Divisé las primeras nubes asomando desde el sudeste, pero el cielo sobre la playa aún era de un luminoso color azul. Recuerdo haber pensado que había logrado entrar en la casona, después de todo, aunque probablemente nunca tendría ocasión de contar todos los cuartos de baño. Recuerdo haber pensado en la diadema y haberme preguntado si Lane la vería cuando pusiera la vagoneta rebelde a cubierto. ¿En qué más pensaba? En que, después de todo, había visto a un fantasma, solo que no de una persona.

Annie regresó.

—Quiere verte, pero no te quedes mucho tiempo.

—Vale.

—Tercera puerta a la derecha.

Recorrí el pasillo, llamé con suavidad a la puerta y entré. Una vez que se superaban las barras de apoyo, las bombonas de oxígeno del rincón y los aparatos ortopédicos para las piernas en acerada posición de firmes junto a la cama, podría haber pasado por el cuarto de cualquier chaval. No había ningún guante de béisbol ni ningún monopatín apoyado en la pared, pero sí pósters de Mark Spitz y del atacante de los Miami Dolphins, Larry Csonka. En el sitio de honor encima de la cama, los Beatles cruzaban Abbey Road.

Se percibía un tenue olor a linimento. El chico parecía muy pequeño en su cama, prácticamente perdido bajo un edredón verde. Milo estaba enroscado a su lado, con el hocico en la cola, y Mike le acariciaba el pelo con aire ausente. Resultaba difícil creer que se trataba del mismo chico que había levantado las manos sobre la cabeza de manera triunfal en la cima de la Carolina Spin. No se le veía triste, sin embargo. Parecía casi radiante.

—¿La viste, Dev? ¿La viste cuando se fue?

Negué con la cabeza, sonriendo. Había sentido envidia de Tom, pero no de Mike. Nunca de Mike.

—Ojalá mi abuelo hubiera estado allí. La habría visto y habría oído lo que dijo cuando se fue.

—¿Qué *dijo*?

—Gracias. Nos hablaba a los dos. Y te advirtió que tuvieras cuidado. ¿Estás seguro de que no la oíste? ¿Ni siquiera un poquito?

Volví a negar con la cabeza. No, ni siquiera un poquito.

—Pero tú lo *sabes*. —Tenía el rostro demasiado pálido y cansado, el rostro de un chico muy enfermo, pero sus ojos se veían sanos y llenos de vida—. Porque lo *sabes*, ¿no?

—Sí. —Pensaba en la diadema—. Mike, ¿tú sabes qué le ocurrió?

—Alguien la mató. —En voz muy baja.

—Supongo que no te contó...

Pero no me hizo falta concluir la frase. Mike sacudía la cabeza.

—Necesitas dormir —indiqué.

—Sí, me vendrá bien. Siempre me siento mejor después de una siesta. —Cerró los ojos, y entonces los abrió despacio—. La noria fue lo mejor. El montacargas. Es como volar.

—Sí —asentí—. Es parecido.

—Como ser una cometa. —Esta vez, cuando sus ojos se cerraron, no se volvieron a abrir.

Caminé hasta la puerta lo más silenciosamente posible. Al posar la mano en el pomo, oí la voz de Mike.

—Ten cuidado, Dev. No es blanco.

Miré hacia atrás. El chico dormía. Estoy seguro de que sí. Solo Milo me observaba. Salí y cerré la puerta con suavidad.



Encontré a Annie en la cocina.

—Estoy preparando café, pero a lo mejor prefieres una cerveza. Tengo Blue Ribbon.

—El café ya me va bien.

—¿Qué opinas de la casa?

Decidí ser sincero.

—Los muebles son un poco antiguos para mi gusto, pero nunca he ido a una escuela de interiorismo.

—Ni yo —dijo ella—. Ni siquiera llegué a acabar los estudios.

—Bienvenida al club.

—Ah, pero tú lo harás. Olvidarás a esa chica que te plantó, y volverás a la facultad, y terminarás la carrera, y emprenderás el camino hacia un futuro brillante.

—¿Cómo sabes lo de...?

—¿La chica? Primero, solo te falta ponerte un cartelón al estilo de un hombre-anuncio. Segundo, Mike lo sabe. Me lo contó. Mi hijo ha sido *mi* futuro brillante. Hubo un tiempo en que iba a licenciarme en antropología. Iba a ganar una medalla de oro en los Juegos Olímpicos. Iba a visitar lugares extraños y fabulosos y a ser la Margaret Mead de mi generación. Iba a escribir libros y a hacer todo lo posible por recuperar el amor de mi padre. ¿Sabes quién es?

—Mi casera dice que es predicador.

—Y que lo digas. Buddy Ross, el hombre del traje blanco. También tiene una gran cabellera blanca. Parece el Hombre de Glad de esos anuncios de la tele en versión anciano. Tiene una megaiglesia; una importante presencia en la radio; ahora la televisión. Entre bastidores, es un gilipollas con algunas cualidades, pocas. —Sirvió dos tazas de café—. Pero prácticamente se podría decir lo mismo de todos nosotros, ¿no es cierto? Yo opino que sí.

—Hablas como si te arrepintieras de algo. —No era lo más educado que podía decir, pero ya habíamos superado ese punto. Así lo esperaba, al menos.

Trajo el café y se sentó frente a mí.

—Como dice la canción «My Way», arrepentimientos he tenido unos cuantos. Pero Mike es un gran chico, y a mi padre le concedo que haya cuidado económicamente de nosotros para que yo pudiera estar con Mike a tiempo completo. Según lo veo yo, el amor de talonario es mejor que la ausencia de amor. Hoy he tomado una decisión. Creo que fue cuando llevabas puesto ese ridículo disfraz y bailabas ese ridículo baile. Fue mientras veía reír a Mike.

—Cuéntame.

—He decidido darle a mi padre lo que quiere, que es invitarle a entrar en la vida de mi hijo antes de que sea demasiado tarde. Dijo unas cosas horribles sobre que Dios había causado la distrofia de Mike para castigarme por mis supuestos pecados, pero tengo que dejar todo eso atrás. Si espero una disculpa, estaré esperando mucho tiempo... porque en el fondo, papá todavía cree que es cierto.

—Lo siento.

Se encogió de hombros, como si careciera de importancia.

—Me equivoqué al no querer que Mike fuera a Joyland y me he equivocado al aferrarme a antiguos resentimientos e insistir en una especie de jodido *quid pro quo*. Mi hijo no es la mercancía de un tenderete. ¿Crees que una persona de treinta y un años es demasiado vieja para madurar, Dev?

—Pregúntame cuando llegue a esa edad.

Se rió.

—*Touché*. Perdóname un momento.

Estuvo fuera cerca de cinco minutos. Esperé sentado frente a la mesa de la cocina, sorbiendo mi café. Cuando regresó, llevaba el suéter en la mano derecha. Tenía el vientre bronceado. El sujetador era de un pálido color azul, casi a juego con sus vaqueros desteñidos.

—Mike duerme profundamente —anunció—. ¿Te gustaría venir arriba conmigo, Dev?



Su dormitorio era amplio pero sencillo, como si, aun después de todos los meses que había pasado allí, jamás hubiera terminado de desempaquetar sus cosas. Se volvió y enlazó los brazos alrededor de mi cuello. Tenía los ojos muy abiertos y muy tranquilos. El rastro de una sonrisa rozaba la comisura de sus labios, formando delicados hoyuelos en sus mejillas.

—«Apuesto a que podrías mejorarlo a la menor oportunidad.» ¿Recuerdas que te dije eso?

—Sí.

—¿Ganaría la apuesta?

Su boca era dulce y húmeda. Saboreé su aliento. Se apartó y dijo:

—Tienes que entender que solo podrá ser esta única vez.

Yo no quería, pero lo acepté.

—Siempre que no sea... ya sabes...

Ahora sonreía abiertamente, casi reía. Veía sus dientes además de sus hoyuelos.

—¿Siempre que no sea un polvo de agradecimiento? ¿Un polvo por compasión? No lo es, créeme. La última vez que estuve con un chico de tu edad, yo misma era una muchacha. —Asió mi mano derecha y la asentó sobre la sedosa copa que cubría su pecho izquierdo. Pude sentir el latido suave y regular de su corazón—. No debo de haberme desprendido todavía de todos mis conflictos paternos, porque me siento deliciosamente malvada.

Me besó de nuevo. Sus manos descendieron hasta mi cinturón y lo desabrocharon. Oí el débil chirrido de la cremallera al bajar y a continuación noté la palma de su mano que se deslizaba por la dura cresta bajo mis pantalones. Solté un gemido.

—¿Dev?

—¿Qué?

—¿Lo has hecho antes alguna vez? No te atrevas a mentirme.



—No.

—¿Qué pasa? ¿Que esa chica tuya era idiota?

Sonrió, deslizó una mano fría dentro de mis calzoncillos y me asió. La seguridad con que me agarraba, unida al suave movimiento del pulgar, hacía que todos los esfuerzos de Wendy por satisfacer a un novio parecieran de una liga muy inferior.

—Así que eres virgen.

—Culpable de los cargos.

—Bien.



No lo *hicimos* solo esa única vez, y fue una suerte para mí, porque mi primera experiencia duró... voy a decir que ocho segundos. Quizá nueve. Penetré, hasta ahí conseguí llegar, pero entonces me salió todo a chorro. Es posible que me haya sentido más avergonzado solo en una ocasión —cuando se me escapó un pedo largo y agudo mientras comulgaba en el Campamento de Jóvenes Metodistas—, pero lo dudo.

—Oh, mierda —dije, y me tapé los ojos con la mano.

Annie rió, pero sin mala intención.

—Aunque sea raro, en cierto modo me siento halagada. Procura relajarte mientras voy abajo a echar un ojo a Mike. Preferiría que no me pillara en la cama con Howie el Perrito Feliz.

—Muy graciosa. —Creo que si hubiera enrojecido más, mi piel habría empezado a arder.

—Imagino que cuando vuelva ya te habrás recuperado. Es lo bueno de tener veintiún años, Dev. Si tuvieras diecisiete, probablemente ahora ya estarías listo.

Regresó con un par de refrescos en un cubo de hielo, pero cuando se quitó la bata y se quedó desnuda, lo último que quería era una Coca-Cola. La segunda vez resultó un poquito mejor; creo que podría haber logrado aguantar cuatro minutos. Entonces empezó a gemir en susurros y me fui. Pero qué forma de irse.



Dormitábamos, Annie con la cabeza apoyada en el hueco de mi hombro.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Tanto que no me lo creo.

No la vi sonreír, pero lo noté.

—Después de todos estos años, por fin se usa este cuarto para algo que no sea dormir.

—¿Tu padre no se queda nunca aquí?

—No, hace mucho tiempo que no, y yo solo empecé a venir porque a Mike le encanta estar aquí. A veces soy capaz de afrontar el hecho de que casi con certeza se va a morir, pero lo normal es que lo rechace. Hago tratos conmigo misma. «Si no lo llevo a Joyland, no morirá. Si no arreglo las cosas con mi padre para que pueda venir a visitar a su nieto, no morirá. Si nos quedamos aquí, no morirá.» Hace un par de semanas, la primera vez que tuve que ponerle el abrigo para bajar a la playa, me eché a llorar. Me preguntó si me pasaba algo y le contesté que era uno de esos días del mes. Ya sabe lo que significa.

Me acordé de algo que Mike le había dicho en el aparcamiento del hospital: *No tiene que ser el último momento bueno*. Pero tarde o temprano el último momento bueno aparecería a la vuelta de la esquina. Nos aguarda a todos nosotros.

Se sentó, envolviéndose con la sábana.

—¿Recuerdas que te dije que Mike resultó ser mi futuro? ¿Mi brillante carrera?

—Sí.

—No me imagino ningún otro. Más allá de Michael todo está... en blanco. ¿Quién dijo que en Estados Unidos no hay segundos actos?

Le cogí la mano.

—No te preocupes por el segundo acto hasta que el primero haya acabado —dije.

Liberó la mano y me acarició el rostro.

—Eres joven, pero no del todo estúpido.

Fue una observación muy amable por su parte, pero lo cierto era que me sentía como un idiota. Debido a Wendy, por un lado, pero no era ese el único motivo. Me di cuenta que mi mente vagaba hacia aquellas malditas fotografías de la carpeta de Erin. Algo en ellas...

Annie volvió a tumbarse. La sábana se escurrió de sus pezones y sentí que renacía la excitación. Para algunas cosas tener veintiún años *era* realmente genial.

—Me divertí en la caseta de tiro. Había olvidado lo bueno que es, a veces, practicar con el ojo y la mano. Mi padre me puso un rifle en las manos por primera vez cuando tenía seis años. Era uno pequeño del calibre veintidós, de un solo disparo, pero me encantaba.

—¿Sí?

Sonreía.

—Sí. Era algo nuestro, algo que funcionaba. Resultó ser lo único. —Se incorporó sobre un codo—. Lleva vendiendo esa mierda de los fuegos del infierno y el azufre desde que era un adolescente, y no se trata de una cuestión de dinero; recibió de sus padres una ración triple de evangelismo rural, y no me cabe duda de

que cree cada palabra. Tiene una camioneta personalizada que costó cincuenta mil dólares, pero una camioneta no deja de ser una camioneta. Sigue desayunando panecillos con salsa de carne en Shoney's. Su idea del humor sofisticado es Minnie Pearl y Júnior Samples. Le encantan las canciones de infidelidades y ñaca-ñaca. Y adora sus armas. No me importa su estigma de Jesús y no me interesa tener una camioneta, pero las armas... las armas que pasó a su única hija. Pego unos tiros y me siento mejor. Un legado de mierda, ¿eh?

Permanecí en silencio, solo me levanté de la cama y abrí las Coca-Colas. Le di una.

—Es posible que tenga cincuenta armas en su residencia de Savannah, antigüedades valiosas la mayoría, y aquí hay otra media docena en la caja fuerte. Yo poseo dos rifles en mi casa de Chicago, aunque hasta hoy llevaba dos años sin disparar a un blanco. Si Mike muere... —Se llevó la botella al centro de la frente, como si intentara aliviar un dolor de cabeza—. *Cuando* Mike muera, mi primera tarea va a ser deshacerme de todas. La tentación sería demasiado fuerte.

—Mike no querría...

—No, claro que no, eso lo sé, pero él no lo es *todo*. Sería distinto si pudiera tener la misma fe que mi santurrón padre, si creyera que cuando muera encontraré a Mike esperándome en las puertas doradas para mostrarme el camino. Pero no. De niña me rompí los cuernos intentando creer en lo que predica y no fui capaz. Dios y el paraíso duraron aproximadamente cuatro años más que el Ratoncito Pérez, pero al final no fui capaz. Creo que solo hay oscuridad. Ni pensamiento, ni memoria, ni amor. Solo oscuridad. Olvido. Por eso me cuesta tanto aceptar lo que le está pasando a Mike.

—Mike sabe que hay algo más que olvido —dije.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Por qué piensas eso?

Porque ella estaba allí. Tu hijo la vio, la vio marcharse. Y porque ella dijo gracias. Y yo lo sé porque vi la diadema y porque Tom también la vio.

—Pregúntaselo —dije—. Pero no hoy.

Dejó la Coca-Cola a un lado y me estudió. Lucía la sonrisilla que esculpía hoyuelos en la comisura de su boca.

—Has tenido el segundo. Supongo que no estarás interesado en el tercero... ¿o sí?

Dejé mi Coca-Cola en el suelo.

—Pues a decir verdad...

Abrió sus brazos.

La primera vez fue penosa. La segunda vez estuvo bien. La tercera... cielos, la tercera vez fue sublime.



Esperé en el salón mientras Annie se vestía. Cuando bajó, volvía a llevar los vaqueros y el suéter. Pensé en el sujetador azul que llevaba debajo y que me parta un rayo si no volví a excitarme.

—¿Estamos bien? —preguntó.

—Sí, pero ojalá pudiéramos estar mejor.

—Sí, ojalá, pero es imposible que vaya a más. Si yo te gusto tanto como me gustas tú a mí, debes aceptarlo. ¿Crees que podrás?

—Sí.

—Bien.

—¿Cuánto tiempo os quedaréis aquí tú y Mike?

—¿Quieres decir si la casa no sale volando esta noche?

—No pasará nada.

—Una semana. Mike verá a una sucesión de especialistas en Chicago a partir del diecisiete y quiero que estemos instalados antes. —Respiró hondo—. Y concretar la visita de su abuelo. Tendrá que haber ciertas reglas básicas. Ni mencionar a Jesús, por ejemplo.

—¿Volveré a verte antes de que os marchéis?

—Sí. —Me rodeó con sus brazos y me besó. Un instante después se apartó—. Pero no así. Complicaría las cosas demasiado. Sé que lo entiendes.

Asentí. Lo entendía.

—Será mejor que te vayas ya, Dev. Y gracias. Ha sido maravilloso. Hemos reservado la mejor atracción para el final, ¿verdad?

Eso era cierto. No una atracción oscura, sino una luminosa.

—Ojalá pudiera hacer más. Por ti. Por Mike.

—Yo también —dijo—, pero el mundo en que vivimos no funciona así. Ven mañana a cenar si la tormenta no es demasiado fuerte. Mike se alegrará de verte.

Descalza y con sus vaqueros desteñidos, se la veía preciosa. Quise cogerla en brazos y levantarla y transportarla a un futuro brillante donde no existieran problemas.

En cambio, la dejé donde estaba.

*El mundo en que vivimos no funciona así*, había dicho, y cuánta razón tenía. Cuánta razón tenía.



A unos cien metros por Beach Row, en el lado de la carretera que no miraba al mar, había una pequeña aglomeración de establecimientos demasiado elegante para recibir el nombre de centro comercial: una tienda de alimentos de gourmet, un salón de belleza llamado Hair's Looking at You, una farmacia, una sucursal del banco Southern Trust y un restaurante llamado Mi Casa, donde sin duda se reunía para comer la élite de Beach Row. Ni siquiera les eché un vistazo al pasar en dirección a Heaven's Bay y a la pensión de la señora Shoplaw.

Si necesitaba alguna prueba de que yo no poseía el don que Mike Ross y Rozzie Gold compartían, ahí estaba.



*Vete pronto a la cama*, me había aconsejado Fred Dean, y así lo hice. Me tumbé con las manos detrás de la cabeza, escuchando el rumor de las olas como había hecho durante todo el verano, recordando el contacto de las manos de Annie, la firmeza de sus pechos, el sabor de su boca. Pensaba en sus ojos, más que nada, y en el abanico de su cabello sobre la almohada. No la amaba de la misma forma que había amado a Wendy —esa clase de amor, tan intenso y absurdo, solo surge una vez—, pero la amaba. Es posible que algún muchacho en algún lugar haya tenido una iniciación mejor en los misterios del sexo, pero ninguno tuvo jamás una más dulce. Finalmente, me dormí.



Fue un postigo suelto en el piso de abajo lo que me despertó. Eché mano al reloj de la mesilla de noche y vi que era la una menos cuarto. No creía que pudiera reconciliar el sueño hasta que aquel postigo dejara de dar golpes, así que me vestí y salí por la puerta, pero regresé a buscar el chubasquero que tenía en el armario. Una vez abajo, me detuve. Oí a la señora S serrando troncos, largos y ruidosos ronquidos que me llegaban desde el dormitorio principal situado al final del pasillo. No había golpe de postigo capaz de interrumpir su descanso.

Al final no necesité el chubasquero, al menos en aquel momento, porque no llovía aún. El viento era fuerte, sin embargo; debía de soplar ya a cuarenta kilómetros por hora. El rumor constante y bajo del oleaje se había transformado en un sordo rugido. Me pregunté si los cerebritos que predecían el tiempo habrían subestimado a Gilda, pensé en Annie y en Mike, solos en la casa playa abajo, y sentí un cosquilleo de inquietud.

Hallé el postigo suelto y lo cerré asegurando el gancho en la arandela. Volví adentro, subí las escaleras, me desvestí y me acosté otra vez. Esta vez el sueño no llegó. Había inmovilizado el postigo, pero nada podía hacer con el viento que gemía bajo los aleros (y que se convertía en un alarido amortiguado cada vez que

soplaba una ráfaga). Ahora que mi cerebro volvía a carburar, tampoco era capaz de desconectar.

*No es blanco, pensé.*

Eso no significaba nada para mí, pero deseaba que significara algo. Deseaba establecer una conexión con algo que había visto en el parque durante nuestra visita.

*Una sombra se cierne sobre ti, joven.*

Rozzie Gold, el día que la conocí. Me pregunté cuánto tiempo llevaría trabajando en Joyland y dónde habría trabajado antes. ¿Descendía ella de feriantes? Y, en realidad, eso ¿qué importaba?

*Uno de los dos posee la visión, pero no sé cuál.*

Yo sí lo sabía. Mike había visto a Linda Gray. La había liberado. Le había, como se suele decir, enseñado la puerta. La que ella no había sido capaz de encontrar por sí misma. ¿Por qué si no le había dado las gracias?

Cerré los ojos y vi a Fred en la Galería de Tiro, resplandeciente con su traje y su sombrero de copa. Vi a Lane ofreciendo a Annie uno de los rifles encadenados al mostrador.

Annie: *¿Cuántos disparos?*

Fred: *Diez por cargador. Tantos como desee, señora. Hoy es su día.*

Abrí los ojos de golpe cuando varias cosas vinieron a estrellarse en mi mente. Me incorporé y permanecí un momento escuchando el viento y el agitado oleaje. Después encendí la luz del techo y saqué la carpeta de Erin del cajón de mi escritorio. Volví a repartir las fotos por el suelo, con el corazón desbocado. Las imágenes eran buenas pero la luz no. Me vestí por segunda vez, metí todas las fotos atropelladamente en la carpeta e hice otro viaje al piso de abajo.

Una lámpara colgaba sobre la mesa de Scrabble en el centro del salón y sabía, por las numerosas noches que me habían pateado el culo, que proyectaba una luz muy brillante. Unas puertas correderas separaban el salón del pasillo que conducía a las dependencias de la señora S. Las cerré para que la luz no la molestara. Después, encendí la lámpara, puse la caja de Scrabble encima del televisor y expuse las fotos. Estaba demasiado turbado para sentarme. Me incliné en cambio sobre la mesa, colocando y reposicionando las fotografías. Estaba a punto de repetir la operación por tercera vez cuando mi mano se quedó petrificada. Lo vi. *Le vi*. No era una prueba que sostendría ante un tribunal, no, pero a mí me bastaba. Se me doblaron las rodillas, por lo que al final me senté.

El teléfono que tantas veces había usado para llamar a mi padre —anotando siempre la hora y la duración en la hoja de huéspedes al terminar— de repente sonó. Solo que en el ventoso silencio de la madrugada, fue más como un grito. Me

abalancé sobre el aparato y descolgué el auricular antes de que sonara el segundo timbrado.

—¿Ho-Ho-Hol...? —Fue todo cuanto logré articular. El corazón me palpitaba con demasiada fuerza.

—Eres tú —dijo la voz al otro extremo de la línea. Parecía divertido y agradablemente sorprendido—. Esperaba a tu casera. Hasta tenía una historia preparada sobre una emergencia familiar.

Traté de hablar. Sin éxito.

—¿Devin? —Mofándose. Jovial—. ¿Estás ahí?

—Eh... un segundo.

Me apoyé el teléfono en el pecho, preguntándome (es curioso cómo reacciona la mente cuando se ve sometida a una repentina tensión) si se oirían los latidos de mi corazón en el extremo opuesto de la línea. En el mío, permanecí atento a la señora Shoplaw. La oí, de hecho: el ruido sordo de sus continuados ronquidos. Era una suerte haber cerrado las puertas del salón, pero era aún mejor que no tuviera una extensión en su dormitorio. Volví a colocarme el teléfono en la oreja y dije:

—¿Qué quieres? ¿Por qué has llamado?

—Creo que lo sabes, Devin... y aunque no lo sepas, ahora ya es demasiado tarde, ¿verdad?

—¿Tú también eres médium? —Se trataba de una pregunta estúpida, pero en aquel momento daba la impresión de que mi cerebro y mi boca circulaban por vías separadas.

—Esa es Rozzie —dijo—. Nuestra Madame Fortuna. —Para colmo, se echó a reír. Parecía relajado, pero dudaba que lo estuviera. Los asesinos no llaman por teléfono en mitad de la noche si se encuentran relajados, especialmente cuando no pueden saber a ciencia cierta quién va a contestar.

*Pero tenía una excusa —pensé—. Este tipo es un Boy Scout, está loco pero siempre preparado. El tatuaje, por ejemplo. Es el tatuaje lo que atrae la atención cuando se miran las fotos. No la cara, ni la gorra de béisbol.*

—Sabía en qué andabas metido —dijo—. Lo sabía desde antes de que la muchacha te llevara la carpeta, la que estaba llena de fotos. Entonces hoy... con esa mami tan guapa y el niño tullido... ¿se lo has contado, Dev? ¿Te han ayudado a resolverlo?

—No saben nada.

Arreció el viento. Pude oírlo también al otro lado de la línea... como si él estuviera en la calle.

—Me pregunto si debería creerte.

—Sí, puedes fiarte de mí totalmente. —Bajé la vista a las fotos. El Señor Tatuaje con la mano en el trasero de Linda Gray. El Señor Tatuaje ayudándola a apuntar con la escopeta en la Galería de Tiro.

Lane: *Veamos su mejor versión de Annie Oakley, Annie.*

Fred: *¡Una tiradora de primera!*

El Señor Tatuaje con su pez-gorro y sus gafas oscuras y su perilla color rubio arena. Se distinguía el ave tatuada en la mano porque los guantes de piel habían permanecido en el bolsillo trasero del pantalón hasta que la pareja entró en la Casa Embrujada. Hasta que la tuvo en la oscuridad.

—Me pregunto... —volvió a decir—. Esta tarde has pasado mucho tiempo en esa vieja casona, Dev. ¿Estuvisteis hablando de las fotos que la Cook te trajo o solo te la follaste? Puede que las dos cosas. La mami está como un queso, para qué negarlo.

—No saben nada —repetí. Hablaba en voz baja y clavaba la mirada en las puertas cerradas del salón. Continuaba esperando que se abrieran y apareciera allí la señora S en camisón, un rostro espectral embadurnado de crema—. Ni yo tampoco. No hay nada que pueda probar.

—Es posible, pero sería solo una cuestión de tiempo. No se puede silenciar una campana una vez que ha sonado. ¿Conoces ese dicho?

—Sí, claro. —Mentía, pero en aquel momento habría asentido aunque hubiera declarado que Bobby Rydell (un artista que actuaba en Joyland una vez al año) era presidente.

—Esto es lo que vas a hacer. Vas a venir a Joyland y vamos a discutir esto cara a cara. De hombre a hombre.

—¿Por qué iba a acceder? Sería un disparate si eres quien creo...

—Oh, sabes que lo soy. —Sonaba impaciente—. Pero yo sé que si fueras a la policía, descubrirían que me enrolé en Joyland solo un mes después de la muerte de Linda Gray. Después me relacionarían con el show de Wellman y con la compañía Estrella del Sur, y entonces la pelota echaría a rodar.

—¿Y por qué crees que no avisaré a la policía ahora mismo?

—¿Sabes dónde estoy? —Su voz destilaba ira. No... más bien veneno—. ¿Sabes dónde estoy ahora mismo, hijo de puta metomentodo?

—En Joyland, seguramente. En administración.

—Incorrecto. Estoy en el centro comercial de Beach Row. Ese donde las putas ricas van a comprar sus macrobióticos. Putas ricas como tu novia.

Un dedo frío inició su descenso —un descenso muy lento— por mi espina dorsal desde la nuca hasta el trasero. Guardé silencio.

—Hay un teléfono de pago en el exterior de la farmacia. No es una cabina, pero está bien, porque no llueve todavía. Solo hace viento. Pues ahí es donde



estoy. Veo la casa de tu novia desde aquí. Hay una luz encendida en la cocina (seguro que la deja toda la noche), pero el resto de la casa está a oscuras. Si colgara ahora, tardaría sesenta segundos en llegar.

—¡Hay una alarma antirrobo! —Ni idea de si la había o no.

El hombre rió.

—A estas alturas, ¿crees que me importa una mierda? No impedirá que le raje la garganta. Pero antes la obligaré a mirar cómo me cargo al tullido.

*Pero no la violarás —pensé—. No la violarías ni aunque tuvieras tiempo. No creo que puedas.*

Estuve a punto de decirlo, pero me callé. Aun asustado como estaba, sabía que picarle en ese momento sería una pésima idea.

—Te has portado tan bien con todos ellos hoy... —comenté como un estúpido—. Las flores... los premios... las atracciones...

—Sí, toda esa mierda que les encanta a los paletos. Háblame de la vagoneta que salió de la Casa Embrujada. ¿Qué coño *pasó*?

—No lo sé.

—Yo creo que sí. Podríamos discutirlo, pero en Joyland. Conozco tu Ford, Jonesy. El faro izquierdo parpadea y llevas un molinillo en la antena. Si no quieres que me líe a rajar gargantas en esa casa, te vas a montar en él ahora mismo y vas a ir a Joyland por Beach Row.

—Yo...

—Cierra la boca cuando te esté hablando. Cuando pases por el centro comercial, me verás junto a una de las camionetas del parque. Tienes cuatro minutos para llegar aquí desde el momento en que cuelgue el teléfono. Si no te veo, mataré a la mujer y al crío. ¿Entendido?

—Yo...

—*¡Que si lo has entendido!*

—¡Sí!

—Te seguiré hasta el parque. No te preocupes por la verja; ya está abierta.

—Así que o me matas a mí o los matas a ellos. Tengo que elegir. ¿Es eso?

—¿Matarte? —La sorpresa que se manifestó en su voz parecía sincera—. No voy a matarte, Devin. Eso solo empeoraría mi situación. No, voy a esfumarme. No será la primera vez, ni probablemente la última. Solo quiero hablar. Quiero saber cómo me has pillado.

—Puedo contártelo por teléfono.

Estalló en carcajadas.

—¿Y estropearle la oportunidad de doblegarme y volver a ser Howie el Héroe? Primero la niñita, luego Eddie Parks, y la mamaíta y su mocoso tullido

para el emocionante climax final. ¿Cómo vas a renunciar a eso? —Dejó de reír—. Cuatro minutos.

—Yo...

Colgó. Bajé la mirada a las brillantes fotos. Abrí el cajón de la mesa de Scrabble, saqué una libreta y tanteé en busca del portaminas que Tina Ackerley siempre insistía en utilizar para anotar la puntuación. Redacté esta nota: *Señora S: Si está leyendo esto es que me ha pasado algo malo. Sé quién mató a Linda Gray. Y también a otras chicas.*

Escribí su nombre en letras mayúsculas.

Después salí corriendo hacia la puerta.



El motor de arranque de mi Ford giró y se quejó y no arrancó. Luego empezó a ralentizarse. Todo el verano me había estado diciendo a mí mismo que tenía que comprar una batería nueva y todo el verano había encontrado otras cosas en las que gastar mi dinero.

La voz de mi padre: *Lo estás ahogando, Devin.*

Levanté el pie del acelerador y permanecí sentado en la oscuridad. El tiempo parecía escurrirse a más y más velocidad. Una parte de mí quería correr adentro y llamar a la policía. No podía avisar a Annie porque no tenía su puto número de teléfono y, habida cuenta de quién era su padre, no aparecería en la guía. ¿Lo sabría él? Probablemente no, pero tenía la suerte del diablo. Siendo tan descarado como era, ya deberían haber pescado a ese asesino hijo de puta tres o cuatro veces, pero no. Porque tenía la suerte del diablo.

*Ella le oirá forzar la entrada y le pegará un tiro.*

Salvo que guardaba las armas en la caja fuerte, me había dicho. Aunque consiguiera coger una, casi seguro que encontraría al cabrón con la navaja de afeitar en la garganta de Mike cuando le hiciera frente.

Volví a girar la llave y, con el pie levantado del acelerador y el carburador lleno de gasolina, mi Ford arrancó de inmediato. Di marcha atrás por el camino de entrada y enfilé hacia Joyland. El círculo de neón rojo de la Carolina Spin y los picados de neón azul de la Thunderball destacaban sobre unas nubes bajas que se desplazaban velozmente. Las dos atracciones siempre permanecían encendidas las noches de tormenta, en parte para servir de faro a los barcos que estaban en el mar, en parte para advertir a las avionetas que volaran bajo con dirección al aeropuerto del condado de Parish.

Beach Row se hallaba desierta. Mantos de arena cruzaban la carretera con cada ráfaga de viento, algunas con la fuerza suficiente para zarandear mi coche.

Empezaban a formarse dunas en el macadán. A la luz de los faros, parecían los dedos de un esqueleto.

Cuando llegué al centro comercial, distinguí una figura solitaria de pie en el aparcamiento junto a una camioneta de mantenimiento de Joyland. Levantó una mano hacia mí al pasar y me dirigió un único gesto solemne.

La mansión victoriana en el lado de la playa era el siguiente edificio. En efecto, se divisaba una luz encendida en la cocina. Me pareció el fluorescente de encima del fregadero. Me acordé de Annie entrando en la estancia con el suéter en la mano. Su vientre bronceado. El sujetador casi del mismo color que sus vaqueros.

*¿Te gustaría venir arriba conmigo, Dev?*

Unas luces aparecieron en mi espejo retrovisor y se aproximaron. El vehículo circulaba con las largas y me impedían distinguirlo, pero no hacía falta. Sabía que era la camioneta de mantenimiento igual que había sabido que mentía cuando dijo que no me mataría. La nota que había dejado para la señora Shoplaw aún seguiría allí por la mañana. La leería, y también el nombre que había escrito. La cuestión radicaba en cuánto tiempo tardaría en darle crédito. Él era una persona encantadora, con su labia y sus rimas, su sonrisa triunfadora, su bombín ladeado.

En definitiva, todas las mujeres adoraban a Lane Hardy.



La verja estaba abierta, como prometió. La franqueé y me dispuse a aparcar delante de la ya entonces cerrada Galería de Tiro. Tocó el claxon una vez, muy brevemente, e hizo señales con las luces: *Sigue*. Lo repitió cuando llegué a la Spin. Apagué el motor del Ford, muy consciente de que quizá no volvería a arrancarlo jamás. El neón rojo del montacargas arrojaba un resplandor del color de la sangre sobre el salpicadero, los asientos y mi propia piel.

Los faros de la camioneta se apagaron. Oí que la portezuela se abría y se cerraba. Oí el viento soplando a través de los puntales de la noria; esa noche el ruido era el chillido de una arpía. Y venía acompañado de una vibración constante, casi sincopada. El eje de la noria, grueso como un árbol, temblaba.

El asesino de Linda Gray —y DeeDee Mowbray, y Claudine Sharp, y Darlene Stammacher— caminó hasta mi coche y tocó a la ventanilla con el cañón de una pistola. Con la mano libre me hizo un gesto para que saliera. Abrí la portezuela y bajé del vehículo.

—Dijiste que no me matarías. —Mi voz sonó tan débil como desfallecidas sentía las rodillas.

Lane sonrió con su encantadora sonrisa.

—Bueno... ya veremos hacia dónde nos lleva la corriente. ¿No crees?

Esa noche el bombín estaba ladeado hacia la izquierda y encasquetado con fuerza para que no saliera volando. El cabello, liberado de la coleta que lucía durante la jornada laboral, revoloteaba alrededor de su nuca. Arreció el viento y la Spin emitió un desdichado chirrido. El neón tembló y un parpadeante resplandor rojizo le cruzó el rostro.

—No te preocupes por el montacargas —dijo—. El viento podría derribarla si fuera de hierro macizo, pero sopla entre los puntales. Tú tienes otros asuntos de los que preocuparte. Háblame de la vagoneta de la Casa Embrujada. Es lo que de verdad quiero saber. ¿Cómo lo hiciste? ¿Con alguna especie de control remoto? Me interesan mucho esos artilugios. Son el futuro, en mi opinión.

—No había ningún artilugio.

No dio la impresión de oírme.

—Además, ¿con qué propósito? ¿Suponías que me espantaría? En tal caso, no hacía falta que te hubieras molestado. Ya estaba espantado.

—Lo hizo *ella* —anuncié. Ignoraba si eso era estrictamente cierto, pero no tenía intención de introducir a Mike en la conversación—. Linda Gray. ¿No la viste?

La sonrisa se extinguió.

—¿Eso es lo mejor que se te ocurre? ¿El cuento del fantasma en la Casa Embrujada? Tendrás que esforzarte un poco más.

De modo que había sido tan invisible para él como para mí. Sin embargo, sospecho que sabía que había *algo*. Nunca lo sabré con certeza, pero creo que esa fue la razón por la que se ofreció a ir a buscar a Milo. No nos quería cerca de la Casa Embrujada.

—Oh, sí, ella estaba allí. Vi su diadema. ¿Te acuerdas de que miré dentro? Estaba bajo el asiento.

Me atacó tan repentinamente que no tuve siquiera ocasión de levantar las manos para protegerme. El cañón de la pistola me golpeó en la frente y me abrió una brecha. Vi las estrellas. De inmediato la sangre se derramó sobre mis ojos y ocupó mi campo de visión. Retrocedí tambaleándome hasta la barandilla de la rampa que conducía a la Spin y me agarré para evitar caer al suelo. Me limpié la cara con la manga del chubasquero.

—No sé por qué te molestas en intentar asustarme con un cuento de campamento después de todo este tiempo —dijo—. No lo entiendo. Sabías lo de la diadema porque la viste en una foto de la carpeta que te trajo tu entrometida putita universitaria. —Esbozó una sonrisa. No tenía nada de encantadora; era todo dientes—. No engañes a un engañador, chaval.

—Pero... ¡si tú no viste la carpeta! —La respuesta surgió a partir de una sencilla deducción pese al tintineo en mi cabeza—. Fue Fred, ¿a que sí? Te lo

contó él.

—Sí. El lunes. Habíamos quedado para comer juntos en su despacho. Comentó que tú y tu putita universitaria estabais jugando a los detectives, aunque no lo expresó exactamente de ese modo. Le pareció bonito, pero a mí no, porque te vi quitarle los guantes a Eddie Parks cuando sufrió el ataque al corazón. Ahí es cuando me di cuenta de que estabais jugando a los detectives. Esa carpeta... Fred dijo que la puta tenía un montón de páginas de notas. Comprendí que solo era cuestión de tiempo que me relacionara con Wellman y con la Estrella del Sur.

Tuve la alarmante visión de Lane Hardy montándose en el tren con destino a Annandale con una navaja de afeitar en el bolsillo.

—Erin no sabe nada.

—Bueno, relájate. ¿Crees que voy a ir tras ella? Haz un esfuerzo y usa los sesos. Y entretanto empieza a andar. Por la rampa, estampa. Haremos un viaje en la cesta hasta donde el aire es rareza.

Me disponía a preguntarle si estaba chalado, pero a esas alturas esa pregunta habría resultado un poco estúpida, ¿no es cierto?

—¿Qué te hace sonreír, Jonesy?

—Nada —respondí—. ¿De veras quieres subir ahí arriba con lo que sopla el viento?

Sin embargo, el motor de la noria ya estaba en marcha. No me había percatado a causa del vendaval, las olas y el chirrido estremecedor del propio aparato, pero ahora que escuchaba, lo oí: un ruido persistente. Casi un ronroneo. Me vino a la cabeza una idea bastante obvia: probablemente planeaba apuntar la pistola hacia él una vez que hubiera acabado conmigo. Quizá pienses que se me debería haber ocurrido antes, porque así actúan muchos dementes; sucesos así se leen en el periódico continuamente. Quizá tengas razón. Sin embargo, recuerda: me encontraba sometido a una fuerte presión.

—La vieja Carolina es tan segura como una casa —dijo—. Subiría aunque el viento soplara a cien kilómetros por hora. Sopló con más fuerza cuando Carla rozó la costa hace dos años, y aguantó perfectamente.

—¿Cómo vas a ponerla en marcha si los dos estamos en la cesta?

—Entra y lo verás. O... —Levantó la pistola—. O puedo dispararte aquí mismo. Me da igual una cosa que otra.

Avancé por la rampa, abrí la puerta de la cesta situada en la plataforma y empezaba a montar cuando me detuvo.

—No, no, no —dijo—. Prefieres sentarte en la parte de fuera. La vista es mejor. Hazte a un lado, pringado. Y métete las manos en los bolsillos.

Lane me adelantó de costado, sin dejar de apuntarme. Más gotas de sangre me inundaron los ojos y resbalaron por mis mejillas, pero no me atreví a sacar una

mano del bolsillo para limpiarme. Advertí que el dedo doblado sobre el gatillo de la pistola había perdido todo su color. Se sentó en la parte de dentro de la cesta.

—Ahora tú.

Monté. No veía otra alternativa.

—Y cierra la puerta, que para eso está.

—Pareces el doctor Seuss —dije.

Hizo una mueca burlona.

—Las lisonjas no te llevarán a ningún sitio. Cierra la puerta o te meto una bala en la rodilla. ¿Crees que alguien lo oirá con este viento? Yo no.

Cerré la puerta. Cuando volví a mirarlo, empuñaba la pistola en una mano y unartilugio cuadrado de metal en la otra. Tenía una antena corta y gruesa.

—Te lo dije, adoro estos artilugios. Este es básicamente el mando de una puerta de garaje con un par de modificaciones. Envía una señal de radio. Se lo enseñé al señor Easterbrook esta primavera y le expliqué que sería perfecto para el mantenimiento de la noria cuando no hubiera un novato o un *gazonie* cerca para manejar los controles desde tierra. Me contestó que no podía utilizarlo porque no había sido aprobado por la comisión de seguridad del Estado. El viejo hijoputa era prudente. Iba a patentarlo. Supongo que ya es demasiado tarde. Cógelo.

Así lo hice. *Era* de verdad el mando de una puerta de garage. Marca Genie. Mi padre tenía uno casi exactamente igual.

—¿Ves el botón con una flecha hacia arriba?

—Sí.

—Apriétalo.

Coloqué el pulgar sobre el botón, pero no lo pulsé. El viento era fuerte a nivel del mar; ¿con cuánta más fuerza azotaría la cesta allá donde el aire era rareza? *¡Estamos volando!*, había gritado Mike.

—Apriétalo o te pego un tiro en la rodilla, Jonesy.

Pulsé el botón. El motor de la noria redujo una marcha al instante y nuestra cesta empezó a elevarse.

—Ahora lánzalo.

—¿Qué?

—Lánzalo o te reviento la rodilla y jamás volverás a bailar. Contaré hasta tres. Uno... D...

Arrojé el mando por encima del borde de la cesta. La noria subió y subió hacia la noche ventosa. A mi derecha vi las olas que batían contra la orilla, las crestas punteadas de espuma tan blanca que parecía fosforescente. A la izquierda, la tierra reposaba dormida en la oscuridad. Ni un solo juego de faros se movía por Beach Row. El viento silbaba racheado. Mi pelo, pringoso de sangre, aleteaba formando

mechones apelmazados. La cesta se balanceaba. Lane se lanzó hacia delante y hacia atrás, con lo que aumentó la oscilación... pero la pistola, ahora apuntando a mi costado, en ningún momento tembló. El neón rojo rielaba en el cañón.

—*Esta noche no parece una atracción para abuelas, ¿eh, Jonesy?* —gritó.

Desde luego que no. Esa noche la aburrida Carolina Spin era una atracción aterradora. Al alcanzar el punto más alto, una salvaje ráfaga de viento sacudió la noria con tanta violencia que oí el traqueteo de nuestra cesta en los soportes de acero que la sujetaban. El bombín de Lane salió volando y se perdió en la noche.

—¡Mierda! Bueno, siempre podré encontrar uno de repuesto.

*Lane, ¿cómo vamos a bajar?* Tenía la pregunta en la punta de la lengua, pero no la formulé. Temía que me contestara que no bajaríamos, que si la tormenta no desarmaba la Spin y no se cortaba la electricidad, continuaríamos dando vueltas y vueltas hasta que Fred llegara por la mañana. Dos hombres muertos en la montabobos de Joyland. Una situación que hacía mi siguiente movimiento bastante obvio.

Lane sonreía.

—Quieres quitarme la pistola, ¿eh? Te veo las intenciones en los ojos. Bueno, es como decía Harry el Sucio en aquella película: debes preguntarte si te sientes afortunado.

Descendíamos, la cesta aún se balanceaba, pero no tanto. Decidí que no me sentía afortunado.

—¿A cuántas has matado, Lane?

—No es asunto tuyo, coño. Y como la jodida pistola la tengo yo, creo que me corresponde a mí dirigir el interrogatorio. ¿Cuánto hace que lo sabes? Bastante, ¿no? Por lo menos desde que tu putita universitaria te enseñó las fotos. Lo único es que te lo guardaste para que el tullido pudiera disfrutar de su día en el parque. Un error, Jonesy. Un error de paleta.

—Lo he descubierto esta noche —respondí.

—Mentiroso, mentiroso, nariz de mocoso.

Pasamos peinando la rampa y volvimos a ascender.

*Lo más probable es que me dispare cuando estemos arriba. Después me empujará afuera, se arrimará a la puerta y saltará a la rampa cuando la cesta esté cerca del suelo. Correrá el riesgo de romperse una pierna o una clavícula.*

Yo apostaba por el escenario asesinato-suicidio, pero no hasta que satisficiera su curiosidad.

—Llámame estúpido si quieres, pero no me llames mentiroso —repliqué—. Cada vez que miraba las fotos no dejaba ver algo en ellas, algo que me resultaba familiar, pero hasta esta noche no fui capaz de determinar de qué se trataba. Era el sombrero. En las fotos llevabas una gorra de béisbol en lugar de un bombín, pero

la tenías ladeada en un sentido cuando tú y Linda Gray esperabais en la fila de las Whirly Cups, y en el otro cuando estabais en la Galería de Tiro. Miré el resto, aquellas en las que los dos aparecíais en segundo plano, y descubrí lo mismo. A un lado y a otro, a un lado y a otro. Te lo cambias de posición continuamente. Lo haces de manera inconsciente.

—¿Eso es todo? ¿Una puta gorra ladeada?

—No.

Estábamos alcanzando el punto más alto por segunda vez, pero calculé que había ganado al menos una vuelta más. Querría escuchar lo que faltaba. De pronto comenzó a llover, un fuerte chaparrón, como si se hubiera abierto el grifo de una ducha. *Por lo menos me lavará la sangre de la cara*, pensé. Cuando miré a Lane, noté que la sangre no era lo único que el agua se estaba llevando.

—Un día te vi sin el sombrero y pensé que tu pelo mostraba las primeras canas. —Casi gritaba para hacerme oír por encima del viento y la lluvia torrencial. Caía de lado, golpeándonos en la cara—. Ayer te vi limpiándote la nuca. Supuse que te habías ensuciado, pero esta noche, cuando me di cuenta del detalle de la gorra, empecé a pensar en el tatuaje falso del pájaro. Erin se fijó en que el sudor había corrido la tinta. Me imagino que a la policía se le pasó por alto.

Divisé mi coche y la camioneta de mantenimiento, creciendo en tamaño a medida que la Spin completaba la segunda vuelta. Más allá, algo grande —un retal de lona desprendido por el viento, quizá— avanzaba por Joyland Avenue.

—Pero no estabas limpiándote la mugre; era el tinte, que se había corrido, igual que le pasó al tatuaje. Igual que ahora; se te ha desteñido el pelo y te ha pringado todo el cuello. Lo que vi no eran canas; eran mechones *rubios*.

Se frotó el cuello y miró la mancha oscura en la palma de la mano. Casi arremetí contra él, pero levantó la pistola y me encontré frente a un ojo negro. Era pequeño pero aterrador.

—Antes *sí era* rubio —dijo—, pero debajo del tinte ya tengo casi todo el pelo gris. He vivido una vida muy estresante, Jonesy. —Sonrió con pesar, como si se tratara de una triste broma de la que ambos éramos objeto.

Ascendíamos de nuevo, y dispuse de un instante para pensar que la cosa que había visto volando por la pista central —lo que había tomado por un trozo de lona suelta— podría haber sido un vehículo con las luces apagadas. Era una loca esperanza, pero de todas formas me aferré a ella.

La lluvia nos fustigaba. El chubasquero temblaba. El cabello de Lane ondeaba como una bandera hecha jirones. Esperaba poder evitar que apretara el gatillo durante al menos una vuelta más. ¿Quizá dos? Posible pero improbable.

—En cuanto vencí mi reticencia a pensar en ti como en el asesino de Linda Gray (y no resultó fácil, Lane, después de la forma en que me acogiste y me



enseñaste los entresijos de todo), pude ver más allá de la gorra y las gafas de sol y la barba. Pude verte *a ti*. No trabajabas aquí...

—Conducía una carretilla elevadora en un almacén de Florence. —Frunció la nariz—. Un trabajo de paletos. Lo odiaba.

—Trabajabas en Florence, conociste a Linda Gray en Florence, pero lo conocías todo acerca de Joyland, aquí en Carolina del Norte, ¿verdad? Ignoro si eres feriante de feriantes, pero jamás has sido capaz de permanecer apartado de los espectáculos. Y cuando le sugeriste una pequeña excursión, ella aceptó.

—Yo era su novio secreto. La convencí de que tenía que ser así por el tema de la edad. —Sonrió—. Se lo tragó, como todas. Te sorprendería la cantidad de cosas que se tragan las jovencitas.

*Estás enfermo —pensé—. Eres un cabrón enfermo y demente.*

—La trajiste a Heaven's Bay, os alojasteis en un motel y después la mataste aquí en Joyland a pesar de que debías de saber que las Chicas Hollywood se pasaban el día corriendo de un lado a otro con sus cámaras. Pero tú eras más chulo que nadie. La audacia formaba parte de la diversión, ¿no? Seguro que sí. Lo hiciste en una atracción llena de coniles...

—Paletos —me corrigió. Otra ráfaga, la más fuerte hasta entonces, sacudió la noria, pero él no pareció notarlo. Por supuesto, ocupaba el asiento interior, donde las cosas estaban un poco más tranquilas—. Llámalos como lo que son. Son paletos, todos ellos. No ven nada. Es como si tuvieran los ojos conectados al agujero del culo en vez de al cerebro. Todo les entra por un lado y les sale por otro.

—El riesgo te excita, ¿a que sí? Por eso volviste y empezaste a trabajar aquí.

—No pasó ni un mes. —Su sonrisa se ensanchó—. Llevo todo este tiempo delante de sus narices. ¿Y sabes qué? Me he portado... ya me entiendes, bien... desde aquella noche en la Casa Embrujada. He dejado atrás todo lo malo. Podría haber seguido portándome bien. Me gusta estar aquí. Me estaba construyendo una vida. Tenía mi artilugio, y lo iba a patentar.

—Ya, pero creo que tarde o temprano habrías vuelto a caer.

Nos encontrábamos de nuevo en la cima. El viento y la lluvia nos acribillaban. Yo tiritaba y mis ropas chorreaban. Las mejillas de Lane estaban teñidas de negro. Zarcillos de tinte surcaban su piel.

*Su mente es así—pensé—. En el fondo, donde jamás sonríe.*

—No, me había curado. Tengo que liquidarte, Jonesy, pero solo por haber metido las narices donde no te llamaban. Es una pena, porque me caías bien. De veras.

Me dio la impresión de que decía la verdad, lo cual hacía la situación aún más horrible.

La cesta inició el descenso. Debajo de nosotros, el mundo, empapado de lluvia, era azotado por el viento. No había ningún vehículo con las luces apagadas, tan solo un trozo de lona que por un momento mi mente ansiosa había confundido con uno. La caballería no acudiría al rescate. Creerlo únicamente me conduciría a la muerte. Tendría que hacerlo yo solo, y la única oportunidad que tenía pasaba por enfurecerle. Enfurecerle *de verdad*.

—El riesgo te excita, pero la violación no. Creo que lo que tus novias secretas tienen entre las piernas te asusta tanto que se te encoge. ¿Qué haces después? ¿Te tumbas en la cama y te la cascás pensando en lo valiente que eres al matar a chicas indefensas?

—Cállate.

—Puedes fascinarlas, pero eres incapaz de follártelas.

El viento aulló; la cesta se balanceaba. Iba a morir y en aquel momento me importaba una mierda. No sabía hasta qué punto había logrado enfadarle, pero mi enfado valía por dos.

—¿Qué ocurrió para que seas así? —añadí—. ¿Tu madre te ponía una pinza en el pito cuando te meabas en la esquina? ¿Tu tío Stan te obligó a hacerle una mamada? ¿O fue...?

—¡Cállate de una vez! —Se puso en cuclillas, aferrándose a la barra de seguridad con una mano y apuntándome con la pistola con la otra. Un relámpago lo iluminó: ojos de demente, cabello lacio, boca en movimiento. Y la pistola—. ¡Cierra tu puta bo...!

—¡DEVIN, AGÁCHATE!

No pensé, simplemente actué. Se oyó como un latigazo, un ruido casi líquido en la noche tormentosa. La bala debió de pasarme rozando, pero ni la oí ni la sentí, como le ocurre a los personajes en las novelas. La cesta desfiló por el punto de embarque y divisé a Annie Ross de pie en la rampa con un rifle en las manos. La furgoneta estaba detrás de ella. El cabello revoloteaba alrededor de su pálido rostro.

Otra vez elevándonos. Miré a Lane. Se había quedado paralizado en cuclillas, con la boca entreabierta. Le corría tinte negro por las mejillas. Los ojos, vueltos hacia arriba, solo mostraban la mitad inferior del iris. La mayor parte de la nariz había desaparecido; una aleta colgaba sobre el labio superior, pero el resto de ella no era más que una carnicería roja alrededor de un agujero negro del tamaño de una moneda de diez centavos.

Se dejó caer en el asiento. Varios dientes delanteros se desprendieron de su boca. Le arranqué la pistola de la mano y la arrojé por encima de la cesta. Lo que sentía en aquel momento era... nada, salvo en alguna parte muy profunda de mí,

donde empezaba a vislumbrar que, después de todo, era posible que aquella noche no me tocara morir.

—Oh —musitó. Y después dijo—: Ah.

Entonces se desplomó hacia delante, apoyando la barbilla en el pecho. Tenía el aspecto de un hombre sopesando cuidadosamente sus opciones.

Cuando la cesta alcanzó el punto más alto de la noria, otro relámpago iluminó a mi compañero de asiento con un tartamudeo de fuego azul. Sopló el viento y la Spin gimió a modo de protesta. Volvimos a descender.

Desde abajo, casi perdidas en la tormenta:

—Dev, ¿cómo la paro?

Al principio pensé en indicarle que buscara el artilugio de control remoto, pero con la tormenta podría pasarse media hora escudriñando el suelo y aun así no localizarlo. Y aunque lo encontrara, era posible que se hubiera roto o estuviera hundido en un charco. Aparte, existía un método mejor.

—¡Ve al motor! —grité—. ¡Busca el botón rojo! ¡EL BOTÓN ROJO, ANNIE! ¡Es la parada de emergencia!

Pasé rápidamente por su lado, y reparé en que llevaba los mismos vaqueros y el suéter que antes, ambos ahora empapados y pegados al cuerpo. Sin abrigo, sin gorro. Había acudido a toda prisa y yo sabía quién la había enviado. Cuánto más simple habría resultado todo si Mike se hubiera concentrado en Lane desde un inicio. Pero Rozzie tampoco lo percibió nunca, pese a que lo conocía desde hacía años, y más tarde descubrí que Mike nunca se centró en Lane Hardy.

Ascendía una vez más. A mi lado, el cabello empapado de Lane goteaba lluvia negra en su regazo.

—¡Espera hasta que esté bajando!

—¿Qué?

No me molesté en repetirlo; el viento habría ahogado mis palabras. Solo me quedaba esperar que no pulsara el botón rojo mientras me encontrara en lo alto del aparato. Otro relámpago resplandeció cuando la cesta se aventuraba en lo peor de la tormenta, y esta vez vino acompañado del estampido de un trueno. Como reanimado por el estruendo —tal vez así había sido—, Lane levantó la cabeza y me miró. Mejor dicho: *intentó* mirarme; sus ojos habían recuperado su posición en las cuencas, pero ahora apuntaban en direcciones opuestas. Esa terrible imagen nunca ha abandonado mi mente y aún viene a mí en las ocasiones más extrañas: cruzando las cabinas de peaje en una autopista, bebiendo una taza de café con la CNN anunciando malas noticias, levantándome a hacer pis a las tres de la madrugada, que algún poeta u otro ha apodado con razón la hora del lobo.

Abrió la boca y brotó un torrente de sangre. Emitió un chirriante ruido insectil, como una cigarra horadando un árbol. Un espasmo lo sacudió. Sus pies

taconearon brevemente en el suelo de acero de la cesta. Se detuvieron y su cabeza volvió a caer hacia delante.

*Quédate muerto —rogué—. Por favor, quédate muerto esta vez.*

Mientras la Spin descendía, un relámpago alcanzó la Thunderball; por un breve instante vi encenderse los railes. *Podría haberme caído a mí*, pensé. La mayor ráfaga de viento hasta entonces zarandeó la cesta. Me sujeté como si mi vida dependiera de ello. Lane se desplomó como una gran muñeca de trapo.

Bajé la vista hacia Annie, cuyo pálido rostro miraba hacia arriba, entrecerrando los ojos para protegerlos de la lluvia. Estaba dentro del carril, de pie cerca del motor. Bien por el momento. Hice bocina con las manos.

—¡El botón rojo!

—¡Lo veo!

—¡Espera hasta que te avise!

La tierra se aproximaba. Me agarré a la barra. Cuando el difunto (o al menos esa era mi esperanza) Lane Hardy manejaba los controles, la Spin siempre se detenía con lentitud, y las cestas elevadas oscilaban suavemente. No tenía ni idea de cómo sería una parada de emergencia, pero estaba a punto de averiguarlo.

—¡Ahora, Annie! ¡Púlsalo ya!

Menos mal que me aferraba a la barra. Mi cesta se detuvo en seco a unos tres metros del punto de desembarque y aún a metro y medio por encima del suelo. La cesta se inclinó. Lane fue arrojado hacia delante, y la cabeza y el torso se desplomaron contra la barra. Sin pensar, lo agarré por la camisa y tiré de él hacia atrás. Una de sus manos cayó inerte sobre mi regazo y me la quité de encima con un gruñido de disgusto.

La barra se había quedado bloqueada, así que salí arrastrándome por debajo.

—¡Ten cuidado, Dev!

Annie estaba junto a la cesta, extendiendo hacia arriba las manos, como para atraparme. Había apoyado el rifle que había usado para acabar con la vida de Hardy en la caseta del motor.

—Da un paso atrás —dije, y pasé una pierna por encima del borde de la cesta.

Más relámpagos resplandecieron. El viento aulló y la Spin le respondió con idéntico sonido. Me agarré a una de las vigas y me balanceé hacia fuera. Mis manos resbalaron del metal mojado y caí. Aterricé de rodillas. Un momento después, Annie tiraba de mí para ayudarme a ponerme en pie.

—¿Estás bien?

—Sí.

Pero no lo estaba. El mundo flotaba y estaba a un tris de desmayarme. Agaché la cabeza, me agarré las piernas por encima de las rodillas y respiré hondo. Por un

instante me debatí en uno y otro sentido, pero entonces los objetos empezaron a solidificarse. Me enderecé, con cuidado de no moverme demasiado rápido.

Resultaba difícil afirmarlo lloviendo a cántaros, pero estaba bastante seguro de que Annie lloraba.

—Tuve que hacerlo. Porque iba a matarte, ¿verdad? Por favor, Dev, dime que iba a matarte. Mike *dijo* que sí...

—Puedes dejar de preocuparte por eso, créeme. Y yo no habría sido el primero. Mató a cuatro mujeres. —Pensé en las especulaciones de Erin sobre los años en los que no había habido ningún cadáver... ninguno descubierto, al menos —. Quizá más. Seguramente más. Tenemos que llamar a la policía. Hay un teléfono en...

Me asió por el brazo cuando me disponía a señalar hacia la Mansión de los Espejos Misteriosos.

—No, no puedes. Todavía no.

—Annie...

Bruscamente, arrimó su cara a la mía, casi a distancia de beso, aunque besarnos era lo último en lo que pensaba.

—¿Cómo he llegado aquí? ¿Qué se supone que voy a contar a la policía? ¿Que un fantasma se apareció en mitad de la noche en el cuarto de mi hijo y le dijo que morirías en la noria si yo no venía? Mike tiene que quedar al margen de este asunto, y si me dices que me estoy portando como una madre sobreprotectora, yo... yo misma te mataré.

—No, no voy a decirte eso.

—Entonces, ¿cómo he llegado aquí?

Al principio no supe cómo proceder. Hay que recordar que seguía asustado. Solo que «asustado» se queda corto para describirlo. «Asustado» no se acerca ni remotamente. Me encontraba conmocionado. En vez de ir a la Mansión Misteriosa, la guíé hasta la furgoneta y la ayudé a sentarse al volante. Rodeé el vehículo y monté por el otro lado. Para entonces se me había ocurrido una idea. Poseía la virtud de la simplicidad y parecía plausible. Cerré la puerta y saqué mi cartera del bolsillo. Casi la dejé caer al suelo al abrirla; temblaba como loco. Dentro había un montón de papeles donde escribir, pero no tenía nada con que escribir.

—Por favor, Annie, dime que llevas un bolígrafo o un lápiz.

—Puede que en la guantera. Tendrás que llamar tú a la policía, Dev. Yo debo volver con Mike. Si me arrestan por abandonar el escenario del crimen o lo que sea... o por asesinato...

—Nadie va a arrestarte, Annie. Me has salvado la vida.

Hurgaba en la guantera a la vez que hablaba. Había un manual de propietario, pilas de recibos de gasolina, un frasco de antiácido Roloids, una bolsa de M&Ms, incluso un panfleto de los Testigos de Jehová que preguntaba si sabía dónde iba a pasar la vida eterna, pero ningún bolígrafo ni lápiz.

—No puedes esperar... en una situación así... es lo que me enseñaron... — Sus palabras brotaban entrecortadas porque le castañeteaban los dientes—. Apuntar... y apretar el gatillo... antes de que puedas... ya sabes... cuestionarte lo que... estás haciendo... Iba dirigido... entre los ojos, pero... el viento... supongo que el viento...

Su mano salió disparada y me agarró por el hombro con tanta fuerza que me dolió. Sus ojos se abrieron desmesuradamente.

—¿Te dio a ti también, Dev? ¡Tienes una brecha en la frente y sangre en la camisa!

—Tú no me diste. Me golpeó con la pistola, eso es todo. Annie, aquí no hay nada para escribir...

Pero ahí estaba: un bolígrafo en el fondo de la guantera. Impreso en el tubo, descolorido pero aún visible, se leía un eslogan publicitario de los supermercados Kroger. No declararé que aquel artículo de propaganda ahorró serios problemas con la policía a Annie y a Mike Ross, pero sé que les evitó un montón de preguntas sobre los motivos que habían conducido a Annie hasta Joyland en una noche tan oscura y tormentosa.

Le entregué el bolígrafo y una de las tarjetas comerciales que guardaba en mi cartera, con la cara en blanco hacia arriba. Antes, sentado en mi coche y con un miedo atroz a acarrear la muerte de Annie y Mike por no haber comprado una batería nueva, había pensado en volver a entrar en la casa y avisarla... solo que no tenía su número de teléfono. Ahora, le indiqué que lo anotara.

—Y escribe debajo: *Llama si hay un cambio de planes.*

Entretanto, arranqué el motor de la furgoneta y encendí la calefacción a tope. Me devolvió la tarjeta. La introduje en mi cartera, me guardé esta en el bolsillo, y arrojé el bolígrafo al interior de la guantera. La abracé y le di un beso en la mejilla fría. El temblor no cesó, pero se calmó.

—Me has salvado la vida —dije—. Ahora, asegurémonos de que no os pase nada ni a ti ni a Mike a causa de lo que has hecho. Escucha con atención.

Escuchó.



Seis días más tarde, el veranillo de San Miguel retornó a Heaven's Bay para un breve y último encuentro. Hacía un tiempo perfecto para un almuerzo al final del paseo de madera de los Ross, solo que no pudimos tomarlo allí. Periodistas y

fotógrafos mantenían una estrecha vigilancia. Les estaba permitido porque, a diferencia de la hectárea que rodeaba la mansión victoriana, la playa era de dominio público. La historia de cómo Annie había abatido de un solo disparo a Lane Hardy (conocido a partir de entonces y para siempre como el Asesino de la Feria) se difundió por todo el país.

No es que los artículos fueran malos. Todo lo contrario. El titular del periódico de Wilmington decía **LA HIJA DEL EVANGELISTA BUDDY ROSS CAZA AL ASESINO DE LA FERIA**. El *Post* de Nueva York era más sucinto: **¡MADRE HEROÍNA!** Ayudó que existían fotos de archivo de la juventud de Annie donde se la veía no solo preciosa sino espectacularmente hermosa. El *Inside View*, el panfleto de supermercado más popular por aquel entonces, publicó un suplemento. Habían desenterrado una fotografía de Annie a los diecisiete años, tomada tras una competición de tiro en el Campamento Perry. Enfundada en unos vaqueros ajustados, con una camiseta de la Asociación Nacional del Rifle y unas botas camperas, posaba con una antigua escopeta Purdey abierta sobre un brazo y sosteniendo una cinta azul en la mano libre. Junto a la chica sonriente se mostraba una foto policial de Lane Hardy, a quien habían arrestado en San Diego —bajo su nombre real, que era Leonard Hopgood— por exhibicionismo. Las dos imágenes formaban un contraste tremendo. El titular: **LA BELLA Y LA BESTIA**.

Como yo era un héroe menor, recibí cierta atención en los periódicos de Carolina del Norte, pero en los tabloides apenas me mencionaron. Supongo que no era lo bastante atractivo.

Mike consideraba que tener una **MADRE HEROÍNA** era guay. Annie aborrecía todo ese circo y estaba impaciente por que la prensa pasara a la siguiente gran noticia. Ya había recibido toda la cobertura mediática que necesitaba en los días en que había sido la hija rebelde del santón, famosa por bailar en las barras de varios garitos en Greenwich Village. Por tanto, no concedió entrevistas, y disfrutamos de nuestro picnic de despedida en la cocina. Finalmente fuimos cinco, porque Milo se situó bajo la mesa, con la esperanza de pillar algunas sobras, y Jesús —en la cara de la cometa de Mike— estaba apoyado en la silla adicional.

Sus maletas ocupaban el vestíbulo. Cuando termináramos de comer, los trasladaría al Aeropuerto Internacional de Wilmington. Volarían a Chicago en un jet privado, fletado por la Buddy Ross Ministries Incorporated, y saldrían así de mi vida. El Departamento de Policía de Heaven's Bay (por no mencionar a la policía estatal de Carolina del Norte y quizá incluso al FBI) sin duda tendría más preguntas que hacerle, y Annie probablemente volvería en algún momento para testificar ante un gran jurado, pero estaría bien. Era la **MADRE HEROÍNA**. Gracias al bolígrafo promocional de Kroger que encontré en la guantera de la furgoneta,

jamás se publicaría una foto de Mike en el *Post* bajo el titular ¡SALVADOR VIDENTE!

Nuestra historia era simple, y Mike no jugaba ningún papel. Me había interesado en el asesinato de Linda Gray a causa de la leyenda de que su fantasma rondaba la Casa Embrujada de Joyland. Había reclutado como ayudante a mi amiga Erin Cook, compañera de trabajo durante el verano que poseía buenas aptitudes para la investigación. Las fotografías de Linda Gray y su asesino me habían recordado a alguien, pero no fue hasta después de la visita de Mike al parque que la pieza del rompecabezas encajó. Antes de poder avisar a la policía, Lane Hardy me llamó y amenazó con matar a Annie y a Mike si no iba a Joyland inmediatamente. Todo verdad y solo una mentirijilla: tenía el número de teléfono de Annie para poder llamarla en caso de que los planes para la excursión de Mike al parque cambiaran. (Le enseñé la tarjeta al detective encargado del caso, que apenas le echó un vistazo.) Declaré que había llamado a Annie desde la pensión de la señora Shoplaw antes de salir, diciéndole que asegurara las puertas, avisara a la policía y permaneciera en la casa. Me obedeció respecto a cerrar con llave las puertas, pero no llamó a la policía ni se quedó esperando. Le aterrorizaba la idea de que Hardy me matara si veía las luces azules de los coches patrulla. Así que cogió una de las armas de la caja fuerte y siguió a Lane con los faros apagados, con la esperanza de sorprenderlo. Y así fue. Por tanto, MADRE HEROÍNA.

—¿Cómo se ha tomado tu padre este asunto, Dev? —preguntó Annie.

—¿Aparte de prometer que irá a Chicago y te lavará, si quieres, el coche de por vida? —Lanzó una carcajada, pero mi padre realmente lo había dicho—. Se encuentra bien. Regresaré a New Hampshire el próximo mes. Pasaremos Acción de Gracias juntos. Fred me ha pedido que me quede hasta entonces, para ayudarlo a cerrar el parque, y he accedido. Me vendrá bien el dinero.

—¿Para la universidad?

—Sí, supongo. Volveré para el semestre de primavera. Papá me va a enviar una solicitud.

—Bien. Es donde debes estar, no pintando cacharros y cambiando bombillas en un parque de atracciones.

—Vendrás a vernos a Chicago, ¿verdad? —preguntó Mike—. O sea, antes de que me ponga demasiado enfermo.

Annie se movió intranquila, pero calló.

—No tengo más remedio —respondí, y señalé la cometa—. ¿Cómo si no iba a devolverte eso? Dijiste que solo era un préstamo.

—A lo mejor llegas a conocer al abuelo. Aparte de estar loco por Jesús, es bastante majo. —Miró a su madre de reojo—. Bueno, *a mí sí* me lo parece. En el sótano tiene un tren eléctrico colosal.



—Tal vez tu abuelo no quiera verme, Mike —repliqué—. Casi meto a tu madre en un lío del copón.

—Sabrá que no era tu intención. Tú no tenías la culpa de trabajar con ese tipo. —Mike puso cara de preocupación. Dejó su sandwich, se tapó la boca con una servilleta y tosió—. El señor Hardy parecía muy simpático. Nos llevó en los cacharos.

*Muchas chicas también pensaron que era muy simpático, pensé.*

—¿Nunca tuviste... una vibración sobre él?

Mike sacudió la cabeza y tosió un poco más.

—No. Me caía bien. Y creo que yo también a él.

Me acordé de Lane en la Carolina Spin, cuando se refirió a Mike como «el mocoso tullido».

Annie puso una mano en la varita mágica del cuello de Mike y dijo:

—Algunas personas ocultan sus verdaderas caras, cariño. A veces se distinguen sus máscaras, pero no siempre. Hasta la gente con gran intuición puede ser engañada.

Había ido allí a comer, y para trasladarlos al aeropuerto, y para decir adiós, pero además tenía otra razón.

—Quiero preguntarte algo, Mike. Es sobre el fantasma que te despertó para decirte que yo corría peligro en el parque. ¿Te parece bien? ¿Te afectará?

—No, pero no es como los que salen en la tele. No se apareció ninguna figura blanca translúcida, esas que flotan y van haciendo *uuuuh-uuuuh*. Me desperté... y el fantasma estaba ahí, sentado en la cama como si fuera una persona real.

—Ojalá no hubieras sacado ese tema —dijo Annie—. Quizá no le afecte a él, pero segurísimo que a mí me altera.

—Solo me queda una pregunta más y luego lo dejaré estar.

—Bien. —Empezó a despejar la mesa.

El martes llevamos a Mike a Joyland. En la madrugada del miércoles, no mucho después de la medianoche, Annie disparó a Lane Hardy en la Carolina Spin, acabando así con su vida y salvando la mía. Dediqué el día siguiente a responder al interrogatorio de la policía y a dar esquinazo a los reporteros. Entonces, el jueves por la tarde, Fred Dean vino a verme. Su visita no guardaba relación con la muerte de Lane Hardy.

Aunque intuía que sí.

—Esto es lo que quiero saber, Mike. ¿Fue la chica de la Casa Embrujada? ¿Fue ella la que se te apareció y se sentó en tu cama?

Mike abrió los ojos como platos.

—¡Hala, no! Ella se ha ido y, cuando se van, no creo que puedan volver jamás. Era un hombre.



En 1991, poco después de cumplir sesenta y tres años, mi padre sufrió un ataque al corazón bastante grave. Pasó una semana en el Hospital General de Portsmouth y luego lo mandaron a casa con una serie de severas advertencias: vigilar su dieta, perder diez kilos, suprimir el cigarro de la noche. Mi padre era uno de esos raros sujetos que siguen a rajatabla las órdenes del médico; en el momento de escribir estas líneas, tiene ochenta y cinco años y, salvo por una cadera maltrecha y la vista turbia, aún estaba listo para presentar batalla.

En 1973, las cosas eran distintas. Según mi nuevo ayudante de investigación (Google Chrome), en aquel entonces el ingreso hospitalario medio era de dos semanas, la primera en la Unidad de Cuidados Intensivos, la segunda en la planta de recuperación cardíaca. Eddie Parks debió de mostrar una evolución favorable en la UCI, porque mientras Mike recorría Joyland ese martes, Eddie estaba siendo trasladado a una planta inferior. Fue entonces cuando sufrió el segundo infarto.

Murió en el ascensor.



—¿Qué te dijo? —le pregunté a Mike.

—Que tenía que despertar a mi madre y hacer que fuera al parque enseguida, porque un hombre malo iba a matarte.

¿Había llegado este aviso mientras estaba yo al teléfono con Lane en el salón de la señora Shoplaw? No podía haber sido mucho más tarde; de lo contrario, Annie no habría logrado intervenir a tiempo. Pregunté, pero Mike no lo sabía. Tan pronto como el fantasma se fue —así lo expresó Mike; no desapareció, no salió por la puerta ni usó la ventana, simplemente *se fue*— había pulsado el intercomunicador situado junto a su cama. Cuando Annie contestó a la llamada, el chico se había puesto a gritar.

—Ya basta —ordenó Annie en un tono que no admitía negativa. Estaba plantada junto al fregadero con las manos en las caderas.

—No importa, mamá. —*Cof-cof*—. De veras. —*Cof-cof-cof*.

—Tu madre tiene razón —convine—. Ya es suficiente.

¿Se le apareció Eddie a Mike por haber yo salvado la vida a ese viejo cascarrabias? Resulta difícil comprender las motivaciones de aquellos que han Seguido Adelante (frase de Rozzie, las mayúsculas siempre implícitas en las palmas levantadas y hacia arriba), pero lo dudaba. Su indulto duró solo una semana, después de todo, y desde luego no pasó esos últimos días en el Caribe siendo atendido por bellezas en topless. Sin embargo...

Había ido a visitarlo y, a excepción quizá de Fred Dean, yo había sido el único que lo hizo. Incluso le llevé una foto de su ex mujer. Bueno, sí, la había llamado miserable hija de puta y refunfuñona; quizá fuera cierto, pero al menos yo había hecho el esfuerzo. Al final, también él. Por la razón que fuese.

De camino al aeropuerto, Mike, que iba sentado atrás, se inclinó hacia delante y comentó algo más.

—¿Quieres saber algo curioso, Dev? Ni una sola vez te llamó por tu nombre. Te llamaba chaval. Supongo que se imaginó que yo sabría a quién se refería.

Lo mismo suponía yo.

Jodido Eddie Parks.



Estos sucesos ocurrieron hace mucho tiempo, durante un año mágico en el que el petróleo se vendía a once dólares el barril. El año en que me partieron el corazón. El año en que perdí mi virginidad. El año en que evité que una linda niñita se asfixiara y que un viejo antipático muriera de un ataque al corazón (del primero, al menos). El año en que un psicópata casi me mató en una noria. El año en que quise ver un fantasma y no lo conseguí... aunque imagino que al menos hubo uno que me vio a mí. Aquel también fue el año en que aprendí a hablar un lenguaje secreto y a bailar el Hokey Pokey con un disfraz de perro. El año en que descubrí que existen cosas peores que perder a una chica.

El año en que tenía veintiuno y aún estaba verde.

El mundo me ha brindado una buena vida desde entonces, no lo negaré, pero a veces, sin embargo, lo odio. Dick Cheney, ese apologista de la tortura y durante demasiado tiempo predicador jefe de la Santa Iglesia de Cuanto Haga Falta, recibió un corazón nuevo mientras yo escribía esta historia; ¿qué te parece? Ha sobrevivido mientras que otros han muerto. Personas talentosas como Clarence Clemons. Personas inteligentes como Steve Jobs. Personas decentes como mi viejo amigo Tom Kennedy. En general, uno se acostumbra. No queda más remedio. Como W. H. Auden apuntó, la Parca se lleva al que nada en oro, al mar de gracioso y a aquellos bien dotados. Sin embargo, no es ahí donde el poeta inicia su lista. La inicia con el inocente muchacho.

Lo que nos conduce a Mike.



Alquilé un sórdido apartamento fuera del campus cuando regresé a la universidad en el semestre de primavera. Una noche fría de finales de marzo, mientras preparaba un sofrito para mí y para la chica por la que estaba más o menos loco, sonó el teléfono. Contesté con mi habitual estilo guasón.

—Wormwood Arms, aquí Devin Jones, propietario.

—¿Devin? Soy Annie Ross.

—¡Annie! ¡Vaya! Espera un segundo, que bajo el volumen de la radio.

Jennifer —la chica por la que yo estaba más o menos loco— me dirigió una mirada inquisitiva. Le dediqué un guiño y una sonrisa y levanté el teléfono.

—Estaré allí dos días después de que empiecen las vacaciones de primavera, y puedes decirle que es una promesa. Voy a comprar el billete la semana que vi...

—Dev. Para. Para.

Detecté el aturdido pesar en su voz y toda mi alegría por su llamada se hundió en el horror. Apoyé la frente en la pared y cerré los ojos. Lo que realmente deseaba cerrar era el oído contra el que presionaba el teléfono.

—Mike murió anoche, Dev. Le... —Le tembló la voz. Cuando se calmó, prosiguió—: Le sobrevino una fiebre hace dos días y el médico nos dijo que deberíamos ingresarlo en el hospital. Solo para estar seguros, dijo. Parecía que ayer ya estaba mejor. Tosía menos. Se sentaba a ver la tele. Hablaba sobre no sé qué torneo de baloncesto. Entonces... por la noche...

Se detuvo. Podía oír la aspereza en su respiración mientras intentaba recobrar el dominio de sí misma. Yo también lo intentaba, pero las lágrimas habían empezado a fluir. Eran cálidas, casi abrasadoras.

—Fue muy repentino —dijo. Entonces, con un hilo de voz añadió—: Se me parte el corazón.

Una mano se posó sobre mi hombro. Jennifer. La cubrí con la mía. Me pregunté quién habría en Chicago para poner una mano en el hombro de Annie.

—¿Está tu padre ahí?

—No, en una cruzada. En Phoenix. Viene mañana.

—¿Y tus hermanos?

—George está aquí ahora. Phil se supone que llegará en el último vuelo de Miami. George y yo estamos en el... sitio. El sitio donde... No puedo verlo. Aunque sea lo que él quería. —Ahora lloraba desconsoladamente. No tenía ni idea de qué hablaba.

—Annie, ¿hay algo que pueda hacer? Cualquier cosa. Lo que sea.

Me lo explicó.



Terminemos en un día soleado de abril de 1974. Terminemos en aquel tramo de playa en Carolina del Norte que se extiende entre la ciudad de Heaven's Bay y Joyland, un parque de atracciones que cerraría sus puertas dos años más tarde; los grandes parques finalmente lo condujeron a la bancarrota a pesar de todos los esfuerzos de Fred Dean y Brenda Rafferty por salvarlo. Terminemos con una

mujer hermosa con unos vaqueros desteñidos y un muchacho con una sudadera de la Universidad de New Hampshire. El muchacho tiene algo en una mano. Tendido al final del paseo de madera, con el hocico apoyado en una pata, hay un jack russell terrier que da la impresión de haber perdido su anterior energía. En la mesa de picnic, donde una vez la mujer sirvió batidos de fruta, hay una urna de cerámica. Parece una especie de jarrón que ha extraviado su ramo de flores. No vamos a terminar exactamente donde empezamos, pero bastante cerca.

Bastante cerca.



—He vuelto a reñir con mi padre —dijo Annie—, y esta vez no hay ningún nieto que nos mantenga unidos. Cuando regresó de su maldita cruzada y descubrió que Mike había sido incinerado, se puso furioso. —Sonrió lánguidamente—. Si no se hubiera quedado para su maldito último resurgimiento, puede que me hubiera disuadido. Seguramente.

—Pero es lo que Mike quería.

—Una petición de lo más extraña para un niño, ¿verdad? Pero sí, lo dejó muy claro. Y los dos sabemos por qué.

Sí. Lo sabíamos. El último momento bueno siempre llega y, cuando se vislumbra la oscuridad avanzando sigilosamente hacia uno, te aferras a aquello que fue brillante y bueno. Te aferras como si tu vida dependiera de ello.

—¿Llegaste a pedirle a tu padre...?

—¿Que viniera? En realidad sí. Es lo que Mike habría querido. Pero se negó a participar en lo que llamó «una ceremonia pagana». Y me alegro. —Me asió de la mano—. Esto es para nosotros, Dev. Porque nosotros estábamos aquí cuando fue feliz.

Me llevé su mano a los labios, la besé, le di un suave apretón y la solté.

—Le debo la vida tanto como a ti, ¿sabes? Si no se hubiera despertado... con que solo hubiera vacilado un poco...

—Lo sé.

—Sin Mike, Eddie no habría podido hacer nada por mí. Yo no veo fantasmas ni los oigo. Mike era el médium.

—Me resulta difícil —dijo ella—. Es... tan difícil desprenderse, aunque quede tan poco de él.

—¿Estás segura de que quieres pasar por esto?

—Sí. Mientras aún pueda.

Cogió la urna de la mesa de picnic. Milo alzó la cabeza para mirarla y después volvió a apoyarla en la pata. No sé si comprendería que los restos de Mike se

encontraban dentro, pero desde luego sabía que Mike se había ido, seguro; lo sabía condenadamente bien.

Extendí la cometa Jesús con el reverso mirando hacia Annie. Allí, de acuerdo a las instrucciones de Mike, había acoplado con cinta adhesiva un pequeño bolsillo, de tamaño suficiente para albergar quizá media taza de fina ceniza gris. Lo mantuve abierto mientras Annie inclinaba la urna. Cuando el bolsillo estuvo lleno, plantó el recipiente en la arena entre sus pies y alargó las manos. Le entregué el carrete de bramante y me volví hacia Joyland, donde la Carolina Spin dominaba el horizonte.

*¡Estoy volando!*, había exclamado aquel día, levantando los brazos por encima de la cabeza. Ningún aparato ortopédico para sostenerle entonces, ninguno ahora. Creo que Mike había sido mucho más sabio que su beato abuelo. Más sabio que todos nosotros, quizá. ¿Ha existido en toda la historia algún niño minusválido que no anhelara volar, aunque solo fuera por una vez?

Miré a Annie. Indicó con un asentimiento de cabeza que estaba preparada. Levanté la cometa y la dejé libre. Se elevó de inmediato en la fría brisa del océano. Seguimos su ascenso con la mirada.

—Tu turno —dijo, y extendió las manos—. Esta parte te toca a ti, Dev. Eso dijo él.

Cogí el carrete, sintiendo el tirón de la cometa que, ahora viva, se elevaba sobre nosotros, cabeceando de un lado a otro en el azul del cielo. Annie recogió la urna y descendió con ella la pendiente arenosa. Supongo que la vació al borde del océano, pero yo observaba la cometa, y en el momento en que vi una fina serpentina gris de ceniza que escapaba de ella, transportada por la brisa, dejé ir la cuerda. Observé cómo la cometa liberada subía, y subía, y subía. Mike habría querido ver qué altura alcanzaría antes de desaparecer, y yo también.

Yo también quería verlo.

*24 de agosto de 2012*

## Nota del autor

Los puristas de las ferias (estoy seguro de que los hay) estarán ahora mismo preparándose para escribirme e informarme, con mayor o menor grado de indignación, de que gran parte de lo que yo denomino «el Habla» no existe: que nunca se ha llamado «coniles» a los paletos, por ejemplo, ni «puntazos» a las chicas bonitas. Dichos puristas tendrían razón, pero pueden ahorrarse sus cartas y mensajes. Amigos, por algo lo llaman ficción.

En cualquier caso, muchas de las expresiones utilizadas aquí forman parte de la lengua del feriante, una jerga rica y divertida. La noria era conocida como «montapánfilos»; las atracciones para niños, como «zamperlas» (por el fabricante Zamperla); cuando se abandonaba un pueblo a toda prisa, se decía, efectivamente, «quemar la parcela». Estos constituyen solo una pequeña muestra. Estoy en deuda con Wayne N. Keyser, autor de *The Dictionary of Carny, Circus, Slideshow & Vaudeville Lingo*. Se encuentra colgado en internet. Puedes visitarlo y consultar un millar de términos. Quizá más. Además, ofrece la posibilidad de encargar su libro, *On the Midway*.

Charles Ardai ha editado esta novela. Gracias, amigo.

STEPHEN KING



STEPHEN EDWIN KING. Nació en Portland (EEUU) en 1947. Se ganó el favor de la crítica con su primera novela, *Carrie* (1974), a la que seguirían *El resplandor* (1977), que le valió un gran prestigio internacional, *It* (1986), *Misery* (1987), *Insomnio* (1994) y *22/11/63*, por mencionar sólo algunos de sus mayores éxitos.

Su estilo efectivo y directo, unido a su gran capacidad para destacar los aspectos más inquietantes de la cotidianidad, le han convertido en el especialista de literatura de terror (aunque ha realizado también incursiones en el género fantástico y de ciencia ficción) más vendido de la historia. Autor a su vez de relatos y guiones para la televisión, muchas de sus novelas han sido llevadas al cine.

Tras la separación de sus padres, se crió bajo la custodia materna. Pasó parte de su infancia en Fort Wayne (Indiana) con sus abuelos paternos, y parte en Stratford (Connecticut). A los once años de edad se trasladó con su madre a Durham (Maine), donde ella trabajaba como cocinera en una residencia para deficientes mentales. En 1966 se graduó en la Lisbon Falls High School, y completó su formación en la University of Maine of Orono. Participó activamente en la vida política estudiantil, implicándose en el movimiento contra la guerra del Vietnam.

Tras licenciarse en 1970, se casó con la novelista Tabitha Spruce en 1971. En los primeros años de su matrimonio, Stephen King trabajó en una lavandería, y



obtuvo ocasionales beneficios económicos de la publicación de relatos cortos en una revista para hombres. Parte de estos relatos se recogerían posteriormente en la obra *En el umbral de la noche* (1978), y algunos de ellos serían objeto de versiones cinematográficas, como el relato *Los chicos del maíz* (1978). En 1971 inició su carrera como profesor de High School, e impartió clases de inglés en la Hampden Academy.

Su prolífica producción literaria constituye una de las obras más representativas del género de misterio y terror de la literatura estadounidense. Publicó también bajo el pseudónimo de Richard Bachman.

# Notas

[1] «Preferiría verte muerta, nena, antes que con otro hombre.» (N. del T.) <<